

JUAN RAMÓN BIEDMA

130

EL
MANUSCRITO
DE DIOS



Un libro que revela los secretos
de la historia del ocultismo y la
magia negra en el mundo moderno.
Un libro que te hará ver el mundo con otros ojos.

EL MUNDO

EL MUNDO

El manuscrito de Dios

Sobrecubierta

None

Tomando como escenario una Sevilla adentrada en el siglo XXI y con tintes apocalípticos, la novela narra la lucha que se establece entre los nostálgicos de la Inquisición - deseosos de su nueva implantación- y un hombre elegido para evitar que eso ocurra. Se trata de Álvaro, un sacerdote atípico con la misión de hacerse con un texto conocido como El manuscrito de Dios.

OceanofPDF.com

JUAN RAMÓN BIEDMA

OceanofPDF.com

EL MANUSCRITO DE DIOS

Para y por Rosaura

A Paco Ignacio Taibo II, Cristina Macía y Justo Vasco. En insuficiente correspondencia.

De los Cinco Apocalipsis que vendrán, el anuncio será el Apocalipsis de la Palabra.

Capítulo de SOFONÍAS,

El Manuscrito de Dios

Por ejemplo, los rosacruces afirman que poseen un libro en el cual se puede aprender todo cuanto esté contenido en los demás libros ya hechos y en los que están por hacer.

NAUDÉ, citado por FIGUER,
citado por GÉRARD ENCAUSSE

PRÓLOGO

Roma, 2 de octubre de 1829

El mañana y el mañana y el mañana avanzan en pequeños pasos, de día en día, hasta la última sílaba del tiempo recordable; y todos nuestros ayeres han alumbrado a los locos el camino hacia

el polvo de la muerte.

W. SHAKESPEARE, *Macbeth*

Primero, el cielo nocturno se volvió blanco.

Después se desprendió en millones de fragmentos sobre la ciudad.

Nadie en Roma recordaba una nevada como aquélla a principios del otoño. Afrontando la galerna a un galope enloquecido, el vaho del jinete se confunde con el de su montura; no le importa el estruendo de los cascos sobre el empedrado de las antiquísimas callejuelas, no importan los lamentos de su caballo cuando le clava la fusta, no importan las lágrimas que le queman de frío los ojos enrojecidos; el

conde de Neuchatel, teniente de la Guardia Suiza, ha sustituido su juramento de lealtad al Sumo Pontífice por otro juramento a una causa aún más elevada. Lo único que importa es que Dios haya estado de acuerdo con su elección.

A medida que se aleja del Palacio Apostólico de Ciudad del Vaticano, va reduciendo la marcha a un trote rápido. Aunque apenas se cruza con nadie por las calles sin luna, y ha cambiado el vistoso uniforme de alabardero que diseñara Miguel Ángel cuatro siglos atrás para la Guardia Suiza por un tabardo de piel de camello y unos pantalones de cuero, el viento helado lo va serenando suficientemente para recordar las estrictas instrucciones de no atraer la atención de nadie sobre su presencia, sobre la carga que lleva en las alforjas y sobre la mansión a la que se dirige.

La alianza que se está forjando esa noche va más allá de los doscientos años que su familia ha dedicado al servicio del ejército de la Santa Sede; es más importante que su cabeza, más importante que su honor y, con toda probabilidad, más importante que la salvación de su alma.

Atraviesa las aguas semisólidas del Tevere por el puente Sisto y toma la via Arenula que lo lleva directamente a la piazza del Gesù. Desde allí, un angosto callejón lo deja en la puerta posterior de la villa Martius, donde ya lo esperan dos criados. Uno de ellos se hace cargo del caballo y el otro alumbra con un candil de aceite mientras el soldado extrae algo de las alforjas. A continuación, lo precede al interior del caserón. Siguiendo los pasos del silencioso lacayo, deja atrás el patio de la casa aparentemente vacía, cruza la oscuridad de las cocinas y llega a la entrada de las bodegas. Desciende despacio a la escasa luz de la llama por una escalera inacabable excavada en los cimientos de la construcción, hasta que un estrecho recodo lo deja ante la claridad y los murmullos de una enorme sala de piedra.

En ella hay exactamente setenta y siete personas.

Siete filas de diez sillas ocupadas por juristas, políticos, militares de alta graduación, aristócratas, hombres de banca, miembros destacados del clero y otros prohombres demasiado importantes como para ser definidos según las categorías habituales. Constituyen el Consejo Secreto de los Setenta. En una mesa alargada frente a ellos, cinco cardenales, ex inquisidores de distrito, y en un extremo, contrastando su tosco hábito de arpillera con los ricos ropajes de los prelados, un teólogo dominico que actúa como calificador del consejo.

Preside la mesa el inquisidor general, su eminencia Armand Denis du Mirabeau, cardenal de Lorena. Todos esperan al teniente de la Guardia Suiza, que avanza paralelo a la asamblea, rápido y nervioso bajo la inestable luz de los candelabros. Rodea la mesa y se arrodilla ante el inquisidor general, entregándole el legajo robado que portaba en sus alforjas.

—Reverencia.

Por un momento todo se vuelve confusión en la mente enferma del cardenal y cree que el legajo que le tiende el recién llegado es el *Manuscrito de Dios*, la obra secreta que ha buscado durante tantos años y cuya posesión supondría para la Santa Alianza la llave definitiva con la que recobrar el poder que se les escapa. Pero enseguida recuerda que no es ése el libro que le están entregando, que los médicos le han pronosticado pocos meses de vida y que otros deberán proseguir con la búsqueda del *Manuscrito*. Torna las hojas, extiende la mano para que el militar bese la piedra morada de su anillo y, en cuanto éste se retira, se concentra en el documento que lleva en su portada la firma y el sello de lacre del Vicario de Roma bajo el título *Cogitationes Nostras*. Todos guardan silencio mientras pasa despreciativamente las páginas, con indiferencia, como si ya estuviera al tanto de su contenido.

Cuando concluye su examen, dirige su mirada rencorosa y su voz aspirada, llena de furia constreñida, al impaciente

auditorio.

—Como sospechábamos, el nuevo Papa, ese ser débil que lleva como inmerecido nombre Pío VIII, ha cedido a la extorsión de los correligionarios del Demonio.

No hay reacciones entre los concurrentes.

Todos esperan que aquel anciano inmóvil traduzca en palabras las decisiones que van a cambiar el curso de sus vidas y de las vidas de tantas personas.

No los decepciona.

—Nos hemos reunido aquí para trazar una difícil senda. Para iniciar una Nueva Alianza en defensa de los valores que la propia Madre Iglesia ya no sabe preservar por sí misma. En cuanto se haga público el breve que acaba de llegar a mi poder, la Santa Inquisición, el máximo instrumento de protección de la fe, con el que durante seiscientos años hemos combatido los peligros que acechaban a la Divina Trinidad, habrá desaparecido formalmente.

De crudo y púrpura, el cardenal de Lorena, con los brazos apoyados en los brazos de su sillón tapizado de terciopelo, observa intensamente a aquellos espectadores procedentes de diversos puntos de Europa y de las Américas, atento a cualquier signo de disidencia. Un hombre sin expectativas personales que ya ha protagonizado otros momentos críticos, de cuyo control se vio apartado en el último momento. Que obtuvo el arzobispado de Malinas a los treinta y cinco años y el capelo cardenalicio a los cuarenta y dos; una carrera aparentemente imparable hacia el Patriarcado de Occidente truncada para siempre por un cónclave adverso. Es consciente de que llevará muerto muchos años cuando se produzca el desenlace de la empresa que está iniciando en estos días, pero va a asegurarse de que su paso por la historia tenga consecuencias definitivas.

—No voy a extenderme. Ya ha pasado el tiempo de las palabras. A todos los presentes nos constaba hace tiempo que esta situación podía producirse y nos hemos preparado

para cuando llegara este momento. A todos los presentes nos constan las amenazas que se ciernen sobre nosotros: el Mecanicismo, los Socialismos y el Libertinaje... y que las tres se resumen en una sola: la Herejía. Y a todos nos consta cuál es nuestra obligación ante Dios Padre. No podemos permitir que el último baluarte de la Santa Cruz se desintegre en esta época en la que el Diablo ha salido de su cautiverio para sentarse a la mesa de los dirigentes de los estados. No vamos a renunciar al Santo Oficio.

Resuenan las palabras bajo la bóveda oscura, fría y húmeda de la vieja bodega. Se esconden tras los enormes toneles de roble donde envejece el coñac. Se depositan en los anaqueles junto a las polvorientas botellas horizontales.

Más resuenan los silencios.

—Ya sé que nos esperan innumerables escollos. *De itinere deserti quo pergitur post turbamentum*. Nos aguardan décadas, siglos quizá, de durísimas contingencias, de velar en silencio. Tenemos que reconstruir el armazón judicial, administrativo y ejecutivo de la Santa Inquisición en toda la Cristiandad. Redistribuir los Distritos. Dotarlos de hombres fieles, de instalaciones adecuadas, de comunicaciones seguras y raudas, de medios monetarios suficientes, de procedimientos ágiles y prudentes pero implacables. De un férreo sistema de control por el cual sea este consejo el único órgano jurisdiccional en materia doctrinal y de gobierno interno. Una tarea colosal, cuyas dificultades se verán extremadamente acentuadas por la indefectible necesidad de actuar siempre en el más estricto de los secretos.

A medida que se van agotado las fuerzas del cardenal, aumenta el brillo de sus ojos. En la misma proporción que disminuye el volumen de su voz, se hace más patente la resolución de sus palabras.

—Y, además, hemos de acostumbrarnos a convivir con la certeza de que ninguno de los presentes estaremos aquí para gozar del regreso de los tiempos en que vuelva a

imperar la Gracia. La Alianza del Supremo y Santo Oficio, que hoy nace, seguirá existiendo aun cuando nuestros continuadores, y los continuadores de éstos, hayan abandonado este mundo. Nosotros nos marcharemos con el infinito tormento de haber transitado por el purgatorio... Hoy comienza una de las más cruentas guerras de las que se han librado en nombre del Señor. Los años interminables serán nuestro campo de batalla. Enterremos la acidia y la falsa misericordia. Nos han expulsado de los templos y de las plazas que legítimamente nos pertenecen; por lo tanto, tenemos que regresar a los subterráneos, adonde ya una vez nos relegaron. Seamos fuertes. El infierno nos espera. Después de una pausa, el fiscal del Consejo tomó la palabra.

De aquella primera sesión surgieron innumerables planes y disposiciones. Entre ellas, el primer Auto de Fe *in abdito* de la Alianza... Unos meses más tarde, el recientemente elegido papa Pío VIII fallecía por causas aparentemente naturales, convirtiéndose su pontificado en uno de los más cortos de la historia.

I

Sevilla a principios del Nuevo Siglo, día 360

... ¡Ay de vosotros que habitáis la ciudad Turdetana partida por el Gran Río, pueblo de perdición! Contra ti se dirige lo que dice el Señor: Yo dejaré que una Plaga de Sangre asole a mis falsos ministros y a los protegidos de mis falsos ministros y a todos los que entraron con fraudes por los umbrales de la casa de su Dios. Os dejaré a merced de las Potestades Tenebrosas para que sobrevuelen con su sombra los Cinco Capítulos en los últimos seis días de un Nuevo Milenio. Días de ira aquellos, días de calamidad y de miseria, días de nublados y tempestades; desaparecerá la Palabra y no quedarán profanadores algunos y su sangre será esparcida como el polvo y sus cadáveres como la basura.

Capítulo de SOFONÍAS,

El Manuscrito de Dios

Leemos cosas sobre los éxitos de Dios. No leemos nada acerca de Sus fracasos. GRAHAM GREENE, *The living room*

1

La obertura del viento no permitía escuchar la lluvia en el interior de la iglesia a las afueras del pueblo. La densa oscuridad de la lluvia no dejaba que el día amaneciera. Ante el altar, a aquellas horas, el viejo estaba acostumbrado a decir misa para las únicas tres o cuatro personas que se levantaban voluntariamente antes de las siete de la mañana en Mairena del Alcor. Y menos con la tormenta que había comenzado durante la noche. Aurora, bostezando en la primera fila de las gradas, viuda, gorda y cincuentona; la limpiadora del templo, que no quería ofender a don Dámaso —el único que la ayudó

cuando más lo necesitaba— viniendo directamente a trabajar sin haber asistido a la primera misa del día. En las hileras de bancos de la izquierda se sentaban las hermanas Santiago, rondando los setenta, consumidas y silenciosas, de un color marrón grisáceo, haciendo juego con los bancos. Ellas tres eran las incondicionales y nadie más, sólo de vez en cuando algún insomne o alguien que estuviera pasando por malos momentos.

—... Caerá sobre ti la desgracia, y no sabrás de dónde nace: y se desplomará sobre ti una calamidad que no podrás alejar con víctimas de expiación: vendrá repentinamente sobre ti una imprevista miseria... A pesar de su edad, Dámaso seguía teniendo una potente voz, grave de mosto y tabaco negro, que llegaba desde la entrada hasta el último rincón del ábside, perfecta para declamar terribles homilías como la que recitaba en aquel momento; además, las palabras del profeta Isaías sobre la ruina de Babilonia se ajustaban perfectamente a uno de sus temas preferidos: la irremisible decadencia del mundo en general y de Sevilla en particular.

—... estate con tus encantadores, y con la muchedumbre de tus hechicerías en que te has ejercitado desde tu juventud, por si acaso puede esto ayudarte algo, o puedes tú hacerte más fuerte. En medio de la multitud de tus consejeros te has perdido...

Con voz profunda pero sin una pasión excesiva: había terminado siendo un cura de pueblo y no quería ser otra cosa; en los últimos treinta años, los únicos acontecimientos que habían quebrado ligeramente la regularidad de su existencia fueron la muerte de su primo Antonio Jesús en accidente de tráfico y alguna crisis hipertensiva. No era fácil sacarlo de sus rutinas, de los tazones de café con leche acompañados por varias rebanadas de pan tostado con manteca de lomo a las cinco de la mañana, de su siesta de tres cuartos de hora antes del almuerzo, de las visitas al casino a media tarde. Poseía un pequeño repertorio de temas recurrentes con los que daba un poco de sentido a sus misas de cada día, pero al contrario de sus cuatro inseparables amigos del seminario, nunca había pretendido cambiar la naturaleza del mundo ni su propia naturaleza.

—... Y si no, levántense y sálvense los agoreros del cielo, que contemplaban las estrellas y contaban los meses, para pronosticarte lo que te había de acontecer...

A pesar de estar completamente habituado al suave claroscuro de velas que llenaba la iglesia y de entrecerrar los ojos tras las gafas bifocales, el sacerdote no pudo distinguir con nitidez si las puertas se habían abierto o el chirrido que había escuchado en el atrio se debía a un cambio de ritmo en la suite del viento. Igual había entrado alguien para protegerse de la lluvia y prefería quedar oculto en la oscuridad de la entrada. No se interrumpió. Seguía teniendo un firme dominio del medio escénico y, de los cinco compañeros, él era quien mejores notas obtenía en oratoria. Los Cinco Custodios. En su juventud, todos pensaban que había un arzobispado como mínimo aguardando a Dámaso; después pasó el tiempo y se

acostumbraron a verlo como un simple cura de pueblo cada vez que se reunían el último día del año para hablar por teléfono con el cardenal, en el Vaticano. En realidad, aparte de sus obligaciones como custodios, de las que nunca se apartaron lo más mínimo, apenas nada había quedado de sus propósitos de aquellos años.

—... He aquí que se han vuelto como paja, el fuego los ha devorado: no librarán su vida de la violencia de las llamas; éstas no dejarán brasas con que se calienten las gentes, ni hogar ante el cual se sienten: tal será el paradero de todas aquellas cosas por las cuales tanto te afanaste: los opulentos comerciantes, que trataban contigo desde tu juventud, huyeron cada cual por su camino: no hay quien te salve... Quizás, a su manera, sí que había triunfado. No le faltaron oportunidades ni aptitud, además de la protección del todopoderoso cardenal Tertulli, que le habría despejado cualquier camino con sólo pedirselo, pero prefirió seguir engordando plácidamente en el pueblo que lo había adoptado, dejándose conducir por los calendarios, sin ambiciones y, por tanto, sin sobresaltos.

Después de todo, sí que había entrado gente en la iglesia.

Avanzando por las naves laterales, despacio, las sombras se van convirtiendo en seis, siete mendigos. Dámaso interrumpe su lectura para controlar la arritmia que le golpea en el pecho. Piensa en que no debería tomar tanto café por la mañana mientras que confirma que nunca había visto a aquellos individuos en el pueblo. A medida que se acercan, puede distinguir a siete personajes grasientos, vestidos con harapos sucios empapados por la lluvia, esqueléticos todos menos un jorobado que parece sonreír constantemente, silenciosos, decididos.

Lentamente, los mendigos se dividen en dos grupos, adentrándose en las gradas. Los cuatro de la izquierda llegan justo detrás de las hermanas Santiago, que no han reparado en su presencia, y con toda tranquilidad extraen

del interior de sus ropajes un cuchillo de cocina cada uno. Son cuchillos de distintos tamaños, viejos, mellados, mohosos. Siempre detrás de ellas, las agarran desmañadamente y, empleando vanos tajos transversales torpes pero enérgicos, les desgarran la garganta hasta el hueso. El sacerdote cierra la biblia, da unos pasos y se queda de pie al principio de los escalones por los que se sube al santuario. No dice nada; no es que lo que ha visto no le haya impresionado, es que tiene otras cosas en

jas que pensar. La taquicardia se ha transformado en un dolor torácico opresivo que se le irradia al brazo izquierdo. Está cada vez más pálido. El sudor le moja la frente y la espalda bajo la sotana. Las arcadas le contraen todo el cuerpo.

El viento en *staccato* parece resonar en el interior de la iglesia.

Aurora, adormilada, no ha percibido la cercanía de los tres mendigos que han llegado a su espalda. Sólo se inquieta cuando nota el desplazamiento del párroco, su cara descompuesta. No tiene tiempo de preguntarle si se siente mal. El más alto de los tres hombres, un árabe de barba negra que le nace casi desde las cuencas de los ojos, la levanta por el pelo y le hunde un largo y ancho cuchillo en la zona lumbar. Sus dos compañeros le imitan, acribillándole la espalda, la nuca. Sosteniendo todavía por los cabellos lo que ya no es más que un gordo cadáver, arrastra a la mujer fuera de las gradas, ¡a deja caer boca arriba en la nave central y, reuniéndose con los miembros del grupo procedente de la izquierda, se dirigen hacia Dámaso. Todos menos uno de ellos, que permanece junto al cuerpo de Aurora. Un tipo de mirada líquida que sólo mide algo más de metro y medio, sin orejas. No hay cicatrices en los extremos de su rostro renegrido, simplemente parece haber nacido sin orejas. Lleva un pantalón demasiado grande, así que no le cuesta nada meterse la mano por la cintura y comenzar a masturbarse tras la bragueta. Con la mano libre le separa

las piernas a la muerta y le sube la falda, le baja hasta las rodillas los leotardos marrones de lana, las enormes bragas. Se agacha sobre Aurora, que ahora está silueteada por una oscura mancha de sangre que le brota de las heridas de la espalda, apoya tímidamente la palma de la mano sobre los rizos grises del sexo, recreándose en la sorpresa de ser una vez en la vida bien recibido por una mujer; y continúa masturbándose salvajemente. Unos metros más adelante los otros seis mendigos observan a Dámaso, que se agarra el pecho como si intentara detener la fuerza que le ciñe el esternón. El oxígeno no le pasa de la garganta.

—¿Dónde guardas la maleta, cabrón? —le pregunta el más alto con fuerte acento marroquí. Inmediatamente, como una diligente respuesta, el cura cae por los escalones y queda tendido e inmóvil en una posición imposible.

Realmente han debido dejar las puertas abiertas porque las llamas de las velas rachean al compás del *allegro* que impone el viento del exterior.

El árabe se agacha sobre Dámaso y comprueba que ahora es un cuerpo sin pulso que no respira. Maldice en un idioma que los demás no entienden y los mira, compartiendo su decepción, esperando que alguien sugiera una forma de conseguir la información que el cura ya no puede proporcionarles. El jorobado parece tener la respuesta. Despacio, levanta el tacón de uno de sus viejos zapatones y lo hunde sobre la cara del muerto. A los otros debe haberles parecido una buena solución, ya que comienzan a golpear el cadáver de manera sistemática, acelerando el ritmo, alguno incluso se inclina para clavarle el cuchillo hasta el mango, más y más rápido, con entusiasmo. Con alegría.

En el exterior, el viento comienza un elaborado arabesco para acompañarlos que no terminará en muchos días.

2

Treinta y dos años más tarde, Sevilla es el extranjero. Con la lluvia resbalando sobre el parabrisas del Volkswagen Passat alquilado, Alvaro no reconoce las nuevas autovías de circunvalación, las anchas avenidas, los altos edificios marcados por distintivos publicitarios, la velocidad en la gente y en los otros vehículos a las ocho y media de la mañana de aquel 26 de diciembre. Tiene que perderse muchas veces, a pesar del plano apoyado en el asiento del acompañante, antes de llegar a la Alameda de Hércules — excepto algunos caserones reconstruidos, "por fin un barrio en ruinas en medio de esta ciudad superficialmente rehabilitada— y preguntar a varios transeúntes reacios a detenerse bajo el aguacero para dar indicaciones al hombre de alrededor de sesenta años, de barba gris perfectamente conjuntada con los pantalones de canutillo y la gorra marengo, el jersey negro de cuello alto y el chaquetón de cuero con el cuello forrado de piel de borrego que interroga con voz de cura a través de la ventanilla de su lujoso coche. Cuando la localiza, descubre que la calle Vulcano no es más que un derruido callejón de unos pocos metros.

Todos estos años residiendo en el Vaticano no han bastado para olvidar que la Alameda era la zona donde se congregaba la mayoría de los bares de alterne, de las pensiones por horas, de los burdeles de medio pelo y de las putas de calle. Ha leído en alguna parte que ahora existen en la ciudad otros puntos de reunión para ese mercado y que en este barrio sólo ejercen las profesionales al borde de una jubilación imposible incapaces de competir con la oferta de las nuevas organizaciones, acompañadas por yonquis enfermizos que se venden en

cualquier sitio por cualquier precio para cualquier cosa. De manera que, aunque a esta hora las calles están prácticamente desiertas, Alvaro no sabe qué es lo que va a

encontrar en el número 1 de la calle Vulcano cuando aparca el coche en doble fila y sobrepasa el portal entreabierto.

Al fondo del umbral oscuro se ve una mesa camilla con botellas vacías y restos de comida en los ceniceros. Hay varias puertas con la pintura descolorida en diversos tonos y una escalera a la derecha, todo tan sucio y devastado como el exterior hacía suponer. Cuando Alvaro está a punto de decidirse a preguntar en alguna de las puertas cerradas, llega una mujer sacudiendo un paraguas. Es una morena alta con un impermeable negro que permite ver la falda corta y una camisa que cubre, pero no oculta, unos pechos grandes de los que no tienen figura propia, sino que adoptan la forma de la mano que los moldea. Se enfrenta al hombre sin temor, evaluando su posible calidad de cliente temprano, recibéndolo con la mirada insolente y agitanada de sus ojos marcados por las arrugas de más de cuarenta años y una noche entera de trabajo.

—Buenos días, señora. ¿Podría indicarme dónde vive el señor Efrén...? Disculpe, pero no conozco su apellido.

—Me llamo Aleja. —Y se da la vuelta y comienza a subir la escalera.

Alvaro la sigue sin estar muy seguro de sí es eso lo que ella pretende. Son cuatro pisos con ocho tramos de peldaños destrozados y más puertas, todas de colores carcomidos y alguna que deja escapar jadeos poco entusiastas. Cuando llegan al último rellano, ella saca una llave del bolso y habla con una dicción firme y descabelladamente culta antes de abrir la puerta.

—Viene usted del Vaticano, ¿verdad?

—Efectivamente, verá...

—Él le está esperando. Escúcheme bien. No sé exactamente la edad que tiene, pero desde luego deben ser más de ochenta años. ¿Para qué vamos a molestarnos en calcular la edad de Dios? Hace tiempo sufrió un accidente vascular cerebral, a consecuencia del cual perdió el uso de la pierna derecha y el brazo izquierdo. También le quedó un

rictus extraño en la boca, y no ha vuelto a emitir una palabra desde entonces. Es demasiado orgulloso para hablar como si tuviera la lengua permanentemente trabada. Pero no se engañe. Es el hijoputa más sabio e inteligente que he conocido en toda mi vida. Sí es que se puede decir que lo conozco... Pronuncia la última frase con una dura sonrisa y abre la puerta de una habitación grande que sigue sin desentonar con la decadencia del resto del edificio. Las baldosas rotas, las manchas de humedad en la pared, la cama de matrimonio con las sábanas revueltas, la pequeña cocina en un rincón, el sofá con la funda desgarrada. Sólo hay dos puertas en el interior, la que permite ver un minúsculo cuarto de baño y la que golpea la mujer antes de invitarle a pasar con un gesto de la cabeza y volverla a cerrar desde fuera. Es una estancia enorme, que debe de ocupar la mayor parte del ático. La pintura hace tiempo que desapareció de las paredes en los pocos espacios que no están cubiertos por estanterías metálicas repletas de volúmenes antiguos, entre los que Alvaro observa innumerables tratados de exégesis bíblica, estudios sobre los libros apócrifos, sobre la cábala, la alquimia o la teosofía de autores que no recuerda haber encontrado ni en los catálogos más completos. Incunables redactados en latín, griego, hebreo, púnico, arameo, micénico e incluso en caracteres rúnicos. Tablas antiquísimas con genealogías desconocidas. Viejos sellos cilíndricos de incalculable valor utilizados como pisapapeles de papiros mutilados escritos en copto o de mapas trazados en pergaminos de geografías olvidadas. Un álbum abierto con extrañas monedas triangulares. Calendarios astronómicos indescifrables, escítalos y otros criptogramas. Hay más libros apilados en el suelo y el poco espacio disponible está ocupado por antiguas carpetas de las que asoman folios amarillentos. Pero ni un solo papel en el vencido escritorio de chapa colocado bajo la ventana, en el que apenas caben los dos potentes ordenadores, los dos monitores, los dos teclados,

los altavoces, el escáner y la impresora láser. En pijama, con el pelo blanco hasta los hombros prolongado en la espesa barba, intentando ocultar que medio rostro se le ha derretido como cera junto al fuego, sentado en un abollado sillón, observando la lluvia y controlando la ciudad desde el ático, Efrén.

Alvaro duda un momento y después se sienta en una banqueta junto al anciano.

—Es curioso como hasta hombres de nuestra edad han quedado totalmente prendidos de la informática

—afirma señalando el conjunto del escritorio—. Yo mismo no he podido evitar la tentación de cargar desde Roma con mi ordenador portátil. Lo tengo en el maletero del coche. —Efrén sigue sin dirigirle una mirada y el visitante habla para tranquilizarse—. Vengo directamente desde el aeropuerto, el tiempo de alquilar un vehículo;

dadas las circunstancias, espero que sabrá perdonar la hora en que he irrumpido en su casa. Preferí no detenerme ni a dejar el equipaje. Ahora pasaré por el piso de mis padres.,, no sé muy bien cómo lo encontraré, después de tantos años deshabitado, aunque hay una agencia encargada de su mantenimiento, claro. Nunca quise venderlo. Quizá mi tío le comentó alguna vez... en realidad, no sé qué grado de conocimiento tenía con él... Ni siquiera me he presentado. Me llamo Alvaro Tertulli, sobrino del cardenal Hesperio Tertulli... ¡Qué tontería! Esa señora me ha dado a entender que me estaban esperando.

Aguarda un minuto, pero la falta de reacción en el otro le obliga a seguir hablando.

—Aunque por su carta se deduce claramente que está usted al tanto de la existencia del Libro, mi tío nunca me habló de usted. Ni siquiera me dijo que hubiera nadie más en Sevilla que compartiera el secreto, al margen de sus custodios. El papel que usted ha desempeñado estos cincuenta años, según me cuenta en su carta... un vigía sobre el terreno, el garante del perfecto cumplimiento al

que están obligados los cinco discípulos de mi tío...
Comprenderá mi sorpresa al saber de su existencia.

—...

—Entiéndame bien, no es que ponga en duda su información, me basta con su alusión al hallazgo del *Manuscrito de Dios*; nadie excepto mi tío estaba al tanto de esos detalles. Verá, la primera vez Rué me habló de todo este asunto, yo acababa de cumplir los veinticinco años, había terminado mis estudios de Derecho y Ciencias Políticas tras ordenarme como sacerdote, y el cardenal me reclamó para el Vaticano, con la esperanza de que iniciara la carrera diplomática, aunque al final... Como le decía, ya entonces me comentó la importantísima misión que se estaba llevando a cabo en esta ciudad. Por eso, cuando anteayer recibí su mensaje... En fin, he venido lo antes posible.

Por primera vez, Efrén lo mira de frente.

Pero es obvio que sin intención de comunicarse.

—En su misiva, sólo me decía que ha llegado el momento de reunir las cinco maletas, que sólo teníamos de plazo hasta final de año, que todos corríamos un gran peligro. Que debía visitar a los cinco guardadores según un listado que usted me facilitaría sin avisarles previamente por teléfono ni por ningún otro medio. Pero la verdad es que no sé muy bien... verá, a lo largo de estos años mi tío me advirtió muchas veces que esto podía suceder, que cualquiera de los cinco podía recurrir a mí en cualquier momento, que debía estar preparado. Incluso cuando estaba agonizando, el año pasado, me recordó la tarea que dejaba en mis manos... Efrén parece cansarse de escucharle. Enfadado y utilizando hábilmente sólo la mano derecha, introduce un disquete en el ordenador. Pulsa el botón de encendido, suspende un momento el brazo en el aire, dejando a la vista un tatuaje con un pantáculo invertido algo más arriba de la muñeca, y enseguida aparece la banderola de Windows. Señala con el puntero del ratón el acceso al Explorador de

Windows y selecciona una carpeta de documentos que lleva como título «Los Cinco Custodios». Después, mediante el botón derecho del ratón, copia el archivo, selecciona el disco A y pega el documento en el disquete. Lo extrae de la disquetera y se lo entrega a Alvaro.

Alvaro lo sostiene un momento en la mano, sin decidirse a guardárselo, como si al hacerlo ya fuera irremediable asumir su contenido y lo que ello conlleva.

—Me imagino que aquí encontraré toda la información que voy a necesitar, direcciones... Como le decía antes, han sido demasiados años de oír hablar de este tema. Lo cierto es que no he llevado una existencia muy activa... Me imagino que cualquier amenaza, por grave que sea, si pasa el tiempo suficiente, termina por disolverse en los contornos de la leyenda... por eso me cuesta aceptar que ha llegado el momento de enfrentarme a esta misión. —No hay ningún gesto amistoso que le invite a seguir hablando, pero tampoco puede detenerse porque no hay nadie más a quién confiar sus dudas—. Verá, mi tío acumuló una gran cantidad de poder en la Santa Sede, y puso todas sus expectativas en que yo continuara su labor. Pero no era ése mi camino. Tengo un programa nocturno en la Radio Vaticana, donde presento reseñas de libros, películas, discos... y es a eso a lo que he dedicado toda mi vida. Como puede comprobar, no es la formación más adecuada para hacer frente a todo esto. No obstante, él se ocupó siempre de mí con un gran cariño... era toda mi familia. Ya que lo decepcioné en todo lo demás, espero poder estar a la altura... Y confío en que usted me ayudará a llevarlo a cabo. La única respuesta de Efrén es volver a concentrarse en la lluvia, vigilando para que se componga correctamente el rompecabezas de las calles y las personas en la ventana. Como si desde siempre hubiera estado en ese ático.

¿Para qué vamos a molestamos en calcularla edad de Dios?

De manera que Alvaro no tiene otra opción que ponerse en pie y abandonar la habitación tras tocar el hombro del anciano en busca de una despedida que no obtiene.

Aleja ya está en la cama, dormida, con el pelo mojado extendido sobre la almohada. El cura observa los hombros desnudos asomando bajo las mantas y descubre que en los próximos días le aguardan distintos tipos de amenazas.

3

Riven salta de la cama temprano en su habitación del hostel, no cuando se despierta, sino cuando se harta de intentar dominar el angustioso duermevela en el que ha estado sumergido las últimas horas; no sabe cuántas porque el reloj también lo ha vendido.

Desnudo en el centro del cuarto, pasa una rápida revista a sus pertenencias. Tiene unas botas, tres camisas caquis y una larga gabardina verde oscura del ejército que ha ido comprando en una tienda de desechos militares. Dos pantalones vaqueros muy gastados y tres camisetas de manga larga para darse algo de calor debajo de las camisas. Tiene una navaja automática con una hoja ancha de diecisiete centímetros y el mango negro, de la que no se separa hace años, y un juego de destornilladores de precisión para desmontarla y engrasarla o repararla. Tiene unas pocas monedas como único capital. Tiene los hombros anchos, más de un metro ochenta de estatura y, a pesar del pelo largo y la barba de varios días, es lo bastante guapo como para que pocos tomen en serio su actual de guardacoches.

Sabe que está lloviendo sin mirar por la ventana, es 26 de diciembre del año 2000 y algo, sonrío... las cosas deben ir realmente mal cuando uno se ha comido un bocadillo de mortadela con una lata de cerveza para cenar en Nochebuena, y una lata de sardinas, repartidas entre el desayuno y el almuerzo, el día de Navidad. Utilizando la gabardina como albornoz, sale al estrecho pasillo que conduce al inmundo cuarto de baño común para toda la

planta de la pensión de la calle Capitán Vigueras, se da una ducha furiosa y regresa a la habitación.

Antes de entrar, surge la vieja propietaria del inmueble, que le interroga.

—¿Te quedas un día más con el dormitorio? —sin ocultar su desprecio.

—Por supuesto. Usted y yo. Juntos para siempre.

—Tu puta madre.

En el cuarto, se viste despacio.

Del mismo modo que sabe que está lloviendo sin mirar por la ventana, es consciente de que tiene que reunir dinero para tomarse un café, comer algo, comprar tabaco, pagarle otra noche más a la dueña de la pensión si es que no quiere volver a dormir en un portal... e igualmente que ha escuchado toda la noche el sonido de la lluvia sobre el techo, sabe que hoy tampoco pondrá demasiado interés en resolver nada de eso. Porque su situación no dependía del dinero que consiguiera ni del sitio donde le dejaran dormir. No conoce su propia edad... cree que algo menos de cuarenta años.

Piensa en que ha pasado mucho tiempo desde que llegó a ser un hombre adulto, y poco después en un viejo. Más tarde se murió. Y fue al infierno. Ni Dios había inventado un nombre para el lugar donde se encontraba en la actualidad.

4

Riven se protege de la llovizna bajo un árbol.

Al final de Capitán Vigueras, cerca del Equipo Quirúrgico Municipal, hay una confluencia de calles que constituye su zona de aparcamiento. Es su territorio porque lo mantiene como propio a golpes de navaja frente al resto de los tipos desesperados que intentan buscarse la vida con las propinas de los conductores que escudriñan un sitio donde dejar su vehículo en medio de un sector habitualmente colapsado. A veces, cuando desaparece durante un tiempo, sí consigue que alguien le encargue algún trabajo aún más sucio, degradante o peligroso y productivo que aquél, tiene

que volver a reconquistarlo de la presencia de algún yonqui rabioso, que le reprocha, además, su falta de talento comercial; no se le saca partido a ese oficio si uno es demasiado orgulloso para perseguir gritando a los automóviles o para extender la mano una vez que se le ha proporcionado la plaza de aparcamiento; si te quedas mirando al propietario del coche con cara de «sí quieres me das algo y si no, te vas con tus muertos, porque yo no voy a pedírtelo».

Mucho menos en un día como hoy, en que las calles están casi desiertas. Riven recuerda otras fiestas de Navidad, la ciudad reconvertida en un enorme circo de compras y celebraciones, todo el mundo fuera de casa desde el 22 de diciembre, la fecha del sorteo de la lotería navideña, con el firme propósito de cumplir las consignas de los grandes almacenes de transformar el período en algo especial. Hasta hubo un tiempo en el que él participaba de todo eso; pero ésa era otra época. Otra vida. Este año parece que sólo transitan aquellos que van a cumplir deberes penosos e ineludibles y, por su actitud, da la impresión de que volverán inmediatamente a sus guaridas en cuanto cumplan con esas obligaciones.

Hace más de una hora que no se detiene un vehículo, y cuando al fin llega uno, se trata de una furgoneta destartada de la que descienden cuatro personajes —tres hombres cuya edad y origen sólo viene definida por la suciedad de su piel y sus andrajos, y una mujer aún más sucia e indefinida que sus acompañantes— que aparentan necesitar unas monedas más que él.

Cuando los indigentes se pierden de vista, llega otro coche, un Volkswagen Passat gris metalizado conducido por un tipo con abrigo de cuero y gorra de pana, que tiene el aspecto exacto de un aristócrata británico vestido para recorrer sus posesiones rurales. Por la matrícula de alquiler es posible que sea algo parecido a eso. Riven le da indicaciones hasta que el conductor logra estacionar el

vehículo, y vuelve a protegerse de la lluvia bajo su árbol cuando ve que el turista no va a salir del coche, sino que se dispone a consultar algo en un ordenador portátil que saca de un maletín. Tarda sólo unos minutos en su examen de la pantalla, y sale tras volver a colocar el ordenador en el maletín y dejarlo en el interior del vehículo. Lo rodea hasta llegar al maletero, repara en Riven y se acerca a él.

—Perdone. Estaba distraído. —Le entrega un billete—. Gracias.

—Nada.

Alvaro regresa al coche y extrae del maletero un caro conjunto de tres maletas grandes y un neceser Louis Vuitton.

—Mire, no es asunto mío, pero... ¿piensa dejar el maletín con el ordenador dentro del coche? —le pregunta Riven, que ha vuelto a su lado.

—Eso había pensado. Tardaré sólo unos minutos, y... No es una buena idea, ¿verdad?

—No.

—Me habían dicho que Sevilla se había vuelto una ciudad peligrosa, pero no pensé que hasta ese punto. En fin, seguiré su consejo. Muchísimas gracias.

Una vez que se ha colgado del hombro el maletín, a Alvaro le parece aún más difícil cargar él solo con todas las maletas. Como el chubasco cobra intensidad, toma una decisión y vuelve a acercarse a Riven.

—Disculpe que le moleste de nuevo, pero creo que he traído demasiado equipaje. ¿Tendría la bondad de ayudarme a llevarlo hasta mi casa? Vivo a unos metros de aquí, en la avenida Menéndez Pelayo, y ni que decir tiene que le compensaré por su tiempo.

—Diez.

—Desde luego. —Le entrega los euros.

A Riven le gusta el estilo del hombre porque recoge las maletas más pesadas y en ningún momento da la impresión de que su dinero le da derecho a comprar algo más que

trabajo. Además, realmente vive muy cerca, en un portal antiguo de mármol, con dorados deslumbrantes en las rejas. Abre la puerta y le indica que es el primer piso. Mientras esperan el ascensor, Riven confirma que la ostentosa decoración se extiende al interior del edificio.

—Yo nací aquí, ¿sabe? Pero hace treinta y dos años que no vengo por Sevilla, desde que murieron mis padres. Se me nota, ¿verdad?

Riven no responde, pero lo mira interesado.

—Usted debía ser un crío en aquella época... Como es natural, todo ha cambiado mucho, pero hay algo que me inquieta especialmente y que quizás usted pueda aclararme. Verá, vengo directamente de Italia, un país mayoritariamente católico como éste y con una forma muy similar de celebrar las fiestas navideñas. Pues bien, es curioso el contraste entre la algarabía que he dejado allí, ya sabe, todo el mundo de compras, los barrios y las tiendas engalanadas, los preparativos para las fiestas y las cenas en familia. Sin embargo esta ciudad parece vacía, completamente indiferente a estas fechas, sin un solo adorno, no sé... desolada. En ese momento, llega el ascensor y suben.

—Yo también lo he notado. Será que este año las firmas publicitarias no estaban muy inspiradas. O que la gente se ha cansado de disimular que todo se está yendo al carajo.

Alvaro parece cortado por el tono de su acompañante y no continúa con el tema. Cuando el ascensor llega a su destino, Riven sale el primero y después deja pasar al otro para que le indique el camino hasta su puerta. Es un largo pasillo delimitado por una ventana a un extremo y que dobla sobre sí mismo al otro lado. De esa esquina surgen los cuatro.

Riven los reconoce inmediatamente como los tipos y la mujer con aspecto de mendigos que aparcaron la furgoneta hace un rato.

Llevaron un mugriento cuchillo de cocina cada uno y les están rodeando. Piensa que los han seguido en busca del equipaje, y se dispone a entregarles las dos maletas que lleva y a explicarles que por él pueden quitarle al viejo lo que deseen, cuando se convence de que no están allí únicamente para robarles. El más decidido de ellos, un individuo amarillento con una traqueotomía apenas oculta por una sucia bufanda, se va derecho a por Alvaro, retrasando la mano del cuchillo para darse impulso. Riven, sin soltar la maleta de la mano derecha para mantener el equilibrio, suelta la que lleva en la izquierda y, con esa mano en el hombro de Alvaro, lo desvía de la trayectoria, al mismo tiempo que se apoya para levantar la pierna y patear la cara del atacante con su bota de soldado. El tipo cae de espaldas y suelta el arma para llevarse las manos a la garganta, pero no hay tiempo de comprobar los efectos de la patada. Lo primero es describir un arco con la pesada maleta para golpear a los otros dos hombres, que están demasiado cerca. Uno de ellos sale despedido y el otro pierde el equilibrio, lo suficiente como para partirle la rodilla de una patada y pisarle el cuello en cuanto llega al suelo.

No son muy fuertes ni muy hábiles, pero está claro que no van a parar hasta que acabe con ellos. Y la mujer ya está encima, con el cuchillo por delante.

Puede tener de treinta a cuarenta años, viste unas mallas y una camiseta de manga corta a pesar del frío, tiene unos profundos surcos en la cara, el pelo compacto de inmundicias y un asqueroso ramo de romero en la cintura que probablemente entrega junto con la buena suerte a cambio de una limosna. Riven tiene que soltar la maleta para esquivarla. De un revés le hace soltar el arma, la aferra por el cabello y la impulsa hacia delante para hundirle la rodilla en la cara. Dos veces. Va a hacerlo una tercera, pero piensa en que va a mancharse el pantalón de sangre, así que la deja caer inconsciente al suelo y se despide de ella pisándola entre los pechos con todo su peso.

Alvaro no se ha movido durante toda la escena, con las maletas en ja mano, pálido, y ahora mirando como un estúpido al único pordiosero que sigue en condiciones de atacar y que en ese momento se acerca a él.

De manera que Riven oprime el pulsador que despliega la navaja al mismo tiempo que la saca del bolsillo y se interpone entre ambos. El otro tiene ventajas en la lucha cuerpo a cuerpo, ya que, por su forma de avanzar sin precauciones, está claro que le da igual que lo maten.

No hay problema.

Primero, Riven lo desarma lanzándole un tajo a la mano con la que empuña el cuchillo. Después, dos cortes dirigidos a la cara, demasiado rápidos para saber si le han acertado en los labios, en la nariz o en los ojos. A continuación, una patada entre las piernas para que deje de estar de pie. Y, para finalizar, la puntera de la bota contra la nuca para que no vuelva a levantarse.

Fácil.

Todo ha terminado.

Alvaro sigue en el mismo sitio. Paralizado. Sin reaccionar. No obstante, aunque es evidente el estado de shock que le ha producido el asalto, no parece asombrado. Más bien resignado. Intenta decir algo.

—No sé como darle las gracias...

—Deme cinco minutos para que me quite de en medio antes de llamar a la policía —le interrumpe Riven.

—No puedo llamar a la policía.

—Entonces vámonos de aquí. No sé cómo no ha salido ningún vecino. —Alvaro va a subir al ascensor sin preocuparse del equipaje—, Y recoja las maletas si no quiere que le identifiquen. En la calle sigue lloviendo, apenas circulan vehículos por la avenida ni personas por las aceras. Y

aunque no se dirigen una palabra, es natural regresar juntos hasta el coche, volver a dejar el equipaje en el

maletero, subir al automóvil y alejarse en dirección a cualquier sitio. No a cualquier sitio.

Alvaro parece algo más tranquilo, a pesar de lo inquietante que resulta ver a Riven tomar un paquete de pañuelos de papel de la guantera y limpiar cuidadosamente la hoja de la navaja. Al poco tiempo, un semáforo los obliga a detenerse.

—Mire, le quería preguntar... ¿tiene usted algo que hacer esta mañana? —pregunta Alvaro.

—No. —Levanta la navaja que acaba de limpiar y la guarda en é bolsillo—. De momento he terminado.

—Muy bien. Verá, tengo que ir a un pueblo, a Mairena de Alcor, y, como le comentaba, ya no conozco esta ciudad. Estoy pensando en que ganaría mucho tiempo si usted aceptara conducirme hasta allí.

—Cincuenta.

—Perfecto. —El viejo parece aliviado por haber obtenido sus servicios, y aún más por contar con su compañía—. Después de lo que ha hecho por mí, ni siquiera me he presentado. Me llamo Alvaro Tertulli...¿ y

usted? —Extendiendo la mano.

—Riven.

5

En la avenida de Kansas City, el viento se une al aguacero para dificultar el tránsito de las pocas personas que, parapetadas en sus paraguas, buscan vehículos o edificios, o establecimientos, o cualquier agujero para desaparecer.

Amas de casa que arrastran el carrito de la compra; ejecutivos aferrados a sus portafolios sin reconocer que ni llevan dentro nada importante ni ellos mismos son importantes en absoluto; estudiantes asqueados por el aburrimiento que serán lo bastante estúpidos como para pensar algún día que aquélla fue la mejor época de su

vida; jubilados que nunca salen a la calle sin acarrear paquetitos absurdos para que la muerte se engañe

pensando que aún son de alguna utilidad y no se los lleve por delante; un ciego, con la ridícula sonrisa desenfocada de algunos invidentes, que sostiene un bastón con empuñadura en forma de cruz y se deja guiar por un joven harapiento y desdentado.

El ciego y su lazarillo son los únicos que no llevan paraguas, los únicos que no aparentan ninguna prisa, los únicos que se dirigen a un destino concreto.

Cuando llegan a El Mirador su ropa está tan empapada que la lluvia ha perdido su significado. El mediodía debería ser la hora punta de las Galerías Comerciales, pero el lugar está prácticamente vacío, sólo algunos chicos ante las máquinas recreativas y dependientes hastiados en las tiendas de regalos que no reparan en un ciego y su acompañante encaminándose a los ascensores para subir a la azotea del complejo. El mal tiempo ha paralizado las obras que se están llevando a cabo en el tejado de las instalaciones; el agua discurre hacia los desagües de las esquinas entre los montones de mezcla casi disuelta, sobre las herramientas de albañilería, alrededor de la estructura de ladrillo visto de la atalaya de tres plantas que da nombre al centro comercial. No hay nadie allí, excepto un cura negro de dos metros cúbicos plantado ante la puerta de la torre que, a pesar de la sotana y el alzacuellos, tiene más aspecto de escolta que de sacerdote. Su acompañante arrastra al invidente hasta la entrada del mirador, lo orienta hasta el comienzo de los peldaños y se queda junto al cura mientras el ciego sube solo los tres tramos de escalera que conducen a la terraza. Allí lo espera el obispo regional César Magallanes.

En primera mirada se podría decir que es un hombre sobrio, muy apuesto, con algo más de cuarenta años... pero rápidamente comprendemos que su personalidad corresponde a esa clase de individuos cuya edad, estatura o extracción social no están definidas ni importan lo más mínimo. Lo único que se percibe al conocerlos es que son

excepcionalmente inteligentes y manifiestamente poderosos. Una fuerza que va más allá del cargo que ocupen en el estamento al que pertenezcan.

En voz baja, en los reducidos ámbitos donde tienen noticias de su labor, lo llaman el Guardaespaldas de Cristo.

Aunque el pequeño balconcillo del mirador concluye en un tejado a dos aguas que lo protege de la lluvia, se ha subido el cuello de la gabardina negra, exactamente de la misma longitud que la sotana, para resguardarse de las potentes ráfagas de viento que penetran libremente por cualquiera de los cuatro flancos de la construcción. Aguanta firme el temporal. Ausente. Solo. Indiferente al anciano ciego que sube resollando por los escalones. A la enorme cabeza calva húmeda de sudor y de agua que emerge en la embocadura del terrado, a las pupilas asimétricas e inútiles, al chubasquero amarillo abierto que deja ver un jersey barato adornado con una tira de cupones completamente mojados, al bastón con empuñadura en forma de cruz.

—Ilustrísima.

—Amador.

—Es un gran honor que un general se reúna con la tropa. Que el Estado Mayor se desplace hasta la vanguardia.

—Aciertas al decir que esta ciudad se ha convertido en un campo de batalla. —El obispo habla con voz profunda y afilada en la que casi no se reconoce un leve acento portugués—. Pero sabes perfectamente que el verdadero «Estado Mayor», como tú lo llamas, ni se acerca al frente ni tiene por qué hacerlo. Ése es precisamente mí trabajo.

—Sigue siendo un honor.

—Sigue siendo demasiado fácil honrarte. Quedan seis días para el final de año. ¿Han conseguido tus *familiares* la Primera Maleta?

—En cuanto recibí vuestro mensaje, envié a varios de ellos a la iglesia donde decía misa su guardador. Lamentablemente, ese estúpido cura de pueblo sufrió un infarto apenas iniciamos el interrogatorio.

—Ni me interesa ni tengo tiempo de escuchar tus recuentos de bajas. Está en juego algo mucho más trascendente que la desaparición de algunas personas. ¿Conseguisteis la maleta?

Hay que estar ciego para ignorar la corrosiva mirada del obispo y continuar tranquilamente con el relato de los acontecimientos.

—Fue necesario eliminar a los testigos, claro, y salir inmediatamente de la iglesia. Afortunadamente, nuestro informante nos había proporcionado también el domicilio particular del cura. Por cierto, ¿han conseguido alguna pista acerca de la identidad de la persona que nos envía tan útiles noticias?

—¿Tienes la maleta?

—Por supuesto. Estaba en su casa. En un armario de la cocina, que, según las apariencias, era su habitación preferida...

—Así que no es un farsante... Un informante... después de tantos años tras el *Manuscrito de Dios*... —

Por primera vez se aprecia algo parecido a una emoción en el tono de su voz—. Después de tantas rutas que nos devolvían al comienzo del laberinto...

El viento racheado golpea sin tregua a los dos hombres. Desestabiliza sus cuerpos, les roba el sonido de las palabras, enturbia sus sentidos.

—Le preguntaba... ¿han conseguido averiguar quién nos ha enviado los anónimos?

—Quedan cuatro maletas... y tanto por hacer... —aún ensimismado—. No. Tenemos a los mejores expertos de la Santa Alianza trabajando en ese tema. Hasta ahora, con lo único que contamos es con un par de fotocopias de hojas en las que se han adherido recortes de prensa hasta construir palabras. Sin huellas dactilares, por supuesto. Y un seudónimo: Belial.

—El Malo.

—Los mensajes han llegado en sobres baratos, de los que se adquieren en cualquier papelería por lotes. Llevan matasellos de Sevilla, pero eso apenas significa un lugar por donde comenzar a investigar. Es una técnica tradicional pero bastante efectiva. Los expertos de Roma no se muestran muy optimistas.

—Hasta que cometa un error.

—No va a cometer ningún error. Se identificará cuando llegue el momento de pasarnos la factura...

—Me sorprendería mucho que a mi edad me llegara una oferta por mi alma. Ni desde arriba ni desde abajo —con una risa estridente.

—... o cuando... No. Él no va a convertirse en una pieza de este ajedrez. Es un jugador. Le basta con dictar movimientos según unas reglas que se nos escapan al ritmo de un cronómetro que él mismo regula. Le basta con observar el tablero arrasado. Sólo espero que desee sincronizarse con nosotros. El Tránsito del *Manuscrito* a un nuevo Depositario debe realizarse en los últimos seis días del año. Si no reunimos las cinco maletas en las que Tertulli dividió el libro secreto antes de perder la pista, habremos vuelto a perder nuestra oportunidad de salir de las catacumbas.

—La última vez que me convocó el Consejo de la Santa Alianza al Stato della Città del Vaticano no llegaron a detallarme la estrategia...

—¿Qué habéis hecho con el sobrino de Tertulli? — cortándolo.

Amador no insiste, pero abre demasiado los labios, en una sonrisa tan ciega como su mirada.

—Ha llegado a Sevilla esta mañana. Estamos en ello. Lo tenemos localizado. No debe preocuparse por ese tipo.

—A mí todo el mundo me preocupa.

Cuando habla de todo el mundo no se refiere a todas las personas con las que se relaciona, sino a la potencial amenaza que supone la existencia de la humanidad entera

para el cumplimiento de su misión. Como si toda la gente y todos sus actos fueran los hilos de un complicadísimo tapiz que teje en el interior de su cerebro y al que se retira, al igual que otras personas llevan siempre en el bolsillo un cuaderno de crucigramas donde refugiarse cuando la realidad deja de ser lo suficientemente estimulante. Amador, en su habitual tono servil, trata de recuperar su atención.

—¿ Se acuerda del comisario Arreciado ? Anoche volví a reunirme con él. Me advirtió que podemos contar con su colaboración sólo en el caso de...

—Hay algo más que debes saber. En la primera carta no sólo nos anunciaba que se nos irían proporcionando las direcciones de los Custodios. Con un lenguaje bastante alegórico, nos advertía de la existencia de una Fuerza que podía interponerse en nuestro camino. No aclaraba su significado ni su naturaleza ni su procedencia... Ya nos ha demostrado que cumple sus predicciones... No me cabe duda de que hay otras potencias dispuestas a entrar en este juego. Quiero que me tengas al tanto de cualquier acontecimiento del que tengas noticias. Por insignificante que te parezca. ¿Está claro?

Está tan claro que el ciego no necesita responder.

El obispo vuelve a perderse en trenzados invisibles.

El viento cambiante impregnado de lluvia continúa castigándolos. Parece que las turbulencias que se anuncian para la ciudad ya han comenzado allá arriba.

6

Ambos se mueven mejor en los paisajes urbanos. De manera que, si hay que situarlos en un pueblo, mejor que sea un pueblo fantasma.

Siguiendo dócilmente las instrucciones de Riven, Alvaro ha conducido despacio por la carretera de Málaga y después, aún más despacio, por la desviación hacia Mairena del Alcor. Atravesando borrascas a ras de suelo. Iniciando conversaciones inexorablemente frustradas por el

distanciamiento de su copiloto para olvidarse de la absurda escena de violencia que acaba de vivir en el pasillo de la casa de sus padres. Concentrando su atención en la carretera a través de los cristales empañados. Sin conseguir olvidar la escena ni siquiera un momento. Procurando no obsesionarse con la complejidad y los peligros de la empresa que ha iniciado con la única compañía del extraño desconocido que le ha salvado la vida. Confiando en que el hombre al que van a visitar le aclare qué está ocurriendo.

Y cuando llega al pueblo, y reduce todavía más la marcha en busca de alguien que les indique la dirección de Dámaso, resulta que no hay ni una sola persona por las calles. Ni ancianos bajo los soportales o niños dentro de los charcos, ni amas de casa de regreso a su domicilio bajo el paraguas, ni automóviles maniobrando por las estrechas callejuelas, ni hombres en busca del almuerzo... Sólo plazas desiertas, colegios vacíos, comercios con el cierre bajado, ventanas oscuras. Puertas cerradas. Ni un alma.

El perfecto pueblo fantasma.

Se dan por vencidos tras varios recorridos por el trazado irregular y demencialmente inclinado de las calles de la población tratando de encontrar por sí mismos la dirección del sacerdote y terminan por aparcar el coche frente al cuartelillo de la Guardia Civil.

—Espero que encontremos a alguien aquí dentro. — Alvaro desciende del vehículo y se detiene al comprobar que Riven continúa sentado en el interior—. ¿No me acompaña?

—No suelo andar con gente de uniforme. Así menos, no voluntariamente.

—Pues menos mal que no he venido en sotana.

Como el cura no lo presiona pero se queda parado bajo el chubasco, Riven se encoge de hombros y sale del automóvil en dirección al edificio.

Nadie responde a su llamada, pero la puerta está abierta y una débil iluminación amarillea el fondo del oscuro

corredor, adornado por viejos rótulos detallando los horarios administrativos y carteles de ínfima definición con guerrilleros vascos en busca y captura junto a una foto en color de un sociópata valenciano. Cuando doblan la esquina con la que finaliza el pasillo resulta que el pueblo no está totalmente deshabitado.

Tras un largo mostrador con una luz de sobremesa, un teléfono, una anticuada emisora y un montón de formularios, les recibe un joven guardia con pinta de administrativo.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes. —Alvaro se adelanta, quitándose la gorra de pana—. Perdona que le molestemos... La verdad es que no hemos visto a nadie a quien preguntar ni ningún establecimiento donde comprar un plano de la localidad. Estamos buscando la calle Calvario Alto. Concretamente buscamos el domicilio de don Dámaso Berbel, el párroco. Seguro que lo conoce.

El guardia deja el impreso que estaba cumplimentando y acerca nerviosamente la mano al teléfono.

—¿Son ustedes de la policía judicial de Sevilla?

—No.

—¿Familiares?

—Digamos que soy un viejo amigo. He venido desde Ciudad del Vaticano para visitarle. ¿Le ha ocurrido algo a Dámaso?

—¿Me permiten su documentación?

—Le han hecho una pregunta —interviene Riven—. ¿Le ha pasado algo al cura?

—La documentación.

—Sólo si me la pides con el tricornio puesto —responde Riven con su vieja sonrisa de mala leche. El joven intenta encontrar la respuesta adecuada para contrarrestar las palabras del tipo enorme que le mira fijamente, cuando Alvaro le entrega su cartera, conciliador.

—Perdone nuestra impaciencia, pero ya le he comentado que venimos desde muy lejos para verle. __Aguarde un momento. —Al mismo tiempo que examina el carnet, levanta el auricular del teléfono, pero cambia de opinión y pulsando el PTT del micrófono enganchado en la emisora teclea un indicativo de tres cifras y se lo acerca a la boca—: Móvil dos para base...

«Aquí móvil dos. Adelante base...»

—Antonio, pásame con el teniente Córdoba...

«¿Es importante?»

—Tengo aquí a unos señores que preguntan por don Dámaso...

«Un momento...»

Los tres aguardan en silencio un par de minutos hasta que vuelve a sonar el zumbido de la emisora.

«Base para móvil dos. Teniente Córdoba al habla.»

—Mí teniente, tengo aquí a un tal Alvaro Tertulli Lazo y a un acompañante. Han venido desde el Vaticano para hablar con el párroco. ¿Quiere que los retenga hasta que usted vuelva?...

«Yo no puedo abandonar esto por ahora. ¿Los tiene junto a usted?»

—Afirmativo.

«Pregúnteles si serían tan amables de pasarse por aquí.»

Alvaro asiente con la cabeza.

—Van para allá, mi teniente.

«Recibido. Corto.»

—Ya lo han oído. No tiene pérdida. Sigán las indicaciones para ir al Viso del Alcor. Es la última calle del pueblo. Verán algunos vehículos del Cuerpo estacionados en la puerta.

—Gracias —se despide Alvaro, recuperando su cartera.

Cuando están a punto de salir de la oficina, el guardia se dirige a Riven.

—Hace ya muchos años que no usamos tricornio.

—Será por eso que hay gente que ya ni se molesta en mostrarte la documentación. Sigue lloviendo en el pueblo

vacío. La salida hacia El Viso del Alcor está bien señalizada y sólo tardan unos minutos en encontrar la calle que buscan y una gran casa antigua con dos todoterrenos pintados del clásico verde guardia civil junto a una furgoneta negra y un automóvil con matrículas oficiales. Riven y Alvaro salen del coche y se resguardan bajo el pórtico. El cabo que monta guardia en la puerta parece estar al tanto de su visita, porque desaparece en el interior tras pedirles que aguarden un momento. No tarda en aparecer el teniente.

Con la barba recortada y la agenda electrónica en la mano es evidente que su generación pertenece a un nuevo estilo de oficiales del Cuerpo, y que él lo sabe y le gusta y hace todo lo posible por demostrarlo.

—Buenas tardes. Soy el teniente Francisco Córdoba. Espero que hallan encontrado la casa sin problemas.

—Buenas tardes. Alvaro Tertulli. —Esta vez muestra su identificación antes de que se la soliciten—. El señor Riven trabaja ton migo. Disculpe que se lo pregunte sin más rodeos, pero todo esto —Alvaro señala los automóviles aparcados— confirma mis sospechas de que a Dámaso le ha ocurrido algo.

—Antes de responderle, me gustaría saber qué tipo de relación...

—En realidad no nos conocemos personalmente, sólo por tele fono. Un contacto estrictamente profesional.

—Comprendo. Verá, don Dámaso Berbel fue asesinado esta mañana a primera hora. Mientras decía misa en la iglesia del pueblo.

—Dios santo... —El cura reacciona despacio, asociando temores e informaciones que poco tienen que ver con su actuación ante el guardia civil.

—Ha sido un crimen terrible. El pueblo entero está muy consternado.

—No me imaginaba algo así, más bien pensé que había enferma do en su casa o algo parecido al ver tantos vehículos en la puerta.

—También han desmantelado la casa. Acabamos de finalizar el inventario de sus efectos personales. Alvaro aprovecha la actitud receptiva que su condición de sacerdote extranjero ha producido en el teniente para sondearlo.

—Dice usted que han entrado en esta casa... Verá, estoy realizando una investigación bibliográfica y... de hecho, una de las razones de mi desplazamiento a este país es la de revisar unos documentos que don Dámaso iba a poner a mi disposición. ¿Me permitiría entrar un momento y comprobar...? Sólo para asegurarme si han sido dañados.

—¿Son documentos valiosos? Aún estamos investigando el motivo que ha podido llevar a esta gente a entrar en la casa.

—En absoluto. Su valor es puramente filológico.

—Lo siento, pero no puedo autorizarle a entrar. Todas sus pertenencias han sido puestas a disposición del juzgado instructor. Tendrá que pedírselo al juez o, en su momento, a los herederos.

—Lo entiendo. De todas formas, al menos sí podrá informarme... Mire, me consta que los conservaba en una vieja maleta de cuero marrón con una guarnición metálica. Algo más grande que un portafolios convencional.

—No. En la casa no hay ninguna maleta de esas características. ¿Está seguro de que carecen de valor esos documentos?

—Ni siquiera en los medios donde estamos interesados por estos temas daría nadie un euro por ellos. Y

no se preocupe por la maleta. Supongo que con los años se habrá deshecho de ella. Siguen hablando todavía un rato bajo el porche.

Riven les escucha en silencio.

Alvaro responde mecánicamente a algunas preguntas más. Cuando el teniente Córdoba le pide una dirección donde localizarle, le cuenta que aún no ha buscado un

hotel, y le da una tarjeta con un teléfono del Vaticano donde puede dejarle cualquier mensaje.

Pero, mientras habla, el cura va tomando conciencia de la naturalidad con la que está aprendiendo a zurcir realidades con ficciones en las últimas horas.

La tarjeta es auténtica, aunque contiene un número de teléfono que ya no está en funcionamiento. Dámaso Berbel guardaba los documentos en la maleta que ha descrito, aunque jamás se hubiera desprendido de ella, porque no abrirla formaba parte de su juramento.

El viejo Efrén acertó al alertarle sobre los acontecimientos que se aproximaban, aunque en ningún momento le ha explicado cómo podía saber el peligro que corrían los Custodios cuarenta y ocho horas antes de que asesinaran a Dámaso.

La charla con el teniente se va convirtiendo en un intercambio intrascendente y Alvaro piensa en las preguntas que debe formularle a Efrén cuando tenga oportunidad.

Aunque lo que realmente desea es volver a ver el cuello desnudo de Aleja bajo las sábanas.

7

Aleja camina deprisa bajo el paraguas. Desde su casa puede cubrir a pie perfectamente la distancia que la separa de la tienda en la calle Calatrava.

La poca luz de un día permanentemente empañado por la lluvia comienza a desaparecer; pero ella vive de noche. Está acostumbrada a levantarse a esta hora. Se ha recogido el pelo en un moño pequeño, no se ha puesto maquillaje, se ha vestido con un traje gris oscuro de corte varonil que le va demasiado grande y no se ha puesto nada debajo; encima, su impermeable negro. Ha eliminado cualquier vestigio femenino de su imagen. Parece cualquier cosa menos un hombre.

No se cruza con otros transeúntes. Apenas hay tráfico.

Las primeras putas y chaperos de la zona hacen su desanimada aparición en los portales. Incluso en aquellos

barrios, el ayuntamiento ha instalado adornos navideños luminosos que cruzan la calzada. Las bombillas se fundieron a los pocos minutos de ser encendidas por primera vez. Nadie se ha molestado en reemplazarlas.

Es una tienda pequeña, antigua, sucia. El rótulo de DELTA-99, aparte de la alusión al personaje del cómic, sugiere una pretensión de originalidad en el momento de su inauguración de la que se ha desistido hace mucho tiempo. Ahora es sólo una borrosa tienducha de tebeos que apenas se sobrevive a sí misma. Tras un escaparate polvoriento se ve un montón de cuadernos apaisados de Roberto Alcázar y Pedrín en un lugar de honor, rodeado de revistas amarillentas de *Hazañas Bélicas*, *Johnny Hazard*, *El Jabato*, *Corto Maltese*, *Torpedo*, *Flash Gordon*, *The Phantom*, *Blake el Mago*... colecciones de historietas encuadernadas de Ríck Kirby, Barbarella, Conan, el teniente Blueberry, The Spirit, Vampus... expositores saturados de ejemplares de la editorial Brugera mezclados con producciones exunderground de *El Víbora* o *Cairo* dispuestos de forma desordenada y poco atractiva, todo ello bajo un póster del dibujante Steve Dikton y un cartel que propone COMPRAR, VENDER O CAMBIAR. Pero no hay luz en el establecimiento y la puerta está cerrada. Aleja intenta abrir y, cuando no lo consigue, golpea el cristal con el mechero hasta escuchar pasos en el interior y el sonido metálico de la cerradura.

—Paciano... Hola.

—Hola. Perdona, pero ya he cerrado la tienda. Tengo que preparar un pedido por correo que me ha solicitado un coleccionista y...

—No te preocupes. Terminamos enseguida. —Aleja se abre paso por la puerta entreabierta, aparta al tipo que la mira tímidamente y se introduce en el interior—. Cierra con llave. Cuando el hombre la ha obedecido, rodea el mostrador que ocupa casi por completo la pequeña estancia y se cuela por la entrada de la trastienda. Es una habitación cubierta de estanterías abarrotadas de tebeos en todos los

formatos y de todas las épocas, algunas enciclopedias des encuadradas sobre el tema y cajas de catálogos desfasados en el suelo, que hace las veces de almacén y despacho.

—De verdad que hoy no puedo atenderte.

—Ya te he dicho que no voy a robarte mucho tiempo. Siéntate. —Él se queda indeciso en la entrada—. Siéntate.

Cuando Paciano se sienta en el único sillón de la sala, ella deja el paraguas en el suelo y cuelga la gabardina en el saliente de uno de los estantes. Después introduce lentamente la mano derecha entre las anchas solapas de su chaqueta. No lleva nada debajo: un juego de sombras y de volúmenes indefinidos asoman por el precipicio del escote, con un lunar rojo bajo la clavícula izquierda como único punto cardinal. Al fin, extrae del bolsillo interior un disquete que coloca sobre el escritorio desde donde el hombre intenta no mirarla, entre una lámpara dotada de un lente de aumento que es la única iluminación de la estancia, un escáner desmantelado, un ordenador de última generación y un envase de natillas a medio comer.

—Sólo he venido a traerte esto. El mismo proceso de las otras veces. —Le tiende el disquete dejando ver en el antebrazo un tatuaje con un pantáculo invertido.

Es un individuo de unos treinta y cinco, de baja estatura, con una calva y una barriga blanda de trabajador sedentario que lleva puestas desde hace más de diez años, la misma antigüedad de los pantalones de tergal marrón, del jersey con cuello de pico y de la camisa a cuadros. La sonrisa ensalivada y la ausencia de líneas relevantes en la palma de las manos son indicios de estancamiento en una edad aún anterior. Nerviosamente, evitando mirarla en todo momento, arroja el frasco de natillas a la papelera, junto con otros muchos recipientes similares, e intenta hablar con tono decidido.

—Verás... quería decirte... Mira, no voy a volver a hacerlo.

—Vaya.

—Es demasiado peligroso. De verdad que no quiero líos.

—No te compensa —aparentemente comprensiva.

—No.

De pie, la mujer se enciende un cigarro negro y deja pasar el tiempo.

Paciano trastea con las herramientas que estaba utilizando para reparar el escáner, evitando siempre su mirada.

Se van densificando los minutos.

La engañosa acústica del local disimula o acentúa el sonido del aguacero en el exterior,

—Ya sé que tú eres sólo una intermediaria. Dile a quien te mande que tengo mucho trabajo. Que no has podido convencerme.

—Así que sabes cosas.

—Bueno, me las imagino, por la manera en que me planteaste todo esto...

—Yo también sé cosas de ti.

Aleja se coloca muy cerca del hombre y va abriendo los cajones del escritorio mientras habla, curioseando sin prisa. Al fin, al abrir el último, parece encontrar lo que buscaba.

—Deja eso. Es personal.

—Es que mí relación contigo es muy personal.

El hombre intenta cerrar el cajón pero ella lo sujeta con fuerza.

Tranquilamente, va extrayendo del interior varios cómics en blanco y negro de la editorial Marvel. *Los Vengadores. Thor. Dan Defensor. La Patrulla X. Los Cuatro Fantásticos. Namor.* En el interior de un ejemplar de *Estela Plateada...*

—Suelta eso, por favor. Estos números están reservados.

—Paciano intenta recuperar la revista.

—Tranquilo. —Aunque la mujer la mantiene fuera de su alcance.

En el interior de un ejemplar de *Estela Plateada* descubre una hoja impresa; es un diseño hecho por ordenador en el

que se puede ver a un hombre pequeño y desnudo haciéndole una felación a un repulsivo minotauro.

—Te decía que yo también sé cosas de ti, Paciano. Sé que el dinero no te importa.

—No.

—Es bonito —refiriéndose al dibujo—. Sé que en el colegio León XIII te llamaban Lechuza y que hasta los maestros se reían de ti. Sé que cuando tus compañeros del instituto San Isidoro empezaban a salir con chicas, tú te quedabas en casa leyendo febeos. Sé cómo te alegró que muriera tu madre. Que no pasaste de primero de ingeniería porque preferías quedarte en casa enredando con tu ordenador a presentarte a los exámenes. Que no tienes amigos. Que hace años que no apareces por casa de tus parientes. Que vives solo y que pasas más tiempo en la tienda que en tu casa.

—¿Quién te ha contado todo eso?

Aleja tira la ilustración sobre la mesa y sigue sacando algunos cómics más. Al fondo, tras un mazo de papel continuo, encuentra dos manoseadas revistas pornográficas de temática homosexual. El hombre se pone de pie intentando arrebatárselas pero ella las coloca a su espalda, protegiéndola descaradamente con su cuerpo, hasta que Paciano comprende que la única manera de recuperarlas es echándose sobre la mujer. Es menos comprometido desistir y quedarse de pie sin mirarla jugando con las herramientas.

—Sólo quiero verlas. —Empieza a pasar las hojas—. Están bien. Son un primer paso. Pero ya estás preparado para el siguiente.

—No sé qué quieres decir.

—Necesito que sigas haciendo lo mismo por mí. Pero con más frecuencia.

—Ya te he dicho...

—Ya sé que el dinero no te importa. También necesito que hagas algunas cosas más. —Acaricia algunas fotos con la yema de los dedos y apoya la otra mano en el hombro de

Paciano—. ¿Te gustaría asistir a ¡a fiesta dci pabellón psiquiátrico?

—...

—El enfermero de la tercera planta tiene un aneurisma de aorta. Él no lo sabe, pero el viernes, a las once y veinte de la noche, justo antes de repartir los ansiolíticos entre los internos de las salas a su cargo, la arteria le va a estallar por fin en el pecho, matándolo en unos segundos. Nadie va a notarlo. Nadie excepto los enfermos. Alguno de ellos no podrá conciliar el sueño y se llegará hasta el control de enfermería y descubrirá el cadáver. Pero no dará la alarma. Lo mirará un rato sonriente y después se dedicará a dar la noticia a sus compañeros. Abrirá las celdas acolchadas de los más agresivos. Se irán reuniendo en el salón de terapia. En silencio. Fumando un cigarro tras otro. Disfrutando de estar levantados hasta tan tarde en muchos años. Una chica joven y extremadamente delgada hará alguna payasada para divertir a los demás. Dará un paso de baile. Se bajará el pantalón del pijama. Un tipo con barba y con los ojos hinchados comenzará a masturbarse con rabia, con la mano derecha y con la mano izquierda, alternativamente. Un viejo de sonrisa perpetua se unirá al baile de la chica. También se bajará los pantalones y se meterá un dedo en el culo. En silencio. Un individuo de largas patillas se acercará a su gordo compañero de cuarto y le dará un puñetazo en la espalda. Y otro más. A intervalos regulares. Otro más. En silencio. Una mujer de unos cincuenta años, muy maquillada, tendrá ganas de orinar pero no querrá perderse ni un minuto de la fiesta, así que se acercará a la pareja que baila en el centro de la sala y lo hará allí en medio. En un sofá hay un chico desnudo y sin vello en el cuerpo, con la cabeza rapada, que se la está chupando a otro chico desnudo sin vello en el cuerpo con la cabeza rapada. El tipo de la barba y los ojos hinchados sigue masturbándose frenéticamente, con los dientes apretados. En silencio. Un hombre alto y fuerte con una polla minúscula le babea los

pechos a una anciana indiferente. El individuo de largas patillas ha seguido

golpeando a su gordo compañero de forma sistemática pero progresiva. Cada vez más fuerte. En silencio. Una rubia observa de pie el espectáculo mientras se golpea la cabeza contra la pared, tranquilamente. La mujer que ha orinado en el suelo intenta conseguir una erección sin éxito del viejo que baila con la chica esquelética. El individuo de las patillas continúa golpeando al gordo, que ahora no es más que una masa cianótica y muerta. El tipo de la barba y los ojos hinchados está convulsionando: expulsa espuma por la boca al mismo tiempo que eyacula. En silencio. —La mano de Aleja desciende lentamente por la espalda del hombre—. ¿Te gustaría asistir a la fiesta del pabellón psiquiátrico?

—¿Te gustaría estar allí, sin que nadie te recuerde después? Sin peligro. Participar sin tener que seducir. Sin que nadie sepa quién eres. Con la certeza de no volver a verlos nunca más. La luz indirecta de la lámpara.

La acústica del edificio.

La mano de Aleja, que ahora es el mango de un destornillador que ha tomado del escritorio y que recorre despacio la espalda del hombre.

—¿Te gustaría asistir a la fiesta de los urinarios públicos? Los que hay en la plaza de la Encarnación. La semana que viene, a eso de las cuatro de la madrugada. Cuatro o cinco hombres estarán meando en la hilera de sanitarios. Mendigos, borrachos, tipos solitarios... Uno de ellos se acercará a la puerta y la atrancará con una fregona. Apagará las luces. Sin cambiar una palabra, ¿sabes? Sin cambiar una sola palabra comenzarán a tocarse. Cuatro o cinco individuos perdidos que se desnudan compulsivamente —Aleja pasea el mango del destornillador por las nalgas del dueño de la tienda—, que se magrean, que se revuelcan sobre los charcos de orina y barro, como en la más asquerosa de tus pesadillas, ésas de las que re despiertas reventando de excitación... ¿Te gustaría?

—...

—En este nuevo siglo, la otra Sevilla, la que no sale en los documentales, la oculta, está celebrando fiestas de disfraces y el sexo asiste a ellas con su máscara de enfermedad, de violencia, de suciedad, de locura.

—...

—Responde, Paciano. ¿Quieres que te deje entradas para alguna de ellas? —Le habla al oído y le apuñala el culo rítmicamente con el mango a través de los pantalones.

—...

—¿Te gustaría asistir a la fiesta que va a montarse mañana el equipo de limpieza de la Estación de Autobuses?

—...

—¿O es que todavía no te has cansado de follar únicamente con el Capitán América?

—...

8

Tendría que esforzarse Riven para recordar la última vez que comió en un restaurante. Da igual que sea una venta de carretera, que los hayan colocado al fondo de una desproporcionada nave precariamente iluminada, con deslucidos adornos navideños y un cartel a la entrada de SALÓN DE BODAS, COMUNIONES, BAUTIZOS Y OTRAS CELEBRACIONES, o que nadie más que ellos —excepto un viejo, presunto dueño del establecimiento, sentado al otro extremo del comedor escuchando un transistor a bajo volumen— ocupe el resto de las mesas. Al menos están ubicados junto a una ventana que les permite perderse en el contraste entre la oscuridad del principio de la noche y el brillo de la autovía mojada.

En cuanto les han servido la comida, Alvaro, tras disculparse, se concentra en la pantalla de su ordenador portátil mientras toma cucharaditas de un consomé.

El murmullo del noticiario en alguna emisora de onda media procedente del principio del local no es sino una variante que ha adoptado el silencio.

Riven, que ha encargado un enorme entrecot de ternera con patatas y ensalada mixta, se descubre a sí

mismo utilizando el tenedor con la mano izquierda y el cuchillo con la derecha para cortar la carne en pequeños trozos, limpiándose la boca innecesariamente con el pico de la servilleta antes de tomar cada sorbo de agua, vertiendo el vino tinto con soltura a tres centímetros justos de las copas antes de que estén completamente vacías. Le dedica una sonrisa amarga al resurgimiento inconsciente de afectación originaria de una edad borrada por la muerte, reescrita por la muerte. Se recuerda que en este ser, después de la vida, ya no tiene por qué

molestarse en observar esa clase de reglas. Apura la copa de un trago, vuelve a llenarla apoyando la botella sobre el borde y se cambia el tenedor a la mano derecha para devorar el filete. Al fin, Alvaro, sin apagarlo, aparta el ordenador con un gesto desesperado, desiste de terminar el consomé ya frío y prueba la tortilla de espárragos mientras habla con una sonrisa cansada.

—Estamos en un buen lío.

—Yo no estoy en ningún lío. A no ser que no tenga dinero para pagar la cena.

—Es cierto. Soy yo quien debe resolver todo esto. Pero me gustaría... —No sabe cómo formular su propuesta—. Si me permite la observación, se me hace extraño que no tenga usted otra clase de trabajo. Por su manera de hablar, parece usted una persona formada.

—No se engañe. Sólo son secuelas de anteriores reencarnaciones.

—Ya. —Toma la respuesta como una broma mientras sigue ordenando sus pensamientos—. Mire, en cuanto terminemos la cena he de hacer una visita... en realidad, hay cosas que no puedo revelarles ni a usted ni a nadie, pero creo que es justo que conozca algunos detalles de la misión que me ha traído a esta ciudad.

—Usted no está obligado a contarme nada. Y yo no estoy seguro de querer oír sus confidencias.

—Lo comprendo, después de lo que nos ha ocurrido. Pero, aun así, tengo que hacerle una proposición. Permítame esbozársela. Siempre podrá negarse si no le interesa.

—A mí pocas cosas me interesan; incluyendo mi oficio de aparcacoches. Siga. Alvaro acepta la invitación empieza por girar el ordenador de manera que una tabla de datos centrada en la pantalla quede a la vista de ambos.

CUSTODIOS

DIRECCIONES

OBSERVACIONES

DÁMASO

C/ Calvario Alto, 12 (Mairena
Párroco de la localidad

BERBEL

del Alcor)

CORONADO

Av. República Argentina, 205,
Tuvo una hija con una feligresa.

BASQUIER

4." izda
Jubilado.

ÁNGEL MARÍA

Ingresado en H. Tomillar (Hab. Capellán del Ejército.

DECOT

415)

Enfermo terminal

PELAYO

C/ Escultor Sebastián Santos,
Actividades sociales y sindicales.

ABENGOZAR

C1,122,6º A

ONÉSIMO CALVO-

Av. La palmera, 93
Catedrático de Geografía

RUBIO

Física y humana.

Ríven observa indiferente la relación y continúa con su ensalada hasta que su compañero decide iniciar la explicación.

—En esencia, mi labor consistía en visitar a cada uno de estos cinco sacerdotes, recoger una maleta que cada uno de ellos guarda desde hace más de cincuenta años, todas idénticas, todas selladas, y entregarlas en la ciudad de Atalaya. Nada sé de ellos en la actualidad, nada más que la información que está usted viendo en el ordenador y que me han facilitado esta misma mañana.

—Pero la cosa se ha complicado.

—Usted ha sido testigo. El ataque del que fui objeto, el asesinato del pobre Dámaso, la desaparición de la maleta que conservaba... Todo ello nos da una idea de hasta donde están dispuestas a llegar ciertas personas por apoderarse de ellas. Por otra parte, aunque logre reunir las otras cuatro sin más contratiempos, aún tengo que averiguar dónde se encuentra la que ha desaparecido esta noche. Y le aseguro que no sé por dónde empezar.

—Pero, sin duda, estará al corriente de lo que hay en el interior de las maletas.

—Le aseguro que ningún objeto con el que se pueda comerciar en un mercado convencional. Podríamos decir que su valor es más bien... simbólico. Pero eso no quiere decir que sea menospreciado para las personas que pretenden arrebatarlas. Ni siquiera yo tengo una noción exacta de sus auténticas dimensiones. Cumpló un encargo póstumo. Mi tío, el cardenal Tertulli, puso su confianza en mí antes de su muerte y no puedo decepcionarle. —Queda en silencio unos segundos y cuando habla parece que ya no se dirige a su interlocutor—

. Nos oponemos a una Alianza demasiado poderosa, capaz de cualquier cosa. El equilibrio es demasiado delicado. Todos nos jugamos mucho en esto. Todos. La

humanidad entera. Creyentes o no. —Otra pausa y tampoco regresa del todo al finalizarla—. Además hay otra... potencia, que actúa al margen de ambos bandos. Una potencia que nadie puede controlar...

El silencio de Alvaro parece amplificar la voz que surge de la pequeña radio que escucha el adormilado propietario del restaurante. El locutor habla de «la masacre del *San Ignacio*». Riven sabe que el *San Ignacio* es un buque-escuela con seminaristas jesuitas que lleva unos días atracado en los muelles de Sevilla, pero no logra distinguir en qué ha consistido exactamente la masacre.

—De momento eso es todo lo que puedo contarle. — Alvaro parece obligarse a volver a la realidad.

—Cuando quiera puede hacerme su propuesta. O hablarme directamente de la pasta.

—No parece usted un hombre obsesionado por el dinero.

—Se equivoca. Como ya no uso reloj, el dinero, la velocidad con la que se agota, es el único parámetro que me ayuda a medir el paso del tiempo.

—Eso no va a ser ningún problema. Verá, necesito a alguien que conozca perfectamente este escenario, que me permita agilizar mis movimientos. Que me asesore sobre lugares y personas. Que me eche una mano si vuelven a surgir dificultades.

—Pues ya que no podrá encontrar a nadie de esas características, puede contar conmigo. Seis mil si conseguimos las maletas; tres mil aunque no las consigamos; los gastos a su cargo.

—Me parece justo.

Alvaro parece reanimarse mientras va tomando conciencia de que no tendrá que enfrentarse solo a su empresa.

—Aunque la información que le haya facilitado le parezca escasa, le aseguro que es más de lo que le he contado a nadie en toda mi vida. Créame, este asunto nos trasciende a usted y a mí.

—¿Por donde empezamos?

—Tenemos que seguir el orden expuesto en el listado. — Señala la pantalla—. Según parece, Coronado Basquier reside en el número 205 de República Argentina. ¿Sabe usted dónde está situada esa avenida?

—Por supuesto. Siempre es un placer pasear por los barrios de clase alta. Ninguno se mueve de su sitio.

Prosigue el murmullo de la radio.

Sentado a la mesa de una venta de carretera, un tipo bien parecido, más grande que alto o fuerte, el pelo oscuro a la altura de los hombros contrastando con el vello rubio de la barba de varios días, ojos de color verde cambiante que expresan amargura o inhibición o inteligencia o temeridad o hastío o locura, unos vaqueros

gastados y una camisa militar que terminan de hacer imposible cualquier intento de clasificarlo en ningún modelo sociocultural, fuma junto a otro individuo de unos sesenta años, delgado, de la estatura correcta para no resultar nunca demasiado alto o bajo junto a nadie, con el cabello y la barba perfilados del modo correcto en una correcta tonalidad gris plata que apenas se mueve con gestos breves y correctamente sincronizados, como si pretendiera resguardarse de los nuevos tiempos bajo la elegante indumentaria de su vieja corrección. Ambos en silencio. Demorando unos minutos más su regreso a la ciudad y a lo que en ella les espera.

9

El comisario Arreciado conduce despacio. A esa hora de la tarde-noche no tiene muy claro si empieza o finaliza su jornada laboral. La emisora de la policía emite comunicaciones codificadas cortas, casi al ritmo del limpiaparabrisas que despeja periódicamente el paisaje del casco urbano en el cristal. Cuando se cansa de oír la voz del oficial de sala y las respuestas desgastadas de los patrulleros, aprovecha un semáforo para apagar la emisora

y sacar de la guantera el frontal extraíble de la radio convencional.

La lluvia cae ahora con menos fuerza y permite distinguir con claridad los muslos abiertos hasta la falda corta de la chica que aguarda la luz verde en el pequeño coche violeta paralelo al suyo. El policía le mira las piernas, la mira a los ojos, le recorre las piernas despacio y vuelve a ¡os ojos en espera de alguna reacción. Lo que ve en los ojos de la muchacha es el deseo agresivo de un tipo grande y fuerte de cincuenta años con un bigote que comienza a encanecer, una estrecha corbata negra de punto de las que nadie usa, una orgullosa cabeza rapada en las pocas zonas donde aún conserva algo de cabello y una expresión achulada aún más anacrónica que la corbata. A ninguno de los dos le gusta lo que percibe en la mirada del otro, y aceleran con ganas en cuanto cambia la luz del semáforo.

Puede ser el cansancio o el puto tiempo, pero Arreciado piensa que, desde su último cumpleaños, ha obtenido otras muchas veces la misma respuesta en mujeres de esa edad. Conecta las noticias de la radio.

«... recrudescimiento del Ulster.

«Pero volvamos a lo que es, sin duda, la noticia del día. Procedentes de todo el mundo continúan llegando a nuestra redacción reacciones de repulsa, de asombro y consternación frente a lo que ya todos conocen como "La masacre del *San Ignacio*". Como saben ustedes (se lo hemos estado contando en noticias de alcance a lo largo de todo el día), a primera hora de la mañana se han descubierto los cuerpos degollados de veintidós escolásticos y dos miembros de la tripulación de la nave, sin que hasta ahora se haya descubierto ninguna pista que conduzca a averiguar la autoría de semejante matanza.

»Por motivos obvios, el suceso está teniendo especial repercusión en nuestra ciudad, adonde se ha desplazado el ministro del Interior para conocer personalmente las

medidas que se están adoptando para el esclarecimiento de los hechos.

»Retomemos el acontecimiento desde el principio.

»Según la información que nos ha hecho llegar el padre provincial de la Orden, el buque-escuela *San Ignacio* es una embarcación que fue fletada por la Compañía de Jesús hace doce años con el objetivo de completar el ciclo de formación de un grupo destacado de cada promoción de aspirantes a sacerdotes en un centro de educación itinerante por algunas de las ciudades más importantes del mundo. Se pretende con ello un acercamiento a culturas distintas a las originales de cada candidato, combinado con unos meses de convivencia y conocimiento mutuo, sin descuidar la tradicionalmente intensa preparación que requieren todos los miembros de esta orden.

"Dentro de su periplo anual, el barco llevaba dos días atracado en el puerto de Sevilla, noticia de la que ya nos hicimos eco en su

»Pues bien, esta mañana cuando un grupo de profesores, alumnos y personal de tripulación regresaban de una excursión a Granada, descubrieron los cadáveres de los veintidós escolásticos, el primer oficial y el cocinero. O sea, de todos los ocupantes del barco que no habían participado en dicha excursión.

«Según fuentes del juzgado de Instrucción n.º 5, a cuyo cargo está la indagación del caso, consultadas por esta emisora, todas las víctimas fueron ejecutadas con el mismo *modus operandi*, esto es, de un tajo en la garganta con un instrumento bien afilado, presumiblemente mientras estaban durmiendo.

«Contactamos ahora con nuestra unidad móvil desplazada al lugar de los hechos para recibir información de última hora. Adelante, Pepa Márquez...

»Sí... Pepa, ¿me recibes?

»"Ahora sí, José Miguel, perfectamente. A esta hora de la noche, continúa el dispositivo montado alrededor del buque-

escuela *San Ignacio*. Una ambulancia acaba de retirar al último fallecido, pero la dotación de la brigada judicial permanece en el interior del barco llevando a cabo la correspondiente inspección pericial del escenario del crimen múltiple. Según el testimonio que hemos podido recoger de las personas que han subido a la embarcación, el aspecto de los dormitorios es absolutamente dantesco. Un auténtico río de sangre, y cito palabras textuales. Y un dato importante: no se han observado signos de robo en el lugar. Repito, no existe constancia de que haya desaparecido ningún objeto de valor. Por lo tanto, desechado este móvil, nadie se atreve a aventurar una hipótesis acerca de la causa del asesinato.

»"La lluvia sigue cayendo ininterrumpidamente en Sevilla.

«"Diversos vehículos de la policía vigilan la zona del puerto donde se encuentra amarrado el *San Ignacio*.

»"El muelle del Batán presenta esta noche un aspecto absolutamente siniestro.

""Seguiremos informando."

"Muchísimas gracias, Pepa.

»En Roma, el superior general de la Orden, monseñor De Pessoa, ha reunido a los medios de comunicación en una rueda de prensa internacional para declarar que aún es prematuro delimitar el alcance de

"tan trágico suceso", pero que "más que un atentado contra los jesuitas, considera este terrible acontecimiento como un ataque contra la humanidad en general y contra la Iglesia en particular".

»Les tendremos al tanto de las novedades que se produzcan en relación a este tema.

»A continuación pasamos a resumir en titulares otras noticias de interés:

»El secretario general de las Naciones Unidas...»

El siguiente semáforo también está en rojo para el comisario Arreciado. Hay otra mujer sola en el interior de

otro coche pequeño contiguo al suyo.

Al policía ni siquiera se le ocurre la posibilidad de no hacer su habitual intento de acortar la distancia entre los dos vehículos mirándole alternativamente los ojos y las piernas.

10

A Riven, que ha tomado posesión del Volkswagen Passat, no le resulta difícil encontrar estacionamiento en la plaza de Cuba. Un buen lugar desde el que llegar a pie a la avenida de República Argentina. Alvaro y él se levantan el cuello de las gabardinas para protegerse del chirimirí que se confunde con la niebla.

La bruma del Guadalquivir descompone las formas de aquella parte de la ciudad en un vaho verdoso, una amenaza húmeda viscosa que se expande por el desierto de las aceras, una masa asfixiante que metaboliza

los sonidos y los colores, que apaga ¡a realidad para desorientarnos con una visión anticipada de la atmósfera que nos ahogará en el infierno.

Mala noche para andar por las calles.

El número 205 de la avenida está más lejos de lo que suponían. No hay ni una sola ventana con luz en todo el edificio y, por supuesto, no contesta nadie al videoteléfono del portal cuando Alvaro pulsa el botón correspondiente al 4.º Izquierda.

—Es hora de que esté dormido.

—Y nosotros también —responde Riven apoyándose en la cancela, que se abre bajo su peso—. La clase alta tendría que revisar sus sistemas de seguridad.

—Subamos.

Un ascensor amplio y tapizado los deja silenciosamente en el cuarto piso. En la puerta de la izquierda encuentran un marbete dorado con el nombre de «Coronado Basquier» y una línea de luz que se filtra por el borde del quicio mal encajado.

—Demasiadas puertas abiertas —comenta Riven, introduciendo la mano en el bolsillo. El sacerdote pulsa el timbre varias veces y después se decide a entreabrir y gritar el nombre del propietario en el inicio del pasillo vacío.

Ríven, que ya tiene la navaja en la mano, aún sin desplegar, se abre paso por la oscuridad del largo corredor, en dirección a la sala de donde surge la única iluminación de todo el piso, seguido de Alvaro, que ha vuelto a cerrar la puerta de la calle.

Una doble puerta corredera les separa de un enorme salón precariamente alumbrado por el resplandor de una antigua lámpara de pie.

Pero la lámpara irradia suficiente luz como para mostrarles una escena que los deja inmóviles en la entrada del comedor.

Riven es el primero en reaccionar. Con la navaja abierta desaparece en el interior del piso durante unos segundos. Cuando regresa, Alvaro permanece en el mismo sitio.

—Es una bonita casa, llena de objetos de valor. La han destrozado... probablemente en busca de su famosa maleta. No se preocupe, ya no queda nadie aquí. Nadie excepto él. Entremos. La semioscuridad no permite distinguir con detalle las maderas nobles de los muebles, la suave piel de los sillones, la firma de los cuadros originales, la cuidada encuadernación de los libros, el costoso metal de las esculturas.

Únicamente permite ver con claridad una expresión de aterrado dolor interno, imborrable, tatuado en los ojos del anciano desnudo.

Los intrusos han despejado el centro de la sala.

Han utilizado gruesas cuerdas para amarrarle las piernas y los brazos abiertos en forma de aspa a las patas de los pesados muebles.

Le han arrancado la nariz y la oreja izquierda. Le han cortado todos los dedos de las manos. Le han cortado ocho dedos de los pies. Le han aplastado los pezones. Le han

atravesado los testículos. Le han quemado el pene. Tiene una abertura limpia a la altura del abdomen por donde le han extraído una parte del paquete intestinal. Un ancho desgarró en el muslo que deja al descubierto un segmento del hueso y de la masa muscular. Le han seccionado la piel en las axilas, en las ingles, en la planta de los pies. Y además lo han asesinado.

—¿Qué clase de personas pueden creer que hacen esto en el nombre de Dios?

Alvaro se arrodilla junto al cadáver y murmura una breve oración.

Riven sigue de pie, impasible. Pero tienen que pasar unos minutos antes de que recuerde que aún tiene el puño fuertemente cerrado en torno al mango de la navaja.

Cuando Alvaro termina de rezar, se arrodilla a su lado.

—Este hombre no les ha dicho nada. No lo han logrado. La tortura ha llegado demasiado lejos. Las personas a las que se puede arrancar información a través del dolor físico, o sea, la inmensa mayoría de las personas, siempre confiesan en las primeras fases del tormento. Está claro que esta gente se ha divertido con el martirio. Pero nuestro amigo no les ha dicho dónde esconde la maleta.

Alvaro tarda unos segundos en responder, el tiempo de salir de aquel cuadro sangriento y volver a situarse en el contexto de la expedición que ha emprendido.

—A pesar de su condición de sacerdote, tenía una hija. ¿Recuerda las observaciones del listado?

—En esta casa no hay más que un dormitorio. Es posible que no viviera con él.

—Es posible. Es posible que a pesar de su dinero, de todos estos lujos y comodidades, haya terminado sus días completamente solo. Es posible que se lo mereciera. Que jamás hiciera nada por nadie. Que ni siquiera haya sabido preservar sus votos de sacerdote. No lo sé. Pero una vez le pidieron que custodiara algo de gran valor, y cincuenta años

después ha sabido enfrentarse a todo este horror por cumplir su promesa.

—Tenemos que irnos de aquí.

—Sí.

Los dos hombres se ponen de pie.

Debe haber un reloj en algún lugar de la penumbra porque tres notas musicales marcan el avance de la madrugada.

Ninguno de los dos parece tener intención de marcharse.

11

La secretaria sustituta recibe un fax urgente.

La estación internacional de autobuses Autopuerto'92, construida en el antiguo emplazamiento del Regimiento Soria 9, dispone de una escondida puerta trasera situada en las viejas muralla: que dan a un polígono industrial.

La llovizna se convierte en una tromba de agua que aclara la profunda oscuridad de la madrugada. El coche negro con los cristales tintados y la matrícula diplomática se detiene junto a la entrada trasera sin apagar el motor. En el interior, el obispo regionario César Magallanes y el sacerdote negro que siempre lo acompaña aguardan en silencio.

Desde el día en que la contrataron para cubrir el turno de noche durante la baja temporal de un administrativo en la nueva estación de autobuses, la secretaria sustituta comprendió que abundaban los elementos extraños en aquel lugar. Por ejemplo, de entre todos los empleados ella era la única sevillana; el resto del personal procedía de otras partes del país, y todos los cargos de responsabilidad estaban ocupados por extranjeros. Por ejemplo, aunque a juzgar por la envergadura del proyecto debía tratarse de una empresa privada de un gran potencial económico y operativo, jamás había oído hablar antes de la firma propietaria de la estación. Por ejemplo, estaba dotada de una zona administrativa inusualmente compleja para una terminal de autobuses, con un laberinto de oficinas

organizadas en distintos niveles, a la mayoría de los cuales —los que aparentemente no tenían relación directa con la gestión del apeadero— ella no tenía acceso. De todas formas, era su primer contrato, el trabajo era escaso y el salario espléndido. Le habían advertido que no estaría allí más que unas semanas, pero nunca se sabía si se esforzaba lo suficiente.

Cuando escuchó el zumbido del fax a aquella hora de la madrugada, la secretaria sustituta dejó

inmediatamente las carpetas que estaba clasificando y tomó la hoja que emergía del aparato con el aviso de URGENTE en la carátula junto al nombre del destinatario, Juan Francisco Cras, director general del Autopuerto'92.

Más extraño que la llegada de un mensaje en plena noche era el hecho de que éste no hubiera llegado directamente al fax del secretario de dirección. Pero no podía perder el tiempo con divagaciones. Con la fina hoja de papel en la mano cruzó varios pasillos desiertos hasta llegar a la antesala del despacho del director.

—¿Necesitas algo de nosotros? —la interrogó severamente una recepcionista con acento extremeño.

—¿El señor Cras sigue aquí?

—¿Por qué?

—Acabo de recibir un fax urgente para él.

—Ha salido ahora mismo.

La otra mujer tardó unos segundos en elegir la decisión menos comprometida. No quería ponerte un busca al director por una urgencia sin confirmar, ni podía abandonar su puesto para entregárselo ella misma.

—Iba hacia el Área Abierta. —Que era como los empleados denominaban al sector transitable para el público—. Si te das prisa puedes encontrarle antes de que se pierda de vista.

—Gracias.

Regresó rápidamente a los corredores vacíos en sentido contrario al que había venido. En cuanto comprobó que

nadie la veía, emprendió una carrera abierta a toda la velocidad que le permitían los tacones. Era la primera vez que se enfrentaría cara a cara con el director y no quería fallarse. La estación internacional de autobuses Autopuerto'92 se había asentado sobre el antiquísimo recinto amurallado que antes ocupaba el regimiento acorazado y, aunque se había llevado a cabo una revolucionaria remodelación dotando al lugar de los más modernos servicios e instalaciones dentro de su género, se respetó al máximo la estructura del cuartel original, de forma que se utilizó la muralla exterior para delimitar el perímetro de la estación, se edificaron los andenes en el espacio que antes se destinaba para los patios de Armas y se habían reconvertido los depósitos y barracones de la guarnición en el área que actualmente ocupaban los viajeros. Sobre los antiguos calabozos se creó la zona administrativa; algunos hombres que habían cumplido su servicio militar en aquel acuartelamiento afirmaban que existía una doble red de calabozos subterráneos en desuso que abarcaban una gran superficie, pero, según parecía, los arquitectos que se hicieron cargo del diseño de la terminal no les habían adjudicado ningún fin concreto y nadie sabía por dónde se llegaba a ellos en la actualidad.

La secretaria sustituta llegó hasta el final de las oficinas sin alcanzar al director. Apenas se veían viajeros en el exterior. Sólo un cortinaje de lluvia sobre las pantallas de neón y algún autobús que emprendía desganadamente su marcha.

El vigilante jurado que guardaba las dependencias se sorprendió al verla llegar a la carrera.

—¿Ha visto usted al señor Cras?

—Acaba de salir. —El vigilante se adelantó un par de metros y señaló un punto en la oscuridad—. ¿Lo ve?

—Gracias.

Protegiéndose en los soportales y andando muy deprisa, casi se perdía de vista la figura del director. Llevaba un gran

paraguas negro en la mano sin desplegar, pero no se había puesto su gabardina, por tanto era más probable que hubiera salido para realizar alguna gestión o a recibir a alguien que para marcharse definitivamente.

La secretaria sustituta, detrás.

Como el cuartel original, la estación tenía un trazado longitudinal que favorecía la llegada y salida de autobuses. La fachada exterior, donde se encontraba la entrada principal, daba a la avenida de Andalucía en su enlace con la autovía A-92, de donde la terminal tomaba su nombre; y la interior, a una estrecha carretera mal asfaltada que la separaba de un viejo polígono industrial. En esta fachada trasera existía una pequeña puerta que casi nadie utilizaba y hacia la cual se dirigía Juan Francisco Cras.

Era un tipo de unos cuarenta años, arrogantemente discreto, con algún atractivo potenciado por el cargo que ocupaba, distante siempre del personal. En los escasos rumores que la secretaria había atrapado, se decía que su padre era francés y su madre española, que había ocupado altos cargos en Europa, que tenía un gran poder dentro de la empresa.

No era cuestión de llamar a gritos a un tío como ése.

Como la secretaria sustituta preveía, el director salió de la estación por la puerta de atrás. Arriesgándose a que un autobús le pasara por encima y a que su jefe la viera completamente mojada, comenzó a cruzar transversalmente de andén en andén sin respetar los pasillos de peatones. Un riesgo innecesario.

Antes de llegar a la puerta, Cras ya volvía a entrar por ella, cubriendo con su paraguas a un cura que vestía una larga gabardina negra sobre la sotana. Les seguía otro cura, negro y grande, con el mismo atuendo y su propio paraguas.

Si el director general siempre le había parecido un ser carismático e imponente, al lado de aquel religioso parecía

el aprendiz del asistente del más humilde de los lacayos. Ni siquiera la vio.

Estaba demasiado ocupado protegiendo al otro hombre de la lluvia y murmurándole alguna información que parecía de gran importancia.

Ahora era aún más impensable la posibilidad de interrumpirlo para entregarle el mensaje. Lo mejor era seguirle y dárselo en cuanto llegara a su destino.

Enseguida llegaron a los edificios de administración, pero no a la puerta por donde tanto ella como él habían salido, sino a otra por la que se llegaba a la zona de reunión y formación. Cras abrió con una llave que extrajo de un gran manajo, cedió la vez al sacerdote, cerró el paraguas y dejó que el cura negro entrara en último lugar.

Aquel gesto sirvió para que aumentara el desprecio que la secretaria sustituta había comenzado a sentir hacia el director, pero también confiaba en que sirviera para que olvidaran cerrar la puerta con llave. Así fue.

Dejó pasar un minuto y se adentró en las instalaciones completamente vacías. Al fondo del pasillo central resonaban los pasos de los hombres; por esa dirección se llegaba únicamente a la sala de juntas, no había otras puertas en los laterales... era imposible que la despistaran.

Caminó despacio, serenándose, ordenándose el pelo mojado. Alisando el finísimo papel del fax. Dándoles tiempo para acomodarse.

Ante la puerta cerrada de la sala, contó hasta cincuenta y entró.

Era una habitación de unos cincuenta metros cuadrados enmoquetada en corinto, con una gran mesa ovalada rodeada de sillones y oficina tapizados en cuero, ante cada uno de los cuales se había colocado un ordenador portátil. La pared frontal estaba cubierta por un mapamundi con los enclaves del resto de las estaciones de la misma empresa señaladas por el dibujo de un pequeño autobús. No había más puertas en el interior. Ni rastro de los tres hombres.

—Como si se los hubiera tragado la tierra... o la moqueta, más bien —le comentaba la secretaria sustituía a la recepcionista con acento extremeño, de vuelta en la antesala del despacho del director—, Le juro que no lo entiendo. Yo iba a un paso de ellos, los estaba escuchando por el pasillo... No se pudieron escabullir, el pasillo sólo lleva a la sala de juntas. Y allí dentro no hay puertas ni ventanas. No me lo explico. Como no sea que tengan allí un pasadizo como los de las películas, no...

—Señorita, ¿es tan amable de entregarme a mí el mensaje? —No había reparado en la llegada del secretario de dirección, vestido de gris oscuro como siempre, con la cruz de oro en la solapa de la chaqueta, calvo, delgado, ostentosamente desagradable.

—Claro. Le estaba contando a la compañera que he intentado...

—Ése es el segundo problema. No nos gustan los comentarios en esta empresa. Puede continuar con su trabajo.

—Sólo le decía que...

—Gracias.

Cuando, a la mañana siguiente le comunicaron que el administrativo al que reemplazaba había sido dado de alta y que su contrato analizaba automáticamente, la secretaria sustituía no relacionó su mala suerte con el episodio en la sala de juntas de la noche anterior.

Cuando unos días más tarde fallaron los frenos del ascensor en que se encontraba y éste comenzó a bajar velozmente llevándola hacia una muerte inevitable, la secretaria sustituía tampoco relaciono su mala suerte con el episodio de la sala de juntas acaecido en su ultima noche de trabajo en el Autopuerto'92.

12

Como a golpe de machete por una vegetación negra y pegajosa, los parachoques del Volkswagen Passat se abren paso por la selva de lluvia.

Las cinco de la mañana y el diluvio han borrado el perfil de las calles, han apagado las luces, han desahuciado a los transeúntes.

Es imposible continuar la búsqueda por hoy.

Riven se dirige al domicilio de Alvaro en la avenida Menéndez Pelayo para dejar que duerma unas horas. Él se llevará el coche a su pensión y recogerá al sacerdote por la mañana. Ha desconectado la radio tras escuchar las últimas noticias sobre la masacre del *San Ignacio* y, mientras conduce despacio a causa de la escasa visibilidad, observa de vez en cuando un pequeño libro sin título encuadernado en terciopelo rojo oscuro, escrito en italiano, que su compañero lee atentamente.

—Es el diario de mi tío, el cardenal Tertulli; mejor dicho, uno de sus diarios. Otros se han perdido. Mi tío dedicó sus primeros años al estudio de la arqueología bíblica. Llegó a considerársele una autoridad internacional en ese campo. En este diario están contenidos sus primeros trabajos, una especie de cuaderno de campo. Nunca llegó a publicarlo; el rumbo que tomaron sus descubrimientos lo hizo imposible. Pero me entregó

este ejemplar el día de su muerte para ayudarme a comprender el giro que experimentó su vida. Fueron precisamente estas investigaciones sobre los textos sagrados las que le llevaron a tropezarse en 1947 con... el hallazgo que ha desencadenado nuestra... aventura.

¿Conoce usted la Biblia?

—Profundamente. Incluso llegué a memorizar una parte del Ave María y toda esa mierda: «Padre nuestro

/ que estás en los cielos / santificado / sea tu nombre...»

—Comprendo. —Alvaro no contiene una sonrisa ante la irreverencia—. No obstante, es posible que le convenga conocer algunos antecedentes históricos de lo que nos está ocurriendo para comprender mejor el terreno en que nos movemos. Aunque ya le dije que me resulta imposible revelarle la totalidad de la información, no me parece justo

que se arriesgue sin saber exactamente a qué se está enfrentando.

—A lo único que no quiero enfrentarme es a un cheque sin fondos, ya se lo dije. Lo demás no me importa demasiado.

Pero a pesar de sus palabras y de que han llegado frente a! domicilio del cura, Riven no para en doble fila, sino que introduce el vehículo en uno de los huecos de los aparcamientos en batería y, sin detener el motor, enciende un cigarro para escuchar la continuación del relato con una actitud próxima a la curiosidad.

—Debería empezar a contarle la historia desde el principio, pero lo cierto es que no tengo ni idea de cuál es el principio de todo esto. Supongo que habrá escuchado hablar de sociedades secretas. Han existido siempre. Y han proliferado especialmente en épocas de caos: durante los períodos más oscuros de la Edad Media, durante la reconfiguración europea del siglo XIX, durante la transición de la Primera a la Segunda Guerra Mundial... Incluso antes, tenemos constancia de la existencia de multitud de estas sociedades en las culturas de la

Antigüedad. Círculos de conocimiento oculto, al margen de cualquier sistema de poder, constituidos por personas que han dirigido su vida, y a veces la han arriesgado, hacia el estudio de las reglas invisibles que rigen nuestra existencia. Waldenses, rosacruces, gnósticos, teósofos... hombres agazapados en la trastienda de las universidades, en palacios abandonados, en la miseria de los suburbios, en el subsuelo de los monasterios, alrededor de los cuales han surgido innumerables mitos a lo largo de la historia. Alvaro cierra los ojos y deja caer la nuca en el apoyacabezas del asiento. Después prosigue tristemente, como si extrajera las palabras de un rincón de sus recuerdos que confiaba en no tener que volver a visitar.

—De todos estos... sigamos llamándoles mitos... nos interesa uno de ellos. El conocido como *Manuscrito de Dios*.

Una especie de libro de códigos, o más bien, el libro de códigos definitivo, estructurado en cinco capítulos, cada uno de los cuales lleva el nombre de uno de los profetas menores del Antiguo Testamento.

¿Ha oído hablar de Ageo, de Joel, de Nahúm, de Habacuc o de Sofonías?

—¿Sofonías es cuando te dan por el culo?

—Un profeta hebreo del siglo VII antes de Cristo... —Calla Alvaro tal vez abrumado por la densidad de la historia que está relatando o por la parte de la historia que no puede contar. El humo de los cigarros ha empezado por convenir los cristales en superficies totalmente opacas y sigue adueñándose de la atmósfera del Interior del vehículo.

—Y supongo que ahora intentará demostrar que en esos capítulos secretos se puede encontrar algún tipo de prodigioso acertijo.

—En realidad no es un acertijo... o quizá sí se le puede llamar así,

—Es tarde ya para una clase de historia... y no estoy lo bastante lúcido para escuchar adivinanzas. Supongo que tendremos tiempo para hablar de estos temas.

—Lleva usted razón. —Alvaro abre unos centímetros la puerta del coche—. Además, no creo que podamos estar aquí mucho más sin que nos asfixie el humo del tabaco.

—Sí... —En cambio, Riven enciende otro cigarro y añade con una sonrisa—: ¿Y qué tiene que ver el libro con nosotros?

—El vínculo viene dado a través de mi tío.

El viento cambia la orientación de la lluvia que empieza a mojar el brazo derecho de Alvaro a través de la puerta entreabierta pero, al no haber desconectado el motor, la calefacción del automóvil permite que la temperatura permanezca estable.

—Fue en 1947 cuando unos pastores beduinos encontraron lo que se conoce como los Manuscritos del Mar Muerto. Una colección de rollos e inscripciones que

revolucionaron los estudios arqueológicos sobre el judaísmo, el cristianismo y la Biblia. En diciembre de ese mismo año, mi tío, el cardenal Tertulli, bueno, en esa época aún no ocupaba ningún cargo eclesiástico, no era más que un sacerdote consagrado a su cátedra en Padua, se trasladó a Jordania, Transjordania por entonces, desde donde había sido requerido por uno de sus corresponsales. Al parecer, uno de los miembros de la tribu de beduinos que hallaron los manuscritos se encontraba dispuesto a vender al mejor postor una parte de su hallazgo. A lo mejor, algún día estaré en disposición de contarle...

—Tendrá que empezar a ser más concreto en la narración si pretende que me haga una idea de su significado —apaga el cigarro en el cenicero—, y cierre la puerta, que nos va a llegar el agua al cuello. En lugar de cerrarse, la puerta se abre por completo y el cura desaparece del coche. Riven tarda dos segundos en comprender lo que está ocurriendo.

Con el codo cierra el seguro de la puerta de su lado justo en el momento en que alguien intenta abrirla desde el exterior.

Las ventanillas se han despejado lo suficiente para dejar entrever las figuras de los mendigos, muda amenaza de fantasmas, que rodean el coche.

Cuando mira hacia el lugar que ocupaba Alvaro, descubre que no ha desaparecido del todo. Uno de sus pies aún sigue en el coche.

Riven se lanza al exterior por el mismo sitio por donde ha salido su compañero y lo encuentra en el suelo, forcejeando con un desperdiciero gordo de larguísimas barbas que intenta llevárselo consigo. Con la mano derecha aferra a Alvaro y lo atrae de nuevo hacia el coche y con la izquierda, en vez de rechazar al indigente, lo atrae también hasta golpearle la frente contra el borde de la puerta.

Al final, venciendo los impedimentos que les supone moverse en un espacio tan reducido con las gabardinas puestas, logran sentarse cada uno en su sitio.

Un enano harapiento con la cara desfigurada ha subido al capó del automóvil y estrella una botella de cerveza contra el parabrisas, pero el único cristal que se rompe es el de la botella y algunas esquirlas se le clavan en las cicatrices de la cara.

Alvaro logra cerrar la puerta y Riven mete la marcha atrás, pero cuando mira por la luneta trasera observa que los mendigos han arrastrado un gran contenedor metálico de basura hasta bloquearles la salida. Riven cambia la marcha atrás por la primera y, acelerando a tope y soltando el embrague de golpe, se da impulso para subir el bordillo de la acera. Gira todo el volante a la izquierda y cuando consigue centrar el coche descubre que un poco más adelante hay un árbol que le va a obstaculizar de nuevo el paso. Vuelve a cambiar de marcha y a retroceder a toda velocidad.

Es consciente de que la sombra de uno de los mendigos ha caído a su paso y de que el coche ha pasado sobre algo que se aplastaba bajo su peso.

Sigue recorriendo la calle en sentido inverso a toda velocidad, flanqueado por la fachada y por los coches aparcados.

El coche tiene prácticamente el mismo ancho que la acera.

Apenas se distingue nada por el cristal posterior.

Al fin, un hueco entre dos vehículos por el que regresar a la calzada. Siempre marcha atrás, cruza la avenida en diagonal hasta incorporarse al sentido contrario, mete primera mientras frena bruscamente con el coche embragado y sale hacia delante mientras chirría la transmisión de las ruedas.

Unos segundos después se han perdido de vista.

Unos minutos más tarde pueden volver a fumar.

Y a hablar.

—Daremos un rodeo y volveremos por otra calle a mi pensión. Esta noche tendrá que ser mi invitado. Es mejor

que durante un tiempo no aparezca por su casa.

—Se lo agradezco. Se lo agradezco mucho —responde Alvaro sin mirar a su acompañante, mientras intenta limpiarse sin mucho éxito el barro del chaquetón de cuero, respirando entrecortadamente. Parece más avergonzado por la indignidad del incidente que asustado por el peligro al que ha estado sometido. O

sobrepasado por el cansancio y por la vergüenza que le produce el miedo.. Los dos hombres siguen su camino en silencio.

Tienen la sensación de que todo se invierte. De que alguien ha sustituido todos los puentes colgantes por alfombras sobre el abismo, todos los troncos que flotan en el lago por cocodrilos que despiertan, la mano tendida del amigo por la garra del monstruo, el dormitorio por el quirófano y el hospital por el cementerio. Apenas han transcurrido veinticuatro horas desde que iniciaron la búsqueda.

HESPERIO M. TERTULLI

Transjordania, diciembre de 1947

Y todo marchaba hacia la Nada del océano mediante conductos subterráneos y secretos, como si Aquellos de Arriba se quisiesen olvidar, como sí intentaran hacerse los desentendidos sobre esta parte de su verdad. Y como si héroes al revés, como yo, estuvieran destinados al trabajo infernal y maldito de dar cuenta de esa realidad.

ERNESTO SÁBATO,

Sobre héroes y tumbas

DIARIO DE HESPERIO M. TERTULLI

Miércoles 26 de diciembre de 1947

Aunque hace cuatro días de mi llegada a Transjordania, y desde entonces han menudeado las experiencias e impresiones que querría haber plasmado en este diario, mi despiste al facturarlo con la mayor parte del equipaje directamente a este hotel de la capital, lo ha hecho imposible hasta este momento. Pero al fin me encuentro en

Aman, instalado en el hotel Galaad —el único establecimiento decente de la ciudad que se resiste al avasallador estilo heredado del Imperio Británico—, con tiempo más que suficiente hasta mi cita de mañana con Geoffrey Aziz y el tesoro a que espero me conduzca, para poner al día este cuaderno. Efectivamente, una vez que llegué al país, me fue imposible resistirme a la tentación de aprovechar los días que tenía de margen para visitar el escenario del descubrimiento que ha conmocionado el mundo de la arqueología en los últimos meses. De manera que tras conseguir unos pocos víveres, una tienda de campaña y

los servicios de un guía, envié el equipaje a esta dirección y me encaminé hacia la depresión del mar Muerto. La zona exacta del valle de Qumrán donde se hallaron las famosas once cuevas no es más que un llano al pie de una escarpada montaña. Allí acampamos.

No disponía del tiempo ni del equipo suficientes para visitar las cuevas, de manera que por esta vez he tenido que conformarme con contemplarlas a través de mis prismáticos desde el campamento. Es fascinante pensar cómo la casualidad condujo a dos pastores beduinos en busca de unas cabras fugitivas al encuentro de uno de los más importantes yacimientos arqueológicos de la historia. Desde mi punto de observación no eran más que unas cuantas aberturas angostas, por las que apenas puede penetrar un adulto. Cuando cerraba los ojos, veía mucho más.

Esa propensión me ha acompañado durante toda mi vida; hay un álbum de fotos abierto en alguna esquina de mi memoria que nunca logro cerrar del todo, a pesar de mis esfuerzos. No es sólo un sueño recurrente, porque esos mensajes visuales internos me asaltan también durante la vigilia. Es la historia que hay dentro de mi historia. Un puzzle de retratos que reconozco pero olvido y de palabras que activan una misteriosa potencia que se me escapa,

dispuestos aún en un conjunto inconexo de recuerdos que se asoman a la espera de la clave que me permita ordenarlos en un plan cuyas inagotables ramificaciones darán un nuevo sentido a esta especie de vida que ahora represento. Quizá por eso me convertí en arqueólogo, por si buceando en el antiguo conocimiento de la humanidad entera me encontraba, de paso, con la senda que me condujera a ese universo escondido en mi pasado.

Las imágenes que surgieron ante mí en el valle no forman parte de ese álbum de fotos que siempre me acompaña, pero intuyo que, de algún modo, están relacionadas con él.

En cualquier caso, durante la noche que pasé en el valle de Qumrán, la presencia de la comunidad que habitó aquel espacio hace veintidós siglos era infinitamente más poderosa que mis pobres intentos por centrarme en cualquier apreciación objetiva. Solo, a unos metros de la tienda de campaña donde descansaba el guía, casi podía ver a mi alrededor a los miembros de la secta de los Esenios, vestidos todos de un blanco inmaculado, hiperactivos en su labor cotidiana. Un extraño grupo organizado en una estricta, incluso cruel, disciplina sobre bases comunales y constituido únicamente por hombres adultos, que habían renunciado al dinero, a toda vida sexual, al sacrificio de animales, a la práctica comercial, a realizar el servicio militar o a la posesión de esclavos. Que se habían retirado al desierto para buscar su sustento en la agricultura y dedicar su existencia a la interpretación y reproducción de las Escrituras hasta el momento en que se produjera la consumación de los tiempos con la confrontación final entre los HIJOS de la Luz y los Hijos de las Tinieblas, la era en que la llegada de un nuevo comentarista o profeta supondría la única esperanza de derrota de Belial, el Malo. La evocación casi tangible de los Esenios, de los misteriosos textos que se vieron obligados a ocultar en las cuevas de los alrededores cuando el general

Vespasiano saqueó la comunidad alrededor del año 66 de nuestra era, la posibilidad de acceder personalmente a algunos de esos documentos, me hicieron permanecer despierto toda la noche.

Apenas he dormitado un rato en el destartado autobús que me ha traído hasta Aman, y ahora me vuelvo a encontrar tan desvelado como si hubiera descansado perfectamente. Buscando a alguien a quien responsabilizar de mí insomnio.

Al enigma de los Esenios. A la amenaza de mis propios recuerdos. Al asfixiante deseo, Dios me ayude, de introducir las manos bajo los ropajes de las mujeres morenas de ojos encendidos que me acompañaban en el autobús. A la Trucada Ruleta de la Libertad. A la recurrente sensación de que un hotel en el extranjero es una tierra de nadie donde nadie me conoce y donde me está permitido hacer cualquier cosa. **Jueves 27 de diciembre de 1947**

Son las cinco y veinte de la madrugada.

El rollo existía y era auténtico y está en mi poder.

Supongo que a pesar de las complicadas gestiones y de los kilómetros recorridos en los últimos días, hasta el último momento pensé que todo el asunto no era más que un fraude urdido por mi informador. Estaba citado con Geoffrey Aziz a las doce en punto junto al muro norte de la mezquita del rey Abdulah y, aunque hasta ahora sólo nos habíamos relacionado por carta, creo que lo hubiese reconocido en cualquier sitio. Geoffrey es el producto del mestizaje de razas, culturas y oficios que han caracterizado siempre a estas tierras. Es el hijo de la hija de un comerciante persa trashumante y de un sargento escocés. Con esos orígenes no es extraño que Aziz se haya convertido en uno de esos sicarios que nacen, sobreviven y, si las cosas se complican, mueren trapicheando en las sombras del mercado internacional del arte y de la ciencia. Apenas cruzó unas palabras conmigo. Se aseguró de que llevaba encima el dinero convenido y me pidió

que lo siguiera.

Adentrarme en plena noche por las calles más angostas y miserables de Aman, acompañado por un desconocido de tan ambiguas referencias, con mí aspecto extranjero, y cargado con una considerable cantidad de dinero, es una experiencia que no quisiera tener que repetir. Y mucho más en una época en que al peligro que suponen los habituales maleantes nativos hay que añadir las continuas acciones terroristas palestinas. Por el camino, mi agente me ha ido informando, con la misma concisión de palabras que demostraba en sus cartas, de las circunstancias y del estado de ánimo en que se encuentran actualmente los beduinos que descubrieron los Manuscritos del Mar Muerto. Al parecer, tras la euforia subsiguiente al interés que demostraron diversas instituciones ante el hallazgo de los primeros rollos por parte de Jum'a Muhammed y Muhammed Ahmed el-Hamed, los pastores entraron en una fase de desconfianza y decepción al comprobar las escasas libras con las que tanto el monasterio de San Marcos de Jerusalén como la Universidad Hebrea habían recompensado sus descubrimientos.

De manera que cuando otro de los miembros de la misma tribu, Omár addin Valad, encontró una duodécima cueva con un nuevo rollo en un supuestamente admirable estado de conservación, prefirió silenciar su descubrimiento y ponerse en contacto directamente con Geoffrey Aziz, al que sabía introducido en el contrabando de antigüedades.

Nos esperaba oculto en las sombras de un toldo de una tienda construida con adobe, al fondo de un callejón sin salida.

A medida que nos acercábamos, me iba preparando para una de esas interminables sesiones de regateo que solían acompañar a este tipo de operaciones en Oriente.

Omár addin Valad es un joven orgulloso de veintipocos años, con unos rasgos inequívocamente árabes, potenciados por un espeso bigote de enhiestas guías,

vestido con un andrajoso capote militar, que me miraba burlonamente mientras nuestro mediador le señalaba el zurrón y le repetía con voz firme la cantidad acordada, sin olvidar mencionar su —abusiva— comisión.

No hubo discusión ni regateo.

Omár addin Vaiad ni siquiera contó el dinero.

Se limitó a arrojarme el zurrón con una mueca de desprecio, como para subrayar mi incapacidad para comprender en su totalidad el significado del fragmento de Historia que me entregaba; escupió la palabra *depositarius* mirándome a los ojos y se marchó.

Sé que algún día me arrepentiré de mi insensibilidad, pero no sería honesto si no reconociera que en aquel momento estaba demasiado excitado por mi adquisición para preocuparme por sus sentimientos. Todas mis aprensiones de los últimos días se desvanecieron a la vista del rollo. Ni siquiera me fue necesario examinarlo detenidamente para convencerme de su autenticidad. Como regalo adicional, vislumbré en el fondo del zurrón un libro con un pantáculo invertido grabado en sus oxidadas cubiertas de cobre; sé, y supe en aquel momento, que no era la primera vez que lo veía y que aquello no era más que uno de los reencuentros para los que mis sueños me habían estado preparando... pero no era ése el lugar ni el momento para examinarlo y el beduino ya estaba demasiado lejos para preguntarle por su procedencia. Tenerlos aquí, al alcance de mi mano, en el escritorio de este hotel es probablemente una de las experiencias más intensas de toda mi vida. La ocasión con que todo arqueólogo espera ver recompensados sus esfuerzos.

Sería absurdo intentar dormir.

A pesar de que la luz y los sonidos del amanecer empiezan a penetrar por los ventanales, del cansancio y de las escasas herramientas con las que cuento, sé que en cuanto cierre este diario voy a iniciar una primera traducción del rollo. También sé que lo que encuentre en él

puede cambiar mi vida para siempre, y que ese riesgo no va a detenerme. Otra vuelta a la Trucada Ruleta de la Libertad.

Viernes 28 de diciembre de 1947

Hace muchas horas que comencé el estudio del rollo y ésta es mi primera pausa. No he descansado para comer ni para lavarme... mucho menos para dormir. Son las once y diez de la noche. Su casi perfecto estado de conservación me ha permitido avanzar con una increíble celeridad. De hecho, si no fuera por la conmoción que me han ocasionado sus contenidos, creo que podría haber completado la traducción en su totalidad.

Apenas puedo sostener la pluma con la que escribo este relato. Las manos me tiemblan, mis ropas están empapadas de sudor... cientos de preguntas acuden a mi mente.

Es como si el tiempo se hubiera paralizado desde el momento en que despojé el rollo de cuero de su protección de lino original. Mí intención era echarle solamente un vistazo superficial. Recuerdo mi asombro cuando comprobé que estaba escrito en unos caracteres paleohebreos mucho más antiguos que los del célebre papiro de Nash del siglo II. Recuerdo que me disponía a medirlo cuando reparé en algunos de los nombres

propios que aparecían. Nombres y datos que no concordaban con la fecha en la que se escribió el rollo, descabelladamente más próximos a nuestros días. Casi sin darme cuenta, comencé a descifrar una extraña narración.

He podido leer que, a consecuencia de las persecuciones del poder establecido, ciertos iniciados se vieron en la necesidad de poner a cubierto los principios de su ciencia. Para ello compusieron un libro misterioso, según los astros, que era el resumen de toda la sabiduría arcaica, y ese libro fue entregado a unos cuantos adeptos sin revelarles la clave de su interpretación. Se cuenta que, entre otros extraordinarios conocimientos, el libro contiene el método para ejercer cierta clase de manipulación sobre las secuencias de los acontecimientos que les ocurren a

algunas personas, las instrucciones para localizar la Ciudad Observatorio, así

como las claves para desentrañar la criptografía bíblica donde se describen el origen y el final del ser humano. Por eso, pronto comenzó a conocerse como el *Manuscrito de Dios*.

Al parecer, hay rastros de sus enseñanzas en el hermetismo egipcio, el agnosticismo, el cabalismo judío y otros círculos ocultos. Los alquimistas comprendieron parte de su enigmático sentido y varios de sus tratados, como *Las Doce Llaves* de Basile Valentín, se fundan en su interpretación. También lo nombra el doctor Gcrard Encausse, Papus. Y Guillaume Postel trabajó en el misterio contenido en sus páginas, denominándolo *El Génesis de Enoc*. Lo poseyeron los rosacruces. Se hallan curiosos comentarios de esta cuestión en los últimos capítulos de *Dogma y Ritual de la Alta Magia*, de Eüphas Lévi. En general, ninguna de las alcas iniciaciones ha perdido las huellas de sus secretos, como lo prueban las obras del teósofo Saint Martin. Asimismo se revela en el rollo que, para mantener oculta la existencia del llamado *Manuscrito de Dios*, los iniciados lo representaban mediante un pantáculo invertido —el mismo símbolo que aparece en el volumen adjunto— cuando se veían en la necesidad de aludir a él. La figura corresponde a los cinco capítulos en los que el libro está dividido, cada uno de ellos titulado con el nombre de uno de los profetas menores: Sofonías, Habacuc, Nahúm, Joel y Ageo.

A continuación se narra el descubrimiento de la corrupción de algunos adeptos de diversas órdenes y de la aparición de la Escuela del Pantáculo Invertido, constituida por iniciados de varias hermandades del Conocimiento Oculto que se vieron en la necesidad de destruir todas las copias del *libro*, excepto una. Desde entonces, el último *Manuscrito de Dios* ha ido pasando de un depositario a otro, operación que debe completarse en los últimos seis días del

año, a un hombre o una mujer con cualidades especiales elegido al margen de su voluntad, para preservar su ciencia...

Nunca había tenido ni la más remota noticia de este relato a lo largo de mis investigaciones y, sin embargo, me resulta agobiantemente familiar; como si constituyera las notas al pie de página del álbum de fotos en que se estructuran mis sueños.

Un texto cíclico más de veinte siglos de antigüedad en el que aparecen personajes, bibliografía y expresiones casi contemporáneas.

Toda una vida dedicada al estudio de la paleografía y al análisis comparativo de materiales y texturas extinguidas me permiten asegurar que el rollo es auténtico.

Pero, por supuesto, tiene que ser falso.

Sábado 29 de diciembre de 1947

Son las nueve y veinte de la noche.

He pasado el día deambulando por las calles y los alrededores de Aman, y acabo de llegar al hotel. Se dice que en el siglo que viene no se luchará en esta región por la tierra, sino por el agua. Y ya no sé si es el agotamiento o alguna fiebre o el aturdimiento ante lo que me está ocurriendo, pero el caso es que me siento totalmente seco, exhausto.

He recorrido una y otra vez los círculos en los que está articulada la ciudad de Aman, he preguntado en terrazas, mercadillos, mezquitas, bazares, edificios de la parte nueva y de la parte antigua, he fumado la pipa de agua con viejos conocidos, he tomado el té con personas a las que me han presentado, he comprado especias que no necesitaba, he tomado zumos de frutas que me revolvían el estómago, he recorrido el barrio de Shmeisani

preguntando a cualquiera que pudiera estar relacionado con la compraventa de objetos arqueológicos... todo inútil. Nadie ha escuchado hablar de Geoffrey Aziz, el mestizo que me hizo venir a este país. Por último, después de repartir

una gran cantidad de dinares, un taxista me ha llevado a un asentamiento próximo a las ruinas romanas de Gerasa, a 48 kilómetros de Aman, donde vive —en una humilde jaima— Jum'a Muhammed, uno de los beduinos que encontraron los auténticos Manuscritos del Mar Muerto. Un tipo sencillo y aparentemente honesto que ha aceptado mi dinero sin exigírmelo, y que me ha jurado que no existe una cueva número doce en la depresión donde encontraron su tesoro. Que Omár addin Valad, el beduino que me entregó el rollo hace unas horas y al que me presentaron como un miembro de su tribu, tiene que ser un impostor.

Domingo 30 de diciembre de 1947

Desde muy joven he dedicado todos mis esfuerzos al estudio de las diversas técnicas de análisis de todo tipo de manuscritos. Me he especializado en lenguas tan diferentes como el griego, el latín, el hebreo, el arameo, el siríaco, el armenio, el etiópico, el copto... Puedo decir que poseo grandes conocimientos de arqueología, epigrafía, paleografía, historia en todas sus facetas, literatura en sus múltiples géneros, filosofía, historia de las religiones... Y también puedo afirmar que el dominio de estas disciplinas no hace sino acrecentar mi confusión ante el fenómeno que estoy viviendo.

He perdido la cuenta del tiempo que llevo sin dormir.

Sólo puedo confiar en intentar poner en orden mis ideas a través de este diario. Sé que alguien o algo ha utilizado la repercusión internacional del descubrimiento del yacimiento del mar Muerto para atraerme a esta zona. O mejor dicho, para entregarme el rollo y el libro que ahora obran en mi poder. Sé que la factura del rollo es auténtica, pero su contenido no corresponde al tiempo en que se elaboró. Sé

que la historia del *Manuscrito de Dios* y su Tránsito de Depositario a Depositario en los últimos seis días de un año me resulta inquietantemente familiar, como si fuera la matriz donde se generan las pesadillas que me han acompañado siempre.

También puedo inducir que si ese «algo» se ha tomado unas molestias literalmente sobrenaturales para conducirme al libro precisamente en este lugar situado al margen de mi civilización, tan lejos de mi tierra, es porque algún tipo de amenaza se cierne en ella sobre mí.

Mi condición de sacerdote, la fe y la dedicación a Cristo que ha vertebrado toda mi existencia no me sirven para nada, como si se tratara de un disfraz cómodo pero súbitamente inadecuado a los restos de la fiesta en que acabo de despertar, tras unas horas de sueño alcohólico entre sus desperdicios. Sé que ha llegado el momento de emprender el examen del libro con el pantáculo invertido en su portada de cobre, de sus cinco veces cinco láminas de corteza escritas con buril de hierro, pero no quiero ni imaginar las consecuencias que su lectura tendrá para mí.

Final de año

Abrí el Manuscrito de Dios.

No puedo contar el tiempo que pasé entre sus páginas.

Ní describir la impresión que me produjo encontrar en su contraportada una nota escrita por mí mismo con caracteres infantiles y destinada al hombre que soy ahora.

Al fin, logré dormir unas cuantas horas.

Cuando desperté, el pantáculo invertido ya estaba tatuado en mi antebrazo. Cuando desperté ya era el nuevo Depositario. Solo.

Abandonado a la interminable soledad de interpretar la Palabra.



A la Trucada Ruleta de la Libertad.

II

**Sevilla a principios del Nuevo Siglo,
día 361**

Acerca de los ocultos efectos del derramamiento de sangre, conviene advertir que las emanaciones de este

orgánico tejido líquido proporcionan a las entidades astrales el plasma a propósito para materializarse temporáneamente, y por esto se dice que la sangre engendra fantasmas.

H. P. BLAVATSKY,

Isis sin velo

1

A primera hora de la mañana el comisario Arreciado detiene el coche en triple fila frente al 205 de la avenida de República Argentina.

No ha dejado de llover endiabladamente, diabólicamente, endemoniadamente. No dejan de aparecer curas muertos.

Las vacaciones de Navidad ya no son lo que eran.

Desciende del vehículo sin distintivos y se abre paso a través de los pocos curiosos que deambulan entre los patrulleros y la furgoneta del forense mientras responde mecánicamente a los saludos de algunos agentes de uniforme.

En el portal lo espera un joven con la credencial de un periódico local colgada en la solapa, más preocupado por proteger bajo el paraguas las costosas cámaras que lleva al hombro que por evitar mojarse.

—Perdone, ¿el comisario Arreciado?

—Sí.

—Me han dicho que tenía que pedirle permiso a usted... ¿puedo tomar algunas fotos de la escena del crimen? Será sólo un minuto.

—¿Puedo yo, a cambio, rodar una película pornográfica con tu puta madre?

—...

—Cuando estés dispuesto a cumplir tu parte del trato, me avisas.

Arreciado sigue su camino hacia el zaguán del edificio y el veterano agente que monta guardia junto al ascensor lo lleva en silencio hasta el cuarto piso. Conoce de sobra al

comisario. Ha tenido ocasión de presenciar su chulería, sus arranques de violencia, sus chanchullos, su obsesiva fijación por las mujeres, la mala leche con sus subordinados y su sorprendente inclinación a echarles una mano cuando alguno ¿le ellos se encuentra en problemas. Sabe que algunos le consideran un policía reciclado de la extrema izquierda sevillana de los setenta y otros un fascista de la vieja escuela. Cualquiera sabe. La clase de tipo con que es mejor no entablar conversación en los ascensores.

La inspectora Romana Benarque !o espera en la entrada de la vivienda.

Su jefe le mira directamente los pechos marcados por un jersey negro bajo el abrigo burdeos a modo de saludo.

Pasan juntos al interior.

—Buenos días, Pedro. Su señoría aún no ha aparecido.

—¿Que todavía no ha aparecido? ¿Y cuando piensa levantar el cadáver ese mamón? ¿A las ocho de la tarde, cuando el forense tenga una lista así de larga y me haga esperar hasta mañana para realizar la autopsia?

—...

—¡González! —grita aun inspector muy joven que mira por la ventana para no tener que mirar al muerto.

—¿Señor?

—Llama ahora mismo al maricón del juez y le dices que deje de chupársela al bedel, que tiene trabajo. Le dices que o está aquí antes *de* veinte minutos, o retiro el cadáver bajo mi responsabilidad alegando motivos de salud pública. ¿Te has enterado?

—Sí, señor.

—Pues venga.

No ha dejado de gritar y de avanzar desde que entró en el piso y la inspectora tiene que detenerle para que no pise el cadáver.

Se queda en silencio observando al anciano desnudo y mutilado del suelo con los miembros amarrados en cruz a las patas de los muebles.

De rodillas, vestido con un chándal gris bajo el impermeable, como si hubiera hecho una parada intrascendente durante su sesión *de footing* matinal, el forense toma notas junto al cuerpo. Se dirige al comisario antes de que este le pregunte.

—Varón de unos setenta y cinco años. Hora aproximada de la muerte... bueno, a primera hora de la madrugada. Motivo... en principio, ninguna de las heridas de las que fue objeto son mortales por sí mismas, así

que me inclino por la hipótesis del fallo cardíaco producido por el *shock* que le causarían el dolor o la pérdida de sangre o ambas cosas. En cuanto a la técnica de los cortes y cercenamientos, y esto no es más que una impresión personal, creo que el autor o autores, sin ser exactamente profesionales de la cirugía, es o son personas con cierta experiencia en este tipo de prácticas. Las mutilaciones denotan una sistemática. Y, sobre todo, un gran... desparpajo. No es tan fácil como parece infligirle estas cabronadas a otro ser humano.

—¿Profesionales de la tortura?

—Tú mismo. Por supuesto, todo lo que te he dicho está pendiente de confirmarse en la autopsia. Y efectivamente, tengo una lista así de larga.

El comisario se encoge de hombros. Se arrodilla, mira al muerto a los ojos. Se levanta y, siempre seguido por la inspectora, se adentra en la casa contemplando la lujosa decoración. La mayoría de las habitaciones están ocupadas por peritos que toman huellas o hacen fotos. Al fondo encuentran un dormitorio neutro, posiblemente reservado para unas visitas que no aparecían nunca. Se apoya en la ventana y mira descaradamente a la mujer que lo acompaña con su carpeta de cuero abierta. Con su formación universitaria y sus estudios de criminología en Lyon sufragados por su padre y sus veintiocho años y su media melena negra partida en dos y su encantadora sonrisa profesional.

—Te resumiré los informes que he reunido mientras te esperaba. El cadáver lo descubrió ¡a sirvienta, que fue la que nos llamó; hora fijada por nuestro operador, siete y treinta y cuatro. A la sirvienta, tras interrogarla brevemente, la he mandado a casa con el habitual ataque de nervios.

—¿Has cambiado de perfume?

—No... Es el de siempre —responde con una sonrisa al comisario, que le mira los labios con los ojos entrecerrados —. La víctima se llamaba Coronado Basquier Tobías.

Sacerdote. Según los vecinos poseía una considerable fortuna personal, estaba retirado y vivía solo. Llevaba una vida apartada y tranquila. La sirvienta afirmaba que, a primera vista, no han robado nada. También me comentó algo curioso. Al parecer, nuestro cura tenía una hija de unos treinta y tres o treinta y cuatro años a la que no reconoció nunca. No quería ser ella quien le diera la noticia de la muerte de su padre, con el que además no mantenía relaciones. Me insinuó que era una chica conflictiva, así que llamé a Jefatura y, efectivamente, tenemos su ficha. —Pasa unas páginas hasta encontrar las notas que busca—. En la actualidad trabaja y reside en el Centro de Acogida de Niños Abandonados de las Hijas de la Caridad, el que hay pasando la Universidad Laboral.

—¿No tienes calor con el abrigo puesto aquí dentro?

—Un poco. ¿Quieres que te lea los antecedentes de la hija?

Pedro Arreciado se aproxima a la mujer y le habla al oído.

—Quiero que me des un beso en el agujero del culo. Un beso hondo. Un beso de amor. Sin llamar a la puerta aparece el inspector González, pero el comisario no se aparta de Romana.

—Ha llegado el señor juez.

—Ahora voy.

Al ver que su subordinado no se marcha, se va separando lentamente de la inspectora.

—Llégate al centro de acogida ese y le comunicas la noticia a la hija del muerto. A ver lo que le sacas. Nos vemos después en Jefatura. Y me das eso.

—Salgo ahora mismo.

Las siguientes palabras son en voz alta porque quiere demostrar que no le importa que se entere el joven inspector, porque quiere que ella se entere perfectamente y porque así, él mismo no tendrá más remedio que darse por enterado:

—De hoy no pasa.

2

La primera sorpresa para Riven es haber tenido el primer sueño realmente reparador, sin las habituales pesadillas expresionistas en panavisión repletas de efectos especiales, en muchos, muchos meses. La segunda es el sonido de la puerta de su habitación, que un tipo está abriendo despacio en este momento.

La tercera es que al extender la mano para alcanzar la navaja que siempre deja abierta en la mesilla de noche, se encuentra empuñando una magdalena.

Inmediatamente se despeja un poco y advierte que el hombre que ha entrado en el cuarto es Alvaro, y que el peligroso asunto en el que se implicó ayer no ha hecho más que empezar y que sigue lloviendo.

—Buenos días. No he querido despertarle antes —saluda el sacerdote mientras guarda una bolsa de aseo en una de sus maletas.

—¿Y esto? —interroga Riven señalando el bollo que aún conserva la mano.

—Le pedí a la propietaria de la pensión que nos trajera algo para desayunar.

—¿Que esa vieja asquerosa me ha traído a mí el desayuno a la cama? ¿Café y magdalenas? ¿Cuánto dinero le ha dado?

—Bueno...

—Deje, no me lo diga. No quiero saber a cuánto se cotizan los milagros. Sin embargo, se sienta en calzoncillos en el borde de la cama y se la come de dos mordiscos. También se toma el café casi frío mientras mira como su compañero, que ha cambiado su ropa del día anterior por un conjunto de traje de mezclilla marrón, camisa del mismo tono y tejido, una corbata de color cereza oscuro y unos zapatos de ante, saca de su funda una gabardina beige con el cuello de cuero y la coloca sobre el sofá-cama en el que ha pasado la noche.

—Tenemos que darnos prisa, es casi mediodía. Supongo que teníamos que dormir unas horas...

—Más que un patrón, es usted un segundo padre para mí.

—He hecho algunas llamadas en el teléfono de monedas del pasillo. En el Instituto Anatómico Forense me han comunicado que el sepelio de Coronado Basquier tendrá lugar mañana a las ocho treinta, en e;

cementerio de San Fernando. ¿Recuerda usted que le dije que tenía una hija?

—Sí.

—He pensado que a lo mejor ella puede darnos alguna pista del paradero de la maleta que conservaba su padre. Ya que no tenemos la dirección de la chica, la única forma de ponernos en contacto con ella es presentarnos en el entierro.

—¿Y hasta entonces?

—Como sabe, tenemos que seguir el orden expuesto en el listado. Al tercer Custodio deberíamos encontrarlo ingresado en el hospital del Tomillar. Ángel María Decot. Ex capellán del ejército y, por lo que sabemos, en estado terminal de alguna grave dolencia. ¿Conoce usted el hospital?

—Está en las afueras de Dos Hermanas. Es un centro dedicado a enfermos crónicos, infecciosos, desahuciados...

Podría ganarse usted la vida organizando excursiones por los lugares más agradables de la ciudad.

—Si no tenemos éxito... es posible que ya no queden lugares agradables para visitar.

3

Cuando la inspectora Romana Benarque se cansa de contemplar el grabado de San Vicente de Paúl, se acerca a la ventana de la sala de espera de! Centro de Acogida para Niños Abandonados de las Hijas de la Caridad, donde una secretaria le ha pedido que espere unos minutos mientras su directora —con la que al parecer tendrá que entrevistarse ineludiblemente antes de hablar con la hija de Coronado Basquier— termina una importante conversación telefónica.

La visión panorámica desde el ventanal confirma la impresión que le produjo el lugar cuando llegaba en el coche: se trata de una inabarcable extensión de terreno sembrado de césped brillante por la lluvia, como un campo de golf natural que se prolonga en un pequeño lago, un bosquecillo con un templete y varios campos de deportes. El grupo de edificios está dominado por el campanario ligeramente desproporcionado de la capilla que

constituye el centro radial del grupo de aulas, los dormitorios, el polideportivo y la zona de administración. Ni trasiego de niños, ni voces de niños, ni rastro de niños.

—¿Quiere seguirme? —Aparece la secretaria.

—Claro.

La conduce a un despacho con escasos muebles funcionales, que parece aún más desnudo por su gran tamaño, donde la espera una mujer angulosa de camino a los cincuenta años, con el pelo teñido de rubio para matar el blanco de las canas, que ha tenido la virtud de elegir su vestuario en los diversos tonos de verde que desentonan absolutamente entre sí.

Se obliga a apartar la mirada del monitor de su ordenador para ponerse en pie y responder al saludo de la

policía.

—Soy la inspectora Benarque...

—Ya... me lo ha dicho la administrativa. También me ha informado del motivo de su visita. Siéntese.

—Gracias.

—Verá, me imagino que dar este tipo de noticias es la parte más desagradable de su trabajo. —Se esfuerza en parecer una mujer sensible pero no es una buena actriz—. Si le parece, yo misma puedo encargarme de hablar con la señorita Hernández. Además, será menos frío para ella si se lo comunica alguien más próximo.

—Se lo agradezco mucho, pero necesito hablar personalmente con ella.

—Como prefiera. Sólo lo decía... —Nerviosa, levanta el auricular y marca una extensión de tres números—. Busque a Hernández y dígame que venga a mi despacho.

—¿En calidad de qué está contratada aquí la señorita Hernández?

—Es mi asistente personal. No sabe usted la cantidad de trabajo que genera este proyecto —a la defensiva, como justificando la necesidad de una ayudante.

—Me lo imagino. ¿Se trata de una institución religiosa?

—No, ni mucho menos. Este centro forma parte de un programa de la Junta de Andalucía para dotar a la comunidad de una serie de residencias provisionales para los niños sin hogar donde estén debidamente asistidos hasta el momento en que sean reubicados en otras familias a través de las figuras de la Acogida Familiar Transitoria o de la Adopción. —Probablemente la adjudicación de su puesto tiene un componente político, porque recita mecánicamente la definición, como si estuviera acostumbrada a convertir cada una de las presentaciones en un pequeño acto electoralista.

—Lo decía por la referencia a las Hijas de la Caridad.

—Bueno... ése es un pequeño homenaje a la orden que colabora con nosotros en el mantenimiento de todo esto. No

sé si ha oído hablar de ellas...

—La verdad es que no recuerdo...

—Se trata de una orden fundada por san Vicente de Paúl y Santa María de Marillac en 1617. Por su orientación al

cuidado de los más necesitados, enfermos y niños, san Vicente se ocupó desde el principio de que tuvieran una gran libertad de acción y por ello las liberó de la clausura y el convento. Trabajan donde se las necesita. De hecho, no hacen votos definitivos, sino votos temporales que renuevan cada año. Están extendidas por todo el mundo y desarrollan su actividad en todo tipo de obras sociales.

Como ve, se trata de un grupo muy flexible, lo cual explica que la administración colabore frecuentemente con ellas.

Aquí son tremendamente útiles. No obstante, quiero dejar claro que esta institución es eminentemente laica.

Acompaña su disertación con frecuentes comparaciones entre las horas que indican su reloj de pulsera y el de la pared. Cuando finaliza, vuelve a marcar en el teléfono la misma extensión de antes y, al no recibir respuesta, se pone en pie esforzándose por esconder su ansiedad.

—No sé dónde se habrán metido. Será mejor que la busque yo misma. Disculpe.

—No se preocupe.

Cuando se queda sola, Romana se alegra de no haber hecho ningún comentario acerca de que la Orden de las Hijas de la Caridad debe constituir una estupenda fuente de mano de obra barata y escasamente reivindicativa. Hay un dispositivo en aquella mujer que está a punto de dispararse y a la inspectora no le interesa poner en peligro su trayectoria en el Cuerpo por las quejas que pudiera presentar una funcionaria posmenopáusica ante sus sarcasmos. Aunque si la reclamación llegara al comisario Arreciado, seguramente que mandaría a la señora directora a que le dieran por el culo. Pedro Arreciado... debería pararle los pies... si es que realmente decidía que quería pararle los pies.

Sin moverse de su asiento, se inclina sobre la mesa, oprime *intro* en el teclado del ordenador para que desaparezca el protector de pantalla y descubre que el trabajo en el que la mujer parecía totalmente concentrada no es más que un juego de combinación de banderas, Toma el ratón y, con unos cuantos movimientos y clics, borra el juego del sistema.

Todavía está disfrutando de la gamberrada cuando abren la puerta.

La directora viene acompañada de una mujer de unos treinta y tantos años, rubia, con el pelo hasta media espalda, muy alta, con la clase de cuerpo que cualquiera que se lo propusiese podría rentabilizar hasta la profesionalidad, vestida con unos vaqueros viejos, una camiseta vieja y una vieja cazadora de cuero negro sobre otra cazadora vaquera más vieja todavía.

Aun con las gafas de sol con las que intenta disimular insuficientemente la morada contusión que le cubre el ojo izquierdo, deja ver unos rasgos agresivos y magnéticos. Una chocante variación de la belleza.

—La inspectora Benarque... —comienza a presentarlas la directora.

—Me llamo Hernández —concluye la recién llegada mientras se sienta y enciende un cigarro negro con un mechero barato.

La titular del despacho saca un cenicero de un cajón con una mueca de disgusto y se lo acerca como una madre acostumbrada a las travesuras recurrentes de su hija. Retoma la conversación.

—Ya me he encargado de transmitirle la noticia. La triste noticia. Por lo tanto...

—Vaya, es usted muy colaboradora. —La policía, enfadada, se dirige ahora directamente a Hernández, que sigue fumando sin ningún indicio de emoción—: ¿Podríamos hablar un momento en privado ?

Interviene la directora, dejando una mano sobre el hombro de la joven. Una mano acariciante y posesiva:

—Estoy segura de que ella prefiere que yo esté presente, ¿verdad? —a Hernández, casi suplicante.

—La verdad es que poco te puedo decir. —Ignora a su jefa y responde a la policía—. Hace un montón de años que no lo veía. —Tiene una voz profunda, de las que realzan cualquier expresión vulgar, reconvirtiéndola a base de resonancias.

—¿No mantenía ningún contacto con usted?

—Ni siquiera sabía dónde localizarme. Mira, te puedes imaginar la historia. Un cura rico que se folla a una feligresa pobre en la España de hace treinta y cinco años y le hace una cría. Siempre nos mandó pasta y todo eso, pero de reconocerme, ni hablaron. Yo tenía catorce años cuando se murió mi madre y me llevó a vivir con él, en calidad de sobrina. Lo normal. Me largué varias veces de su casa y a los diecisiete desaparecí para siempre.

—¿Recuerda usted si tenía algún enemigo?

—Claro que no. Era un tío tranquilo. No era mala gente. —Se toca el ojo herido pero seguro que no para esconder una lágrima.

La directora ha estado demasiado tiempo callada.

—Creo que es evidente que la señorita Hernández no puede proporcionarle ninguna otra información de interés.

—Sí se me ocurre algo, ya la llamaré o me pasaré por aquí. —La inspectora se pone en pie—. No se preocupe, también la llamaré a usted, no me gustaría que se perdiera la entrevista. La directora no responde a la ironía, pero tampoco aparta la mano del hombro de la otra mujer.

Antes de salir la detiene Hernández.

—¿Cuándo es el entierro?

—Mañana. A primera hora.

En el momento en que Romana Benarque cierra la puerta puede ver como la mano se desplaza del hombro hasta tocar suavemente los labios de la mujer más joven y se

pregunta si el golpe que ésta ha recibido en el ojo, probablemente unas pocas horas antes, forma parte de la idea que tiene la directora de una relación verdaderamente protectora.

4

No era la primera vez que Riven visitaba aquel anticuado hospital público, cuyo personal afrontaba la imposible tarea de rectificar, resignados a la escasez de medios y empeñados en extremar el aspecto humanitario de su labor, la vieja leyenda negra sevillana de gueto periférico salubre donde relegar los abundantes casos de tuberculosis que produjo la miseria de la posguerra en la ciudad.

No obstante, en estos primeros años de siglo donde las enfermedades infecciosas eran más sutilmente infecciosas y letales que nunca, donde los enfermos terminales podían serlo durante períodos interminables, y donde la cronicidad de las enfermedades sólo desaparecía para reclasificarlas en el apartado de terminales, este tipo de centros habían conquistado un cierto respeto entre los ciudadanos; convencidos, quizá, de que sólo un accidente callejero podrá librarlos de acabar sus días en una de sus camas. Alvaro y Riven dejaron el coche en la gran explanada que unía la solitaria carretera comarcal con el hospital del Tomillar y, para librarse lo antes posible del fuerte vendaval mezclado con lluvia que asolaba el descampado, eligieron la entrada trasera del viejo edificio. Nadie les impidió el paso ni les preguntó a dónde se dirigían pero Riven detectó una cierta agitación en el ambiente, muy superior a la tranquilidad mortecina que observó las dos veces que acompañó a la clínica a aquella enfermera, hasta que un ascensor aún más deteriorado que el resto del sanatorio los sacó del semisótano. En la cuarta planta los pasillos estaban completamente desiertos.

Ojalá no se tropezara con Julia.

—¿Riven? —desde el otro extremo del pasillo.

Ojalá no se hubiera tropezado con Julia.

La enfermera le hacía señas de que esperase y le mostraba una bandeja con medicación. Después desapareció en el control de enfermería.

—¿ Amiga suya? —preguntó Alvaro.

No le contestó porque no sabía la respuesta.

Había conocido a la mujer unos meses atrás. Una noche en la que ella entró en el bar donde él compartía una mesa con una botella. En busca de una máquina de tabaco y de una infusión de tila que la ayudaran a reabsorber la adrenalina destilada en la derrota cuerpo a cuerpo con el dolor, la desesperanza y la muerte durante una guardia de más de veinticuatro horas en el hospital.

Sin levantarse de su mesa próxima a la barra, Riven le mostró su botella de ginebra sin marca apenas comenzada y le dijo: «La tila sólo adormece a nuestros enemigos; esto los deja malheridos.» Ella aceptó la invitación y compartieron la mesa, la botella hasta el final y el bar hasta que lo cerraron. Cuando, en la calle, el hombre que aseguraba haberse olvidado de los primeros treinta y tantos años de su vida, le comentó que malvivía del dinero obtenido por aparcar coches en una plaza cercana, la enfermera sólo tenía dos opciones: despedirse para siempre o acompañarlo a la pensión y meterse en su cama. Se vieron cinco o seis veces más. Unas cuantas sesiones de sexo furioso en la pensión o en el coche de ella o, por una vez, en el almacén ortopédico del hospital donde ella trabajaba, hasta que la ansiedad que

combatían juntos al principio se volvió a bifurcar en las ansiedades que únicamente podían controlar cada uno por su lado, y el hombre aprovechó un asunto que lo haría salir de Sevilla durante unos días para aconsejarle que imaginara que no iba a volver jamás.

Ahora se dirigía hacia ellos por el corredor, con el bolso y e! abrigo en la mano. Ligeramente más delgada, algo menos alta, un poco menos sólida.

—Riven... cuanto tiempo. —Se fuerza a acercarse y a besarle la mejilla—. ¿Cómo estás?

—Bien. Bien.

—¿Que haces por aquí, en mi territorio?

—Hemos venido a visitar a un amigo. —No inventa más detalles, no le presenta a Alvaro, deja que ella lleve el peso del encuentro.

—Yo me marchó ya. Mi turno acabó hace media hora, pero me he quedado a echar una mano.

—Ya he visto al pasar por la planta baja que tenéis mucho jaleo.

—Nosotros no tenemos puerta de urgencias, pero algo nos ha llegado. Os podéis imaginar que, con lo que ha pasado, están todos los hospitales revolucionados.

—¿Lo que ha pasado?

—¿Hablas en serio? Viene en todos los periódicos.

—En mi hotel no me sirven la prensa con el desayuno.

—Ha sido... Hasta a nosotros, que estamos acostumbrados a verlo todo, nos tiene trastornados. ¿

Conocéis la iglesia de la Última Expiación? ¿Esa tan grande que está en el pasaje de los Azahares?

—Me temo que llevo años sin... —intenta responder Alvaro,

—Yo sí sé donde está.

—Bueno, esta iglesia tiene un coro de monaguillos muy famoso. Han actuado incluso para el Papa en el Vaticano. Casi como los Seises. Pues esta mañana estaban ensayando muy temprano... Yo vivía cerca de allí, así

que la conozco perfectamente, allí se bautizó mi hermano. De toda la vida, el coro, veinticuatro niños, ha ensayado en el presbiterio, debajo de una sección inclinada del techo, un techo altísimo, donde estaba centrada la vidriera de la iglesia. Un rosetón enorme, de sesenta y cuatro metros de diámetro.

—¿Sesenta y cuatro metros?

—El de Notre Dame mide ciento veintinueve de diámetro —interviene Alvaro.

—Lo sé con exactitud porque la radio lo lleva repitiendo toda la mañana. La maldita vidriera. Hay que reconocer que era preciosa cuando pasaba la luz por los cristales pintados, parecía que la escena del Juicio Final que representaba se movía, como la secuencia de una película. Bueno, el caso es que, todavía no está claro sí a causa del temporal que tenemos en Sevilla desde hace dos días, el armazón de hierro donde estaba montado el rosetón se ha partido por la mitad y los vidrios, ya sabéis que son cristales muy gruesos fijados con tiras de plomo al hierro, se han resquebrajado y han caído como una lluvia de esquirlas sobre los pobres niños. —Guarda unos segundos de luto o es que pretende dar efecto a su relato.

...

—El director del coro y dos niños, decapitados. El resto, amputaciones, heridas profundas de todas clases, niños atravesados por la mitad... Os podéis imaginar, esa cantidad de cristal tan pesado, hecho astillas superafiladas, y cayendo desde esa altura. Un baño de sangre. Han muerto catorce y el resto está muy grave.

—Dios santo —comenta Alvaro.

—Al menos, a partir de ahora los vecinos podrán dormir tranquilos sin que los despierten un montón de niñatos cantando chorradas.

A la enfermera no le hace gracia la broma de Riven.

Pero hace que abandone la narración.

—Tú sigues igual que siempre, ¿verdad?

—Ya ves.

—Igual que siempre... Tengo que irme.

Antes de tomar el ascensor se vuelve, como si hubiera olvidado decir algo, pero en ese momento se abren las puertas metálicas y prefiere no hacer memoria y se va.

Al alivio inicial por el fin de una conversación no esperada le sigue la carga de un espeso silencio aún más

inesperado. Un silencio oscuro de edificio antiguo con altos techos en sombras, solerías de hielo, maderas muertas, caóticas rutas internas sobreconstruidas en el irreconocible diseño original y el presentimiento de estar rodeados por innumerables rincones perdidos en los que existe la posibilidad de encontrar pruebas ocultas, pesadillas latentes, seres olvidados.

Un silencio que los dos hombres no cometen la ingenuidad de intentar romper con palabras. Tienen que profundizar unos minutos en el ilógico trazado de ángulos imposibles hasta encontrar la habitación 415.

Una sala privada con la puerta entreabierta.

En la penumbra del interior, el soporte metálico para la bolsa de suero medicalizado cuyo catéter se pierde bajo las mancas que cubren una estrecha cama apenas sin cuerpo apreciable —sólo el rostro semiinconsciente junto a la sonda nasogástrica apoyada en la almohada y parte de los hombros siguen allí—, como si la muerte hubiera comenzado su secuestro por las extremidades inferiores y ya casi hubiera finalizado su labor.

—Padre Decot —susurra Alvaro.

—Presente —responde una voz ahogada.

—Permítame presentarme: soy Alvaro Tertulli. Creo que mi tío le habló de mí. Es un hombre muy viejo y en un estado posterior al de la enfermedad, pero le queda un bigote perfectamente recortado y una mirada desconfiadamente burlona tras los que parapetarse.

—¿Tertulli? Un apellido muy corriente en Sevilla. Tendrá que darme más datos. —Y cierra los ojos un momento, como para indicarles que si la respuesta no resulta satisfactoria puede retirarse a sus narcotizados dominios y no volver a salir de allí.

Alvaro espera a que abra los ojos. Extrae de un bolsillo interior de la chaqueta un anillo con una enorme piedra malva y se lo muestra.

Como respuesta, el anciano logra hacer emerger trabajosamente un brazo descarnado de la ropa de cama, aferra la mano con el anulo y lo acerca a su boca para besarlo.

—Tenía que asegurarme.

—Lo comprendo.

—Tenía que asegurarme... —Una nueva pausa—. Así que, después de todos estos años, voy vivir lo suficiente para presenciar... ¿Viene por la maleta?

—Sí.

—Entonces... ¿ha comenzado el tiempo marcado por las Profecías ?

—Eso creo.

—Dios nos ayude.

—Padre, antes de nada, quería hacerle una pregunta... ¿Alguna vez les habló mi tío de un tal Efrén?

—Efrén... un sabio doctor de la Iglesia... nacido en Mesopotamia, en el siglo segundo o tercero.

—No. Este Efrén vive en Sevilla, en la calle Vulcano. Me extraña que no nos hablara de él, ni a ustedes ni a mí. Es el hombre que me ha alertado. Al parecer su misión consistía en mantener informado al cardenal de cualquier indicio preocupante... Una especie de vigía en esta ciudad.

—La ciudad turdetana... —comienza el recitado lentamente, administrando el aliento—. «¡Ay de vosotros que habitáis la ciudad Turdetana partida por el Gran Río, pueblo de perdición! Contra ti se dirige lo que dice el Señor: Yo dejaré que una Plaga de Sangre asolé a mis falsos ministros y a los protegidos de mis falsos ministros y a todos los que entraron con fraudes por los umbrales de la casa de su Dios...» —Cierra los ojos y sonríe con amargura ante su propia hazaña respiratoria y mnemotécnica. Riven se acerca a la ventana, concentrado aún en el paisaje.

Alvaro espera.

—Jamás olvidaré las palabras del profesor Tertulli. — Había ahora sin abrir los ojos, exhausto—. Jamás olvidaré el

día en que nos reunió, en la Universidad de Padua, para encomendarnos las maletas, jamás me he separado de ella.

—¿La tiene usted aquí?

—Jamás. Ni cuando me marchaba de maniobras con el regimiento, ni cuando me iba de cacería al extranjero... Jamás... Cuando me ingresaron no quise dejarla en mi casa. Pero tampoco me fiaba de dejarla en esta habitación.

—Si nos dice donde está, podemos...

—Así que cuando vino a visitarme la hija de Paco Onaíndia. __Habla despacio pero a su propio ritmo; sin permitir que las preguntas de Alvaro le hagan perder un hilo que sólo él conoce—. Ella trabaja en este hospital. Es la celadora del tanatorio. En el sótano. Hace el turno de noche. Le pedí que me la guardara. Es una buena chica. Un poco rara.

Alvaro se dirige a Riven, que sigue en la ventana.

—Tendremos que esperar a la noche para recogerla. Pero no creo que nos permitan quedarnos en esta habitación.

—El turno de noche entra a las nueve. Conozco un sitio donde esperar hasta entonces.

—Perfecto. —Se vuelve hacia el enfermo—. Vendremos a despedirnos antes de marcharnos.

—Como ve... no me encuentro muy bien. Pero si espera unos días, en cuanto esté algo mejor, puedo ayudarle en su misión. —Sonríe de nuevo—. Ahora váyanse. No se entretengan por mí. Riven ya espera en la puerta y Alvaro lo sigue, dejando al Custodio con el rostro risueñamente deformado por el colosal esfuerzo de visualizar su propia recuperación.

5

En cuanto llega al Autopuerto'92, Paciano se libera del chaquetón acolchado para hacer visible el uniforme gris que lo identifica como miembro del equipo de limpieza.

Titubea un instante en la entrada de personal, aguardando a que alguien denuncie en cualquier momento su impostura, pero como ya le advirtió Aleja al entregarle la

indumentaria, va a fingir que pertenece a una empresa de limpieza concertada por la estación de autobuses y, como ocurre con la mayoría de las empresas concertadas, sus trabajadores carecen de individualidad, son mano de obra que circula por la sede del cliente según las necesidades operativas que éste establece al margen de todo rasgo identificativo. Junto con las instrucciones para infiltrarse, Aleja, al final de la noche que ha pasado con él en la tienda de cómics, le ha dado un plano detallado sobre una edificación subterránea oculta bajo la estación y el texto para elaborar un mensaje que debe dejar en un punto concreto del subsuelo.

También le ha dejado como recuerdo un tumor maligno en el cerebro.

Una masa compacta de humo que le presiona la parte posterior de los ojos impidiéndole ver o pensar con claridad, que le caldea todo el cuerpo y que estalla en una flama insoportable cuando llega al final del vientre.

Una niebla en los ojos que, al andar por las calles, transforma cualquier escena real en una representación del infierno y el infierno en la realidad más deseable que hubiera imaginado nunca. Que le invita a despojar de su ropa a cualquier anciana y a lamerle hasta el último resquicio de su cuerpo, que convierte las voces de los niños en un sonido enloquecedoramente excitante, que le empuja a revolcarse con todo hombre o mujer que se le cruza hasta extinguirse en una interminable eyaculación de sangre. Sabe que para saciar esa hambre de piel desnuda y esa sed de fluidos corporales, ese ansia de infierno, va a ser capaz de cualquier profanación.

Cuando llega a las taquillas, se le aproxima un individuo canijo, acanallado y abiertamente maricón, un pantáculo invertido tatuado asomando por la manga del uniforme, idéntico al de Aleja.

—¿Eres nuevo?

—Sí.

—Pásate esta noche por el taller que hay al final de los hangares. A eso de las cinco. Cuando termines lo que has venido a hacer aquí.

—...

—Quedas invitado.

El individuo se pierde en el pasillo de las taquillas y, al momento, Paciano ya no sabe si ha llegado a hablar con él o no, ni si de verdad llevaba un tatuaje en el brazo o sólo lo ha imaginado. Pero tiene la seguridad de que la cita al final de su misión le reportará todo lo que necesita y de que encontrará el lugar que el fantasma le ha indicado.

No hay problema.

El infierno avanza a su encuentro.

Los archivos de la Jefatura Superior de Policía en la calle López de Gomara ocupan toda la última planta del edificio, un ático enorme y oscuro de techo bajo sin tabiques, dividido en pasillos por muebles repletos de carpetas hasta el techo que avanzan alfabéticamente, oponiendo su profundidad y su silencio al intento informatizador nunca del todo consumado.

Según le han dicho a Romana Benarque en cuanto ha llegado a Jefatura, el comisario Arreciado la espera en la letra 2, y la inspectora tiene que guiarse por el débil resplandor de una lámpara de mesa para llegar sin tropiezos hasta el fondo de la nave.

Medio sentado en uno de los estantes metálicos la espera el comisario. Pantalón negro a juego con su eterna corbata de punto y una camisa blanca; las mangas remangadas hasta la mitad de los antebrazos y el cuello entreabierto para liberar la tensión de una potente musculatura mal encubierta por la ropa. La cabeza rapada al uno en los flancos para equilibrar las carencias provocadas por una antigua calvicie. El metro ochenta de estatura. El bigote no demasiado espeso. El revólver pavonado de doble acción Rossi-971 del calibre 357 en la

funda del cinturón. Los ojos azul claro falsamente tiernos. Los cincuenta años. Los cincuenta años. Los cincuenta años.

—¿Qué haces aquí escondido?

—Acabo de llegar del centro de acogida, de comunicarle la noticia a la hija del muerto de República Argentina. La verdad es que poco...

—No me cuentes nada. No te preocupes mucho de ese asunto.

—Pero...

—Olvídalo. Lo suficiente para rellenar el expediente.

Ella se apoya en la mesa que se utiliza para consultar los legajos, recibiendo de lleno la mirada absorta del hombre.

—¿En qué estás metido, Pedro?

—Quédate a mi lado y lo verás. Sigue conmigo.

—Esas historias nunca salen bien. Tarde o temprano, se rompe el entramado y los que primero caemos somos nosotros. Y sólo nos queda un poco de dinero que ni siquiera podemos meter en el banco.

—Esto no tiene nada que ver con las historietas de polis corruptos que lees en los periódicos. —

Sonriendo.

—¿No?

—Nada de mafias de mierda, ni de grupos financieros. Hasta un régimen político se te lleva por delante antes o después. La gente que ha solicitado mis servicios ha mantenido su inmunidad durante siglos, escucha bien lo que te digo, de siglos.

La inspectora intenta interpretar durante unos segundos las palabras de Arreciado.

—¿A cambio de qué lo haces? ¿De dinero, de poder?

—A cambio de poder y de dinero. O sea, a cambio de control. —El hombre se acerca a la policía hasta quedar a un palmo de distancia—. Al control que empieza a escapárseme. He cumplido cincuenta años, Romana. Y quiero mantener el control. Aunque las fuerzas me empiecen a fallar, quiero seguir hablándole a todo el mundo

como me salga de los huevos. Cuando, dentro de unos años, esto —se abarca con la mano abierta el paquete genital apenas me funcione, quiero tener a mi lado una chica joven, guapa y de clase alta como tú

dispuesta a chupármela durante media hora hasta que se me ponga dura. Quiero comprarme una tía como tú y quiero comprarme el respeto de los que me rodean... Notas que la gente te respeta no cuando se cagan de miedo al oírte levantar la voz, sino cuando los ves suspirar de alivio al detectar que ese día no has llegado de mal humor... —Se acerca y le acaricia el cuello con los dedos—. Y quiero obtener los medios para controlar esas situaciones cuando ya no pueda dominarlas a base de cojones.

—Hay cosas que no se pueden conseguir con dinero. — Apartando un poco el cuello; sólo un poco.

—Depende de quien lo utilice. Por ejemplo, sí te regalara un anillo de diamantes o un coche deportivo, sólo conseguiría que te rieras de mí. Pero si te regalara un collar de perlas auténticas, no para que lo lucieras, sino con el único fin de introducírtelas por el cono, una a una, una a una... —Las últimas palabras se las dice al oído rozándole el lóbulo con los labios.

—Pedro... yo no estoy enamorada de ti.

Cuando el comisario logra contener la risa, vuelve a mirarla de abajo arriba —los zapatos altos y negros, las medias caladas y negras, la falda corta y negra, el jersey ajustado y negro, las pupilas contraídas y negras—, comienza a jugar con el pelo de la mujer que sigue inmóvil, medio sentada en la mesa.

—Ya lo sé. Pero conmigo te pones caliente, y conmigo te pones colorada. —Vuelve a aproximarse y le coloca las manos en la cintura, que inmediatamente son dos manos que calibran sus pechos—. ¿Que mamarracho de tu edad consigue que te ruborices a estas alturas? —Se cuela entre las piernas abiertas de la mujer y la empuja con su cuerpo hasta tenderla sobre el escritorio—. Sigue conmigo... Te

subiré hasta lo más alto y haré que descieras hasta lo más bajo... Deja el amor para los que nunca podrán tener nada parecido a esto... —Y ahora una mano del hombre está demasiado dentro de su falda para que ella quiera llevarle la contraria.

7

—Son la diez y cinco —anuncia Alvaro mirando las agujas luminosas de su reloj de oro—. ¿Nos ponemos en marcha?

Riven no responde.

Más que almacén ortopédico, la sala del sótano del hospital del Tomillar donde han pasado las últimas horas debería denominarse "desguace ortopédico». Antiquísimas sillas de ruedas oxidadas e inservibles, bastones sin la terminación de goma, piernas y brazos artificiales seminuevos, camillas con sólo tres patas o corsés con las ballenas descosidas componen la arqueología protésica donde meses atrás Julia, como reacción a

la imprevista despedida que él le planteaba y con la excitación añadida de poder ser sorprendidos en cualquier momento, condujo a Riven para un polvo colérico y silencioso que supuso el último encuentro de ambos. La misma arqueología que, meses después, ha servido de refugio a Riven y Alvaro hasta el momento en que calculan que habrá comenzado su turno la celadora del mortuorio.

—¿Vamos? —insiste el sacerdote.

Los dos hombres están sentados en el suelo en medio de la completa oscuridad de la habitación, con las espaldas apoyadas en la pared.

Riven lleva toda la tarde sumido en alguna disquisición y elige este momento para traducirla en palabras.

—Esta vez parece... parece que vamos a ser los primeros en llegar hasta la maleta. Supongo que tanto en el caso del Custodio de Mairena del Alcor como en el de República Argentina, las personas que se nos adelantaron pertenecen a esa Alianza de la que usted me habló, ¿me equivoco?

—No. No creo que se equivoque.

—Pero además, me dijo que en este juego interviene una... potencia. ¿Fue eso lo que me dijo?

—Efectivamente.

—Muy bien. Pues creo que ya ha llegado el momento de que me cuente algo más de las entidades a que nos enfrentamos.

—Aún no ha llegado el momento. —Alvaro se pone en pie y comienza a sacudirse los pantalones.

—¿Por qué no?

—Créame, en cuanto me sea posible le hablaré de ello.

Riven también se levanta, pero enciende un cigarro y se apoya en una camilla desvencijada, dejando claro que de momento no va a salir de allí.

—¿Y si le digo que me he vuelto impaciente?

—Riven —el sacerdote, que estaba cerca de la puerta, se vuelve, intentando mostrarse persuasivo—, usted todavía no está preparado para que le revele nada más.

—¿Porqué?

—Le prometo que en cuanto...

—¿Porqué?

—Porque no me creería. —Ahora es Alvaro quien ha perdido la paciencia y levanta una voz que le falla mientras se le saltan las lágrimas—. ¿Me creería si le dijera que hace siglos que existe una organización paralela a la Iglesia católica, con ramificaciones internacionales y un poder casi ilimitado? ¿Que la Santa Inquisición no se llegó a suprimir nunca, que sigue actuando en la sombra? ¿Que sus dirigentes están dispuestos a cualquier cosa, a realizar las más grandes atrocidades, con tal de conseguir un libro, un simple libro? ¿Me creería si le dijera que existe un libro que recoge todo lo que está escrito en los demás libros escritos y en los que están por escribir? —Un poco más tranquilo, recuperando la tristeza de los conocimientos que no puede compartir—: ¿Me creería?

—...

Riven no contesta.

El sacerdote se vuelve lentamente y sale de la sala, llevándose el miedo y la soledad de una carga de la que sabe que jamás se podrá desprender. Como los gravámenes de su herencia no deseada. La recompensa envenenada de una misión que no ha elegido y que no se siente con fuerzas para cumplir. Se interna en el sótano absolutamente deshabitado a esa hora, escuchando el sonido del viento por los respiraderos que parece querer derribar el hospital, borrarlo del solitario desvío de la carretera comarcal. Como si el apocalipsis, para sus preliminares, hubiera elegido aquel centro de desolación.

Puertas cerradas, zumbidos de origen indescifrable, una sucia luminosidad ocre, la densidad de la atmósfera estancada.

Cuando llega a una encrucijada de pasillos comprueba con alivio que Riven marcha a su lado y le indica el camino a seguir.

Tienen que deshacer la ruta varias veces, reiniciar el laberinto desde frentes distintos, hasta encontrar el cartel del tanatorio.

Una doble puerta batiente los deja en un nuevo pasillo enlosado en verde que termina en otra doble puerta con la indicación «sala de autopsias». También comienzan a oír una voz distante que parece hablar animadamente. La sala de autopsias —suelos en desnivel hasta un desagüe central debajo de una mesa de operaciones mohosa— debe llevar años sin usarse, por la total ausencia de material o mobiliario. Al fondo, otra puerta. Y otro pasillo, que termina en un depósito de grandes dimensiones con las paredes cubiertas por las portezuelas de las cámaras individuales. De un ángulo invisible para los dos hombres procede la voz femenina que ahora se distingue claramente.

—... Que no, que tú tranquila. Que aunque esto parezca de película de miedo, no pasa nada. Te lo digo yo, que llevo nueve años aquí. Nueve años, que se dice pronto. Vine a sustituir a un compañero, porque nadie quería bajar, y hasta

hoy. Te acostumbrarás enseguida. Arriba cada uno va a lo suyo y en cuanto te descuidas te ponen la zancadilla. Pero yo procuro que esto sea distinto. Ya sé que has venido para poco tiempo, pero tampoco tienes por qué estar a disgusto. Mira, quiero que conozcas a Fernando... Riven se asoma a la esquina y, tras contemplar la escena unos segundos, hace señas a su compañero para que la comparta.

Pueden ver a una anciana tendida en una camilla. A una mujer sentada en una silla con un pijama sanitario color verde y, asomando el torso por uno de los compartimientos, a un hombre joven con la cabeza rapada.

La chica de la silla no es fea. Es peor, porque tiene una de esas caras agradables, aniñadas y gordezuelas que no interesan a nadie.

Por supuesto, tanto ¡a anciana como el rapado están completamente muertos. Aunque ese detalle no impide que la celadora les siga hablando. Quizá sospecha que son los únicos en el mundo dispuestos a prestarle atención, y seguramente está en lo cierto.

—... Es guapo, ¿verdad? Fernando lleva dos días aquí. Y ya está acostumbrado a esto. ¿Verdad? Es un sitio muy tranquilo... no os preocupéis que no va a bajar nadie. Y menos de noche. Pero no pienses que por eso yo me voy a echar a dormir, Fernando lo sabe, yo no soy como la gente de arriba que en cuanto pueden se tiran en cualquier sitio. Yo vengo aquí a trabajar y a estar con vosotros. A no ser que me llamen para que traiga... Se le atragantan las palabras cuando mira hacia la entrada y descubre a Riven y a Alvaro observándola fascinadamente.

—Perdón —se aproxima y se cachondea Riven—, estoy buscando a la celadora. —Le habla al cadáver de la camilla—. ¿Es usted o esta señorita?

—¿Quiénes son ustedes? —La joven se levanta, intentando encubrir la vergonzosa situación con un enfado progresivo.

—Disculpe que irrumpamos de esta manera —tercia Alvaro—. Somos amigos de un amigo suyo, el padre Ángel María Decot.

—¡Ustedes no tienen ningún derecho a entrar aquí! ¡Esta sala es sólo para personal autorizado!

—Lo imagino, y le pido mil perdones. Pero la situación es muy especial. Permítame que me presente: me llamo Alvaro.

—¡Salgan inmediatamente! —Comienza a rodear la habitación, acercándose a un escritorio metálico, progresivamente histérica.

—Señorita, el padre Decot nos ha pedido que recojamos la maleta que usted tan amablemente le ha guardado. Puede comprobarlo. Si nos la da...

Cuando ha oído hablar de la maleta, la mujer se ha desviado de su camino y ha cerrado del todo la compuerta rectangular del crematorio que permanecía entreabierta. Después continúa en dirección al teléfono de la mesa.

—¡O salen de aquí ahora mismo o aviso a seguridad para que los echen! ¡Pero ahora mismo!

—Por favor, sea razonable.

—¡Ahora mismo, vamos! —descolgando el teléfono.

Pero Riven lo alcanza de un salto antes de que pueda marcar y arranca el cable de la pared.

—¿Quieres tranquilizarte, tía?

Ella no quiere tranquilizarse.

No quisiera que nadie hubiera descubierto sus tertulias nocturnas.

Y no quiere que le impidan desahogarse.

De forma que cierra un puño e intenta golpear al hombre en el rostro, aunque él se aparta y apenas logra rozarle.

Riven la rechaza de un empujón. Demasiado fuerte. Lo bastante fuerte para arrojarla sobre la camilla y que, tanto la celadora como la muerta, terminen en el sucio.

Ninguna de las dos se mueve de allí.

Alvaro pretende acercarse pero el hombre más joven lo detiene.

No le ha pasado inadvertido el gesto inconsciente de la mujer cuando han nombrado la maleta. Se acerca al horno crematorio, lo abre y allí está.

Una pequeña maleta, algo más grande que un portafolios, de un modelo antiguo en cuero oscuro, casi negro por el tiempo, guarnecida con un fleje metálico y que, a simple vista carece de cerraduras. Riven deja que sea el sacerdote quien tome posesión de ella.

Cuando se marchan, la celadora sigue tirada en el suelo junto al cadáver. La ventaja de haber elegido esa clase de compañía es que los amigos no te vuelven la espalda en los peores momentos.

8

En cuanto descendió por el primer tramo de la escalera de caracol, supo Paciano que aquel mundo subterráneo en que se estaba internando era algo más que una simple prolongación oculta de la estación de autobuses.

Los viejos peldaños metálicos lo dejaron en una ancha galería con paredes formadas por bloques rectangulares de piedra sin recubrir, cuya terminación se perdía en la penumbra creada por la escasa iluminación procedente de unas bombillas de baja potencia, encerradas en rejillas a un palmo del suelo, instaladas cada cinco o seis metros.

Con la linterna en una mano y el plano en la otra, el hombre se adentra en la humedad que transforma en extrañas figuras el vaho de su respiración entrecortada y que ha pintado de verdina el adoquinado del suelo, el lecho y las paredes.

Es imposible calcular la edad de la construcción.

La misma edad de los panteones que nadie visita y de los pasadizos perdidos en ja memoria. La edad del silencio que termina siendo voces roncas en el interior de su cabeza.

El silencio que se ha aliado durante siglos con la semioscuridad para esconder asquerosos seres informes

que se retuercen de hambre, dolor y soledad.

Paciano intenta mantener la calma. Según el plano, encontrará el próximo tramo de escalera en cuanto sobrepase la sala de tribunales.

Y una gran puerta de madera con un solemne llamador en forma de cáliz le indica que está justo a esa altura.

Aleja le dejó bien claro que a esa hora de la noche, el subterráneo —excepto un retén de guardia en la zona de los calabozos perpetuos que debía evitar cuidadosamente— estaba vacío y que no tenía nada que temer. Únicamente debía ser precavido al entrar en la sala de juntas de la zona de administración de la superficie del Autopuerto'92. Una vez entró allí sin ser visto, sólo tuvo que pulsar en el mapamundi el pequeño icono del autobús que señalaba la posición de la estación sevillana en la red de terminales europeas para que una sección del mapa se convirtiera en la entrada al complejo inferior.

Aunque no hay de qué preocuparse, Paciano marcha cada vez más deprisa. Orientándose siempre a la derecha para evitar los calabozos, tras la siguiente intersección encuentra una enorme compuerta construida en algún pesado metal oxidado por la que se desciende al siguiente nivel. Esta vez los gastados escalones están excavados en la piedra y son mucho más antiguos y numerosos. También la cámara en la que desembocan parece más castigada por los años. Algunas de las bombillas enrejadas a ras de suelo están fundidas y el centro del suelo se ha convertido en un surco por el que discurre una exigua corriente de un líquido oscuro y maloliente.

No hay de qué inquietarse, pero Paciano acelera el paso.

Los rótulos del plano no son demasiado tranquilizadores. Para llegar a la capilla en la que debe depositar el anónimo, tendrá que pasar por lugares denominados Brasero del Santo Oficio, Cámara del Tormento o Sala del Cirujano de la Inquisición. Es mejor no hacer ni hacerse preguntas. Además la masa de niebla que se le ha formado detrás de

los ojos no lo deja pensar con claridad... no profundizar en quiénes son esa gente ni a qué se dedican... entregar el mensaje, salir cuanto antes y unirse a la fiesta que le ha prometido el tipo del tatuaje. No pasa nada, y Paciano va cada vez más rápido.

Los túneles se estrechan y el curso de agua se vuelve aún más apestoso. Otra doble puerta de madera de grandes proporciones con la inscripción en bajorrelieve «Autos de Fe in abdito» se corresponde con la zona rotulada en el plano como Braserio del Santo Oficio. No se detiene y al concluir el corredor, la morfología del subsuelo cambia por completo: el piso se convierte en una inclinadísima rampa que muere en un gran lago de agua estancada cuyos confines se pierden de vista al otro lado de una inmensa caverna. La única posibilidad de seguir adelante es una pasarela sin barandilla suspendida en el vacío que avanza bordeando la pared derecha. Mientras la recorre, comprueba que ya estaba señalada en el plano, lo que no aparece en el papel son los monstruos sin voz ni forma que lo persiguen lentamente unos metros por debajo de sus pies. No hay peligro, aunque Paciano sigue apresurándose.

Después del siguiente recodo, la pasarela se ensancha al pie de otra doble puerta de madera, esta vez entreabierta, la Cámara del Tormento. Al sobrepasarla, el débil eco de una voz de mujer parece llegar hasta él. Es mucho mejor no pararse a verificarlo.

Pero al fin y al cabo, la puerta no está cerrada.

Sólo una mirada.

Se trata de un espacioso vestíbulo pintado de un blanco sucio, presidido por la Cruz Verde del Santo Oficio, por el que se llega a cuatro puertas idénticas.

Paciano se queda mirando unos segundos la luz que se filtra por debajo de una de ellas, se asegura de que no hay movimientos en el interior y por fin la abre.

En el centro de la habitación iluminada como un quirófano hay dos mesas: una pequeña y metálica cubierta

con herramientas ensangrentadas que el propietario de la tienda de cómics reconoce, por los grabados vistos en alguna enciclopedia, como el juego completo de instrumental para amputaciones que se utilizaba en el siglo XIX: una sierra de hoja ancha, cuatro cuchillos de diferentes longitudes y formas, unas tenazas, varias tijeras, un finísimo estilete, unos fórceps y material de sutura. Junto a esta mesa auxiliar, han colocado una

antigua mesa de operaciones de mármol, en la que se observa el reguero de sangre que ha dejado la mujer desnuda al arrastrarse en su intento de huida.

No ha llegado muy lejos.

Sigue allí, tirada en el suelo, con los ojos entrecerrados.

Paciano la conoce.

La ha visto muchas veces en televisión protagonizando uno de los múltiples anuncios de videntes que publicitan un número de teléfono a través del cual prestan sus servicios: «Funde tu presente y tu futuro con el Tarot de Dania.» La más joven y una de las más hermosas de las brujas catódicas; siempre vestida con túnicas tan pálidas como su piel para resaltar su condición de hada buena o de ángel de la guarda a euro el minuto. La famosa Dama. Desplomada en el suelo, al pie de la mesa de operaciones, emitiendo un sonido entrecortado que es más un lamento que una queja.

No tiene dudas acerca de su identidad, pero antes no era así.

El hombre se aproxima embelesado con las alteraciones suscitadas en el cuerpo de la mujer. Un muñón recién cauterizado al final del hombro derecho de la chica sustituyendo al brazo que le han seccionado. También le han amputado la pierna izquierda. La pierna no se ve por ninguna parte, pero el brazo derecho se lo han injertado toscamente con irregulares puntos de sutura en el lugar donde debería tener el miembro inferior izquierdo.

Han construido un extraño animal sin nombre y lo han abandonado.

Vivo.

Como para dar un toque de realismo a aquel infierno.

Paciano se inclina sobre ella y al fina! se arrodilla a su lado intentando distinguir alguna palabra de la mujer. Por fin se decide a hablarle.

—¿Dania?

—...

—¿Por qué te han hecho esto?

—Creen que el diablo es mi amante... Dicen que si me cambian el cuerpo no me reconocerá cuando venga a visitarme.

A pesar de que espera un par de minutos, ella no dice nada más.

El hombre se pone en pie.

La masa de niebla que lleva detrás de los ojos es cada vez más compacta; no le deja pensar. Se pone en pie y retrocede poco a poco, sin atreverse a reconocer la enfermiza excitación que se abre paso entre la imagen terrible de la muchacha transfigurada, irremediabilmente desvalida. Cuando sale de la cámara y vuelve a la pasarela cree oír una débil petición de ayuda, pero no está seguro de poder diferenciar su origen entre las muchas voces que resuenan en el interior de su cabeza. Consulta el plano y sigue en dirección a la capilla, donde debe dejar el anónimo. Leales monstruos lo persiguen en silencio por el lago de inmundicias.

Anda, Paciano.

9

Sólo la agónica respiración del hospital del Tomillar acompaña a los dos hombres mientras recorren los pasillos que Alvaro se ha empeñado en desandar para despedirse del padre Decot. El sonido del aguaviento les llega con mayor claridad que en el tanatorio y la temperatura es algo más alta.

Aunque no puedan conciliar el sueño, los moribundos no pasean por los pasillos a medianoche. El personal sanitario

duerme profundamente en sus reservados. No se cruzan con nadie. El sacerdote camina con un nuevo ímpetu, aferrado firmemente a su descolorida maleta.

—Si nos damos prisa, podemos realizar una visita de última hora a Pelayo Ahengozar. El Cuarto Custodio. Espero que nos perdone por irrumpir en su casa a esta hora de la noche, pero la situación lo justifica.

—¿El que vive en la calle Escultor Sebastián Santos ? — pregunta Riven.

—Eso es.

—Es posible que él nos perdone, pero no esté tan seguro de que la gente de su barrio vaya a hacer lo mismo.

—¿Es un lugar conflictivo?

—¿El polígono Sur? En general, sí. Algunas zonas especialmente. A ésta la denominan «Las Vegas». Ni los patrulleros de la policía van por allí sin refuerzos.

Desde el comienzo del corredor divisan que la puerta de la habitación 415 está cerrada. Alvaro, que abre enérgicamente la marcha, la golpea con los nudillos un par de veces y a continuación la abre unos centímetros.

—¿Padre...?

Abre un poco más la puerta y alza la voz.

—¿Está dormido? Somos nosotros...

Riven, que hasta ahora no se había acercado a la puerta, mira el interior desde un ángulo distinto, por encima del hombro del sacerdote. Lo aparta de un empujón. Empuja la puerta hacia dentro con una fuerte patada. Agarra el tirador y vuelve a cerrarla. El último sonido que les llega del dormitorio es el grito de dolor de la persona que esperaba tras la puerta. La última imagen, la del padre Decot en la cama bajo una sábana ensangrentada.

Riven mantiene la puerta cerrada mientras ordena al cura que se marche y éste empieza a correr hacia la izquierda, pero aún no ha recorrido unos metros cuando varios indigentes surgen del final del pasillo. Los encabeza un gordo con el pelo hasta los hombros que viste una

gabardina cubierta de lamparones directamente sobre la camiseta de tirantes, seguido de una mujer escuálida de mirada perdida con camisa y pantalones de hombre que anda con la inseguridad de los zombis en las películas. Los siguen tres más: todos harapientos y sucios y con la misma imparable determinación.

En cuanto los ve, Alvaro se detiene en seco y, tras recobrar el equilibrio, emprende la carrera en sentido contrario; pero no con la suficiente rapidez. El gordo de la gabardina está a punto de alcanzarlo. Desde su posición, Riven toma una papelerera de aluminio y la arroja a los pies del vagabundo, haciéndole caer y deteniendo por unos segundos el avance del grupo. Para efectuar su maniobra, ha tenido que soltar el pomo de la puerta y enseguida se encuentra encima con un árabe más alto que el, de barba negra que parece nacerle desde la cuenca de los ojos, que ha salido de la habitación, con la frente amoratada como consecuencia del portazo, empuñando un largo cuchillo de oxidada hoja ancha.

Riven ha reparado en su presencia demasiado tarde y para evitar el embate no le queda otra alternativa que dejarse caer de espaldas.

Alvaro, de vuelta hacia la otra salida del corredor, se detiene cuando ve a su compañero en el suelo y al árabe disponiéndose a intentar hundirle el cuchillo por segunda vez.

El resto de los indigentes se han librado de la papelerera que les obstaculizaba el paso y se aproximan rápidamente.

Riven intenta patearle desde el suelo pero ésta no es la primera pelea del árabe, que ha tenido cuidado de colocarse a un lado, de manera que el golpe no resulta efectivo. Cuando levanta el cuchillo para golpear al enemigo caído, un lazo de plástico transparente le rodea el cuello, cortándole la respiración. Alvaro ha visto como aparecía tambaleándose, con el pijama cubierto de sangre, el padre Decot, al que ya daba por muerto; y ha visto, paralizado,

como utilizaba un segmento de la sonda nasogástrica que aún le surgía de la nariz para —alcanzando de puntillas el cuello del árabe que le dobla en tamaño— detener en el último momento el que hubiera sido último golpe contra Riven.

Una anciana ha salido de su habitación llevando una radio roja en forma de elefante en la mano y observa la escena con una bobalicona sonrisa de alzheimer.

Riven, siempre de espaldas en el piso, permite que Decot entretenga al árabe por el tiempo que necesita para flexionar las piernas y descargar un doble golpe contra el abdomen del gordo que se le abalanzaba y que, al caer de espaldas, vuelve a arrastrar a sus compañeros.

Aprovecha la pausa para ponerse en pie, para sacar la navaja, para gritarle a Alvaro que qué carajo hace allí parado, que se dirija al ascensor y lo espere con las puertas abiertas. También intenta aprovecharla para auxiliar a Decot en su lucha imposible contra el árabe, pero éste ya le ha hundido el cuchillo hasta el mango en el pecho y su único problema es volver a extraer la hoja.

La indigente con andares de zombi se acerca a él con la mitad de unas tijeras melladas, pero no es difícil para Riven derribarla de un codazo en la boca antes de que consiga herirle. Varias enfermeras gritan al fondo del pasillo, la vieja de la radio infantil sigue divirtiéndose, otro de los vagabundos se acerca con un trozo de tubería, Alvaro se ha perdido de vista y Riven ya no puede hacer nada por un Decot desplomado sin vida sobre su asesino, que sigue intentando liberar el arma; de manera que, tomando impulso, golpea al árabe con una tremenda patada en los riñones que lo aplasta contra la pared junto a su víctima, esquiva al pordiosero de la tubería, y comienza a correr en la misma dirección que ha tomado Alvaro. No avanza.

El gordo ha logrado levantarse y atrapa con las dos manos los faldones de la gabardina militar de Riven, que se vuelve, observa el guiñapo del suelo en el que han

convertido al padre Decot y parece enfurecerse por primera vez en el transcurso de la lucha.

Con la misma propulsión del giro, traza un arco con la navaja, que —manejada casi como un pincel—

abre un profundo surco horizontal donde antes estaba el ojo izquierdo del mendigo, salpicando de sangre todo el campo de visión de Riven, que continúa girando hasta alcanzar los 360º y prosigue su carrera hacia los ascensores, alejándose de los gritos que son una masa confusa a su espalda. Alvaro, apoyado sobre la célula fotoeléctrica de la cabina, parece relajarse cuando lo ve llegar y, sin dejar de asir la maleta con las dos manos, lo deja entrar en primer lugar al interior.

—¿Está bien?

—Bien. Vámonos de aquí.

Pulsa insistentemente el botón de la planta baja y cuando la doble puerta metálica comienza a cerrarse, una figura se interpone accionando el dispositivo que las abre de nuevo. Aunque es un ascensor espacioso, con capacidad para albergar una cama de hospital, parece repentinamente abarrotado con la presencia del árabe, que agarra fuertemente a Riven por las solapas. Por suerte, parece que ha desistido de recuperar su cuchillo porque ha llegado completamente desarmado. Riven es más corpulento aunque algo más bajo que su atacante, lo que le resulta ventajoso para evitar el cabezazo que éste le dirige al puente de la nariz. Después se cuelga de su andrajosa chaqueta sin cuello y le machaca los huevos mirándole a los ojos. Y repite el golpe. Una y otra vez, lo va sacando del cubículo a rodillazos entre las piernas.

De nuevo en el vestíbulo, se aleja lo suficiente como para golpearle el estómago con el puño tan cerrado que se clava las uñas en la palma de la mano.

El árabe le suelta las solapas y se deja caer de rodillas.

Lleva la chaqueta manchada de la sangre del padre Decot.

Riven abre la navaja con un clic metálico y lo rodea lentamente hasta quedar a su espalda. Con un golpe seco le inmoviliza la cabeza con la mano a la altura de los ojos y se dispone a abrirle el cuello con el filo de la hoja.

Alvaro grita algo, intentando detenerle.

El desperdiciero no se resiste. Pero habla.

—Nosotros somos como tú.

—Ya nadie es como yo.

Parece que su propia respuesta lo contiene; como si de pronto la amarga naturaleza de sus palabras fuera más importante que lo que estaba haciendo. Después, un solo tajo.

Poco a poco, regresa junto a Alvaro.

El árabe vomita su muerte de rodillas.

Esta vez nada impide la partida del ascensor.

10

El albergue del Segundo Advenimiento fue originalmente uno de los primeros aparcamientos subterráneos de explotación privada que se construyeron en el casco viejo de Sevilla. Según las crónicas, su impulsor, García Torre, un empresario que había iniciado su fortuna gestionando grandes superficies comerciales, visitaba regularmente a sus padres, que se obstinaban en continuar residiendo en su viejo domicilio de la calle Navarros. En un período de diversificación de sus negocios, decidió solucionar los problemas de estacionamiento con los que se enfrentaba en cada visita a su antigua casa construyendo unos enormes aparcamientos de cinco pisos de profundidad que contribuyeron a paliar durante un tiempo los graves problemas de tráfico que empezaban a colapsar el centro de la ciudad.

Años después de que fallecieran sus padres muy ancianos, García Torre experimentó una imprevista crisis religiosa, noticia constante en los diarios económicos, que le llevó a desprenderse de todas sus posesiones y a desaparecer para siempre de la vida pública tras unas

últimas declaraciones en las que afirmaba que a partir de ese momento se proponía vagar por los refugios para mendigos de toda Europa en busca de la segunda encarnación del Dios, que, según él, había vuelto de nuevo con nosotros para convivir entre los más humildes. Entre otras excéntricas donaciones, decidió ceder los aparcamientos de la calle Navarros al Ayuntamiento de Sevilla con la condición expresa de reconvertirlos en un colosal albergue que acogiera a parte de la cada vez más numerosa población de indigentes sin hogar que llenaban las calles al principio del siglo XXI. La corporación municipal emprendió con entusiasmo el proyecto, iniciando una primera fase en la que dotaron a las dos primeras plantas del antiguo aparcamiento con dormitorios, comedores, servicios sanitarios, áreas de esparcimiento, y anunciaron un ambicioso programa de reformas para el resto del inmueble que se completaría en los años siguientes.

La llegada al poder en el ayuntamiento de un partido conservador, con sus correspondientes restricciones en las partidas presupuestarias de orientación social, paralizó las subvenciones primero —apenas suficientes para el suministro de luz eléctrica que sólo llegaba hasta el nivel 2 y para el material sanitario de la precaria enfermería atendida por médicos voluntarios— y desmanteló después cualquier idea de remodelación de las plantas inferiores.

De manera que, al margen de toda colaboración institucional, habían sido los propios vagabundos los que habían procedido a dicha expansión, ocupando caóticamente una planta tras otra hasta abarrotar la construcción, inundándola de colchones mugrientos y cubículos de cartón junto a depósitos de desperdicios de cuya reventa subsistían, emplazando incluso, en los rincones más oscuros y apartados, negocios individuales de prostitución o venta de anfetaminas, hasta convertir el subterráneo en un auténtico hervidero. En la actualidad, e!

albergue del Segundo Advenimiento es un inmenso pozo absolutamente descontrolado en el que nunca se sabe cuántas personas lo habitan ni por cuánto tiempo; por debajo de la segunda planta, el humo de las fogatas y los candiles de aceite, los gritos de niños enloquecidos, la lucha a muerte por la propiedad de un par de metros cuadrados, la inmundicia, la enfermedad y los parásitos ejercitan a sus pobladores para una futura residencia en el infierno.

Pero ya sabemos que en el infierno existen jerarquías. En lo más recóndito de la quinta planta, una pequeña pero sólida puerta metálica da paso a la antigua zona de mantenimiento y almacenaje de los aparcamientos. Un recinto espacioso y de acceso reservado constituido por varias piezas de paredes agrietadas divididas por anchas columnas que producen el mismo aspecto de decadencia y suciedad que el resto del edificio, pero que contrastan por encontrarse habitualmente ocupado por un reducido grupo de personas y por estar decorado con una absurda profusión de valiosísimos objetos amontonados en un desorden que acentúa aún más lo inconcebible de su presencia en lo más profundo del albergue. Luces y sombras de los quinqués colocados en las esquinas de la sala central ocultan o resaltan las figuras de siete cálices tallados en oro macizo de diversos tamaños cubiertas de polvo sobre un desportillado escritorio renacentista. Un crucifijo de casi dos metros con extrañas gemas incrustadas apoyado horizontalmente contra la pared. Un cuadro en el suelo: *El enterramiento*, de Belliní, una obra que según todos los manuales nunca ha salido de la Pinacoteca Vaticana desde que Pío X la inauguró en 1932. Un bargueño de Amberes chapado en ébano y carey con algunas portezuelas destrozadas que dejan ver antiquísimos libros en el interior. Un sofá francés del siglo XVII con el respaldo tapizado en el que Amador sostiene con la mano izquierda su bastón blanco de ciego con la empuñadura en forma de cruz, mientras que utiliza la derecha para acariciar

distraídamente la entrepierna de uno de los jóvenes mendigos que le sirven habitualmente como lazarillos.

De pie, el comisario Arreciado los observa con una mueca de asco y sigue paseando por la estancia.

—¿No quiere sentarse con nosotros?

—Tengo prisa, Amador. Es tarde y llevo en planta desde las seis de la mañana. —Se afloja el nudo de la corbata para subrayar sus palabras—¿Qué es tan urgente como para hacerme venir a este basurero a esta hora?

—Las cosas se están precipitando. Tengo dos buenas razones para solicitar su presencia en esta casa, donde, por otra parte, siempre es bienvenido —con su acostumbrada excesiva sonrisa.

—La próxima vez, espero que nos reunamos en cualquier otro sitio. Hay mucha gente que me conoce entre esa morralla. Bajar hasta aquí, solo, es una manera absurda de jugarme la vida.

—Lo intentaré, comisario, lo intentaré. —A partir de ahora endurece las palabras sin perder la sonrisa—. Pero todos nos jugamos mucho en esto, y ha llegado el momento de implicarse a fondo si queremos conseguir nuestros fines.

—¿Qué es lo que me quiere decir? —El policía se para con las piernas abiertas frente al ciego y al joven desdentado que lee un cómic pornográfico sin atender la conversación.

—Quiero decirle que nos quedan cuatro días para el uno de enero y que para entonces deben estar en nuestro poder las cinco maletas de las que le hablé anteayer. Quiero que sepa que, a partir de ahora, no va a bastarnos con su colaboración pasiva; necesitamos de usted algo más de lo que ha hecho hasta ahora, que al fin y al cabo, no ha sido más que escamotear nuestros movimientos. Quiero que entienda lo mucho que puede sacar usted de todo esto si nosotros logramos nuestros propósitos.

Arreciado no está acostumbrado a que le hablen de esa manera y tarda unos segundos en digerir el discurso de su

anfitrión. No es fácil dejar de decirle que ningún viejo escurrepollas cegato de mierda puede dirigirse a él en ese tono. Pero al fin se traga algo más que las palabras.

—¿Qué necesita?

—Ante todo, que localice a este sujeto. —Amador abandona la bragueta de su acompañante para entregarle al comisario una delgada carpeta negra que el otro comienza a ojear inmediatamente—. Como ve, nuestro hombre se llama Alvaro Tertulli Lazo, ahí tiene una foto y algunos datos acerca de su biografía... bastante anodina como puede ver. Un sacerdote que jamás ha ejercido como tal y que dirige un programa de arte

en la Radio Vaticana. En principio no debería ser ningún problema neutralizarlo. Llegó a Sevilla ayer por la mañana después de treinta y dos años de ausencia, lo cual nos hacía suponer que no conoce lo bastante bien la ciudad como para escabullirse de nosotros.

—Si es así, no me explico como no se han encargado de él sus *familiares*... ¿no es así como llama usted a su milicia?

—Así es como se les llama desde hace más de seiscientos años. Si hasta ahora no hemos podido atrapar a Alvaro Tertulli por nuestros medios, se debe a que, desde su llegada, se hace acompañar por un individuo del que le iba a hablar a continuación y al que aún no hemos identificado. Lo único que puedo decirle de él es que se trata de un tipo especialmente peligroso. De unos treinta y tantos años, alto, fuerte, bien parecido, con el pelo largo y que suele vestir una gabardina del ejército. Como le he dicho, no sabemos su procedencia... no creemos que pertenezca al círculo de amistades del fallecido cardenal Tertulli, ni, por sus métodos, parece un escolta profesional. Y no se nos ocurre otra fuente de la que Alvaro pueda obtener ninguna clase de apoyo.

—¿El cardenal Tertulli? Tengo la impresión de estar andando a ciegas en todo este asunto.

—Uno se acostumbra a andar a ciegas, se lo aseguro. Es fácil cuando no hay otra alternativa —responde Amador alzando su bastón blanco y ampliando su distorsionada sonrisa.

El policía se concentra en el dossier para no darse la oportunidad de responder al invidente de la forma en que le gusta hacerlo. Pero apenas hay nada que leer y quiere marcharse de allí cuanto antes.

—Esta bien, le traeré a estos individuos. Me dijo que me había hecho venir por más de una razón. ¿Cuál es la segunda?

—No se enfade, señor Arreciado. —La mano derecha recorriendo ahora el muslo a través del sucio pantalón del chico—. Créame cuando le digo que ni siquiera las altas instancias que están detrás de todo esto conocen en su totalidad el plano del tesoro. De los cinco tesoros, para ser exactos. A cada uno de nosotros nos toca dibujar un fragmento de! plano que, unidos, completarán la ruta definitiva. Incluso a nuestros enemigos les corresponde descubrir una parte del itinerario.

—En sólo dos días ha muerto un número desproporcionado de personas relacionadas con la Iglesia: la masacre del buque-escuela *San Ignacio*; el desplome de la vidriera, indudablemente intencionado, sobre el coro de monaguillos; sacerdotes muertos y torturados en sus casas o parroquias... Esas altas instancias... ¿están detrás de todas esas muertes? Es importante que lo sepa. Podrían encargarme la resolución de otro de esos casos.

—No detrás de todas esas muertes. —La sonrisa del ciego desaparece por primera vez en toda la entrevista—. Deberá conformarse con saber que hay... otras fuerzas actuando en nuestra isla del tesoro... Dígame, ¿es usted aficionado a la literatura infantil y de aventuras?

—Depende de lo buena que esté la niña que me lea el cuento. —Para mí, en cambio, aquellas imágenes, aquellas descripciones que disfruté en mi niñez, son un bagaje

absolutamente inapreciable. Perdí la visión a los trece años, ¿sabe?... un estúpido accidente. Después de aquello, finalicé mis estudios eclesiásticos, la carrera universitaria, el doctorado... He tenido acceso a miles de libros, pero aquí dentro —se señala la enorme cabeza calva— las únicas escenas que permanecen deslumbrantemente vividas son las que descubrí en aquellas novelas y en aquellas películas en blanco y negro de mi primera juventud. Nunca me han abandonado, pero últimamente parece que al fin llegó mi turno de embarcar rumbo a una de esas misteriosas islas... ¿Me sigue, comisario?

—No estoy seguro.

—Fíjese que ahora, después de tantos años, yo mismo soy como un personaje de Stevenson, y Sevilla es como una mezcla de *La isla del Tesoro* con la isla Skull donde aquellos expedicionarios descubrieron a King Kong. No tiene más que mirar a su alrededor y verá al pirata Pew o a Long John Silver. A Fay Wray con el vestido rasgado, a punto de perecer bajo una potencia procedente de tiempos remotos. Al valeroso Jim junto a sus ambiguos compañeros siguiendo el rastro del piano y de la leyenda que lo acompaña. A las tribus de nativos entregados a un culto terrible para aplacar la sed de sangre del demonio que los amenaza tras la gigantesca empalizada... Todas esas muertes que acaba usted de nombrar... ¿no le parece estar escuchando el rugido del monstruo procedente de lo más hondo de la jungla?

—...

—Si yo fuera usted, procuraría mantenerme alejado de esas tragedias. Usted y yo somos personajes secundarios de esta aventura y a los guionistas del Hollywood clásico sólo les permitían suprimir a los

personajes secundarios. —Dejando el bastón un momento, introduce la mano bajo el sofá y extrae una gran bolsa de plástico con el logotipo de unos grandes almacenes llena hasta el borde de billetes sucios y arrugados—

. A cambio tenían los papeles más interesantes y no estaban mal pagados. —Le entrega la bolsa—. Esta es la segunda razón por la que le he hecho venir esta noche.

El policía duda un segundo y al fin se hace cargo del montón de dinero sin saber dónde guardarlo. Sin querer tocar los asquerosos billetes. Sin querer detenerse a reconocer que, por mucho dinero que haya en el interior, la bolsa no le proporciona la clase de recompensa que había imaginado.

—Me pondré en contacto con usted en cuanto averigüe algo de esos dos individuos.

—No voy a repetirle que no nos podemos permitir ningún retraso.

—Ahora puede marcharse. —Vuelve a subir la mano hasta el inicio de las piernas de su compañero—. Y procure mantenerse alejado del diablo que vive tras la empalizada.

11

Todo está a oscuras cuando pasan por el descansillo del quinto piso del bloque 122 en la calle Escultor Sebastián Santos,

Ha desaparecido el ascensor pero el hueco que lo alojaba es el sitio perfecto para que los vecinos acumulen la basura de años sin tener que molestarse en trasladarla hasta la calle. Lo que sí baja por la escalera es una corriente de agua cuyo origen nunca nadie se ha molestado en averiguar.

Las ratas, con su inapelable derecho de paso.

El olor a orina reciente, a roña antigua, a guisos baratos, a enfermedades presuntamente extinguidas y a la violencia heredada, absorbida, cultivada, recolectada y periódicamente restituida que no se extingue nunca.

También bajan desde el sexto piso las palabras que acompañan a Riven y Alvaro en su tramo final de escalera.

—Sólo medio paquetillo para el mono. Mañana te pasa la pasta mi vieja cuando cobre la pensión.

—Tu vieja es una puerca y un día la voy a chirlear, ¿no va diciendo por ahí que yo te he metido en el *caballo*?

—Eso era antes. Porque no se hacía a la idea. Ahora lo único que quiere es que yo no esté malo.

—Que te vayas, tío. ¿Te enteras? Puerta.

—La mitad de un paquetillo. Para quitarme el mono de la noche. Y mañana

—Que te lo estoy diciendo. Que te abras.

—Coño, Juli. Vamos a hacer otra cosa...

—¿A que te voy a tener que dar?

El que se va a ver obligado a golpear es un joven alto y grueso de raza gitana con el pelo recogido en una coleta y vestido con un chándal rojo; el que puede recibir el golpe es algo más joven y bastante más delgado, viste unos vaqueros azules y una camisa gris de la misma tela completamente empapada, parece ansioso por la forma en que se abraza a sí mismo y lleva el pelo absurdamente repeinado con la raya a la derecha. Ambos enmudecen cuando Alvaro y Riven aparecen en el rellano y, tras murmurar un buenas noches, golpean la puerta marcada por una A escrita con bolígrafo directamente sobre la madera.

Repiten varias veces la llamada sin éxito.

Desisten al fin y Alvaro —que no ha querido dejar la maleta en el coche que ni siquiera confía en encontrar allí cuando salga del edificio— se aproxima al tipo del chándal que los mira fijamente, plantado ante la entrada de su piso. El repeinado no abandona su intento de conseguir heroína, aunque se retira con su ahora silenciosa crisis de ansiedad al borde de la escalera.

—Perdone que le moleste... ¿Sabe usted si Pelayo Abengozar se encuentra en casa?

—¿Y yo que soy, la portera del bloque?

—Verá, venimos desde muy lejos a visitarle. ¿Puede confirmarnos, al menos, que sigue viviendo aquí?

—Pues si soy la portera, seré la portera. Pero ni puta idea. Se cruza de brazos para afianzar su postura, pero algo lo desestabiliza desde atrás y enseguida lo sustituye en su

intransigente papel de dueño de la casa una carismática mujer de la misma raza y unos setenta años que apenas le llega al codo.

—¿Son ustedes compañeros del sindicato de don Pelayo?

—Ojo, que estos payos van a ser de la pasma

—le advierte su hijo por encima del hombro.

—Calla, Juli. Si lo fueran, ya nos habrían avisado desde que entraron en la calle. Y no vendrían nada más que dos.

Alvaro observa en el interior del piso a dos hombres jóvenes de gran parecido al del chándal rojo, sentados a una mesa camilla, que los miran con curiosidad sin dejar de comer. Contra las paredes puede verse un enorme repertorio de electrodomésticos, figuras decorativas y otros objetos de cierto valor amontonados desordenadamente. Parece que el negocio casero de venta de drogas no marcha nada mal.

—No señora, no pertenezco al sindicato —responde Alvaro—. Soy sacerdote, como el señor Abengozar, y vengo desde el extranjero exclusivamente para visitarle.

La respuesta no satisface a la anciana, pero tampoco merece su absoluta desaprobación.

—Le advierto que para mí, donde se pone don Pelayo no se pone nadie. Anda que no se portó bien conmigo cuando metieron a mis hijos en el penal —desafiando a Alvaro a que la contradiga—. Ha hecho mucho bien por el barrio.

—Eso tengo entendido.

—Ayer también vinieron preguntando por él.

—Quienes fueran no tienen nada que ver con nosotros.

—Ya lo sé. Eran unos muy mal trajeados. Con mala follá.

—De Las Vegas no eran —apunta el hijo desde atrás—.

Unos manglis. Se pusieron pesados y tuvimos que echarlos.

La madre asiente, orgullosa de la labor de sus hijos espantando indeseables. Pero no parece dispuesta a facilitar más detalles.

Sólo la marcha del chaval repeinado, que se desliza sin despedirse hacia la escalera, altera el silencio que se

establece a continuación.

—En cuanto al señor Abengozar, ¿ha reparado usted si hace mucho que falta de su domicilio?

—Pues no. Le queremos mucho aquí. Pero él en su casa y nosotros en la nuestra.

—¿Y sabría usted de cualquier otro sitio donde pudiéramos localizarle?

—Cualquiera sabe.

Es evidente que la mujer no va a contarles nada más.

—Comprendo. Ha sido usted muy amable, señora. Un último favor. ¿Querrá decirle, si lo ve antes que yo, que he venido a visitarle? Es un asunto de vital importancia. —El cura le entrega una de sus tarjetas del Vaticano.

La anciana no responde, pero acepta la tarjeta.

—Dígale también que intentaré pasarme por aquí mañana o pasado.

Ante la última frase, Riven, que ha escuchado en silencio toda la conversación, está a punto de comentar algo sobre la conveniencia de no volver a tentar al destino si salen vivos de allí, pero por una vez se muestra prudente y acompaña al cura en su descenso.

Cuando salen a la calle, el coche sigue estacionado frente a la entrada del bloque de pisos. Pero, en este tiempo, han estacionado sobre él cuatro chicos y una chica —probablemente vecinos de la zona— que, apoyados sobre las puertas o sentados en el maletero, se pasan una botella de cerveza indiferentes a la lluvia que cae regularmente sobre ellos.

Cuando se aproximan algo más, pueden comprobar que uno de los chavales que los esperan achuladamente es el tipo repeinado que estaba de compras en la vivienda que acaban de dejar. Riven detiene a Alvaro, e introduce la mano en el bolsillo de la gabardina en busca de su navaja. Está cansado.

Apenas se ha recuperado de la pelea en el hospital. El asunto se complica a cada paso que dan. Sabe que está en

el peor terreno para afrontar complicaciones.

Unos individuos que aún no son más que sombras cruzan la avenida en su dirección. Cuando Riven avanza, clasificando a sus enemigos por su fortaleza y la consistencia de sus miradas, escucha un siseo a su espalda.

Recortada en el portal que la resguarda de la llovizna, la anciana con la que acaban de hablar hace unos minutos describe un gesto breve y autoritario en el aire, y los chicos comienzan a abandonar lentamente el coche y sus expectativas de sacar algún provecho de los forasteros. También se detiene el grupo de apoyo en la carretera, esperando las explicaciones de sus amigos.

Pero Riven y Alvaro no van a ser testigos del encuentro. En lo último que reparan es en el gesto de exasperación del chico repeinado, que los mira abrazándose insuficientemente. Tras un saludo de agradecimiento a la mujer que sigue en el zaguán, suben al vehículo y emprenden la marcha. La gente de la zona está claramente dividida entre los que intentan llevar un régimen de vida normal a pesar del estigma que supone residir en esa parte de la ciudad, y los que han terminado haciendo de ese territorio una seña de identidad que les permite sobrevivir dentro de los únicos límites que les está permitido conocer. Pero la lluvia y el frío han hecho que hasta estos últimos se hayan visto obligados a replegarse de las calles. Sólo se ve algún tipo aislado, parado nerviosamente en una esquina.

Alguna fogata frente a un portal.

Dos críos desguazando una motocicleta.

Riven conduciendo deprisa, intentando orientarse hacia la salida de aquellos barrios por el camino más corto y confiando en que el coche no sufra una avería.

Pronto descubre que tenía que haber girado hacia la derecha en busca de la carretera de Su Eminencia y que si continúan en el sentido que marchan ahora, van a internarse aún más en el polígono Sur. No mucho más. Sí

descienden por la calle Luis Ortiz Muñoz también encontrarán la salida.

—¿Directos a la pensión? —pregunta a Alvaro, confiando en que éste no tenga prevista otra visita de última hora a algún otro lugar donde jugarse el cuello.

—Supongo que sí. Podríamos intentar... No. Es demasiado tarde y en casa de Onésimo Calvo hace tiempo que estarán dormidos. Además, mañana tenemos que estar en el cementerio a primera hora para contactar con la hija de Coronado Basquier.

—¿A qué hora me dijo que era el entierro?

—A las ocho y treinta.

Mientras habla, Ríven reduce la velocidad en la confluencia de Luis Ortiz Muñoz con Orfebre Cayetano González, la lluvia arrecia, no se ven faros de otros vehículos a los que ceder el paso pero, cuando acelera para incorporarse a la nueva calle, escucha un golpe sordo en el lateral del automóvil.

Frena en seco, mira por las ventanillas y los retrovisores, pero hasta que no sale del coche no logra ver al muchacho al que acaban de golpear.

No llega a los veinte años, tiene un pelo muy rubio incongruente con el barrio, una sonrisa apacible aún más incongruente con la situación, una mochila de hule que parece no haber sufrido desperfectos y una sudadera gris con la palabra «Pocaslágrímas» escritas en letras de fantasía.

Alvaro también ha salido del vehículo y, aunque su compañero intenta evitar que se exponga, corre hacia el herido con la cara pálida.

Pero el chico ya está sentado en el suelo y, tras recoger la mochila, se pone en pie y comienza a retroceder indicando con las manos abiertas que no necesita ninguna atención. Ríven se detiene y se sube el cuello de la gabardina para protegerse del chaparrón, que no parece afectar al chico. Que no responde al ofrecimiento de ayuda

que le grita Alvaro. Que se aleja andando de espaldas sin alterar su desdibujada sonrisa.

12

Continúa andando tranquilamente hacia atrás hasta que se asegura que los dos tipos suben al coche y se marchan en sentido contrario.

Después gira sobre sí mismo con una pirueta y prosigue el camino que recorre diariamente por la calle Orfebre Cayetano González.

Tras palparla para comprobar que su contenido permanece intacto, se asegura la mochila con cuidado de que las correas no oculten la inscripción «Pocaslágrimas» en su sudadera, de la que tan orgulloso está. Ni siquiera ha pensado en la posibilidad de cubrirla con un impermeable.

Enseguida enlaza con la calle Padre José Sebastián Bandarán y tuerce a la derecha como cada día a esa hora. Los bares y restaurantes que abastecen con sus restos de alimentos perecederos el comedor social donde presta su ayuda no pueden entregarles su remesa hasta el final de su jornada, pero a la clase de personas a la que están destinados no les ha costado habituarse a cenar de madrugada, por mucho que se amontonen impacientes en la puerta del centro a la espera de la vieja furgoneta más o menos cargada con los extravagantes alimentos que haya podido recoger el hermano cocinero.

El escozor del tatuaje en forma de pantáculo invertido que le acaban de hacer en el antebrazo le hace recordar la misión que le han encomendado, un recuerdo que es como la lejana huella de un sueño en duermevela, de un relato emanado de una voz nebulosa de un augurio que se va a consumir de un momento a otro.

Al final de la calle, en lo más profundo del polígono Sur, distingue el cartel de madera con las palabras

«Taller Franciscano de Inserción «Pocaslágrimas »
pintadas a mano.

Nadie sabe de dónde procede ni a qué se dedica, pero todos los habituales del local reciben con simpatía al chico que cada noche llega unos minutos antes de la cena para ayudar a servirla sin pronunciar una palabra y sin perder su serena sonrisa; que se mezcla entre los toxicómanos, alcohólicos, seropositivos, tuberculosos, dementes, ex presidiarios, ancianos y cualquier otra persona carente de hogar, al tanto siempre de que las existencias, a menudo insuficientes, se repartan de forma equitativa, indiferente a las exclamaciones de odio de algunos de ellos, paseando su mansedumbre entre tanta desesperación.

Cruza despacio el comedor del taller que no es más que una pequeña nave repleta de mesas alargadas cedidas por la Asociación de Vecinos que durante el día hace las veces de aula comunitaria donde dos frailes llevan a cabo su labor de alfabetización y, para los más aventajados, de enseñanza de nociones de inglés y alemán con vistas a una posible inserción laboral en el ramo de la hostelería. Al fondo están las cocinas.

El hermano cocinero lo recibe como cada noche, revolviéndole el pelo rubio con sus grandes manos que despiden un agradable olor a hortalizas.

Es un hombre de más de ochenta años, alto y delgado, que se ha acostumbrado a la colaboración silenciosa del chico de la sudadera gris, al que entrega un gran cucharón para que lo sustituya al pie de la enorme olla mientras él sale de la cocina con una cesta de pan para iniciar el reparto. En cuanto está solo en la cocina, el muchacho se descuelga la mochila y extrae del interior un frasco pequeño de cristal, de los que suelen contener café molido, ahora lleno hasta el borde de un líquido incoloro. Se asegura de que no haya nadie cerca de las puertas abatibles, y vierte el fluido en la menestra. Después guarda de nuevo el recipiente vacío en el interior de la mochila y utiliza el cucharón para remover la sopa de verduras con su nuevo ingrediente.

Al instante entran en la cámara otros dos miembros de la orden —saludando al chico con las bromas cotidianas sobre el hambre de los parroquianos y la ¡llegada de una oferta ficticia de un famoso restaurante para fichar al hermano cocinero— trayendo un carro metálico al que trasladan la inmensa olla. En el comedor, casi todo el mundo tiene ya ante sí el trozo de barra de pan que les está repartiendo el cocinero y, mientras los dos frailes se encargan de distribuir los cubiertos, el agua y una pieza de fruta para cada uno, el chico de la sudadera empieza a pasar con el carrito a lo largo de las mesas, sirviendo el potaje con su mortecina

El epígrafe «Taller Pocaslágrimas» está grabado en cada mueble y en los enseres de cocina para evitar que los comensales, algunos de los cuales han comenzado ya con su ración, los roben en un descuido de los franciscanos con la intención de revenderlos por el dinero que les falta para el alcohol o la heroína que necesitan como postre para conciliar el sueño.

El local no tiene capacidad para albergar a mucha gente y la comida no es muy abundante, así que no tarda mucho el chico en completar el reparto. La última porción, como siempre que no se agota antes de llegar a ella, corresponde a una mesa del fondo de la sala colocada bajo una litografía barata de san Francisco de Asís, donde cenan los tres frailes y el muchacho de la sudadera.

Esta vez ha habido suerte.

El guiso alcanza para todos.

Todos disfrutan de la modesta virguería gastronómica del hermano cocinero. Menos el chico que aún no ha probado la comida.

Que observa ausente a los congregados mientras se acaricia el tatuaje del Pantáculo en el antebrazo, percatándose de como se van borrando en su memoria los sucesos de esa tarde y, aunque sabe que ha ejecutado un acto crucial cuando estaba a solas en la cocina hace unos minutos, también advierte como incluso a este último

acontecimiento se le van difuminando los contornos hasta que le resulta prácticamente imposible fijarlo o retenerlo.

En el otro extremo del comedor uno de los comensales que iniciaron la cena en primer lugar, un joven habitual del taller que en ocasiones ha interpretado algunas melodías con su armónica para animar la sobremesa, sufre el primer vómito de sangre como un escopetazo que encharca hasta desbordar la superficie de la mesa frente a la que está sentado.

Todos lo miran inmóviles desde sus asientos.

El silencio es absoluto.

Un comensal sentado a un par de metros expulsa a su vez otra bocanada de sangre aún más abundante que la del primer joven.

El chico de la sudadera gris reproduce borrosamente en su cerebro el vertido de un líquido incoloro en una enorme olla pero no puede encontrar significado a ese recuerdo y, sin perder su apagada sonrisa, introduce la cuchara en el plato y comienza a comer apaciblemente.

Otro de los asistentes experimenta la ya conocida erupción roja, como si algo hubiera estallado en su interior. Y otro más. Y

No hay ningún intento por asistir a los afectados, que se multiplican por momentos.

El acostumbrado recibimiento a los desastres personales.

Resignación.

Algo de curiosidad.

Pocas lágrimas.

13

Un obispo legionario es un prelado que carece de silla, de destino propio, y que va a ejercer su ministerio allí donde se le necesita.

Pero, de todos los lugares del mundo a los que tiene acceso o en los que actúa con cierta frecuencia, hay dos o tres rincones que su ilustrísima César Magallanes considera como propios. Mientras recorre los últimos metros del pasillo

de los subterráneos que conducen a la capilla del Autopuerto'92 a las dos de la madrugada, disfrutando de la absoluta soledad que únicamente se encuentra en los parajes que no existen para el resto del mundo, siente por primera vez en todo el día el silencio que precisa para aislar con claridad cada una de las voces de la caótica ópera en la que está sumergido y de la que no puede permitirse el lujo de perder el control.

La puerta de la capilla está entreabierta y deja ver la luminosidad de las decenas de velas que la iluminan desde un lateral. Magallanes pasa con indiferencia frente al altar y se acerca al reclinatorio tapizado de terciopelo negro que todos reservan para su uso exclusivo, aunque pase meses o años sin aparecer por el subsuelo de la estación de autobuses.

Se arrodilla sobre él e introduce maquinalmente las manos en la estantería prolijamente labrada para comprobar si su misal de tapas doradas continúa en el mismo sitio desde su anterior visita. Allí está. Y sobre el, una hoja de papel cubierta de letras de imprenta cuidadosamente adheridas conformando un mensaje de las mismas características que los anónimos recibidos en el Vaticano durante los últimos días. Yo bendigo la sangre que derramas en tu búsqueda del Jeroglífico Maldito. Tú crees que caminas hacia la señal de tu Criador, que es como una antorcha gastada, mientras que en realidad diriges tus pasos hacia la morada del Segador de la Luz. Y te doy la bienvenida a mi Causa Invisible. Y te conduzco hacia el Manuscrito. Y contemplo con regocijo cómo te aferras a la Ley del Binario cuando ya no distingues entre la Bondad y la Maldad. Y como en el Reloj de Agua el líquido se vierte de un vaso a otro vaso, Mi nombre va suplantando a Su nombre.

Y aguardo con sosiego el Momento en el que la Luz se extinga y todos los tuyos sean pretérito, en el que te encuentres cara a cara con el Guardián de los Camposantos.

OceanofPDF.com

BELIAL

No exactamente de las mismas características que los anónimos que se han recibido previamente. Los otros eran textos neutros indicando un nombre y un domicilio, enviados al centro neurálgico de la Alianza del Supremo y Santo Oficio en Italia. Datos para encontrar a alguno de los depositarios de las cinco maletas acompañados de un breve comentario sobre el plan general de la obra.

Esta vez se trata de una comunicación personal.

Un remitente más que conocido, con su viejo seudónimo: Belial. Uno de los demonios más venerados de Satanás. Quizás el más antiguo y poderoso de la Corte Infernal; espíritu destructor, señor del fraude. En realidad, mucho antes de que el Nuevo Testamento ratificara a Satanás como dirigente de las fuerzas del mal, Belial ya ocupaba su puesto, y en uno de los pergaminos públicos del mar Muerto, *La guerra de los Hijos de la Luz y los Hijos de las Tinieblas*, Belial es el dirigente indiscutible del lado oscuro.

El obispo lee una y otra vez el texto intentando desposeer a su contenido de toda emoción, pero no puede evitar recordar una y otra vez la Segunda Carta de san Pablo a los Corintios: «No os unáis en yunta desigual con los infieles. ¿Qué consorcio hay entre la justicia y la iniquidad? ¿Qué comunidad entre la luz y las tinieblas? ¿Qué concordia entre Cristo y Belial? ¿Qué concierto entre el templo de Dios y los ídolos?»

Pero ¿quién era Pablo para enviarle sus consejos desde cientos de años atrás? Él tenía una misión incluso más importante que la del apóstol. La Alianza del Santo Oficio estaba encargada de proteger a una Iglesia que se desmoronaba en medio de una humanidad que era como los pasajeros de un barco que se hunde y que se obstinan en

mantener animada la fiesta de a bordo hasta el último momento. Y, sí para mantener ese orden tenían que asociarse con los seres más bajos y deleznales, si se veían obligados a valerse de sus métodos, si incluso tenían que utilizar las técnicas del Diablo para luchar contra el Diablo, no dudarían en hacerlo, aunque la salvación de su alma fuera parte del precio a pagar.

Sabía que, cuando no podía escucharles, le llamaban el Guardaespaldas de Cristo. No le molestaba el sobrenombre.

Pero era consciente de que, para realizar su sagrada escolta debería mantener una serenidad total en el análisis de cada una de sus decisiones, debería permanecer inmovible ante los asaltos de un enemigo del que no estaba a salvo ni en esa capilla secreta a sesenta metros de profundidad bajo la superficie de la ciudad. Que debería mantener su fortaleza aunque ya sabía que el último capítulo de la batalla lo dejaría a solas con el Guardián de los Camposantos.

HESPERIO M. TERTULLI

Padua, 20 de junio de 1954

Sólo el presente puede modificar el curso del pasado.

J. M. CABALLERO BONALD, *Teatro privado*

—... Por eso he querido recordar, para concluir, unas terribles palabras del ocultista del siglo XVI Teofrasto Paracelso, que se refería precisamente a nosotros al afirmar: «¡Oh vosotros los de París, Padua, Montpellier, Salerno, Viena y Leipzig! No sois maestros de la verdad, sino confesores de la mentira. Vuestra filosofía es mentirosa. Si queréis saber lo que verdaderamente significa la magia, estudiad el Apocalipsis de san Juan... Puesto que no podéis probar que vuestras enseñanzas derivan de la Biblia y del Apocalipsis, dad de mano a vuestras farsas. La Biblia es la verdadera clave y el verdadero intérprete. Lo mismo que Moisés, Ecías, Enoch, David, Salomón, Daniel, Jeremías y los demás profetas, fue Juan mago, cabalista y adivino. Si

alguno de ellos viviera hoy día, seguramente que lo inmolaríais en vuestro fementido matadero, y no sólo a ellos, sino aun al mismo Creador de todas las cosas, si os fuera posible.» Pues bien, hoy que comienzan ustedes el ejercicio de la disciplina para la que se han preparado en los últimos años, demuéstrenle al viejo filósofo renacentista que nosotros, los intelectuales surgidos de las antiguas universidades europeas, estamos dispuestos a recorrer de vuelta los senderos que conducen al origen de la verdad, nos lleve ésta a donde nos lleve. Gracias.

Todos los alumnos del último curso de Arqueología Bíblica, más un buen número de posgraduados e incluso profesores de otras materias que se habían concentrado en el aula magna de la Facultad de Padua hasta abarrotarla para asistir a la última clase de Hesperio M. Tertulli, estallaron en un aplauso potente, casi compacto, mientras que el profesor recogía despacio sus notas y sus libros de consulta; una ovación que lo acompañó

interminablemente, con todos los concurrentes ya en pie, mientras intentaba ocultar su emoción en el ascenso por el pasillo entre las gradas y se perdía tras los grandes portones de madera de la clase. Los asistentes al acto conocían lo bastante bien el carácter reservado del profesor como para saber que no era un buen momento para seguirlo al exterior, de manera que le dieron tiempo para marcharse, congregándose en grupos que despedían el último día de curso intercambiando experiencias sobre sus clases y lamentando la pérdida que suponía para la universidad el abandono de la docencia por parte de un Tertulli dedicado ya por completo desde ese momento a sus nuevas obligaciones como obispo de Milán, cargo para el que había sido elegido unos pocos meses antes.

Para uno de los grupos, el final de la clase tenía un significado especial. Cinco alumnos habían recibido esa mañana una nota en la residencia de estudiantes que compartían, precedente de la secretaria del catedrático, por

la que el profesor Tertulli los convocaba a su departamento diez minutos después de finalizar su despedida. Cinco alumnos —Dámaso Berbel, Coronado Basquier Tobías, Ángel María Decot, Pelayo Abengozar y Onésimo Calvo-Rubio— que eran los cinco jóvenes sacerdotes sevillanos que gozaron desde el principio de la confianza y el estímulo del catedrático con el que habían compartido largas charlas nocturnas en su biblioteca privada, y una tutoría inolvidable en apasionantes trabajos de investigación oficial y en apasionadas indagaciones personales por las que accedieron a un universo hasta entonces prohibido e inimaginado. En realidad, los cinco alumnos eran seis. Amador Acal tenía aproximadamente la misma edad que los demás, también era sacerdote y sevillano, y había compartido en la misma medida con los otros cinco su vinculación a Tertulli. Pero a diferencia del resto, era invidente y no había recibido esa mañana la invitación para acudir al departamento, aunque todos pensaron que esa omisión no constituía más que un error de la secretaria. Conocedores del gusto por la puntualidad de Tertulli, y evitando hacer conjeturas sobre el motivo de la convocatoria, los seis nuevos *dottori* llegaron al departamento justo a las 19.10. Llamaron a la puerta y penetraron en silencio en el despacho del profesor, que los recibió de espaldas, muy ocupado al parecer en ordenar cinco relucientes maletas de cuero marrón con una guarnición metálica que las cerraba herméticamente, de un tamaño algo superior al portafolios convencional.

—Cerrad la puerta. Ante todo, y sea cual sea vuestra respuesta al enorme servicio que voy a solicitar de vosotros, quiero daros las gracias por acudir a mi llamada. Por venir y por estar a mi lado durante los últimos años, compartiendo conmigo tantos momentos, y sobre todo, tanta ilusión, tanto afecto y tanta confianza. Ése será para mí un recuerdo ya imborrable, repito, aunque vuestra respuesta a mi petición sea negativa. El nuevo obispo de Milán, un hombre alto y

muy delgado de unos cincuenta años, les habla con su habitual dicción firme y grave, dándoles la espalda, sin dejar de mirar las cinco maletas que ha dispuesto sobre el escritorio.

—Disculpadme si os parezco demasiado solemne, pero os puedo asegurar que la misión que pretendo encomendaros puede cambiar el curso de vuestra... —En ese momento, el profesor se da la vuelta y descubre que son seis los alumnos que escuchan sus palabras—.

¿Amador?

—¿Señor?

—Lo siento, debe tratarse de alguna equivocación de mi secretaria... En ningún momento le pedí que te citara para esta reunión.

—Lo cierto es que yo no recibí ningún aviso. —Desconcertado, el ciego juega con la empuñadura en forma de cruz de su bastón blanco.

—Todos pensamos que era ella quien se había equivocado —interviene Pelayo en ayuda de su compañero—. Como siempre participamos los seis en cualquier...

—Este encuentro, y lo que de él surja, no tiene nada que ver con nuestras antiguas actividades docentes

—responde TertufiS cortante.

—Yo no podía imaginar que... —Amador, ya 'visiblemente nervioso.

—Lo último que pretendo es ofenderte de ninguna de las maneras. Pero créeme si te digo que tengo razones que nos sobrepasan a todos para haber elegido a tus condiscípulo se. El invidente asiente con la cabeza y retrocede un paso en dirección a la puerta. Aunque el desconcierto se ha convertido en enfado y se detiene antes de salir.

—Ilustrísima... esas razones ¿tienen algo que ver con mi ceguera?

El profesor no tarda mucho en contestar.

—Efectivamente. —Pero su respuesta no le satisface—. Amador, ya sabes que nunca he hecho contigo ningún tipo

de distinción. Ni estaba en mi ánimo, ni tú te la merecías. De hecho, estoy convencido de que tienes por delante una brillante carrera. Más fructífera quizá que la de algunas de las personas aquí presentes. Pero esta carga nos trasciende, y... no puede supeditarse a las discapacidades de las personas en las que recaiga. Siento no poder ser más explícito. Y deseo sinceramente que esto no afecte a nuestra amistad.

—¿Amistad? —El invidente abre despacio la puerta, pero antes de salir, se dirige a sus cinco compañeros—. Os quedáis con él, ¿verdad?

Cierra la puerta y se aleja por el pasillo para no recibir más que silencio desde el interior del despacho. No le cuesta salir sin ayuda del complejo trazado del antiquísimo edificio de la universidad, ni orientarse por las familiares calles de Padua, una ciudad pequeña que ha llegado a conocer perfectamente en los últimos años.

La verdad es que Amador Acal no es absoluta»mente ciego.

Puede apreciar la degradación de la claridad a su alrededor que le indica la llegada del anochecer. Puede advertir la escasez de sombras ambulantes en las aceras, informándole de que el itinerario que ha elegido es tan solitario como desea.

Puede distinguir contornos, siluetas, la vida en una estúpida escala de grises. Pronto deja atrás la Chiesa degli Eremítani, que sabe de estilo románico y que estuvo decorada con una serie de hermosos frescos destruidos en 1944 por los bombardeos que arrasaron gran parte de la masa arquitectónica de la localidad durante la Segunda Gran Guerra. Casi puede ver el edificio de tantas veces como se lo han descrito sus compañeros. Se había acostumbrado a contentarse con una versión diferida de la realidad a través de las palabras y las impresiones de sus amigos, pero a partir de ahora deberá habituarse a suprimir estas dependencias.

No se siente furioso. Como algunas personas que reciben la noticia de la muerte de un ser querido no con una fulminante explosión de dolor, sino eligiendo un duelo prolongado a través de los años, una conciencia diaria y latente de la pérdida, administrada para que les amargue el resto de sus vidas. Caminando en dirección al Jardín Botánico, siente el peso del nuevo tiempo que ha llegado esa tarde y se recrea en la forma en que la separación va a marcar sus decisiones futuras y va a transformar los recuerdos que conserva del pasado.

De entre los innumerables momentos compartidos con el resto del grupo, hay un acontecimiento que le embiste de forma más implacable que los demás, quizá porque hasta ahora lo había considerado el punto en que los seis sellaron un compromiso aparentemente imperecedero: la noche en que Hesperio Tertulli les reveló la existencia de la Alianza del Supremo y Santo Oficio.

El descubrimiento de que una vasta y perfectamente estructurada facción dentro de la Iglesia católica no aceptó el fin de la Inquisición cuando Pío VIII asilo dispuso en 1829 y ha proseguido con su terrible tarea desde entonces, actuando en la penumbra pero con la inagotable abundancia de medios procedentes de poderosos seculares de todo el mundo, profundamente implicados en la conjura, que ha llegado a crear un sofisticado sistema de intervención contra los elementos que amenazan su moral fundamentalista —cárceles secretas, participación en toda clase de instituciones, nuevos y tradicionales métodos de secuestro y tortura...— esperando el momento de recuperar el control de la Iglesia, devolverla al Antiguo Orden y utilizarla como vehículo para manipular el entramado político, ideológico y financiero mundial, supuso para el grupo de estudiantes una especie de brusco paso a la madurez y una nueva forma de observarse a sí mismos dentro de su entorno. Aquella noche se juramentaron junto

a su profesor para hacer cuanto estuviera en sus manos para evitar cualquier

retroceso en cuestiones de libertad y tolerancia de la Iglesia a la que pertenecían, aunque esa decisión condicionara todas sus vidas e incluso las pusiera en peligro.

Una nueva calle porticada que acaba en una plaza deja a Amador frente a la entrada del Jardín Botánico. A veces, el mismo proceso que lleva a nuestros aliados a dejar de serlo, hace que deje de tener sentido enfrentarnos a nuestros enemigos.

Mientras se deja llevar por los caminos contruidos a base de macizos de flores y aspira profundamente el olor del agua estancada, el ciego se pregunta si, en realidad, su aversión hacia la Alianza del Santo Oficio no era más que una prolongación de su deseo de comparar una misión con sus compañeros, y comienza a jugar con la idea de contactar, de integrarse en una sociedad oculta donde, quizá, sus limitaciones físicas constituyan una ventaja a la hora de realizar cualquier labor desapercibida y no un motivo para ser rechazado. El grito lejano de una mujer lo distrae un momento, pero no le presta demasiada atención. Siempre le ha satisfecho la sensación de dejarse perder en los laberintos de parterres para encontrar el camino de salida justo cuando comienza a alarmarse, disfrutar de la soledad de uno de los jardines botánicos públicos más antiguos del mundo, permitir que aquel decorado de plantas, lagos e insectos que ha permanecido inmutable desde 1545 le libere de las presiones de su propia época y le traslade a un espacio intemporal donde recobrar la noción de su propia historia sin Historia.

Un nuevo lamento mucho más cercano le hace descubrir que, sin proponérselo, se ha ido aproximando al grupo de donde procedía el primer grito. Silenciosamente, avanza hasta poder oír con claridad las voces excitadas de dos hombres que insultan a una mujer mientras le exigen que

les entregue un anillo que, al parecer, sujeta resueltamente. Puede ver lo suficiente como para divisar la forma femenina tumbada en el suelo y a los dos sujetos pateándola con furia. Pero puede percibir muchas cosas más en el argot de los hombres que los identifica como mendigos locales, jóvenes y, a juzgar por su nerviosismo, escasamente experimentados en este tipo de asaltos, y en el acento extranjero de la mujer que ya apenas pronuncia una palabra. Y puede leer en el silencio de los tres que se han quedado paralizados al descubrir a un joven calvo con sotana, de mirada inútil, que empuña un bastón blanco con empuñadura en forma de cruz espiándoles desde unos pocos metros de distancia.

Ve mucho más.

Ve a sus cinco compañeros charlando animadamente con Tertulli en su despacho sobre temas que ya le estarán vedados para siempre.

Se ve a sí mismo dando clases en alguna mediocre universidad, repitiendo año tras año el mismo aburrido temario a la misma clase de alumnos desinteresados.

Ve ante él un futuro rectilíneo y mortecino del que irán desapareciendo paulatinamente todas sus antiguas aspiraciones.

Y al final se ve, como en una de las viejas películas de aventuras en blanco y negro que llegó a contemplar antes de perder la visión, acercarse decididamente al grupo, abrirse paso entre los dos alucinados indigentes, tantear el cuerpo de la mujer tendida con la punta del pie hasta localizar el cuello y descargar todo su peso sobre la pierna hasta oír el crujido de las cervicales al romperse. Los dos delincuentes observan la acción del sacerdote ciego absolutamente paralizados por la sorpresa. Éste se vuelve hacia ellos y, sonriendo, les ordena:

—Seguidme. Tengo algo para vosotros.

Ambos comienzan a caminar respetuosamente detrás de él.

A la salida de los jardines públicos se les une otro mendigo sin hacer preguntas. En los siguientes años, otros muchos se unirán a la procesión.

III

Sevilla a principios del Nuevo Siglo, día 362

Creo en el Diablo, omnipotente Padre del Mal, destructor de todas las cosas, perturbador de cielos y tierra.

Y en el Anticristo, su único Hijo y perseguidor nuestro, que fue concebido por obra del Espíritu Maligno y nació de una sacrílega y loca virgen. Fue glorificado por los hombres y reinó sobre ellos. Subió al trono de Dios todopoderoso, y sentado junto a El insulta desde allí a los vivos y a los muertos. Creo en el Espíritu del Mal, en la sinagoga de Satanás, en la comunión de los malvados, en la perdición del cuerpo, y en la muerte e infierno perdurables. Amén.

Cabalista anónimo

1

Quienes tenían la suerte de morirse en Sevilla durante aquellos días de inagotable temporal estaban disfrutando del privilegio de contar para su entierro con una soberbia ambientación. A las ocho y cuarto de la mañana, bajo la tromba que no permitía mirar al frente sin que el agua lastimara los ojos y helara la piel descubierta, en un día que apenas lograba amanecer, varios sepelios intentaban precariamente organizar sus comitivas desde la entrada del cementerio de San Fernando. Alvaro Tertulli y Ríven salen del edificio de administración —todavía con la sensación de absurdo producida por el contraste de los alegres adornos navideños que compartían la oficina con una desbordada burocracia funeraria—, ajustan los cuellos de sus gabardinas y, parapetados bajo el paraguas de Alvaro, se disponen a seguir las indicaciones del funcionario para encontrar el panteón de Coronado Basquier. Recorren el camino en silencio, a través de senderos ajardinados cada vez más solitarios, demasiado ocupados en defenderse del ventarrón

como para apreciar los alardes artísticos de los mausoleos que van dejando atrás. Afortunadamente, la dirección que buscan no está muy lejos, pero sí en un rincón apartado, lindante con la tapia del cementerio apóstata, una superficie no bendecida, paralela al camposanto oficial, donde cientos de tumbas de los nazis que murieran en Sevilla durante la Guerra Civil, ateos declarados y miembros de religiones menores se pudren en el interior y en el exterior sin cuidados de ninguna clase en un intento de explicitar su condición marginal más allá de la vida.

El panteón de Basquier es una construcción sobria, de reducidas proporciones, como si su fundador previera que la familia nunca se ramificaría en exceso. Casi una garita apoyada sobre sólidos muros de piedra con una enrevesada verja metálica que se abre a un estrecho pasillo donde apenas hay espacio para los dos

operarios municipales que maniobran trabajosamente intentando encajar con un mínimo de dignidad el féretro dentro de una de las aberturas.

En el exterior, el humo que surge del tubo de escape del coche fúnebre indica que su conductor espera impacientemente el final de la ceremonia.

Más impacientes aún deben estar por marcharse el exiguo número de asistentes que mantiene su posición bajo el chaparrón.

Una anciana insegura y endomingada que hace las veces de familiar más allegado —probablemente la criada de toda su vida—. Una pareja de avanzada edad con la justa expresión de pesar. Otro anciano grave y elegante, claramente habituado a participar en esta clase de actos. Y un sacerdote malhumorado con la bufanda hasta las orejas.

A distancia suficiente del grupo para eliminar cualquier contacto con sus integrantes, apenas protegida de la lluvia por el saledizo de un inmenso panteón en ruinas, una mujer de unos treinta y tantos años observa displicentemente el

cuadro tras unas gafas de espejo que no ocultan aflicción ni lágrimas, ni el moratón de su ojo izquierdo.

También permanecen alejados Alvaro y Riven hasta que concluye el funeral y los cinco componentes se introducen en el interior del coche, que desaparece velozmente.

Después se aproximan a la joven. Viste unas botas camperas viejas, vaqueros, un jersey de cuello alto y un gastado chaquetón de cuero marrón. Tiene el pelo rubio largo chorreando. Muy alta. Su rostro está constituido por unos rasgos alargados e inarmónicos que se combinan para producir una injustificable sensación de belleza. La contusión del ojo indica sin lugar a dudas que le han parado la cara recientemente. El perceptible desafío en el resto de su cuerpo avisa de que no va a recibir complacientemente el pésame de los dos hombres que se le acercan.

—¿Señorita Basquier? —pregunta Alvaro, incómodo.

—No.

—Perdone... ¿Me permite preguntarle si es usted la hija de Coronado Basquier Tobías?

—Ahórrese los cumplidos. El funeral se ha terminado. — Enciende un cigarro con un mechero desechable y mira hacia otro lado confiando en que baste con la respuesta para ahuyentarles. Riven, imantado por la proximidad de la mujer, cambia la protección del paraguas de Alvaro por la del tejado del panteón y se coloca junto a ella.

—No hemos venido al funeral. Hemos venido a hablar con usted —contesta serenamente el sacerdote.

—Ya vino a verme una inspectora de policía al lugar donde trabajo.

—No somos policías. He venido desde Roma para entrevistarme con su padre... Siento molestarla en estas circunstancias... Me llamo Alvaro Tertulli Lazo.

—Yo me llamo Hernández. Algunas bastardas tenemos sólo un apellido.

—Mi amigo es el señor Riven.

La mujer aprovecha para volverse hacia el hombre y mirarlo abiertamente.

—¿Riven? ¿Es un apellido o un mote?

—Ninguna de las dos cosas. Algunos muertos tenemos sólo una marca —responde él.

—Una vez, cuando trabajaba en el teatro, hice de cadáver en una función. Me pasaba la obra tendida inmóvil dentro de un ataúd en medio de! escenario. Hasta yo logré memorizar aquel papel. —Se levanta la solapa del chaquetón y se dispone a marcharse—. Tengo que irme.

Alvaro alza la voz para hacerse oír por encima del viento que se traga las palabras.

—Señorita, si puede dedicarnos unos minutos, tenemos que hablar de ciertos temas relacionados con su padre.

—Si están relacionados con él, no tienen nada que ver conmigo.

—No quiero alarmarla, pero es posible que incluso esté usted en peligro.

Hernández se detiene y les mira, divertida. Habla después de una pausa:

—¿Y como sé que no fueron ustedes quienes lo mataron?

Contesta Riven:

—No lo sabes. Por eso lo nuestro es tan emocionante.

También contesta Alvaro:

—Es lógico que desconfíe de nosotros. Pero le aseguro que, si me da la oportunidad, puedo despejar sus dudas. La mayoría de sus dudas, al menos. Hasta es posible que podamos prestarnos mutuamente un importante servicio.

A pesar de su estatura, su atractivo y su actitud, hay algo de vulnerable en ella. O al menos eso es lo que a los hombres les gusta deducir cuando creen que la conocen.

Tras unos segundos, parece decidirse.

—¿Tienen coche?

—En la puerta. Será un placer acompañarla a donde desee.

—Trabajo en el Centro de Acogida de Niños Abandonados de las Hijas de la Caridad. En la carretera de la Universidad Laboral. ¿Saben dónde les digo?

—Estoy seguro de que mi amigo... —Alvaro, solícito.

—Lo conozco. Él es el que piensa y yo el que conduce.

Riven se le acerca y le clava los ojos verdes y sombríos en las gafas de espejo, que le devuelven la imagen de un tipo mal encarado que hace preguntas pero no para obtener respuestas. Después prosigue:

—¿ Por fin te arriesgas a relacionarte con dos desconocidos ?

—Todos con los que me relaciono son desconocidos para mí.

Entre la galerna, algunas nubes translúcidas permiten afirmar que ha llegado el día. La llegada del día no supondrá ninguna sensación de alivio para los habitantes de aquel recinto. Para los habitantes del exterior tampoco.

2

A pesar de la extraordinaria amabilidad con la que siempre era recibido por el cardenal de Sevilla y por el resto del personal a su cargo cuando se alojaba en el palacio Arzobispal durante sus visitas a la ciudad, César Magallanes no podía evitar la sensación de ser considerado un enemigo en potencia por el funcionariado eclesiástico que inevitablemente desconfiaba de un obispo regionario, con profundos contactos en la curia, llegado desde Roma sin una misión definida pero que, de una forma más o menos oficial, terminaría auditando la situación administrativa de la archidiócesis.

La tormenta y el recuerdo del anónimo recibido en la capilla del Autopuerto'92 la madrugada anterior no se habían disipado de la superficie de un sueño poco reparador durante las pocas horas que pasó en sus aposentos, hasta que una de las hermanas del servicio había golpeado su puerta a primera hora de la mañana para entregarle una nota urgente de un viejo conocido que solicitaba

encontrarse inmediatamente con él en la biblioteca del edificio.

Mientras Magallanes atraviesa los anchos corredores por los que comienzan a deambular los clérigos más madrugadores, intenta imaginar alguna razón por la que el viejo fraile requiera su presencia con tanta prisa. Fray Zenón Uncara.

El máximo responsable de la Biblioteca Apostólica del Vaticano, uno de los conservadores más reputados en todo el mundo y toda una institución en la Santa Sede durante decenas de años. El experto obligado con el que consultar cualquier tema relacionado con el inapreciable fondo de volúmenes del que, más que un cuidador, llegó a ser considerado un guardián cuyo celo bordeaba la paranoia; hasta el punto de que, cuando a finales del siglo XX la Oficina Pontificia decidió participar en la Expo'92 de Sevilla aportando una cuantiosa selección de ejemplares escogidos entre lo más valioso de su colección bibliográfica para que fueran exhibidos en el archivo del palacio Arzobispal, fray Zenón no dudó en trasladar su residencia a Sevilla detrás de sus queridos libros.

El tiempo había pasado, la administración territorial y la romana nunca se habían puesto de acuerdo sobre quién debía correr con los gastos del traslado de la muestra a su emplazamiento original, y los libros seguían en Sevilla. El fraile también.

Las habitaciones de Magallanes están situadas al fondo del edificio, junto con el resto de las dependencias privadas, y para llegar a la nave central del palacio —la única con tres pisos de altura—, donde está enclavada la biblioteca, el obispo debe bordear el segundo patio interior a través de la galería de la segunda planta. A pesar de la urgencia de la llamada, no se priva de detenerse unos segundos ante los ventanales y contemplar la furia con la que una lluvia sombría y maligna golpea la fuente de Neptuno. Hasta a un hombre tan eminentemente racional le resulta difícil

escapar de la impresión de que la ciudad está siendo acosada por entidades que están por encima de cualquier intento de comprensión.

Naturalezas Oscuras que existían ya antes de que se inventara un sistema para medir el tiempo y que ya entonces habían elegido estos días en este sitio por alguna razón incognoscible para demarcar su destructora presencia. Estos últimos días.

El prelado tiene que hacer un esfuerzo para continuar su camino y concentrarse en la persona que lo espera.

En una sola ocasión se había cruzado su camino con el de fray Zenón Uncara, muchos años atrás, justo al principio de su carrera en Roma. De hecho, negociar con el por entonces ya viejo fraile el acceso de uno de los investigadores de la Alianza del Santo Oficio a los archivos secretos de la Biblioteca Apostólica del Vaticano fue una de sus primeras misiones ejecutivas. La Alianza necesitaba explorar los archivos en su incesante búsqueda del *Manuscrito de Dios* para asegurarse de que entre su mítico repertorio de evangelios apócrifos y textos prohibidos de los más diversos orígenes no se encontraba ninguna pista que condujera a la obra que tan desesperadamente buscaban. Tan sólo el bibliotecario, además del Supremo Pontífice, contaba con una llave de esos archivos, y fray Zenón se negó firmemente a facilitar la entrada al miembro de la Alianza, a pesar de que ésta movilizó toda su potente maquinaria de poder para presionarlo. Al final, cuando ya se barajaban las soluciones más cruentas para coaccionarlo, un joven Magallanes supo seducirlo con una larga conversación en la que supo manipular hábilmente la obsesión bibliófila del conservador y convencerle al mismo tiempo de lo inocuo de la incursión en los archivos por parte de la Alianza. La donación del *Génesis de Viena* —un ejemplar ilustrado con historias del Libro del Génesis transcrito en el siglo VI en pergamino púrpura— para los fondos de la biblioteca terminó de inclinar la voluntad del

fraile hacia la petición de Magallanes, que obtuvo así su primer gran triunfo diplomático.

No lo había vuelto a ver desde entonces. El obispo había escuchado rumores de que fray Zenón, con el paso de los años, delegaba cada vez más responsabilidades en ayudantes más jóvenes y versados en biblioteconomía para concentrarse él en las rarezas ocultas al público de la colección apostólica, de manera que, cuando se trasladó a Sevilla, todo el mundo en el Vaticano pensó que se trataba de una jubilación oficiosa. La escalinata de mármol deja a César Magallanes en el enon.... vestíbulo que precede a la biblioteca; las puertas de ésta se encuentran abiertas y el obispo divisa en lo más profundo al anciano, que sale inmediatamente a su encuentro.

El obispo camina despacio sobre las suntuosas alfombras, deja a la derecha una chimenea guarnecida en plata sobre la que continúa un cuadro del siglo XIII con el retrato de don Remondo, iniciador de la construcción del palacio, a la izquierda una repisa con una custodia de Juan de Arfe, en el techo abovedado una alegoría de la Virgen de los Reyes y al frente, a unos cincuenta metros todavía, el bibliotecario que avanza murmurando entre dientes, con las gafas bifocales colgando de un cordón sobre el hábito sucio y gastado. El padre Uncara ha envejecido mucho y muy mal desde su último encuentro. Pero no es eso lo que más impresiona al prelado. Lo que le obliga a pararse en medio de la sala desierta es la incomprensible retahíla

dirigida a nadie que el anciano recita tristemente, la torturada mirada enloquecida, el rictus de desesperada impotencia, las lágrimas espesas que bajan por sus mejillas.

—Fray Zenón... ¿se encuentra bien?

Mientras busca algo entre los pliegues del hábito, el bibliotecario avanza hasta quedar a unos seis o siete metros de Magallanes. No deja de murmurar cuando se para y extrae de sus profundos bolsillos un largo puñal con la hoja tallada.

En el antebrazo, tatuado, un pantáculo invertido.

El obispo queda completamente inmóvil, y también el resto del mundo parece detenerse lo suficiente a su alrededor como para permitirle distinguir algunas palabras del fraile, que son la culminación de una letanía iniciada mucho antes:

—... y como en el Reloj de Agua el líquido se vierte de un vaso a otro vaso, Mi nombre va suplantando a Su nombre.

Una vez concluida su recitación, fray Zenón Uncara alza la mano armada con la daga y, con un movimiento firme, profundo, de un solo trazo, se corta la garganta en una media luna por la que se desbordan varias fuentes rojas de diversa intensidad, que son al momento una sola fuente cayendo al suelo unos segundos antes que su cuerpo sin vida.

... Y como en el Reloj de Agua el líquido se vierte de un vaso a otro vaso, Mi nombre va suplantando a Su nombre... Y aguardo con sosiego el Momento. En el que la Luz se extinga y todos los tuyos sean pretérito. En el que te encuentres cara a cara...

La paralizada cuenta atrás vuelve a ponerse en marcha.

Al ritmo de las gotas que golpean las vidrieras, el tiempo recobra lentamente su agónico ritmo mientras César Magallanes desecha inútiles ideas de primeros auxilios y peticiones de ayuda. Desecha la visión del cuerpo que intenta atraer su atención desde el suelo convulsionando por última vez. Desecha cualquier pensamiento.

Muy despacio gira sobre sí mismo y comienza a salir de! fastuoso vestíbulo. En su camino le acompañan las palabras de Belial leídas en el anónimo la noche anterior, que son las mismas palabras que ha pronunciado el bibliotecario antes de darse muerte.

3

De la portezuela inferior de la mesita de noche, Hernández saca una botella casi vacía de aguardiente seco.

Alvaro, sentado en la única silla del minúsculo dormitorio, rechaza la invitación alegando que aún no ha desayunado. Riven, no.

La mujer regresa con dos vasos de plástico decorados con motivos Disney del cuarto de baño, vierte un par de centímetros de licor en cada uno y se sienta en la cama junto a Riven, que se ha quitado la gabardina y ha encendido un cigarro.

—Es un modelo un poco... —insiste el sacerdote.

—¿Una maleta pequeña, de cuero viejo, con un reborde metálico que la cierra herméticamente?

—Ésa es. Sin duda —confirma Alvaro, ansioso.

—La conozco. Tenía un gran valor para él.

Hernández juega con la correa de una bolsa de viaje barata llena de ropa que ya estaba junto a la cama de su habitación cuando llegaron, como si la hubiera preparado la noche anterior para largarse por la mañana del Centro de Acogida de Niños Abandonados en una fuga de la que se arrepintió en el último momento.

—Y,.. ¿sabe usted dónde está?

—Puede ser.

—Cuando antes le hablaba de lo peculiar de su contenido, me

—No me agobie, ¿vale?

Por debajo de los cristales reflectantes de las gafas horizontalmente alargadas que aún no se ha quitado, se acaricia suavemente la contusión del ojo izquierdo al mismo tiempo que juega con la correa de la bolsa de viaje, como si el equipaje y el golpe tuvieran alguna relación entre sí.

—Si esto fuera una mala película, te pondría la navaja en el cuello para sacarte la información —

comenta Ríven con una especie de sonrisa—. ¿Te importa si me sirvo un poco más de aguardiente? Es malísimo.

—Asqueroso. Échame a mí también un poco. Si esto fuera una mala película, tedaría un rodillazo en los huevos cuando intentaras violarme... ¿Intentarías violarme, no?

—No te quepa la menor duda.

—Y te rompería un jarrón en la cabeza para detenerte hasta que mi héroe apareciera por esa puerta.

—Pues llega antes de tiempo. —Señala Riven la puerta que se abre en ese momento dejando paso a la directora de la institución.

La directora ya viene enfadada, pero escuchar la carcajada que los jóvenes sentados en la cama emiten ante su aparición, la saca definitivamente de quicio.

—¿Por que no has pasado por mi despacho?

—Tenía que hablar con ellos —responde Hernández tranquila.

—¿Quiénes son?

—Nos conocimos esta mañana, en un acto social —explica Riven—. Nos invitó a su casa, nos tomamos unas copas y terminan en la cama. Las cosas.

—Lo que oyes —confirma Hernández.

La recién llegada respira hondo para recuperar la calma, pero la mirada de la mujer joven, aún desde detrás de las gafas de sol, la altera demasiado, de modo que prefiere enfrentarse directamente a los hombres:

—Me da igual quién les haya invitado. Soy la persona que dirige este centro y les exijo que abandonen inmediatamente el edificio.

Alvaro se pone en pie, intentando contemporizar.

—Señora, le ruego que disculpe nuestra intromisión. No quisiéramos ocasionarles ningún contratiempo. Si nos permite hablar a solas con la señorita Hernández unos minutos... se trata de un asunto de la mayor importancia.

—¿Es que no ha oído lo que acabo de decirles? ¿O es que me van a obligar a avisar a la policía para que les expulse? —encarándose con el sacerdote y alzando la voz.

Riven también se levanta, recoge la gabardina y habla con Hernández, que permanece impasible, o cansada de ese tipo de escenas. —Tu héroe es demasiado agresivo para mí.

Deberías buscarte a otro más dulce. Prueba con un legionario psicótico o con un cabeza rapada.

—Señora, le ruego... —Alvaro.

—Tienen exactamente tres segundos para salir de... —se mantiene la directora.

—Estoy harta —concluye Hernández, poniéndose en pie. Todos quedan en silencio. La joven coloca la bolsa de viaje abierta sobre la cama. El gesto sirve para desarmar a la directora. Hernández abre los cajones de la mesita de noche y va trasvasando de cualquier manera a la bolsa unos cuantos

pañuelos blancos, una vieja cartera con documentos, un manoseado ejemplar de *La construcción del personaje* de Constantin Stanislavski, un transistor con la carcasa sujeta por una gomilla...

—Espera... sal conmigo al pasillo un momento. Tenemos que hablar. —La súplica, la certeza de lo irreparable, la impotencia, el inicio de la soledad, los cincuenta años y el miedo.

—No.

La directora intenta interponerse entre la joven y la maleta.

—No te vas a marchar así. No voy a dejar que te marches así. —Una mano acaricia la mejilla mientras que la otra retuerce la solapa del chaquetón, resumiendo la dualidad de autoritarismo y ternura que ha regido su relación.

—Suéltame.

La suelta.

Riven y Alvaro abren la puerta y se quedan uno a cada lado, esperando a la propietaria del dormitorio, que, ya libre, se acerca al cuarto de baño y regresa inmediatamente con un bolso de aseo que encaja entre la ropa.

—Quedan sólo tres días para fin de año... —La directora, consciente de la inutilidad de su último argumento, no finaliza la frase.

Hernández toma un almanaque de la mesilla con casi todos los días tachados en rojo, lo introduce en la bolsa y la cierra.

Después sale de la habitación.

Desde que ella y Efrén recibieron la visita de Alvaro dos días antes en su ático de la calle Vulcano, ha presenciado diversas variaciones sobre escenas como ésta. Estaba cerca de la masacre del buque-escuela *San Ignacio*, de la iglesia donde se desplomó la vidriera sobre los niños del coro, de los parroquianos envenenados en el Taller Franciscano de Inserción Pocaslágrimas.

Aleja se lleva bien con las esquinas oscuras.

Se acaricia el tatuaje del pantáculo invertido en el interior del antebrazo y contempla la vorágine que se ha desencadenado frente a San Adalberto.

Observa al primer sujeto que salió del invernadero de la parroquia vomitando sangre y que ahora es un cuerpo inmóvil encima de una mancha roja no del todo disuelta por la intensa lluvia, que produce extraños efectos ópticos sobre los destellos azulados de los gálibos que giran en los techos de patrulleros y ambulancias. La mañana sombría tragándose la incesante actividad de las personas que deambulan por la zona. Los policías intentando organizar a la multitud de curiosos que se agolpan frente al invernadero en la estrecha bocacalle de Pagés del Corro. La periodista pelirroja que acaba de llegar en una furgoneta con el logotipo de una cadena televisiva privada y narra los acontecimientos ante un individuo con una cámara al hombro. Los sanitarios con el uniforme anaranjado en su intento final de prestar ayuda a las víctimas. Frenéticamente. Trabajo malgastado.

La periodista pelirroja con acento sudamericano conoce bien su trabajo. Sin quitarse la capucha del chaquetón que apenas desvía los chorros de agua de su rostro, sitúa los hechos, esboza la primera hipótesis sobre su origen y describe las consecuencias contrastables al mismo tiempo

que consulta unos folios ya empapados con la documentación obtenida vía Internet que le han proporcionado desde la furgoneta:

—... Ní siquiera los botánicos han fijado normas que permitan concretar determinantemente si algunas especies de plantas son o no venenosas. Y les puedo asegurar que en el invernadero de la parroquia de San Adalberto se ha llegado a reunir un repertorio de plantas de géneros verdaderamente singulares. En principio, todos los indicios apuntan a las plantas como desencadenante de la tragedia, aunque aún es prematuro concretar la forma en que los damnificados fueron intoxicados por ellas. Según la información de urgencia que hemos podido reunir, los compuestos venenosos pueden estar distribuidos por todas las partes de la planta o acumularse más en unos lugares que en otros. También es variable su toxicidad según su edad. Lo que sí parece claro es que casi todos los venenos deben penetrar en el organismo para actuar, fundamentalmente a través de la ingestión, aunque existen otras vías. En caso de ingestión, el tóxico actúa inmediatamente en el aparato digestivo

provocando dolor abdominal agudo, vómitos, diarreas y, como ha ocurrido aquí, hemorragias internas... —Uno de los reporteros sale de la parroquia y le entrega una nota que la periodista lee mientras habla—. Parece que tenemos ya un balance provisional de las víctimas. En la vivienda adjunta a la iglesia de San Adalberto residen el párroco titular, dos sacerdotes coadjutores, dos seminaristas que se alojan aquí temporalmente, así como el sacristán y su esposa que ayuda en las labores de la casa pero que no duermen en ella. Todos han sido afectados. Los equipos de emergencia sanitaria siguen actuando en el interior. El pronóstico podría ser fatal en todos los casos...

Ya ha visto más que suficiente; retrocede furtivamente y se pierde con la lluvia. Aleja lleva siglos andando por las sombras, recorriendo callejones solitarios, acechando en

inmundos rincones, viviendo en edificios en ruinas. Aguardando estos días. Sobreviviendo de lo que folla en pensiones sucias y en solares abandonados. Efrén y ella no necesitan demasiado. Y están acostumbrados a esperar. Forma parte de las fachadas antiguas, su paso no se adapta al paso de nadie pero tampoco llama la atención de nadie, su pelo es del color de la tormenta.

No tiene que esperar al llegar a la parada.

Aleja sube al autobús como si fuera una persona igual que las demás.

En el interior del invernadero de San Adalberto, el personal del 061 cesa lentamente su actividad. El médico del equipo de emergencia que llegó en primer lugar —un tipo chato, calvo, de acento castellano, algo más viejo que los demás y con la mirada mucho más curtida— enciende un cigarro, se apoya exhausto en una estantería y marca el número del Centro Coordinador para informar de la situación, mientras sus compañeros comienzan a recoger el instrumental que han empleado para remontar sin éxito la vida que se ha escapado de los seis cadáveres que reposan en el suelo y de una séptima víctima que logró llegar al exterior. El médico se ha visto envuelto en un gran número de emergencias múltiples a lo largo de su carrera, algunas de ellas verdaderamente atroces, pero no recuerda un sonido semejante como el que producen sus botas al chapotear sobre el lago de sangre en que se ha convertido el suelo del local.

Aleja llega al portal de la calle Vulcano.

Apenas conoce al vecindario, compuesto principalmente por putas trashumantes que alquilan temporalmente un agujero en el laberinto de habitaciones de un edificio que ya debería haber sido derribado si no formara parte de un sector completamente olvidado por las autoridades. Tras la puerta entornada del bajo, una gorda con las piernas abiertas se entretiene mirando un pequeño televisor en

blanco y negro, atenta a la entrada de algún posible cliente mañanero.

Mientras se sacude la lluvia del pelo y del impermeable negro, Aleja recuerda que con éste son tres los días que lleva sin trabajar, sin apenas comer. Sin dormir. Y que los tres días que le quedan serán aún peores. Poco a poco, la voz que le llega desde el televisor se impone sobre sus pensamientos.

«... En este momento, uno de los vehículos del Instituto Anatómico Forense abandona la parroquia de San Adalberto evacuando en su interior otros dos cuerpos. Ya sólo quedan tres en el interior del invernadero. En cuanto a la causa de la tragedia, un miembro de la Delegación de Sanidad de la junta de Andalucía, aunque se ha remitido a la rueda de prensa que el consejero ha convocado para las cuatro de la tarde, nos ha confirmado por teléfono que es en la toxicidad de alguna de las plantas del invernadero donde debemos situar el origen de tan terribles acontecimientos. De hecho, las imágenes que están contemplando en este instante les muestran como el personal de Protección Civil y agentes de la policía local proceden a cercar la zona para evitar que otras personas...»

Aleja recorre el ático sin quitarse el impermeable y abre la puerta de la habitación de Efrén, que está de pie ante la ventana, con su viejo pijama y el pelo blanco hasta los hombros, absorto en el temporal. La mujer va a decir algo cuando descubre sobre el escritorio un viejo libro de Esquilo del que sobresale una nota manuscrita. Se queda mirando el título del ejemplar. El silencio de Efrén siempre llena la estancia. Por un momento, tiene la impresión de que aún no ha salido del invernadero. De que el infierno es un recinto cerrado con una asfixiante humedad ambiental en el que se mezclan miles de tonos de verde, un espacio cerrado pero sin límites visibles, abarrotado de plantas que son una sola planta amenazante, inquieta, que extiende la textura de sus miembros porosos en busca de otras formas de vida,

que intenta comunicarse desde la savia interna envenenada de sus tallos ofreciendo un amistoso presente de muerte.

El recuerdo dura sólo un momento.

Aleja toma en sus manos el volumen de Esquilo, y, al extraer la nota, observa un pasaje subrayado a lápiz: «No cesará tu tormento hasta que un Dios lo padezca en tu lugar y descienda a los tenebrosos abismos del Tártaro.»

La amenaza le duele en un órgano interno del que ni siquiera creía disponer. Después, vuelta a mirar a Efrén, a sopesar el anónimo, a recordar la barbarie que emanaba de las raíces que se perdían bajo el suelo del invernadero.

5

Ríven no está al tanto del acuerdo al que ha llegado Alvaro con la vieja propietaria de su pensión en la calle Capitán Vigueras, pero mucho dinero debe haberle dado el sacerdote para que al verlos llegar junto a Hernández no los reciba con sus ladridos habituales y se quite de en medio sin dirigirles ni una palabra. La noche anterior sacaron la rueda de repuesto del automóvil alquilado, la tiraron a un contenedor de basuras y escondieron en el falso suelo del coche la única maleta de los Cinco Custodios que han recuperado hasta el momento, pero el resto del equipaje de Alvaro, así como las escasas pertenencias de Ríven, se encuentran en la habitación de este último. Habrá que añadir a partir de ahora la bolsa de viaje que trae Hernández.

Los tres suben por la estrecha escalera y se adentran por un pasillo inmerso en las tinieblas del mediodía sin luz hasta llegar al dormitorio. Es un edificio de otro siglo, en el que la porquería acumulada sobre suelos, paredes y puertas hace imposible definir el color de la última capa de pintura que se pudrió sobre su superficie configurado por enormes habitaciones distribuidas irregularmente por toda la construcción. Ríven entra en el cuarto, espera a que pasen Alvaro y la mujer, y cuando se vuelve para cerrar se

encuentra junto a la oreja las cuatro pulgadas de longitud de cañón de un Magnum 357 y a su propietario, que aguardaba tras el rincón la puerta.

—Sí me la juegas, te pego un tiro en una pierna o en un brazo. __Le advierte el comisario Arreciado mostrándole la placa mientras se separa para abarcar a los tres con su arma. A diferencia de otros policías, Arreciado no imita inflexiones barriobajeras de voz para impresionar a los delincuentes que amenaza. Utiliza un tono neutro, casi desinteresado, descriptivo a veces. Grave. Y los otros siempre se hacen una idea de las consecuencias que acarrea desobedecerle. Desde detrás del ropero aparece la inspectora Romana Benarque con una pequeña pistola alemana Heckler & Koch modelo P9S de 9 mm, tan exquisita como su traje marrón, su abrigo pistacho y sus zapatos de ante confeccionados manualmente a juego con el bolso.

Con pequeños golpes del cañón de su revólver, el policía consigue que los recién llegados se arrodillen frente a la cama y apoyen la cara sobre ella. En esa posición, los cachea mientras la inspectora les apunta desde el otro lado e inspecciona las tres carteras y la navaja que le va entregando su jefe. Después lo guarda todo en su bolso.

—Agente, no sé qué es lo que tiene contra nosotros, pero puedo responder por mis amigos. Procedo de Ciudad del Vaticano, como habrá podido comprobar por mi documentación, y estoy seguro de que todo esto no es más que un malentendido. —Alvaro, aún con medio cuerpo apoyado sobre la cama, eleva la cabeza para

resultar todo lo convincente que le permite su posición—. Respondo absolutamente por mis amigos, y con una simple llamada a la oficina diplomática comprobará mi condición de sacerdote, que carezco de antecedentes y que cualquier posible acusación contra mi persona resulta injustificada.

—¿Sabéis el último chiste de curas? —comienza a hablar el comisario como si no hubiera escuchado ni una de las palabras pronunciadas por Alvaro—. El informe ha entrado

en Jefatura un poco antes de que saliéramos para acá. La cosa ha ocurrido en el Centro de la Asociación de Sacerdotes Casados. No sé si habéis oído hablar de esa organización. Se trataba de un grupo de curas que, cansados de hacerse pajas, había conseguido cambiar la mano derecha y las revistas guarras por un cono real, pero que no se resignaban a renunciar al chollo eclesiástico que les permitía vivir sin dar palo al agua. Pues bien, los mendas estos se reunían una vez a la semana en su sede, una casa de dos pisos en el Cerro del Águila como pregonan la importancia de la participación de la pareja en todos los asuntos, se llevaban allí a sus parientas, y, mientras ellos redactaban en el piso de arriba la enésima carta al Papa suplicándole que los dejara follar canónicamente, sus mujeres se quedaban abajo discutiendo sobre cual de sus maridos tenía la polla más blanda. Al parecer, esta mañana la reunión de los maridos se prolongaba más de lo habitual, hasta que las tías se han mosqueado y han decidido subir al piso de arriba para ver qué ocurría. Eran catorce y los catorce estaban muertos. Unos decapitados, otros desmembrados... todos destripados. Una cuarta de sangre en el suelo. Lo curioso del asunto es que todas las mujeres juran no sólo que no vieron entrar a nadie en el local sino que no escucharon ni un solo grito, ni una sola

queja de los fiambres. —Arreciado permanece unos segundos en silencio, apreciando el efecto que sus palabras han producido en Alvaro y sus compañeros—. Hay que estar loco para ser cura y venir a Sevilla en estos días. Riven no ha prestado mucha atención al relato del comisario. Se ha dejado llevar por el recuerdo de los revolcones urgentes con la enfermera a la que encontró el día anterior en el hospital del Tomillar. En sus cambios de humor. En la tristeza que sobrevivía siempre detrás de su risa. Y en que ella ha sido la única persona que ha podido revelar a la policía la dirección del hostel donde se encontraban en este momento.

—Supongo que no sabrán nada del asunto de los curas despanzurrados y que no van a decirme dónde han escondido la maleta que se llevaron del hospital, ¿verdad? —pregunta Arreciado, aparentemente indiferente. Nadie habla ni se mueve, excepto Romana, que, cansada de sostener la Heckler & Koch, se la cambia a la mano izquierda.

—Perfecto. Nos vamos. Están los tres detenidos. Inspectora, léales a estos señores sus derechos, que ya me los pasaré por los huevos yo dentro de un rato.

6

Paciano apenas se ha desprendido de su última pesadilla cuando llega al albergue del Segundo Advenimiento.

A esa hora del anochecer, después de varios días de lluvia, el albergue subterráneo está tan saturado de mendigos, el hedor es tan intenso, hay tanto humo, que el hombre tiene la sensación de ser invisible mientras descende por las rampas del antiguo garaje.

Camina despacio. Con las manos en los bolsillos de su gabán marrón.

En el puño izquierdo oprime el último anónimo que Aleja ha dejado en su tienda con las instrucciones de introducirlo bajo la puerta metálica que encontrará en el quinto nivel del albergue. Con la mano derecha se acaricia entre las piernas. No siente el escozor de las múltiples erosiones que se ha producido en los últimos días de delirio sexual.

La verdad es que desde que Aleja lo visitó en su tienda de cómics, apenas es capaz de diferenciar el sueño de la realidad.

No sabe si ha pasado la noche con una fea cincuentona gorda subnormal en un piso vacío que han ocupado como *sqitatters*. apretando hasta hacer sangrar su silueta deforme, lamiendo su carne sucia, bebiendo sus jugos, comiéndose sus excrementos mientras soñaba, en los intervalos, con una misa negra en la que él representaba el papel de la virgen penetrada por todos, envilecida por

todos... un cuerpo desnudo tendido sobre el suelo bajo la sombra de la cruz invertida, regado por la sangre del recién nacido sacrificado, borracho del deseo que no se sacia nunca, que no se apaga ni ante la proximidad del puñal que se acerca a su pecho. O si verdaderamente ha participado en una misa satánica y, en los momentos de inconsciencia, ha soñado escenas de sexo desquiciado con una repugnante deficiente mental en un piso abandonado. No hay luz eléctrica por debajo del segundo nivel y las lámparas de aceite convierten el aire en una masa irrespirable que quema en los ojos y el paladar.

Paciaro sorteja los colchones atestados de personas y de parásitos, las cajas de cartón en que guardan sus posesiones y con las que delimitan su espacio.

Son las entrañas de la ciudad, los apestosos intestinos en descomposición de la Sevilla del Nuevo Siglo. Un resto de instinto de supervivencia resurge en el hombre ante la mirada llena de odio de aquellos seres.

Pero el miedo no sobrevive a la niebla en la que navega hace tres días. Ahora camina más deprisa.

Cree que esta noche está invitado al rodaje de una película *snuff* como premio a la entrega del anónimo. Se repite la dirección que ha memorizado y se retuerce con fuerza la polla a través del bolsillo sin fondo. El dolor es dulce.

En el nivel cuarto, tras una columna, un vagabundo viejo con la nariz alcohólica le arranca la camisa sin palabras a una vieja hasta encontrar un»pequeña cruz que ésta esconde en el sujetador. A la vista de la señal rojiza que el crucifijo ha dejado en los pechos flácidos, Paciano comienza a masturbarse a tirones. El dolores santo.

Le han dicho que las cámaras ya están preparadas para grabar la secuencia. La protagonista de la película *snuff* cambien está preparada: han raptado a un transexual que se sometió a una intervención de cambio de sexo el año pasado. Hay un enorme espejo para que la actriz pueda ver

con detalle la nueva cirugía en vivo que van a practicarle esta noche. La navaja con que van a cortarla en pedazos está preparada. Y Paciano está

preparado para dejarse hipnotizar por cada plano, para que su semen se mezcle con la sangre. Desde que Aleja lo visitó en su tienda hace unos días, los colores han cambiado y el hombre ha perdido los recuerdos; ha cambiado la nada enfermiza por el dolor.

El dolor es curativo.

El quinto nivel sólo está ocupado en las rampas de deséense Debe haber algo o alguien que impide a los mendigos habitar en esa planta, porque Paciano sólo encuentra vacío y oscuridad a adentrarse en lo más hondo de los antiguos aparcamientos.

Casi a tientas encuentra las puertas metálicas que le han descrito y rápidamente desliza por debajo de ellas el anónimo arrugado como un animal muerto.

Ahora tiene prisa por marcharse de allí; las sombras lo amenazan, le cuesta respirar y la expectativa del rodaje que le espera hace que se maltrate la polla con entusiasmo.

El dolor nos guía.

Los tres desperdicieros aparecen tras una columna cuando y alcanza a ver la penumbra ocre procedente de la rampa de acceso Tres individuos desdentados, tarados, malolientes, material de leprosería. Con porras y barras metálicas en la mano.

—¿No sabes que está prohibido llegar hasta aquí?

Paciano no responde, asustado y excitado.

—Ponte de espaldas —le ordena el más alto, haciendo un gesto obsceno con la porra.

Paciano no intenta huir.

El dolor nos salva.

7

Lo que inquieta a Ríven, Alvaro y Hernández no es viajar por la ciudad de noche en la trasera del coche del comisario mientras la inspectora, medio vuelta en el asiento del

copiloto, les apunta con su pequeña pistola. Lo que realmente les desconcierta es que el automóvil no ha tomado la dirección de la Jefatura Superior de Policía, sino que ha enfilado el norte de Sevilla y, tras recorrer la Ronda Histórica, ha llevado a cabo un giro indebido a la altura de los jardines del Parlamento y se ha internado en el casco antiguo. No hay comisarías en esa zona.

Al llegar a la calle Enladrillada —yonquis, ruinas, basura; la lluvia—, el vehículo aminora la velocidad hasta estacionar en la salida de un garaje, junto a una manzana abandonada. A la luz de una linterna, Arreciado les precede por las escaleras del edificio. Dos tramos con huecos de puerta que enseñan parcelas desocupadas del infierno. Romana y su pistola alemana cierran la En el segundo piso encuentran una puerta indemne; el policía la abre con una vieja llave, les ordena entrar a un salón con jeringuillas, restos de fogatas, cartones que han hecho las veces de cama, astillas que han sido muebles y una barra de cortina situada a baja altura, incongruentemente nueva y sólida, donde esposa a los tres detenidos con los brazos en alto.

Mientras la policía se retira nerviosamente a un rincón, Arreciado le entrega la gabardina y la chaqueta, se sube las mangas de la camisa, y extrae del bolsillo del pantalón un cigarro arrugado, un mechero y un pequeño alicate niquelado de unos quince centímetros de longitud con la punta cortante.

—No quiero oír ni una palabra de ustedes si no es para indicarme el paradero de la maleta. ¿Ven esto?

—pregunta mostrándoles el extremo del alicate—. Se puede desollar a una persona con esta herramienta, pellizco a pellizco. Pero es un proceso lento y asqueroso. Vas a sangrar como una cerda cuando te arranque la pipa del cono —dirigiéndose a Hernández al final.

No parece sorprendido de que ninguno de los tres hable, ni parece preocupado de que no lleguen a hacerlo.

Sus músculos de cincuentón atlético se marcan en la camisa blanca, y el enorme revólver, la cartuchera y el buscapersonas colgados de la cintura le hacen parecer más alto de lo que es. Juega un poco con el alicate, como asegurándose de que está lo suficientemente engrasado, y con un movimiento rapidísimo del brazo acerca durante una décima de segundo la punta de la tenaza al reverso de la mano de Hernández, que se retuerce en una arcada de dolor al ver el rojo e irregular centímetro cuadrado de piel y capilares que ha desaparecido del dorso de su mano.

El comisario parece no haber realizado ningún movimiento. No dice nada. Su respiración se mantiene acompasada.

Es un hombre en paz.

Mientras elige otro punto hacia donde dirigir su herramienta ensangrentada.

8

En el vestíbulo del palacio Arzobispal, un reducido grupo de funcionarios del juzgado trabajan en la evacuación del cuerpo del bibliotecario, borrando diligentemente las últimas huellas de su suicidio. Un par de llamadas bien seleccionadas del cardenal a las autoridades locales han bastado para que el asunto se lleve con la máxima discreción y celeridad, clasificando el caso sobre la marcha como una desgraciada consecuencia de la probable demencia senil del fraile.

El obispo regional César Magallanes los observa distraídamente desde un rincón, intentando extraer las primeras conclusiones de la escena que vivió unas horas antes. No parece conseguirlo, pero está dispuesto a tomar las medidas que lo conduzcan a ello.

Con su paso eficaz y arrogante, deja atrás a los funcionarios, baja por la escalera de mármol y se introduce en la zona de oficinas de la planta baja hasta llegar a la mesa del secretario del canciller-secretario general.

—¿Está solo? —pregunta sin detenerse al joven sacerdote que se queda sin palabras al verlo aparecer y únicamente atina a asentir con la barbilla.

A continuación se introduce entre las maderas nobles del despacho de Norberto Navarro Navarro, el segundo hombre más poderoso de la archidiócesis. Un clérigo con un nombre demasiado sonoro y una procedencia demasiado vulgar para llegar a la dignidad que ostenta Magallanes, al que admira desde siempre, y cuya inesperada aparición deja tan confundido que está a punto de cederle su propio sillón ante la mesa de haya a manera de reconocimiento.

—Me alegro de verle, padre Navarro. Aún no había tenido tiempo de saludarle. Siéntese —concede el obispo, sentándose él mismo sin esperar el ofrecimiento.

—Es un honor, ilustrísima. ¿Cómo se encuentra?

—Reflexivo.

—No sabe como siento que se haya visto envuelto en el triste final de fray Zenón Uncara. Creo que se conocían, ¿no es así? Fray Zenón mencionó a su ilustrísima en alguna ocasión.

—¿Y qué es lo que dijo?

—La verdad es que se mostraba bastante extraño en los últimos tiempos, apenas se relacionaba con nadie... Nunca llegó a integrarse totalmente en nuestra comunidad. Como usted sabe, sólo permanecía aquí

porque el tesoro bibliográfico cedido por la Santa Sede a este arzobispado está pendiente de su reubicación. Fray Zenón se negaba a...

—¿Qué dijo de mí?

—Le aseguro que se mostraba bastante incongruente. Claramente deprimido. Nunca prestamos atención al significado de sus palabras.

—¿Qué dijo exactamente? —Al bajar la voz, el tono es más cortante.

—Frases inconexas... Decía que el Apocalipsis había comenzado. Que primero devastaría la palabra escrita y

después la memoria. Que sólo usted y su gente podían combatir el mal con el mal. Como ve, el pobre se encontraba bastante desquiciado, pero al no encontrarse bajo nuestra autoridad directa... En su momento remitimos un informe completo a Roma, pero nunca recibimos respuesta.

Magallanes deshace las explicaciones con un gesto mientras piensa en las palabras del bibliotecario.

—¿Residía aquí?

—No. Cuando llegó en 1992 lo instalamos en la Casa de los Mercaderes, un hotel situado en la calle Álvarez Quintero, muy cerquita de este palacio. Es un establecimiento tranquilo. Siempre consideramos provisional su estancia, de manera que no se le buscó otro tipo de alojamiento más permanente.

—Necesito la dirección concreta del hotel. Y que su gerencia sea avisada de mi visita para que me permitan la entrada a sus habitaciones. Que no toquen nada mientras tanto.

9

La inspectora Benarque monta su pequeña pistola y la acerca al mentón de Riven mientras saca una minúscula llave del bolso que lleva en bandolera.

No había movido ni un músculo el comisario cuando leyó el *display* del buscapersonas que acababa de sonar. Permaneció allí de pie, con el alicate manchado de la sangre de Hernández en la mano. Después murmuró: «Hijoputa ciego chupanabos», limpió la herramienta con un pañuelo de papel, se puso la chaqueta y la gabardina y, ordenándole a la policía que mantuviera allí a los prisioneros hasta su vuelta, se marchó. Sin apartar la automática de la cara de Riven, Romana utiliza la llave para liberar de las esposas a los reos y se aparta un par de metros, manteniéndolos a los tres bajo la cobertura del arma.

—Márchense. —Arrojándoles los documentos al suelo.

Hernández intenta cortarse la hemorragia con el pañuelo que le ha entregado Alvaro, y ambos se van retirando incrédulos hacia la puerta tras recoger las carteras. Riven no se mueve y pregunta.

—¿Por qué?

Romana tarda unos segundos en contestar.

—Porque, hoy por hoy, puedo evitar que el comisario tome represalias contra mí. Porque estoy envuelta en una partida de la que apenas conozco las reglas. Una partida en la que ustedes llevan claramente las de perder. Pero nunca se sabe. Y si las cosas se tuercen, si terminan salíéndoles buenas cartas, me deberán un favor. Un enorme favor.

Riven no se mueve.

—Es la última vez que le digo que se marche.

Los otros lo esperan en la puerta, pero Riven sigue inmóvil.

—No voy a marcharme sin mi navaja.

—¿Está usted loco?

Sí, si lo está; porque permanece en su sitio, mirándola fijamente.

La inspectora calibra la mirada del hombre y descubre no que esté dispuesto a jugarse la vida por un objeto, sino que pertenece a esa clase de personas que no tienen una vida que poner en juego y que resultan las más difíciles de presionar.

Le arroja la navaja, aguanta su mirada hasta que decide desaparecer con los demás y se sorprende al comprender que, a pesar de haber tenido una pistola cargada en la mano todo el tiempo, ha sido ella la que se sentía amenazada.

10

Parece que ha llovido siempre.

Bajo la exigua protección de un balcón, el comisario Arreciado espera la aparición de Amador. El mensaje del buscapersonas lo citaba urgentemente en la puerta de un cine clausurado muchos años atrás, el Delicias,

especificando que debía apostarse en la entrada de la calle Juan Núñez, una callejuela empedrada y oscura que parte de la avenida de la Cruz Roja.

Mientras espera, desecha la posibilidad de imponer orden en el caos de acometimientos y sensaciones que han invadido su mente. Se deja llevar por el recuerdo de la piel y el olor y el acento de niña bien, bien abierta de piernas, de la inspectora Benarque susurrándole al oído una maldición como si fuera un juramento; de algo lo suficientemente parecido al amor. Y del amor pasa a la sangre. De tantos curas muertos en los últimos días. Y al jaleo internacional en el que está implicado y cuya única lógica para él viene definida por unas cuantas bolsas llenas de billetes arrugados con las que encubrir la certeza de que está llegando al último tramo de su vida con las manos vacías.

Hasta que un ruido metálico a su espalda fractura sus pensamientos.

En un solo movimiento, se da la vuelta y salta lejos del balcón y extrae el enorme revólver y queda bajo la lluvia apuntando a la figura que ha surgido a su espalda.

Al contrario de lo que suponía, sus interlocutores ya esperaban en el interior del cine y el sonido lo ha provocado el joven mendigo al que Amador acariciaba entre las piernas en el albergue abriendo de un golpe la cancela herrumbrosa del Delicias.

El vagabundo saluda al cañón del arma con una pose afeminada y le pide que lo siga al interior con un gesto.

Vuelve a cerrar la cancela y lo precede contoneándose con su linterna a través del vestíbulo desconchado. Dejan atrás los restos del ambigú y, por un pasillo serpenteante en pronunciada rampa cubierta por una moqueta descolorida, bordean la sala de exhibición hasta llegar a la entrada siete. Se adentran en el patio de butacas guiándose por los reflejos de la calva del ciego sentado en la fila central.

—Comisario... espero que sepa disculpar mi llamada a estas horas de la madrugada.

—Acababa de iniciar un interrogatorio. No podía haber elegido peor momento.

—No creo que los interrogados opinen lo mismo. Y no olvide que lo nuestro siempre es lo primero. Siéntese. Hay sitio de sobra.

El ciego, casi tendido en la butaca, abarca la sala con el sobre tamaño folio que sostiene en la mano mientras el mendigo los alumbra. El comisario sigue en pie y habla, impaciente:

—¿Qué necesita de mí?

—Más que de usted, precisamos de los mecanismos a los que tiene acceso. Verá, desde hace unos días estamos recibiendo mensajes de procedencia desconocida. No se confunda. Estos mensajes nos están resultando de extraordinaria utilidad en la búsqueda de nuestro... objetivo. Excepto en una ocasión, en que nos enviaron un texto, digamos de naturaleza literaria, suelen limitarse a proporcionarnos un nombre y una dirección, hasta ahora infalibles. Pero no podemos conformarnos con eso. Necesitamos saber su origen. La persona que los remite y, por supuesto, sus intenciones.

—Me sorprende que recurra a mí para eso. Estoy seguro de que disponen de los mejores medios para investigar un simple anónimo.

—Efectivamente. De hecho, a través del penitenciario mayor del Tribunal de la Penitenciaría Apostólica, miembro de nuestra organización, las misivas han sido analizadas por los mejores peritos de Roma. Sin resultados. Y han sido estos investigadores quienes han recomendado que recurramos a las autoridades locales. Opinan que al actuar ustedes en un contexto próximo, tienen más probabilidades de encontrar a su autor.

—Ya.

—Tome.

Amador extrae de! sobre una hoja tamaño DIN A4 con una serie de letras y sílabas del mismo tipo adheridas en el

centro, recortadas de una publicación en blanco y negro conformando una dirección, «Avenida de la Palmera 93»; un nombre, «Onésimo Calvo-Rubio»; y una firma, «Belial».

—¿Huellas? —pregunta el policía sosteniendo el papel con las uñas.

—Muchas. No identificables.

—En cuanto al contenido...

—De eso ya nos ocupamos nosotros.

Huyen las sombras en la sala vacía con la pantalla fláccida al ser alteradas por la luz de la linterna que empuña el joven mendigo, acomodador improvisado.

—A primera vista parece un anónimo de factura clásica. Bastante burdo. Tengo un amigo en el servicio de identificación de la Científica. Veré que puede hacer.

—No olvide que es urgente. Como todo.

—Como todo... —Arreciado no levanta la mirada de la hoja—. Alguna idea tendrán de quién o quiénes les están enviando los mensajes.

—Las cosas casi siempre son lo que parecen. Lo cual no quiere decir que no sean un misterio.

11

Al final de la madrugada, bajo ocasionales miradas curiosas de putas que van desertando de su posición, Riven, Alvaro y Hernández guardan silencio dentro del coche aparcado junto al edificio donde viven Efrén y Aleja.

Un taxi los ha llevado desde la calle Enladrillada al aparcamiento donde habían dejado el vehículo con la maleta, y han rodado sin rumbo durante un rato por la mojada ciudad nocturna hasta que el sacerdote, desesperado, ha comenzado a indicar un camino a Riven que terminaba allí. No pueden volver a la pensión de Riven, ahora localizada por la policía.

No pueden dormir en ¡a casa de Alvaro, vigilada por los mendigos.

No lán comido en todo el día.

No pueden más.

Hernández rompe el silencio.

—Sé donde está la maleta que mi... padre custodiaba. No está en Sevilla. Estoy pensando en conducirles hasta ella. Pero hacerlo tiene un precio. Y sólo estoy pensando en ello. Todavía no he tomado una decisión.

—Ya le he dicho que el dinero no será un problema. Y debe tener en cuenta lo que todos nos jugamos en esto.

—No me agobie.

El silencio se regenera fácilmente.

—Sigo votando por rajarte. Y por quitarte la maleta. Y por violarte —opina Riven mirando por la ventanilla—. Sobre todo por violarte. ¿Te duele la mano?

—Se me quita el frío de sólo imaginarlo. La mano me duele la hostia. ¿Se puede saber qué hacemos aquí?

—Intentar pasar la noche a cubierto.

—¿En una casa de putas?

Por una vez, Alvaro no contesta con su habitual cortesía. Sale del coche colgándose el macuto donde lleva el ordenador portátil y abre la marcha hacia el edificio en cuyo ático reside el anciano que le proporcionó el disquete con las direcciones de los Custodios. Donde reside la mujer del impermeable negro a la que no deja de recordar.

Riven piensa que, desde hace unos días, se pasan la vida subiendo por escaleras amenazantes de edificios sombríos, y que nunca sabe a quién o a que les conducen, pero no deja de subir.

Se detienen ante la puerta del último piso y, antes de llamar, escuchan las voces que proceden de muy cerca, justo detrás de la hoja de madera.

Acometida de carne, gritos disonantes, retornos a un silencio inminentemente inflamable. Roces de cuerpos y palabras murmuradas de hombres y mujeres que apenas se distinguen y que parecen convertirse en gemidos o en risas doloridas o en quejas placenteras.

El sacerdote, plantado delante de la entrada, recuerda al viejo del pelo y la barba blanca que le dio la clave para

iniciar su búsqueda y que parecía disponer de conocimientos tan antiguos como las primeras formas de medir el tiempo.

Y recuerda a Aleja.

Que por un momento es la imagen de una viñeta que ha visto en la prensa de la mañana: una puerta entreabierta por la que se ve otra puerta entreabierta por la que se ve otra puerta entreabierta que permite ver a una mujer morena desnuda de espaldas, con las piernas abiertas, sentada sobre un taburete, llorando ante el monitor de un ordenador.

—Ahí dentro nos violan a los tres —informa Hernández, refiriéndose a la marea creciente de voces. Riven no le responde pero su cara dibuja uno de sus gestos salvajes y su mano busca la navaja en el bolsillo de la gabardina.

Alvaro parece superar la indecisión y acerca la mano a la puerta.

No llega a tocarla.

La puerta se abre con Aleja enmarcada.

Lleva el pelo negro mojado y un pijama amarillo pastel de algodón con elefantitos estampados que, en vez de aniñarla, hace resaltar toda la potencia sensual y malsana de su cuerpo. Detrás de ella, sólo el salón-dormitorio en penumbra. Vacío.

—Sabía que volverías. Puedes quedarte el tiempo que quieras. Tus amigos también.

12

En el hueco de la escalera del campanario, Auxiliadora ha terminado de llorar. Lleva tantos años temiendo este momento que ha llegado a de

Desde su escondite puede ver tanto el camino de albero que comunica la carretera con su residencia como el interior de la capilla privada anexa a la gran casa.

Por el camino aún no aparece nadie; sólo una nueva cortina de agua sobre la madrugada. La avenida de la Palmera está bordeada por docenas de palacetes, caserones

y edificios de diversa factura, pero las construcciones más impresionantes no se ven desde la vía pública. El caserón donde Auxiliadora y Onésimo nacieron, protegido del exterior por la abundante vegetación, de un estilo pintoresquista francés, fue mandado construir por sus padres en 1908 y se encuentra aislado del exterior a través de un estrecho camino de tierra por el que apenas puede circular un vehículo. Atravesar este camino es como adentrarse en otra manera de vivir de una época distinta.

La torre del campanario comunica la vivienda con la capilla familiar: una pequeña iglesia con planta de cruz latina de brazos recortados, dividida en tres tramos y cubierta con una bóveda de cañón decorada por lunetos con imágenes de la fe, la esperanza y la caridad. En los extremos de la nave se pueden ver dos pinturas que versionan de forma diferente el tema de la Coronación enmarcadas por ricos estucos. En el ábside, el altar y un retablo barroco con esculturas de santos y santas nacidos en la península. En la pequeña cámara secreta de la torre, Auxiliadora mira alternativamente a través de dos rendijas disimuladas en los muros hacia el camino por el que los asesinos aparecerán de un momento a otro, y al interior

de la capilla, donde su hermano Onésimo contempla de reojo a Nurita, la chica que constituye su única servidumbre, mientras finge repasar el periódico apoyado en el altar. Onésimo Calvo-Rubio. El Custodio de la Quinta Maleta. El único de los cinco discípulos de Tertulliano que fue agraciado con la maldición del Conocimiento de los hechos que se producirían en esta noche.

Grave. Ausente. Se ha vestido por primera vez en muchos años con una vieja sotana y ha despertado a Nurita arguyendo la necesidad de limpiar inmediatamente un poco de vino santificado vertido sobre el parquet. Nurita. La criada.

Una chica de unos diecisiete años vestida con un jersey y el pantalón de un chándal azul, impudicamente gorda, con

el desconcierto apagado de los oligofrénicos en la mirada.

Tras limpiar con una bayeta las manchas rojas del sucio, se incorpora con esfuerzo y se queda de pie allí

mismo. Inmóvil. Mirando al anciano con la perpetua sonrisa que frunce sus mofletes tocinescos y rojizos. El sacerdote deja el periódico sobre el altar.

En el tiempo en que Auxiliadora se ha concentrado en la escena de la capilla, el exterior ha dejado de ser un camino solitario.

No se sorprende al ver al grupo de mendigos chorreantes que observan el caserón. ¿Quién va a saber mejor que ella que iban a aparecer?

Dentro del templo, Onésimo se aproxima sin palabras a la criada, que, imperturbable, lo deja arrodillarse ante ella y bajarle hasta los tobillos el pantalón del chándal y las enormes bragas blancas deshilachadas y cromadas por varios días de uso ininterrumpido.

Auxiliadora mira desde su cubículo por una y otra ventana.

Fuera, un mendigo pequeño y delgado de dientes amarillos, que se ha recortado toscamente la camiseta sucia en una especie de escote imposiblemente insinuante, descubre con aspavientos la iluminación de las velas en la vidriera de la capilla.

Sus seis compañeros están desfigurados o enfermos o enajenados y malvestidos, pero lo siguen con decisión y alguno ya empuña un cuchillo de cocina.

Onésimo, aferrado a los muslos de la chica, avanza de rodillas hasta que su cabeza queda a la altura de su vientre. Ni cuando entierra la lengua entre los rizos de su sexo se altera la expresión estúpidamente risueña de Nurita.

La combustión de los cirios invita a la oración y el recogimiento. Pero las manchas de luz adoptan formas monstruosas cuando los vagabundos abren las puertas de la iglesia. Onésimo sigue escondido en el cono de la muchacha a pesar de que los ha sentido perfectamente, a pesar de

escuchar sus risas y comentarios al descubrir la escena, a pesar de sus pasos que se acercan. La primera en alcanzarles es una indigente maciza y medio calva que aparta de un empujón tan potente a Nurita que ésta rebota de cabeza contra el altar y termina aturdida en el suelo. Por primera vez parece alterado Onésimo, y en un patético intento de defenderla se pone en pie y agarra por el cuello al desperdiciero que tiene más a mano. Un viejo cojo más fuerte de lo que parece, porque de un manotazo lanza al cura también hacia el altar; pero esta vez contra el borde del escalón de mármol, que enseguida queda manchado de sangre y de masa encefálica.

Todos los mendigos quedan en silencio mirando el cuerpo.

La inmovilidad, la otorragia y la relajación de esfínteres predicen su muerte. La primera en reaccionar es Nurita que aparta con un gesto de asco al sacerdote y se incorpora subiéndose bragas y pantalones sin prisas, más para andar con libertad que para dejar de exhibirse. Pero el viejo cojo no la deja terminar de vestirse y le comienza a magrear el culo deforme con las dos manos, la maniobra parece devolverle a la criada su sonrisa imbécil, y el resto de los vagabundos buscan sin éxito la maleta por los pocos lugares de la capilla donde puede esconderse algo y Onésimo no es más que un muerto olvidado en el suelo y Auxiliadora observa.

Los mendigos desisten de encontrar la maleta en el templo; se dirigen hacia la casa para continuar su búsqueda.

Nurita camina entre ellos; ya es una más de la banda.

Sobre el altar, el periódico abandonado habla de la ciudad bajo el terror.

13

Sevilla, 200... Una ciudad bajo el terror. Una remesa de botes de sopa precocinada en mal estado parece haber sido la causa de la muerte de quince ancianos en un asilo

clandestino. A última hora de la tarde el servicio de emergencia sanitaria 061 se vio alertado por R.S.G. —un ex sacristán que regentaba una residencia de la tercera edad— cuando las quince personas que allí vivían comenzaron a vomitar sangre simultáneamente tras la cena. Situado en el populoso barrio de Nervión, el asilo albergaba a jubilados de diversos oficios relacionados con la Iglesia. Según nuestras fuentes, la institución carecía de las debidas autorizaciones para prestar la clase de servicios que ofrecía.

El triste suceso viene a sumarse a otras terribles tragedias que están conmocionando la ciudad y que afectan especialmente a nuestra comunidad católica. Los medios oficiales consultados por este periódico no terminan de ofrecer una explicación convincente de...

HESPERIO M. TERTULLI

Viena, 12 de enero de 1953

Cuando empiece el año mil que sigue al año mil,
habrá surgido un orden negro y secreto;
su ley será el odio y su arma el veneno;
deseará siempre más oro y extenderá su reino
por toda la tierra,
y sus servidores estarán unidos entre ellos por
un beso de sangre.

Los hombres justos y los débiles acatarán su regla; los poderosos se pondrán a su servicio; la única ley será la que dicte en la sombra; venderá el veneno aún dentro de las iglesias y el mundo avanzará con ese escorpión bajo el pie.

JUAN DE JERUSALÉN,

El protocolo secreto de las profecías

DEL DIARTO PERDIDO

DE HESPERIO M. TERTULLI

Últimamente, tal vez desde mi descubrimiento de esa maldita Alianza del Santo Oficio y de sus ramificaciones mundiales, de ese entramado paralelo y maligno que convive con nosotros, agazapado en el subsuelo de la Historia esperando la oportunidad de imponer sus perversos

ordenamientos, se ha agravado mi inclinación a dejarme vencer por las ensoñaciones que siempre me ha acompañado, una propensión a permitir impasible que la realidad se vea invadida por personajes y representaciones procedentes de mis otras realidades particulares, tendencia que quizá no sea más que un síntoma de la división de mi conciencia entre el deber de tomar partido contra la conjura que nos amenaza y el cobarde deseo de intentar ignorarla y proseguir con esta existencia amurallada por mis actividades científicas y religiosas. Por la búsqueda de un sentido al manuscrito secreto que obra en mi poder.

La existencia de la aterradora hermandad que pretende perpetuar los antiguos horrores de la Inquisición me fue revelada hace exactamente una semana, en una tarde que se prolongó hasta el amanecer del día siguiente, durante el santo sacramento de la confesión. Una revelación que fue, además, el prólogo de un inexplicable suceso que también intentaré describir. Hasta ahora no he reunido fuerzas para trasladarla a este diario, en un intento de dar cohesión a una información tan extraordinaria. Lo logre o no, estoy obligado a destruir seguidamente estas páginas.

Apenas había coincidido unas pocas veces con monseñor Bonaccorso Oriencio, el prelado al que acabo de sustituir al frente del obispado de Milán. Sabía, eso sí, que a pesar de no contar con una edad muy avanzada, una grave dolencia lo estaba empujando velozmente hacia la muerte, por eso no me extrañó una nota de su puño y letra convocándome a su domicilio para que lo escuchara en confesión. Me condujeron hasta su alcoba y tomé asiento junto a la enorme cama con dosel en la que se perdían los miembros descarnados y resaltaba un rostro de un amarillo antinatural. En contra de lo que esperaba, aquel hombre que me miraba desde el umbral de la muerte, me pidió con una voz débil pero calmada y totalmente lúcida que abreviáramos las fórmulas convencionales del sacramento, ya que tenía por delante la ardua labor de poner en mi

conocimiento unos hechos casi inabarcables. Creo que ni siquiera pasó por su mente ponerme en el compromiso de rozar el tema de la absolución.

Sin emoción, sin preámbulos, concisamente, como enunciando el título de una disertación que hubiera preparado durante mucho tiempo, me desveló la existencia de la siniestra organización, para abrumarme después, durante varias horas, con la exposición estrictamente sistemática de unos nombres, fechas, lugares y acontecimientos que arrancaban en Roma, en 1829, y se prolongaban hasta nuestros días. No le costó hacerme creer en lo que decía.

Lo mejor de morirte es que tus últimas palabras resultan irrefutablemente convincentes. Debía haber reunido una importante reserva de energía para ese momento, porque pasaba el tiempo y no se apagaba su escaso torrente de voz. De lo genérico pasó al examen de cuestiones más próximas. Me contó, sin justificarse, las tretas que utilizó la Alianza del Santo Oficio para captarle. Expuso las razones por las que me había elegido para confesarse, como una manera de alertarme, habida cuenta de mí nuevo nombramiento, ante la posibilidad de que esa gente intentara hacerme formar parte de su formación.

Como final, inició el relato de un episodio del que había sido protagonista en Austria unos meses antes, unos hechos que hicieron saltar por los aires su adhesión de años a la inquisitorial confabulación y que intentaré

reproducir con sus propias palabras ahora que permanecen frescas en mi memoria, ya que todavía soy incapaz de racionalizarlos en conceptos propios:

Ya sabía que el teatro de la Ópera de la Ringstrasse había sido uno de los muchos edificios afectados por los bombardeos que martirizaron Viena durante la Segunda Guerra Mundial, pero hacía veinte años que no visitaba Austria, y me alegró comprobar que la mayoría de los daños

se circunscribieron a la fachada y que su estructura básica permanecía indemne.

El tímido sacerdote que me esperaba en la estación se había limitado a confirmar con su voz adolescente que yo era su ilustrísima Bonaccorso Oriencío, obispo de Milán, y a pedirme que lo siguiera hasta el automóvil; desde entonces, la noche helada y el silencio dominaron la ciudad y el interior del Studebaker negro durante todo el trayecto.

Tras la catedral gótica de San Esteban, el bulevar de la Ringstrasse nos llevó hasta el teatro del mismo nombre; y una oscura callejuela colindante, hasta un garaje privado donde dejamos el vehículo. El obispo Jean d'Amboise, la persona con la que había establecido una relación más, digamos, íntima desde mi alineación con la Alianza del Supremo y Santo Oficio, me había descrito con detalle las características de la construcción, así que no me sorprendió escuchar un recitativo de *Tosca* cuando el joven cura me condujo a través de una pequeña puerta lateral del teatro de la Ópera. Sabía que algunos estudiantes de canto aprovechaban la noche para colarse hasta el escenario y ensayar con las inalteradas condiciones acústicas del lugar, y también me había asegurado que esas mismas leyes de la acústica impedían que ningún grito escapara de las dependencias a donde nos dirigíamos.

Un laberinto de pasadizos nos hicieron pasar por debajo de los palcos, atravesar los desmantelados decorados, rodear los viejos bastidores y llegar hasta la zona de camerinos. El último de ellos, una habitación decorada en tonos rosados polvorientos y desvaídos, conteniendo aún los restos de un mobiliario desportillado, escondía una puerta en el fondo de un armario que nos llevó hasta otra red de pasillos ocultos que terminaban en una sólida puerta de construcción reciente por la que se pasaba a otro corredor más amplio e iluminado, con dos entradas contiguas. El sacerdote se despidió tímidamente tras abrirme la primera de ellas y se perdió por donde habíamos venido.

En el interior, observando a través de una gran cristalera que constituía el anverso de un falso espejo, me esperaban el cardenal julio Aldobrandini, inquisidor general, vestido con su ropaje escalarta y su birrete; el obispo Jean d'Amboise, el único que me saludó con una breve inclinación de cabeza; el teniente general Daniel Martínez-Echevarría; el sacerdote flamenco Petrus Brueghel, que hacía las veces de calificador; y un individuo con traje y corbata negros con aspecto de jurista a quien no conocía.

Tras el cristal, la niña desnuda con los hombres que la torturaban.

Y de vez en cuando un pasaje especialmente nítido de *Tosca*:

*Ha più forte sopore
la conquista violenta
che il mellifluo consenso,
lo di sospiri e di lattiginose
albe lunari poco mi appago.
Non so traere accordi di chitarra
ni oroscopo difiori...*

De aquel día recuerdo mi propia tranquilidad. Toda la tensión, el pánico controlado con que había convivido desde que me afilié a la Alianza del Santo Oficio, me habían dado la noche libre y me permitían analizar aquellos momentos con el distanciamiento que precisaba para valorar aquella siniestra conjura y a los hombres que la conducían sin tener en cuenta el peligro que corría mi vida y quizá mi alma.

De todo aquel fenómeno, lo que más llamaba mi atención era su capacidad para haber experimentado una adaptación lógica al paso de los años.

Por ejemplo, aquel Auto de *Fe in abdito* al que había sido invitado, fundía en un mismo momento del proceso el interrogatorio, la tortura y la penitencia del reo, fusión imprescindible si se tenía en cuenta que a mediados del siglo XX debían llevarse a cabo en una estricta clandestinidad, totalmente opuesta a la abundancia de

medios oficiales y al deseo de publicidad de la pena que caracterizaron los procesos inquisitoriales desde finales del siglo XII.

Por lo tanto, en la sala que observábamos tras el cristal, el interrogador, el secretario, el verdugo, el médico y los *familiares* que constituían la fuerza operativa se afanaban alrededor de la acusada para interrogarla, someterla al tormento y, si su conducta herética se demostraba, sacrificarla en el quemadero dispuesto al efecto. Según el dossier que me habían hecho llegar, Johanna Chur, la chica acusada de brujería, era una campesina suiza de quince años, analfabeta, que jamás había salido de la zona de los Grisones. Hasta la Alianza del Santo Oficio llegaron los testimonios de multitud de personas que afirmaban que, a pesar de su falta de formación y de no conocer más lengua que el dialecto rético común en el cantón del que procedía y algo de francés, acostumbraba a caer en episodios de trance durante los cuales podía hablar en inglés, alemán, español, italiano, portugués, latín clásico e incluso en otras lenguas desconocidas, de posible origen africano, lo cual terminó haciendo de la granja de sus padres un lugar de peregrinaje para los turistas que deseaban presenciar el fenómeno en directo. Al parecer, Johanna no sólo manejaba idiomas que no había aprendido, sino que disertaba sobre complejas cuestiones científicas, técnicas o humanísticas metamorfoseando su voz y su acento en una variedad de tonos casi ilimitada. Fue esto último lo que decidió a la Alianza a sospechar de la naturaleza diabólica de sus facultades.

Para mí no era más que una niña metida en carnes, vestida sólo con el zaragüello o paño de la vergüenza oficial, a estas alturas ya mojado de orina, que miraba desesperadamente alrededor buscando inútilmente algún candidato para su petición de misericordia, mientras el verdugo le hacía tragar la segunda jarra de agua.

—¿Crees que Jesucristo nació de la Virgen? —le preguntó el interrogador cuando terminó de tragar, siguiendo estrictamente el cuestionario elaborado por el inquisidor general de Aragón Nicolau Eymerich en sus Instrucciones de 1561.

Reforzado por una voz de barítono que llega desde las profundidades del teatro.

Braveggia, urla!

T'affretta a palesarmi

il fondo dell'alma ria!

Va, moribando!

Il capestro t'aspetta.

La chica no les responde. No entiende el idioma en el que le hablan, no entiende por qué la han llevado hasta allí, ni quiénes son esos hombres ni la razón de tanto dolor. Ha llegado a la conclusión de que se trata de un mal sueño. Pero la pesadilla no

La han colocado sobre un potro, una especie de escalera horizontal con peldaños puntiagudos, con la cabeza —más baja que las piernas— encajada en una depresión del caballete, sujeta con una especie de fleje metálico alrededor de la frente. Una serie de ásperos cordeles, los garrotes, apretados por torniquetes, en torno a los brazos y antebrazos, muslos y pantorrillas, han penetrado profundamente en su carne. El bostezo, un bozal abierto de hierro, le distiende la boca. Y, a intervalos, le introducen la toca hasta la garganta: una venda de lino que ayuda a fluir lentamente el agua contenida en una jarra de aproximadamente un litro de capacidad.

—¿Crees en la resurrección de la carne? —pregunta Giacinto Bandínelli, el interrogador oficial. Al no obtener respuesta, ordena con un gesto a los *familiars* que vuelvan a colocarle la toca y comiencen a verter la tercera jarra.

No era la primera vez que me tropezaba con Bandinelli. En uno de mis encuentros con D'Amboise, me había presentado a aquel monje dominico, un paleta siciliano de

voz grave y acento cerrado, tan servil con las personas de nuestro cargo como displicente con sus compañeros, de los que se consideraba superior gracias al cargo secreto que ocupaba en la Alianza.

Me sorprende comprender como mi atención se centraba, por encima de detalles como las características de la recámara de tortura, la importancia de los prohombres que formaban el maldito consejo o el peligro que yo mismo corría, en los intentos desesperados del interrogador por apartar la mirada de los pechos llenos, abiertos y excesivamente desarrollados de la chica mientras susurraba una plegaria con su voz arenosa; un esfuerzo no muy distinto del que yo mismo tenía que hacer cuando en mis ojos se mezclaban el terror y la lástima con la lujuria. El médico, un anciano de irregular barba blanca, hizo un gesto urgente al verdugo que apartó la jarra cuando la rea comenzó a tragarse sus propios vómitos, temeroso de que se asfixiara.

— ¿Crees que estaba vivo Jesucristo cuando su costado fue traspasado por una lanza en la cruz? —

continuó preguntando estúpidamente Giacinto Bandinelli con su entonación oscuramente varonil, como si no se percatara de la agonía de la niña en su esfuerzo por volver a respirar oxígeno en vez de agua. El cardenal y el resto de los representantes del consejo se revolvieron incómodos a mi lado y se lanzaron miradas de desagrado ante la torpeza con la que se estaba conduciendo el interrogatorio y su falta de resultados.

—¿Crees que tomó la carne Jesucristo en las entrañas de la Virgen? —volvió a citar a Eymerich el fraile dominico.

La acusada no podía responder, naturalmente. Pero a pesar de que su evidente tiraje muscular revelaba una disnea severa, por el momento conseguía captar el aire suficiente para sobrevivir. El médico examinó la cianosis de sus uñas y miró preocupadamente al interrogador, pero éste ignoró sus objeciones I ordenó al verdugo que volviera a

introducirle la toca y le vertiera una nueva jarra de agua. Los estudiantes de canto que se habían colocado en el teatro de la Ringstrasse colaboraban con un arioso libre en la representación.

*Quel tuo pianto era lava
al sensi miei e il tuo sguardo
che odio in me dardeggiava
mie brame inferociva.*

También recuerdo con claridad que aquél fue el momento, viendo la lucha por respirar de aquella campesina inocente, sus miembros ensangrentados, el pánico, la incomprensión y la vergüenza de sus ojos enrojecidos, cuando me cuestioné por primera vez la misión que me había impuesto. Fue sólo un momento. Porque enseguida se acabó el tiempo de reflexionar.

Lo primero que llamó nuestra atención, al poco tiempo de que el verdugo comenzara a volcar lentamente la cuarta jarra sobre los labios de la niña, fueron los gestos alarmados del médico. Y nos distrajimos tanto con el color morado que se extendió sobre su cuerpo y con el curioso efecto del agua brotando por su nariz y su boca desde sus pulmones saturados de líquido, que ni siquiera advertimos que ya no respiraba. Que estaba El dominico cesó bruscamente la oración que musitaba con su voz profunda. El médico se acercó al falso espejo y se encogió de hombros ante el lugar donde suponía que nos encontrábamos, como advirtiéndonos de que el fin prematuro del tormento se debía a que el interrogador no había cumplido correctamente sus instrucciones.

Los familiares permanecían inmóviles.

El secretario abandonó su estilográfica sobre el papel.

El cardenal y el resto de los dignatarios que me acompañaban, impasibles, comenzaron a moverse en dirección a la salida.

Nadie hablaba.

Hasta que el interrogador Giacinto Bandinelli, que nos había dado la espalda durante todo el proceso, empezó a volverse despacio hacia nosotros.

Lo que más nos sobresaltó no fue su rostro desencajado ni sus pupilas perdidas ni sus manos convulsas, sino su voz aguda y suave. La voz de una niña. Las palabras de una niña que habla francés con fuerte acento suizo. Unas palabras que, aunque me aludían directamente, nunca he podido comprender

—No hay en vuestros mares agua suficiente para anegar mi alma, como no hay confesionarios lo bastante santos para absolver vuestros horrores, ni seréis capaces de arrancarle al prelado lombárdico el secreto del *Manuscrito* que lleva dentro de sí en este mundo de infortunio. Terminada su disertación, al fraile le fallaron las piernas y cayó al suelo, inconsciente. El médico se apresuró a atenderlo.

Y los estudiantes de canto, a llenar el silencio con un recitativo de *Tosca*.

Com'è lunga l'attesa!

Perché indugiano ancora?

E una commedia, lo so,

ma questa angoscia eterna pare.

Después pasé muchos días recluido en aquella recámara, pero ni una sola vez volví a escuchar ensayos de estudiantes I furtivos. O al menos, yo no puedo recordarlo. No conservo muchos recuerdos de aquel tiempo. A partir del momento en el que ese algo o alguien me mencionó a través de un transformado Giacinto Bandineíli y los miembros del Consejo de la Santa Alianza se volvieron para observarme bajo una nueva luz, mi memoria se escapa de igual modo que mi consciencia logró escaparse durante aquel tiempo en el que fui su prisionero.

Vinieron expertos de todo el mundo para interrogarme a cualquier hora del día o la noche hasta que ya no distinguí en qué hora vivía, probaron conmigo nuevos y viejos

métodos de tortura y, más tarde, drogas que aún no se habían experimentado con nadie y que arruinaron definitivamente mi salud. Me preguntaron una y otra vez por la existencia de un libro del que nunca antes había oído hablar. Nombraron ante mí a personajes y núcleos ocultos de poder de los que nada sé. Y al final me hicieron comparecer ante el Consejo de los Setenta, que decidió soltarme bajo la advertencia de que, a partir de aquel momento, todos los recursos de la Alianza del Supremo y Santo Oficio se dedicarían a vigilarme hasta encontrar una pista que les condujera hasta aquel libro. Apenas recuerdo nada más de aquellos días.

Pero, todavía ahora, al revivir la noche que llegué al teatro de la Ópera abandonado, cuando más necesito reordenar mi conciencia, me asalta el temor de que una voz de niña con acento suizo, a la que dejé que asesinaran esos locos, vuelva para acusarme en cualquier momento.

Sentado junto al moribundo Bonaccorso Oriencio, fui un cobarde, y guardé silencio como él cuando le abandonaron las fuerzas. Me faltó valor para restablecer algo de paz en su alma aclarándole que era a mí a quien se referían aquella noche al nombrar a un prelado lombárdico poseedor de un *Manuscrito* maldito. A cambio, tampoco le martiricé reprochándole que, desde el momento en que había compartido conmigo su secreto, me había hecho partícipe de todas las atrocidades que cometiera en el futuro aquella Santa Alianza.

IV

Sevilla a principios del Nuevo Siglo, día 363

Pero este Espíritu, esta sangre roja de los niños, sólo puede obtenerse descomponiendo lo que la Naturaleza había antes reunido en ellos. Es, pues, necesario que el cuerpo perezca, que sea crucificado y que muera, si se quiere extraer el alma, vida metálica y Rocío celeste, que aquél tenía encerrada. Y de esta quintaesencia, trasvasada

a un cuerpo puro, fijo, perfectamente cocido, nacerá una nueva criatura, más resplandeciente que cualquiera de aquellas de quienes procede.

FULCANELLI,

El misterio de las catedrales

1

Amanece el antepenúltimo día del año y sigue la lluvia.

Todo está mojado, el agua resbala por la piel insensibilizada de la ciudad, el fango ha penetrado hasta sus más íntimos orificios.

Riven, Alvaro y Hernández han abandonado sin despedirse el silencioso ático de la calle Vulcano tras una noche de sueños revueltos en un sofá y dos sillones, han desayunado apresuradamente en una cafetería asquerosa y se han presentado temprano en la avenida de la Palmera 93 para visitar al siguiente Custodio del listado.

Estacionan lejos el coche y cuando van a entrar en el camino privado que conduce al caserón, tienen que apartarse para ceder el paso a un furgón fúnebre custodiado por dos motoristas de la policía que se alejan a toda velocidad. En la capilla se ven más policías y funcionarios.

En estos días, la Muerte está disfrutando de un recorrido turístico por las iglesias. Un agente uniformado les abre la puerta de la vivienda y, enseguida, aparece Auxiliadora. Es amarga y agresiva, es huesuda aunque innegablemente sensual. Tiene una edad indeterminada, el pelo recogido en un moño muy pegado a la cabeza por la gomina y lleva las ojeras hace mucho desde que la obligaban a leer el Antiguo Testamento a la luz de las veías, o desde su primer contacto incestuoso.

—Disculpe... como le decía al agente, mi nombre es Alvaro Tertullí. ¿Es ésta la residencia del padre Onésimo Calvo-Rubio?

—Soy Auxiliadora Calvo-Rubio. Mí hermano dejó de ser «padre» hace muchos años. Por motivos de salud.

—No lo sabía. ¿Se encuentra en casa?

—Acaba de salir —les comunica señalando el coche funerario.

La historia de siempre.

—Madre de Dios, vengo desde Ciudad del Vaticano expresamente para verle, no sabe cuánto lo siento.

—La presentación de siempre, el pésame de siempre, las palabras titubeantes de siempre.

—Él no le esperaba. —La mujer despide al policía con un gesto, pero no les invita a resguardarse de la lluvia dentro de la casa.

—Le ruego que me perdone si la molesto en un momento como éste, pero me trae un asunto de extrema importancia. Es cierto que no me esperaba. De hecho, no me conocía. Nuestra relación viene dada a través de mi tío, el cardenal Hesperio Trtulli. Estoy seguro que su hermano le habló de él en alguna ocasión. La mujer le deja hablar y cuando baja el tono de voz consigue ser todo lo terminante que desea.

—Largúense y no vuelvan a acercarse a mi casa.

La puerta no se cierra lo bastante deprisa para ocultar el odio enquistado en su mirada oscura.

—Hay sepultureros que se relacionan con menos muertos al día que usted —se cachondea Riven siguiendo los desanimados pasos de Alvaro. Hernández abstraída.

Se alejan despacio.

En estos días Sevilla no se despierta. Por la avenida de la Palmera no hay mucha circulación rodada, las aceras apenas cubiertas por individuos inmediatamente esquinados, no surgen ruidos de las casas... A primera hora de un día laborable, sí no fuera porque sigue muriendo tanta gente, parecería que cuantos han podido han preferido abandonarlo todo y quitarse de en medio.

En medio de la pesadilla se encuentran Alvaro, Hernández y Riven, mal cobijados de la borrasca bajo e!

tejadillo de chapa de los aparcamientos desiertos donde dejaron el coche.

—No creo que ni siquiera los sepultureros se acostumbren a su trabajo —responde Alvaro, retroactivo.

—Creo recordar que durante una temporada estuve contratado como enterrador en un pueblo de Extremadura —comenta Riven muy serio—. Lleva usted razón. Como clientes, ¡os muertos son más exigentes de lo que cabría suponer. Tuve que mandarlos al carajo. Y eso que el ambiente laboral era de puta madre. Un utilitario penetra en los aparcamientos, da un par de vueltas lentas y se marcha, como intimidado por la gran cantidad de plazas libres a su disposición.

El sacerdote se ha perdido en el ático de la calle Vulcano donde han pasado la noche. En el dolor de cabeza del duermevela desde el que se ha abierto paso la aparición del viejo Efrén con su melena y su barba blanca, arrastrando la pierna inútil para entregarle un disquete con la clave de tantos curas muertos. Otra vez fue Aleja la que se materializó entre sus sueños; con el pelo mojado, silenciosa, envuelta en una combinación transparente de las que estaban de moda a mediados del siglo pasado... Se le echó encima la mañana sin llegar a ver realmente a ninguno de los dos y se marchó con la alegría de no tener ningún otro sitio al que volver en aquella ciudad.

Cuando la intensidad del viento se calma unos segundos, Alvaro y Hernández empiezan a reaccionar cada uno por su lado.

—Sabemos que Onésimo Calvo-Rubio era catedrático de Geografía. Podemos intentar recabar datos en la universidad... hablar con sus compañeros, trastear entre sus cosas, no sé. Quizás encontremos alguna referencia a la maleta. Es evidente que su hermana no va a proporcionarnos ninguna

—Mi padre guardaba la maleta en un pueblo de Málaga. Ton vientos. —La intención de Hernández no es interrumpir a Alvaro, simplemente ha elegido ese momento para comunicar su decisión—. Puedo recuperarla en unas horas.

—¿Está segura de que puede localizarla fácilmente? —le pregunta el viejo, ansioso.

—Tan fácilmente como le resulte a usted conseguirme el dinero que va acostarle...

—Ya le dije que eso no es un problema.

—... El dinero dependerá de lo grande que sea el asunto en el que estamos metidos. Que vaya a buscar la maleta no quiere decir que se le entregue. Una vez que la consiga, hablaremos.

—Como desee.

Alvaro no es un hombre de acción, pero tampoco es un estratega. A la bifurcación de caminos a seguir se une el agobio del tiempo en su contra, el desconocimiento del terreno y el bloqueo del miedo. Su falta de resolución se empaña con las ganas de volver a la calle Vulcano, al sueño entrevisto de Aleja desnuda bajo su combinación.

—Tenemos que dividirnos —zanja Riven.

—Claro, claro —se apresura a coincidir Alvaro, agradecido por la determinación—. ¿Cuanto tardaría usted en recuperar la maleta?

—No mucho. El tiempo de encontrar a Elisea, una prima de mí padre. Si saliera ahora, podría estar de vuelta mañana mismo.

—Riven la acompañará. —El resto de sus palabras son más el recurso de manifestar en voz alta sus propósitos para impedirse un deseo de comunicación—. Mientras tanto yo iré a la Facultad de Geografía y volveré a visitar el domicilio de Pelayo Abengozar, en la calle Escultor Sebastián Santos.

—Entonces será mejor que se quede usted con el coche. Nosotros podemos ir en tren —Riven, terminando de perfilar los planes—. ¿Va a pasar usted la noche en el ático de la calle Vulcano?

—No quedan muchos sitios que escoger... Sí.

—Si volvemos pronto le buscaremos allí. Pero no estaría de más fijar un lugar de encuentro alternativo por si no

llegamos hasta mañana.

—Ya sabe que no conozco muy bien la ciudad...

—¿Sabe dónde está el parque del Alamillo?

—Más o menos. Cuando paseé por la calle Torneo vi una indicación.

—Puede ser un lugar lo bastante tranquilo. Si no nos vemos antes, quedamos allí mañana a las tres; en el merendero que hay junto al lago.

Alvaro no habla. Paralizado ante los movimientos que deberá ejecutar en solitario durante las próximas horas, como un incapacitado adulto al que enseñan demasiado tarde a vencer sus propias limitaciones.

—¿Nos acerca a la estación con el coche?

—Desde luego... Tengan mucho cuidado.

El sacerdote sigue inmóvil, pero su mente comienza el recorrido hasta la estación de Santa Justa, y después regresa hacia el centro de la ciudad y encuentra un aparcamiento cerca de la cancela que rodea a la universidad y se acerca al portón por donde se entra a la Facultad de Geografía...

2

... el portón por donde se entra a la Facultad de Geografía desde la calle San Fernando está entrecerrado. Las vacaciones navideñas han desertizado el antiguo edificio de la Real Fábrica de Tabacos reconvertido en universidad desde 1949. Alvaro apenas se cruza con algún bedel o uno de los administrativos que no disfruta del calendario laboral del personal docente, mientras recorre los enormes pasillos en sombra perpetua y asciende por las escaleras de mármol que le llevan al departamento de Geografía Humana en el segundo piso, tal y como ha leído en el directorio de la entrada.

Deja atrás las grandes puertas de madera oscura que cierran las aulas y, al final del corredor, encuentra la zona del profesorado.

No se ha trazado ningún plan pero es consciente de que, por primera vez desde que llegó a Sevilla, su aspecto culto y respetable le resultan propicios en este medio.

La puerta del departamento no está cerrada y un nuevo directorio en un pequeño vestíbulo le indica que el despacho del catedrático se encuentra al fondo, justo detrás del aula SIG. No tiene que golpear la puerta de madera con un rótulo dorado en el que se lee con caracteres clásicos el nombre de Onésimo Calvo-Rubio. Un joven cargado de libros, probable estudiante de doctorado, sale de allí en aquel momento y le sostiene la puerta solícito.

—¿Teledetección? —pregunta Alvaro leyendo un par de los títulos que lleva el chico.

—Impacto de las autopistas de circunvalación en el desarrollo del área metropolitana —asiente el otro con una gran sonrisa. No hay que desaprovechar oportunidades de resultarle simpático a ningún catedrático.

—Suerte —le anima Alvaro, colándose por la puerta—. No te preocupes, yo cerraré. El despacho dispone de una pequeña sala de espera desde la que se accede al despacho personal y a una sala de trabajo.

El despacho de Onésimo está decorado con el mismo mobiliario sólido, oscurecido y austero que se puede ver por el resto del edificio. Un globo terráqueo elaborado en pergamino y algunos grabados antiguos de la ciudad de Padua constituyen toda la decoración. La mayoría de los volúmenes que saturan las estanterías que cubren las paredes son manoseados manuales de geografía o atlas temáticos escritos en varios idiomas, excepto en los anaqueles colocados tras el escritorio, que el catedrático parece haber reservado para su colección de CDROM y para lecturas más personales, la mayoría de carácter religioso. El sacerdote se quita la gabardina, se coloca las gafas de lectura y comienza por descartar cualquier escondite lo bastante grande como para ocultar la maleta.

Después procede a comprobar metódicamente cada libro, uno por uno: el Custodio puede haber incumplido su juramento de no romper el sello de la maleta y haber ocultado el libro sagrado bajo las tapas falsas de cualquier ejemplar.

Es un trabajo lento, pero al fin es un trabajo para el que se ha entrenado durante toda una vida rodeado de letra impresa.

Nada.

Pasa el tiempo, las manos se le van impregnando de polvo y se quita las gafas para limpiarse el sudor del puente de la nariz. Los CD-ROM monográficos, la mayoría de producción propia, son un agradable descanso tras la revisión de tanto libro. Aún no ha vuelto a ponerse las gafas y al recorrerlos diagonalmente le llama la atención el título de uno de ellos. Al pasar una mirada veloz por el epígrafe GEO-5, le ha parecido leer AGEO-5. Ageo, el nombre del profeta que da título al quinto capítulo del *Manuscrito de Dios*. Pero al volver a releer el título a través de los lentes, confirma que el título no es más que la abreviatura de la materia en que se había especializado Calvo-Rubio, y tampoco en el disco ni en la carátula encuentra más información. Aun así se guarda el estuche en el bolsillo para volver a examinarlo con más detenimiento. En la sala de trabajo se sorprende al descubrir, además de una alargada mesa de reuniones y dos paredes predeciblemente repletas de bibliografía, una tercera pared con un ventanal por el que puede verse el patio interior del edificio desde el que suben las escalinatas.

No llega ningún sonido del resto del departamento.

Es fácil evadirse; aunque la búsqueda no está dando resultados, el contexto es por fin lo bastante apacible como para plantearse su situación con un poco de calma.

Es tranquilizador observar las escaleras vacías que lo aíslan del exterior. A pesar de los enigmas, del peligro y de la sordidez, tiene la sensación de estar haciendo algo bueno

por primera vez en toda su vida. En realidad todo es tan simple como un cuento infantil. Hay un hombre bueno —su tío— que encuentra un libro secreto — *El Manuscrito de Dios* — que encomienda a cinco guardianes —¡o Custodios— para que lo mantengan a salvo de una organización maléfica —la Santa Alianza— y para permitir

que complete un recorrido ritual —el Tránsito—, libro que al final deberá ser recuperado por un ¿héroe? —el mismo Alvaro más sus colaboradores— para llevarlo a lugar seguro antes de que concluya un plazo que se repite una y otra vez a lo largo de la historia.

En cualquier kiosco encontraría tebeos con argumentos menos

Tras la ventana, una secretaria baja despacio las escaleras con un AZ bajo cada brazo. La luz decreciente le recuerda que aún tiene por delante dos paredes llenas de libros que examinar. Los textos están ordenados por áreas de investigación: Geografía Urbana, Geografía Social, Geografía de la Población, Geografía Rural, Desarrollo Local, Geografía industrial, Economía Global y Espacio, Geografía del Transporte...

Los va abriendo sistemáticamente, uno tras otro, y todos son lo que parecen ser. El primer problema del cuento que está protagonizando es precisamente lo elemental de su naturaleza: los villanos son demasiado malos, los poderes mágicos descritos en el Libro son demasiado ostensibles, el bueno carecía de zonas oscuras. Al menos hasta donde él alcanza a entender, todo es tan simple que sólo puede ser verdad. El segundo problema es que nadie le ha garantizado un final feliz.

... Geografía del Consumo, Geografía del Turismo, Geografía y Género, Sistemas de Información Geográfica, Ordenación del Territorio, Historia de la Geografía...

Cada vez le cuesta más evitar que su mirada se pierda más allá de los ventanales. El mendigo que encabeza el ascenso por las escaleras es un tipo barbado llevando dos

muletas en volandas que evidentemente no necesita. El resto —una chica gorda con un pantalón de chándal azul, una mujer con las venas encallecidas por la jeringuilla, un chico rubio, guapo y bien vestido que es el que peor huele de todos, un gordo fuerte con la barbilla mal reconstruida tras un disparo autoinfligido y desviado en el último momento— viste los habituales harapos húmedos y mugrientos.

Alvaro, con un libro abierto en las manos, los ve terminar de subir los peldaños y llegar al corredor sin mover un músculo.

Alucinado con el espectáculo.

Los desperdiciados son como un mazazo de realidad en pleno rostro de la rancia apacibilidad del escenario académico.

Que se mueren de risa ante la mirada espantada de dos chicas definidas por sus carpetas que se desvían de su camino para no encontrarse con ellos. La risa de los mendigos esconde el odio de siglos de desprecio y presagia el filo mohoso de cuchillos de cocina que van a buscar las arterias de un Alvaro que por primera vez se enfrenta a ellos sin el respaldo de Riven. Y sin embargo no se mueve.

Los deja acercarse decididos por el camino correcto.

Ni siquiera asustado.

Expectante ante la proximidad del peligro mientras los ve perderse de vista al final del pasillo que les llevará a la entrada del departamento donde él se encuentra.

Cuando desaparecen, todo cambia. Su inminencia invisible se vuelve mucho más amenazante y se transforma en un ataque de ansiedad mientras recoge la gabardina y abre torpemente el ventanal que da al pasillo interior y lo salta disneico para dirigirse a las escaleras por donde quisiera perderse para siempre.

3

—... de hecho, este tren apenas se detiene un par de minutos en la estación de Torrevientos.

—Cuéntame más sobre el pueblo.

—Fue el único viaje que hicimos durante el tiempo que viví con mi... con Coronado. El quería mucho a su prima. Tenía que confiar en ella cuando le llevó la maleta. De esto hace casi veinte años. Es un tren de mercancías al que han añadido un vagón de pasajeros en el que no viaja nadie excepto Riven y Hernández. Fuman uno frente al otro. La mujer hace frecuentes pausas con la vista perdida detrás de la ventanilla, pero no para observar el exterior lluvioso.

—Algo sí habrás oído hablar del pueblo. Ya sabes que cuando la contaminación marítima llegó a ser tan brutal que se hizo impensable conseguir pescado más que en las piscifactorías y bañarse más que en las piscinas, un montón de zonas costeras que vivían de la pesca y el turismo se convirtieron en pueblos fantasma. Esto fue duro en la Costa del Sol. Pero Torrevientos fue un lugar privilegiado. Un gobierno de un partido que no recuerdo decidió crear una especie de paraíso del discapacitado. Invirtieron un montón de millones en transformar un pueblo en ruinas en un lugar sin barreras urbanísticas ni arquitectónicas, donde personas con todo tipo de problemas físicos o psíquicos pudieran vivir sin problemas y, de paso, quitarse de en medio ese problema. Como complemento, reconvirtieron el hotel más antiguo y espacioso en un sanatorio para pacientes terminales, el Nosocomio Torrevientos. La prima de Coronado se había especializado en bioética cuando terminó la carrera de enfermería y fue una de las primeras contratadas para el sanatorio. Es una tía especial, dedicada por completo a su trabajo. Se necesitan dos cojones para trabajar con gente que sabe que va a morir en poco tiempo. Además, me imagino que una termina por tener lazos sentimentales con ellos...

—En cualquier caso, hay que darse prisa en recuperar el dinero prestado a los amigos. ¿Está buena?

Hernández no hace caso del comentario ni de la pregunta. Pero tampoco se molesta por ellos. Sigue

hablando cuando recupera el hilo de su relato.

—Después escuché que, cuando cambió el partido en el poder, se acabó la pasta para sostener la infraestructura y el personal que precisaba la ciudad. La mayoría de los disminuidos se marcharon, aunque no todos. Muchos de ellos le habían cogido el gusto a vivir en el gueto, y junto a familiares, antiguos empleados y vagabundos que se han sumado a la fiesta, siguen en la ciudad. Me han dicho que aquello se ha convertido en un lugar terrible, no hay agua corriente ni luz eléctrica, ni servicios de ninguna clase, ni autoridades. Mucha miseria. El Estado sólo sigue manteniendo el Nosocomio Torrevientos. Y supongo que Elisea sigue allí. Sí, era una chica guapa.

—¿Con las tetas grandes?

—Del tipo esbelta y delicada. Tendrá más de cincuenta años. Ni siquiera estoy segura de que siga teniendo la maleta.

Ahora es Riven el que mira por la ventanilla un paisaje cada vez más oscuro. Toma la palabra sin mirar a la mujer.

—En el supuesto de que se encuentre allí, ya tendremos dos maletas de cinco. ¿Qué vamos a hacer con ellas?

—Lo que decida Alvaro, supongo.

El hombre se cambia de asiento hasta quedar junto a la mujer, le pone la mano encima. En el muslo, muy arriba. Y ahora sí la mira fijamente al hablar.

—Tu puta madre, ¿vale? Ni se te ocurra pensar que puedes quedarte conmigo.

—Tengo que ir al servicio.

—Te espero.

Aunque ella no se mueve de su sitio.

—¿Tanto te interesa el dinero? —pregunta sin hacer caso de la mano del hombre.

—El dinero me sirve para no dormir en los portales, para no beber en los portales, para no follar en los portales. Odio los portales.

—He estado de visita en varios.

—A lo mejor nos conocimos en alguno y ya no nos acordamos.

—¿Estás haciendo memoria? —Señala la mano que se desliza hasta su vientre—. Tengo que ir al servicio.

Hernández se aleja por el pasillo y él enciende un cigarro sin dejar de mirada. Acaricia el chaquetón de cuero que ella ha dejado sobre el asiento. Después se levanta, apaga el cigarro. Se quita la gabardina. Enciende otro cigarro y comienza a andar en la misma dirección que la mujer. Al final del vagón encuentra tres puertas. Elige la de la figura femenina dibujada. Hernández está sentada sobre la taza del retrete con los vaqueros y las bragas en los tobillos. Se pone en pie al verlo entrar. El vello púbico visiblemente mojado.

—Podemos hacer dos cosas. Tres en realidad —afirma Riven mientras cierra la puerta y comienza a quitarse los pantalones.

Ella lo mira curiosa, sin intentar ocultarse. Incomprensiblemente digna a pesar de la pose.

—Podemos venderles las maletas a esos mamones que nos persiguen. Seguro que estarían encantados.

—Ya se ha quitado pantalones y calzoncillos. Y se la toca con la izquierda mientras que los dedos de la otra mano descienden para comprobar el grado de humedad de la mujer.

Hernández contra la pared.

—También podemos revendérselas a Alvaro. Le sacaremos lo que nos dé la gana. —Ya la está follando despacio y fuerte.

Despacio y fuerte.

Probablemente esperaba que fuera de otra forma, porque parece gratamente sorprendida. Despacio y fuerte.

—Nos queda una tercera opción. Estoy empezando a crearme la historia de que hay otras potencias en juego. Podemos guardar las maletas y negociar con ellas. —Con la derecha le ha levantado el jersey y el sujetador por encima

de unos pechos no demasiado grandes, con la areola rosa carne y el pezón rabiosamente resucitado—. De todas formas, no estaría de más seguir un poco el juego, a ver si pillamos alguna maleta más. El vello de las axilas de Hernández también está empapado, y es tan rubio como el del sexo. El moratón del ojo resulta súbitamente excitante.

—¿A qué vino lo de mí puta madre...? Estás loco.

Las manos de la mujer se ponen en movimiento.

Poco a poco, el tren va perdiendo velocidad hasta detenerse.

Riven, no.

4

Empapado y loco, Paciano camina hacia su tienda por calles que cambian de aspecto y de dirección y que le producen un vértigo menor al que reside permanentemente en el interior de su cabeza. La pausa para masturbarse en unos derribos apenas le ha proporcionado unos segundos de paz y ya se la está manoseando de nuevo a través del bolsillo del pantalón, aún más hambriento, más enfermo de deseo. Mientras anda, va soñando con isla de Ventura.

Recreándose en las imágenes de un viejo documental que contempló en cierta ocasión sobre la leprosería venezolana, en la comunidad formada por cientos de personas exiliadas para negar la existencia de su enfermedad. En sus cuerpos podridos, sus ojos atentos al objetivo, inexplicablemente desprovistos de miedo. Se imagina a sí mismo también, desnudo, mezclado entre ellos en los infectados barracones, y se siente feliz.

Desnutrido y enfermo y calcinado. Disfrutando de sus últimas horas en las naves hacinadas de cuerpos destinados al divino matadero. Pasando de una litera a otra, hundiendo sus dedos en las llagas, follando con ancianas agónicas, chupándosela a individuos que viven para testificar su propia descomposición, manoseando a mujeres fragmentariamente borradas, violando a niños que han

perdido a sus padres, sabiéndose tan próximo a la muerte como los demás, violando a niños que han perdido...

Muy cerca de la calle Calatrava, observa a una joven con un niño de tres o cuatro años que, protegida por el toldo del establecimiento, curiosear un escaparate hasta reparar en algo de su interés, y entra en la mercería dejando al niño solo en el exterior.

Paciano ha perdido la capacidad de reflexión hace ya varios días, así que no necesita pensar en las consecuencias, sólo se acerca al niño, le tiende una mano que el pequeño acepta de forma natural y se pierde de vista tras la siguiente esquina, buscando atajos poco concurridos en dirección a su tienda. Sin mirar al niño que lleva de la mano. En dirección a un encuentro sexual que únicamente puede consumarse con la aniquilación de ambos.

Le tiemblan las manos al abrir la cancela de la tienda de cómics y al cerrarla herméticamente. Vuelve a tomar de la mano al niño, que es moreno, es silencioso, que evalúa la situación sonriente y tranquilo, conduciéndolo a la trastienda y encerrándolo allí para concederse una pausa. Después de quitarse la ropa, Paciano se apoya en el mostrador repleto de tebeos de segunda mano e intenta serenarse, interpretarse.

Los años anteriores a la última visita de Aleja a la tienda unos días antes: una existencia que no merecía la pena ser vivida. La piel del sexo hecha trizas: un trofeo de su incursión en el infierno. El niño que lo espera en la habitación contigua: la llave para negarle a un Dios benévolo y entrometido la terrible posibilidad de salvar su alma.

Ni siquiera recuerda los anónimos que ha entregado, ni piensa en los círculos secretos a los que ha tenido acceso ni se cuestiona las consecuencias que su misión pueda acarrearle a la humanidad. No tener que interpretar sus actos es una de las ventajas de su condición actual, no serenarse nunca es una característica de la veloz

borrachera en la que ha transformado todas sus horas, así que comienza a apretársela de nuevo y se dirige a la trastienda en busca del niño.

Al abrir la puerta, lo encuentra desnudo, sentado encima de la mesa.

Paciano no se mueve de la puerta, pero desde su posición puede distinguir perfectamente el pequeño pantáculo invertido que el niño lleva tatuado en el antebrazo.

Observa la mirada del niño. Una mirada de profunda maldad y sabiduría. El niño se ríe.

Con una risa de miles de años de antigüedad.

Se ríe.

Se ríe.

Se ríe.

5

Las calles de Torrevientos no tienen nada que ver con los recuerdos de Hernández. La perfecta organización y la abundancia de recursos de una ciudad mimada por la administración han sido sustituidas por una dejadez absoluta.

Pasan tipos silenciosos en sillas de ruedas desvencijadas bajo la lluvia. La mayoría de las viviendas están vacías, pero algunas hogueras resplandecen tras ventanas rotas que no aíslan del frío.

Es de día, pero ya se percibe la carencia de luz eléctrica.

Dos ciegos, un tipo con aparatos ortopédicos remendados con esparadrapo en las piernas y un pulcro mendigo juegan al dominó, bajo el techo de unos comerciales abandonados, en sillas de plástico. Ganan los ciegos.

Un hombre joven con un pijama rojo balancea docenas y docenas de kilos de grasa sobre dos piernas arqueadas que amenazan con romperse en cualquier momento bajo el peso excesivo. Una anciana ordena los desperdicios que

transporta en un carrito de supermercado mientras que la chica subnormal que la acompaña chapotea en el barro.

Un enano los mira con furia.

Riven y Hernández, caminando bajo los balcones para resguardarse del chaparrón, no desentonan demasiado del resto del paisaje.

El sucio mar de fondo.

Un individuo hace malabarismos con un paraguas roto para cubrirse la cabeza y la joroba al mismo tiempo.

Hernández conduce a Riven hasta una zona de chalets y se detiene frente al tercero.

—¿Seguro que es éste? —duda Riven ante una casa pequeña con las paredes sucias y la puerta entreabierta. Después repara en el rótulo «Villa Elisea» confeccionado con azulejos ya corroídos y entra en el porche. Además, se escuchan voces en el interior.

Sobrepasan el vestíbulo y llegan a una sala donde dos mujeres y un hombre desnudos, ninguno menor de setenta años, interpretan una secuencia de una película pornográfica en el suelo. Se ríen y se tocan, pero tienen la piel azulada por el frío y no han conseguido ninguna erección y empiezan a cansarse de intentarlo. Un tipo que compensa la diferencia de longitud de sus piernas con una enorme alza bajo la suela del zapato izquierdo sostiene una cámara de vídeo, y un anciano con manchas marrones en la calva dirige, apoyado en un andador.

No parece molestarles que Riven y Hernández no hayan pagado entrada.

—Será cabrón... —comenta el realizador cuando pierde la paciencia—. Mira que estaba caliente, todo el día pensando en lo mismo, y ahora no tiene cojones de echar un polvo. Ni con la puta viagra. El actor lo mira avergonzado.

—Le dije que teníamos que haberlos mezclado con algún joven.

—Pero entonces el efecto no sería el mismo... Vamos a tener que buscar un consolador. ¿Y vosotros qué

queréis? —pregunta a Riven y Hernández, que observan junto a un foco alimentado por una batería.

—Buscamos a Elísea —responde ella, mientras se aproxima.

—Pues no está.

—¿Sabe usted si estará trabajando?

—Ésa hace un montón de años que no aparece por el Nosocomio.

—¿Entonces...?

—Entonces estará por ahí relleniéndose el agujero del coño. Yo qué sé. Le doy cuatro perras de vez en cuando para que me deje utilizar su casa. No soy su secretaria.

—¿Deja dinero esto? —pregunta Riven al cámara, que responde sin mirarlo:

—Si se sabe a quién vender el material...

Las actrices se cansan y el hombre, consciente ahora de los testigos, intenta cubrirse mientras su rostro se reblandece a un ritmo superior al del resto de su cuerpo.

—¿Y a ti qué carajo te pasa, mamón? —le pregunta el tipo de! zapato alzado.

—¿Ven lo que están consiguiendo? Espantarme a los actores —les reprocha el cineasta. El viejo intenta levantarse del suelo, pero le cuesta hacerlo sin dejar de cubrirse.

—¿No se le ocurre ningún sitio donde encontrar a Elisea? Es mi prima.

El operador ha soltado la cámara en el suelo y se acerca al anciano recordándole el dinero que le han pagado y filosofando sobre el entendimiento a través de las hostias.

Riven también comienza a aproximarse al grupo de actores.

—Prueben en el antiguo bar Costa del Sol o en cualquier otro sitio donde haya una polla y una botella. Pero largúense de una vez.

—Riven... ¿nos vamos? —lo requiere Hernández.

El tipo del zapato modificado inicia una retahila de advertencias en voz baja subrayadas con pequeños golpes secos en la cara del actor, que se encoge sobre sí mismo.

Cuando escucha a la mujer, Riven se detiene.

Y cae en la cuenta de que tiene los dientes muy apretados.

Un ligero temblor en las piernas.

La mano dentro del bolsillo rozando la navaja.

El siguiente paso es recordar que ahora es un hombre que no se mete en lo que no le importa. Intenta sonreír cuando el cámara lanza una patada admonitoria hacia el suelo con su zapatón. Casi lo consigue.

6

Alvaro conduce acercando todo lo posible la cabeza a! parabrisas para orientarse a través del aguacero. A pesar de que es la segunda vez que visita la calle Escultor Sebastián Santos, no es lo mismo salir del barrio cuando no es Riven quien lleva el coche.

El mal tiempo no impide que en cada semáforo inutilizado, asomados a los portales, varados en las puertas de los bares, los habitantes del suburbio aguarden una avería del automóvil para abalanzarse sobre las tripas del conductor en busca de algo que vender, que cambiar, que fumar o que meterse. Durante los minutos en que ha estado en el domicilio de Pelayo Abengozar ha vuelto a sobrevivir gracias a la protección de la vecina del sacerdote, pero no ha tenido suerte. El Custodio sigue sin aparecer por su casa. Sin embargo, la anciana se ha mostrado más locuaz que en su anterior encuentro. Ha dedicado un rato a justificarse por el negocio domiciliario de venta de drogas, se ha ofrecido a presentarle a una sobrina suya muy simpática que sólo cobraría la voluntad por acompañarle durante el tiempo que esté en Sevilla y servirle en todo lo que precise, y, cuando Alvaro la ha rechazado amablemente, ha terminado por regatearle unos billetes a cambio de un poco de información sobre su vecino.

En la avenida de Felipe II, ya fuera de la zona de guerra, el sacerdote aprovecha un semáforo en rojo para investigar la causa de la molestia que siente en la pierna. No había vuelto a recordar el CD-ROM que

guardó en el bolsillo antes de salir precipitadamente de la Facultad de Geografía. Al dejarlo en el asiento contiguo, vuelve a experimentar el mismo efecto óptico de la primera vez que leyó su título: AGEO-5. Que vuelve a ser GEO-5 tras una segunda lectura. Alvaro lleva el ordenador portátil en el coche, pero necesita un lugar tranquilo donde examinar el CD. Quizás Aleja haya regresado ya al ático de la calle Vulcano, los sueños protagonizados por la mujer semidesnuda no le han abandonado en todo el día y se está haciendo tarde para comprobar la información que le acaban de proporcionar sobre el último Custodio. El semáforo verde y los cláxones de los coches a los que bloquea le obligan a tomar una decisión. Al parecer, Abengozar trabaja como voluntario en el hospital de la Caridad, en la calle Temprado, 3. Una residencia donde acogen a religiosos ancianos o enfermos. Es posible que el propio Pelayo se haya recluido allí si ha tenido noticias del peligro al que se expone estos días, o que le puedan proporcionar noticias sobre su paradero.

Pero es tarde para visitar un convento sin haberse anunciado previamente. En la calle Vulcano cuenta con un refugio seguro. Está muy cansado.

El alivio al ponerse en marcha hacía el ático sólo se ve enturbiado por los esfuerzos para no tomar conciencia de la verdadera razón que le hace elegir aquella dirección.

7

Riven y Hernández recorren el paseo marítimo de Torrevientos, soportando el viento impregnado de lluvia y de olor a petróleo. Quedan restos de una gran cantidad de bares y restaurantes, aunque todos están cerrados y ninguno se llama Costa del Sol.

En el interior de una heladería, en la que penetran a través del escaparate sin cristales, un tipo con acordeón, una cabra y una pequeña mujer musculosa de unos cincuenta años les responden que sólo están de paso y que no conocen ningún bar con ese nombre.

Sin detenerse, una yonqui sonriente dice que sí lo conoce pero sigue su camino por el centro de la carretera.

También lo conoce una chica en una silla de ruedas de competición y se ofrece a llevarles hasta allí a cambio de un billete. Al final los conduce a un pub derruido llamado Costa Azul y los maldice cuando no le dan el dinero.

Las sucias olas, cada vez más furiosas, invaden el acerado del paseo.

Cuando se cruzan con un individuo con impermeable y paraguas sin ningún defecto físico aparente, están tentados de no preguntarle. Su apariencia es demasiado incongruente. Pero lo hacen y él les da instrucciones precisas de cómo llegar hasta allí.

Las indicaciones resultan ser ciertas.

Un bar pequeño y oscuro, con el escaparate tapiado con ladrillo visto y la puerta remendada. Pasa un perro de raza indefinida comunicándole algo a su ciego.

La puerta del bar Costa del Sol está cerrada. Y nadie responde a la llamada de Hernández. Pero a Riven no le resulta difícil forzar la madera carcomida con su navaja.

A pesar de que aún es de día, ni siquiera con la llama del mechero logran ver con claridad el interior. No hay mucho que ver.

Un mostrador sucio y vacío. Estanterías con botellas rotas. Una máquina tragaperras destrozada. La entrada a unos servicios mugrientos.

Cuando la llama del mechero empieza a debilitarse, salen del local.

—¿Se te ocurre algo? —pregunta Riven.

—Como no nos acerquemos al Nosocomio Torrevientos... el cabrón del John Ford ese decía que ya no trabaja allí, pero

cualquiera sabe. Es raro. Elísea adoraba su trabajo. Ha pasado un individuo apoyado en dos muletas acarreando una enorme mochila. Cuando escuchan el sonido de una botella al golpear contra algo sólido, los dos se vuelven pensando que el hombre ha tropezado, pero éste continúa tranquilamente su camino bajo el vendaval. Tardan unos segundos en comprender que el sonido procede del interior del bar.

Vuelven a encender el mechero y a entrar, y por eliminación, se introducen de nuevo en los servicios. Escuchan otra vez el sonido del vidrio cayendo contra el suelo y descubren una estrecha puerta al fondo de los retretes del mismo color sepia que las paredes.

Es un agujero negro con dos personas y dos botellas.

Un chico escuálido con un solo brazo y llagas en la piel sostiene la primera botella e intenta introducirla torpemente entre las piernas abiertas de la mujer.

Elísea apura un resto de licor de la segunda.

8

Por un momento parece que puede dejar de llover.

Mientras cae la noche y una luz muerta sustituye a otra luz muerta, las precipitaciones pierden intensidad, las calles se vacían por completo y el murmullo del agua sobre los charcos es como un lamento de los seres que nos observan desde espacios invisibles.

El atardecer es gris violáceo.

Da la impresión de que el mundo va a detenerse.

Pero aumenta el rumor en los charcos.

Algunos viandantes, más silenciosos y tristes que los fantasmas, los ahuyentan. No puede dejar de llover.

El comisario Arreciado aparca oblicuamente el coche en el espacio reservado frente a la entrada de la comisaría del distrito Macarena, y un policía calvo, viejo, grande y gordo le grita, tuteándole, que está prohibido estacionar allí, que se largue, sin moverse del portal para no mojarse. Pedro

Arreciado sale despacio del vehículo y le habla sin identificarse.

—Llévame a donde el subinspector Domínguez.

—¿Es usted del Cuerpo? —pregunta el agente que recobra las buenas maneras frente a la mirada camorrista y autoritaria del recién llegado.

—Hemos empezado por ocuparnos de que en Jefatura no quede ni un puto policía de culo gordo como tú. En la segunda fase, os

El otro baraja varias respuestas y se calla, indicándole con un gesto que lo siga. Es un edificio antiguo, al borde de la ruina, partido por un corredor en desnivel desde el que se abren habitaciones desiguales pintadas en sucesivas capas de diversos colores plásticos. El agente duda, ante la puerta de una sala de espera ocupada por dos hombres maduros sentados en vértices opuestos, sobre la conveniencia de hacer aguardar allí al visitante, pero recapacita y lo lleva directamente ante la puerta de un despacho. En la puerta, un vistoso cartel invita a realizar las denuncias a través

de correo electrónico. Lo abre sin llamar y no anuncia al comisario, pero espera en la entrada para observar la reacción de su superior.

—Hola, Pedro. Te estaba esperando.

—Dile al gordo que se vaya. No aguanto a los conserjes con pistola.

No le hace falta decirle nada para que desaparezca.

Sentado frente a un ordenador, el subinspector Domínguez es un hombre bajo de unos treinta y tantos años, con acento valenciano, dicción culta y mirada compasiva que, junto al jersey burdeos de cuello redondo sobre la camisa a cuadros, hacen que su aspecto corresponda a cualquier profesión más liberal que la suya. Está claramente nervioso. Tristemente alterado.

—Te agradezco que te hayas quedado después del turno para hablar conmigo. Quería saber de primera mano lo que

pasó esta mañana —Pedro Arreciado habla mientras se instala en una silla.

—No te preocupes... llevo dos horas delante del teclado y todavía no he sido capaz de empezar el informe. Me parece que me he dejado afectar más de lo conveniente.

—En el caso del homicidio del enólogo me demostraste que eras un buen policía... y para mí eso es importante. — Arreciado sabe lanzar un elogio como si fuera un insulto—. Pero la gente de las nuevas promociones salís hechos unos maricones de la academia. Una partida de maricones y otra, y otra, y otra... Las comisarías de barrio están llenas de vagos como ese, que en el fondo también es maricón, y de maricones como tú. Y en la Jefatura Superior hay más maricones todavía. Antes me gustaba este trabajo... —a pesar de la forma, el fondo de sus palabras transparenta que el comisario se está relajando mientras habla, que avanza hacia una cierta cordialidad cercana a lo confidencial—, pero me he cansado de que los maricones de mis jefes me repitan que, si quiero conservar mi empleo, estoy obligado a volverme maricón. Ya estoy mayor para ir por ahí

mariconeando. No sabría hacerlo. Aunque quisiera.

El subinspector Domínguez sonríe, tolerante.

Y Pedro Arreciado regresa de su divagación.

—En fin, Domínguez, a ver si me puedes contar de una vez lo que ocurrió esta mañana. Lo intenta.

Sólo cuando empieza a escribir consigue hablar.

—Hora: 12 A.M. Lugar: parroquia de Nuestra Señora de las Flores... —Enseguida deja de teclear—. Antes, anexa a esa parroquia, había una residencia de ancianos: pero desde hace unos años se ha transformado en un centro de acogida para madres con niños menores; allí puedes encontrar desde chicas procedentes del mundo de la droga hasta ex prostitutas, inmigrantes de la antigua Unión Soviética, chicas magrebíes recién desembarcadas de su patera... todas encuentran allí una residencia provisional a cambio de

soportar un poco de apostolado cristiano. El caso es que para hoy, aprovechando las fiestas navideñas, estaba programado el bautizo de diecinueve hijos de esas mujeres, en edades comprendidas entre los tres meses y los cuatro años. Lo tenían todo preparado, incluyendo un desayuno especial en el comedor a modo de celebración. Según los testigos, la mañana transcurría normalmente. Asistían algunos representantes de la asociación católica del barrio, y todos estaban contentos. Tras la misa, el sacerdote, un cura progre de mediana edad que ha desarrollado casi toda su carrera en Latinoamérica, comenzó el bautizo colectivo. —E! subinspector calla unos segundos, poniendo en orden ideas que son imágenes—. Al parecer, cuando terminó el sacramento todos estaban aún en la iglesia, escuchando las palabras de despedida del párroco. La primera madre, una joven bielorrusa, que notó algo extraño en su hijo, comenzó a gritar en su idioma... Para que comprendas bien la situación tienes que imaginarte una iglesia engalanada y atestada de gente, en la que diecinueve chicas, la mayoría incapaces de hacerse entender en castellano, empiezan a gritar como posesas con un niño muerto entre los brazos... —Esta vez espera hasta que el oyente pueda ver la escena como él mismo la ve—. Todos los niños estaban muertos. Inmediatamente nos presentamos allí nosotros, el cero sesenta y uno, ¡a Local... El cuadro era impresionante. Los asistentes se habían dejado llevar por el pánico... las madres, algunas mudas y a otras hubo que reducirlas con grilletes y sedantes. Pero me atrevería a decir que el que estaba peor era el sacerdote, también tuvimos que inmovilizarlo... Lo encontramos golpeándose la cabeza contra la cruz y salmodiando en algo que parecía un dialecto brasileño. —Otra pausa—. A mis preguntas, los facultativos del servicio de emergencia y el forense estaban igual de desconcertados. Ninguno se atrevía a aventurar una hipótesis sobre la causa de la muerte. Han

puesto el lugar en cuarentena, pero no parece viable la posibilidad de que exista un virus, ya que allí viven otros niños de esa misma edad y se encuentran perfectamente. En el laboratorio están examinando tanto los restos de los alimentos que ingirieron los pequeños como el agua bendita. Acabo de hablar con ellos por teléfono. Hasta ahora no han encontrado nada anormal... Por supuesto, la Judicial ya se ha hecho cargo del caso, pero tampoco saben por dónde empezar. Eso es todo cuanto puedo decirte. Mis sentimientos personales no creo que te interesen.

—Llevas razón... —responde Arrecciado pensativo—. Tus sentimientos me importan un carajo.

9

—¿Os gusta Torrevientos?

El joven manco ha huido del almacén oculto al fondo de los lavabos del bar Costa del Sol al ver aparecer a Riven y Hernández. Elisea se ha bajado tranquilamente la falda, ha terminado la botella y ha encendido una vela que escondía bajo la sucia colchoneta donde ahora se sientan los tres.

—¿Torrevientos? Vaya, pensé que estaba en Disneylandia —responde Riven.

—No le hagas caso —interviene Hernández.

—La última vez que te vi eras una chiquilla asustada. Has cambiado mucho.

—Pues anda que tú. —Apenas ha terminado de pronunciar las palabras cuando Hernández comprende que la mujer de cabeza rapada y dulces ojos transparentes con la que está hablando es una puta esquelética e inmundada capaz de cualquier cosa a cambio de una botella. No ha estado muy acertada. No se disculpa.

—¿Tenéis algo de alcohol?

—No. ¿Hace mucho que no trabajas en el Nosocomio?

—¿Quieres que te haga la cuenta en años, en botellas o en muertos de cáncer?

—¿Por qué dejaste el trabajo? Y si tuviste que dejarlo... ¿por qué no te has marchado de este pueblo de mierda?

Riven se sorprende ante la capacidad de Hernández para lanzar las preguntas más directas sin que su interlocutor se ofenda. A lo mejor perciben en ella un auténtico interés humano. La parte del interés es cierta.

—¿Tenéis dinero? Conozco un sitio donde podemos conseguir algo de beber.

—Más tarde.

—¿Cuándo?

—Cuando nos respondas a algunas preguntas —la corta Riven.

—¿Conservas la maleta que te encomendó mi,, padre? La que te trajimos cuando vinimos a visitarte.

—Claro.

—¿La tienes?

—La dejé en el Nosocomio. Con todo lo demás.

—Tengo que recuperarla.

—La administración del sanatorio no te la dará si yo no te acompaño. —Su última frase es más una reflexión en voz alta que una advertencia. Se queda unos minutos en silencio.

—¿Vendrás con nosotros a recogerla?

—Tu padre tenía un gran interés en ella... —Una nueva pausa—. ¿Cómo es que no ha venido él a recogerla?

—Porque ya se ha muerto. ¿Vendrás?

—No he vuelto a aparecer por allí. Me marché porque ya no podía soportar aquello. Me he quedado en el pueblo porque... Necesito tomar algo. Te conseguiré la maleta, pero necesito tomar algo... —Recoge los billetes que al fin le entrega Hernández.

Tiene que ausentarse un minuto para comprar una botella.

Tiene que pasar una hora para que se extinga la vela.

Tiene que pasar aún más tiempo para que Hernández y Riven comprendan que la mujer no va a volver.

Alvaro abre la puerta del ático de la calle Vulcano con la copia de la llave que le proporcionaron la noche anterior y se queda inmóvil en el comedor a la espera de algún ruido. Cuando entraba en la Alameda de Hércules caía la noche, las putas salían de sus agujeros para buscar comida y, aunque parecían más inseguras o amedrentadas de lo usual, despertaron en él la resaca del deseo que lo asaltaba cada vez con más frecuencia desde que llegó a la ciudad. No se controla fácilmente un instinto que ha permanecido dormido más de sesenta años. Aleja no está en casa.

La gran sala sigue igual de sucia y desordenada, con la cama deshecha en un rincón, el sofá y los sillones donde han pasado la noche cubiertos de ropa sin planchar. Manchas de humedad en las paredes como único adorno. Cucarachas en la cocina y en el baño, y probablemente Efrén tras la tercera puerta, aunque no responde cuando Alvaro llama con los nudillos.

El sacerdote desaloja la mesa camilla de los restos del desayuno y enciende su ordenador portátil. No deja de lanzar miradas hacia la puerta que no adelantan la llegada de la mujer. Ya con las gafas bifocales, vuelve a examinar detenidamente el CD-ROM que se trajo del despacho de Onésimo Calvo-Rubio en la Facultad de Geografía, y esta vez le basta con extraer la carátula y observarla del revés para apreciar el origen del efecto óptico que le llevó a leer AGSO-5 en vez de GEO-5. Al parecer, el autor del CD borró cuidadosamente la A del título, pero la letra ha permanecido marcada sobre la cartulina. Introduce el disco en el lector del ordenador y lo ejecuta rezando para que no esté protegido con ninguna contraseña personal.

Aleja no llega.

Sin ningún problema, el programa se abre en la pantalla, mostrando un pequeño plano de Sevilla y una barra convencional de herramientas en la parte superior. Después de trastear durante unos minutos para familiarizarse con los controles y realizar algunas pruebas, llega a la conclusión

de que se encuentra ante un plano digitalizado de la ciudad, posiblemente elaborado en el propio departamento porque, aunque el buscador de calles parece bastante actualizado y exhaustivo, está dibujado en blanco y negro, y carece de los vídeos y animaciones que debería incluir un programa de explotación comercial.

Transformando el puntero del ratón en una cruz con la que recuadra secciones del mapa, juega a examinar con detalles las zonas de Sevilla que ha recorrido desde su llegada hasta que descubre un icono que sí

está coloreado. Se trata del correspondiente a la Universidad Central. Secciona el fragmento y aparece otro icono en color, el palacio de San Telmo. Por más que recorre el resto del plano, no encuentra más colores. Con los iconos de la universidad y el palacio centrados en la pantalla, pincha el control de ampliar y transforma el puntero en una pequeña lupa que le permite ampliar el fragmento. Después de varios clics sobre el recuadro, aparece una línea discontinua que une ambos edificios.

Recuerda perfectamente el palacio de San Telmo, un edificio construido a finales de 1600 y que ha sido sucesivamente Colegio de Náutica, Seminario de la Archidiócesis y sede de la Presidencia de la Junta de Andalucía, que actualmente está sellado y abandonado, pero que para Alvaro será siempre el Seminario de Sevilla. Incluso hoy ha pasado junto a sus paredes pobladas por estatuas de monstruos marinos al salir de la universidad. Los dos edificios están muy cerca, fachada contra fachada, separados por la calle Palos de la Frontera y el sacerdote no se explica el significado de la línea discontinua que une, en el programa, la universidad con los seminarios.

La puerta de la calle sigue cerrada.

No surgen sonidos de la habitación de Efrén.

Siempre con la línea centrada en pantalla, activa el zoom al máximo —500 por ciento— y ésta se redibuja a un nivel inferior al de la carretera. Quiere ver más, así que con un

movimiento automático pulsa el botón izquierdo del ratón y la imagen vuelve a ampliarse a pesar de que el zoom se encontraba a tope de capacidad. Secciona el icono de la universidad y también aumenta de tamaño a cada clic, hasta mostrar el inicio de la línea discontinua. Repite la operación con el icono del palacio hasta hacer legible una inscripción donde se puede leer «AGEO-5».

La línea es un túnel subterráneo que comienza en la pared norte de la biblioteca de la universidad, atraviesa la calle Palos de la Frontera, y termina en la biblioteca del palacio de San Telmo. En la biblioteca de este último debe encontrarse la maleta que custodiaba Onésimo.

Alvaro vuelve a mirar hacía la puerta de la calle, que está cerrada.

Aleja, con su impermeable negro, ha entrado en el piso y se acerca hasta que logra ver la imagen del monitor.

—Cada vez te encuentras más cerca del Libro. No sabes lo que estás haciendo. En voz muy baja.

Después empieza a temblar.

11

—¿No decíais tú y Elísea que el Nosocomio de Torrevientos seguía abierto? —pregunta Riven antes de entrar.

—No hace ni dos semanas que leí un artículo en la prensa sobre su buen funcionamiento. Lo ponían como un sanatorio modelo para el resto del Estado europeo.

Pues no lo parece.

La clínica es un antiguo hotel diseñado en forma de castillo medieval, enclavado al borde de un acantilado y rodeado por una superficie de césped.

Pero la zona verde está cubierta de hierbajos, basura y elementos oxidados de viejas sillas de ruedas y camillas.

La fachada se cae a pedazos.

Y falta la mitad de ¡a gran puerta de doble hoja, como si el pestilente mar hubiera estallado sobre ella. Al final Riven y Hernández penetran en el interior.

No hay un solo mueble en el vestíbulo ni en la zona de admisión del hospital.

Una puerta blanca astillada los lleva a un pasillo con varios ascensores inutilizados y, por fin a una gran sala que ocupa la mayor parte de la planta baja, desde la que pueden ver varios salones vacíos y de la que parte una escalera de caracol recubierta de mármol.

Siguen sin ver un solo mueble ni ningún otro indicio de ocupación.

El papel está desprendido de las paredes.

Hasta los cuadros han desaparecido dejando un rectángulo de humedad en su lugar.

—Este lugar parece abandonado desde hace un montón de años.

—Ya te digo que eso es imposible. —Pero la realidad desmiente sus palabras. La escalera de caracol les lleva al primer piso. Con la misma carencia de utensilios ni mobiliario. Igual de deshabitado. Sólo una serie de habitaciones, controles de enfermería, despachos y salas de espera desiertos. Lo mismo que en el segundo piso.

Y en el tercero.

Y el cuarto.

Al fin, cuando abren la puerta de una habitación de! quinto piso sin esperanza de encontrar ya nada ni a nadie, el primer signo de vida.

El gran charco de sangre reseca ocupa el sitio donde debería estar la cama del enfermo. Un espeso lodazal granate de forma irregular.

A partir de este punto, siguen hallando el mismo tipo de manchas en otras salas vacías a medida que avanzan, y con más profusión en la sexta planta.

Se ha hecho de noche y deben alumbrarse con los mecheros.

El mar y la lluvia castigan los gruesos muros del antiguo hotel.

Al subir el tramo de escalera que les lleva al último piso, les llega un sonido distinto al agua golpeando la edificación.

Un rumor ahogado. Un cántico extraño. Un coro de murmullos agonizantes.

12

La Casa de los Mercaderes es un pequeño hotel construido sobre una antigua casa de vecinos en la calle Álvarez Quintero, un lugar frecuentado en su momento por tratantes genoveses y mercaderes flamencos, a unos pocos pasos del palacio Arzobispal.

El obispo regionalista César Magallanes observa caer la lluvia sobre el pavimento del precioso patio interior mientras el enorme sacerdote negro que siempre lo acompaña anuncia su llegada en la recepción. Intenta imaginar cómo sería la vida de fray Zenón Uncara en el hotel, esperando durante años que la muestra bibliográfica que trajo a Sevilla fuera repatriada al Vaticano. Y como pasó de ser un personaje caricaturesco a convertirse en una pieza del peligroso juego en el que están sumergidos. Unos segundos después aparece el director, de negro, probablemente habituado a desenvolverse con autoridades eclesiásticas por su familiaridad con las fórmulas de tratamiento.

—Ilustrísima, es un placer tenerle entre nosotros. Ayer recibimos una llamada de la Cancillería anunciándonos su visita. Ni que decir tiene que estamos a su disposición para cuanto podamos ayudarle. Permítame además que le exprese mi más sentido pésame por la muerte de fray Zenón, que había llegado a convertirse en uno de nuestros más queridos clientes en el largo...

Magallanes no se molesta en cortarlo. Le da las gracias con un gesto y la espalda para dirigirse hacia las escaleras.

El director corretea detrás y logra adelantarle con una reverencia en un recodo para mostrarle el camino hasta la última habitación de la primera planta.

Abre la puerta con su llave maestra y hace ademán de entrar, pero el obispo lo detiene con un gesto.

—¿Han cambiado algo de la habitación?

—Nada. Tal como nos indicaron desde la sede cardenalicia.

—Puede marcharse. Sí le necesito, se lo haré saber.

César Magallanes desaparece en el interior dejando al sacerdote de color junto a la puerta. Es una habitación no demasiado grande con algunas reproducciones de maestros holandeses en las paredes, una cómoda que hace las veces de escritorio, un armario empotrado, la cama, la mesita de noche y la entrada a un cuarto de baño impersonal.

Lo primero que le sorprende es no encontrar ningún libro a la vista, considerando la personalidad de fray Zenón.

Es una habitación triste que ha logrado atrapar la decadencia y el tormento de su ocupante. El obispo abre la puerta del ropero y ve un solo hábito de repuesto y una pila de cajas de cartón que se amontonan hasta el techo.

Toma una de ellas.

Es más pesada de lo que parece.

Después otra. Y otra.

Todas contienen lo mismo.

Encuentra más cajas de cartón en la cómoda, en la mesita de noche, debajo de la cama... incluso la bañera está abarrotada de cajas cuando descorre la cortina de plástico. Trabaja rápida y ordenadamente, bajo la débil iluminación que proyecta la lámpara de la cabecera de la cama contra las paredes pobladas por las sombras de la noche lluviosa, vaciando las cajas en el centro del dormitorio. Después queda erguido en medio de las cajas. Más alto de lo que en realidad es gracias al efecto que producen la sotana y la gabardina negra hasta los pies; un hombre muy guapo que desprende arrogancia e inteligencia, o sea, poder; perdido, intentando penetrar en la mente del fraile que se cortó la garganta dejando ver un pantáculo invertido tatuado en la muñeca.

Las cajas de cartón están repletas de virutas de papel escrito. Papel muy antiguo. Valioso. De muy diversas composiciones: paja, hojas, corteza, tela... kilos y kilos.

Virutas.

13

La estructura de la última planta del Nosocomio Torrevientos es distinta a las demás. Probablemente estaba destinada a albergar la antigua zona de ocio del hotel, porque la escalera da paso a un atrio con cubierta acristalada desde el que se ven algunos salones de diversa proporción. Todos vacíos. Todos con las puertas abiertas.

Excepto uno de ellos.

Al final del corredor, en lo más profundo y alto de la construcción, ¡es llama la atención una entrada de mayor tamaño que las que han visto hasta ahora.

Riven y Hernández dudan unos segundos antes de cruzar una puerta de roble en la que han dibujado a mano, en color rojo oscuro, una secuencia de signos que no habían contemplado jamás. El susurro agónico se percibe claramente.

La puerta cede con facilidad.

Es una inmensa sala abovedada repleta de camas alineadas en batería.

Camas sin mantas ni sábanas. Sólo colchones amarillentos con enfermos abandonados en sus propios excrementos esperando una muerte que no les llega.

Tumorosos. Escuálidos. Cianóticos. Cubiertos de edemas. A muchos de ellos la ictericia los hace confundirse con el color de los colchones. Otros han sufrido rectorragias, hemoptisis o hematurias que tiñen de rojo algunas zonas de su cuerpo. Con pústulas y otras lesiones ampollosas supurantes. Les cuelgan sondas nasogástricas que no les alimentan, bolsas de orina repleta que nadie les cambia, mascarillas de oxígeno que no les ayudan a respirar.

Anulados por su propio dolor.

Y no se mueren.

La queja es una sola voz asfixiante.

Riven y Hernández permanecen inmóviles y silenciosos.

Las paredes y la bóveda del techo están absolutamente cubiertas de símbolos manuscritos. De un color borgoña desvaído.

Son extraños caracteres que no se corresponden con ningún alfabeto o código conocido agrupados alrededor de pequeñas figuras delineadas según una geometría imposible, pero que revelan una caligrafía común. Insertados entre los signos se encuentran diez dibujos monocromáticos trazados con un increíble realismo:

Un cuerpo de iguana con la cabeza de un recién nacido.

El cuerpo de una mujer con la cabeza de una mosca.

La cara de un hombre tatuada en el caparazón de una cucaracha.

Una lagartija con piernas y brazos humanos.

La cara de una mujer en el culo de un gato.

Una anciana fláccida y delgada con la cabeza de un buitre.

Una vaca cuyas ubres son las cabezas de dos gemelos.

Un tritón con el torso de un niño.

Un feto digerido por una anaconda.

El rabo de una rata urgiendo del sexo de una mujer joven.

Los muros y el techo de la enorme estancia están tan abigarrados de rasgos e imágenes que una sola persona debería haber tardado meses en grabarlos.

—¿Que cono está pasando, Riven? Ya no sé si el mundo entero se está yendo al carajo... o es que yo me estoy volviendo loca.

—No lo sé... no creo que haya ningún lugar dentro de este edificio donde pueda estar oculta la maleta. Hablan en un tono muy bajo, abrumados por las marcas de las paredes, por la queja de los moribundos, por la tñiebla, por el fundido del mar con la lluvia, por el clamor de una presencia tan íreconocible como el deseo de la muerte.

14

Hace ya tiempo que Aleja se quitó el impermeable negro. Al poco le comentó, como si fuera un suceso intrascendente, en medio de dos frases, que era ella la autora de los anónimos que estaban indicando, a las personas que querían asesinarlo, el lugar donde se encontraban las cinco maletas que contenían el *Manuscrito de Dios*.

Después siguió haciéndole preguntas acerca de sus costumbres, de sus gustos. Y al final quedó en silencio.

Ni por un momento abandonaron a Alvaro las ganas de abra

Apenas se veía en el ático de la calle Vulcano iluminado sólo por las luces matizadas de lluvia que entraban desde la ventana. —¿Efrén está en su cuarto? —pregunta Alvaro bajando la voz. —Efren siempre está presente.

—¿No crees que deberíamos hablar en algún otro sitio...? Donde no pudiera escucharnos.

—Da igual. No hay un sitio donde él no pueda escucharnos.

Un poco de silencio.

—¿Porqué? Quiero decir... ¿por qué te has vuelto contra ellos?

Aleja viste el mismo traje masculino cruzado sin nada debajo que llevaba cuando visitó la tienda de Paciano. Intencionadamente se sube la manga hasta descubrir un tatuaje con un pantáculo invertido que se acaricia delicadamente con una mueca de odio. Sonríe y de las miles de raíces minúsculas que rodean sus ojos brotan lágrimas frías.

—Porque he perdido la fe.

—¿La fe... en qué? —pregunta el sacerdote, sabiendo que su Dios no tiene nada que ver en todo aquello.

—En el Tránsito. En la virtud del Tránsito.

—No entiendo.

—El Tránsito... —La mujer sigue deslizando los dedos por su tatuaje— el Pantáculo, los cinco capítulos del *Manuscrito de Dios*, simboliza los Cinco Trances por los que tiene que atravesar la Sustancia Pura que se submultiplica descendiendo a las cloacas de la Materia hasta encontrar la fuerza redentora de la Voluntad.

—...

—Porque el tiempo es muy raro, incluso cuando no pasa. Erosiona. Cambia las ideas de sitio. Aunque intentes permanecer inmóvil durante... ¿siglos?... cumpliendo la misión que has elegido, puede ser que en algún momento te des cuenta de que ya no reconoces lo que te rodea ni te reconoces a ti misma. Tú también tienes

—Sí.

—Por amor a alguien que crees que conocías tienes que reunir las cinco maletas donde se reparte un libro que consideras sagrado para entregarlo a alguien al que tienes por el Depositario adecuado con instrucciones de que lo lleve a la ciudad portuaria de Atalaya, que concibes como un lugar seguro para de esa manera ponerlo a salvo de una organización que te han descrito como maléfica.

—¿Crees que todos esos postulados son erróneos?

—...

—¿Y cuál es la misión de Efrén?

—Él ha sido el guardián del Libro desde siempre.

—¿Por cuenta de quién lo vigila?

—No has oído hablar de ellos. Cualquier estudioso conoce a Arnaldo de Vüanova, a Agrippa de Nettesheim, a Eliphaz Lévi... personajes tratados a través de la historia como piezas clave del Conocimiento Oculto. Ningún erudito ha llegado a sospechar de la existencia de los Maestros de Alta Magia de los que yo te hablo, a los que sirve Efrén, a los que yo misma he servido durante tanto tiempo. Ellos sí han sabido protegerse y proteger su herencia del resto de la humanidad; para ellos, divulgación equivale a contaminación. También crearon sus logias para garantizar

la perdurabilidad de su ciencia, pero lo que ellos crearon sí fueron sociedades verdaderamente secretas. Huyeron de la palabra escrita. Transmitieron sus conocimientos a través de símbolos y después destruyeron los códigos que los interpretaban... Lo que inculcaron a sus Adeptos fueron las técnicas de estudio, nunca la Disciplina como tal. De esa manera convivieron, y conviven, inadvertidos entre nosotros. —

OceanofPDF.com

Habla despacio porque no está acostumbrada a poner en palabras lo que m siquiera recuerda cuándo aprendió—. Pero ellos también tenían una misión que cumplir, tenían que custodiar una obra a la que terminaron llamando el *Manuscrito de Dios*. Al principio debían protegerlo de la humanidad y al final tuvieron que protegerlo incluso de sus propios Iniciados.

Toma la mano de Alvaro y ahora utiliza los dedos del hombre para acariciarse el tatuaje.

—E idearon un complejo sistema para preservarlo y para hacer cumplir su Ciclo. Personas inocentes como tú han formado parte de ese sistema sin saberlo, sin imaginar las consecuencias... Ni yo misma, que carezco de inocencia por completo, he querido ser consciente de sus consecuencias durante mucho tiempo.

—¿Y por qué te has decidido a traicionarlos?

Hasta que no se impone de nuevo el silencio, no alcanza a comprender Alvaro el significado de las lágrimas de la mujer.

Tiene el espeso pelo negro largo decolorado por algunos hilos blancos como el signo de pertenencia a una genealogía demoníaca.

Los labios abultados amargos. La carne oscura. Los pechos grandes amenazantes entre las solapas del traje. El pantáculo invertido. El mapa en los ojos de miles de años de senderos ocultos tras las formas más inhumanas de depravación. Una mujer así no llora por debilidad ni por ninguno de los sentimientos a los que la vida nos ha preparado para enfrentarnos hasta ahora.

Docenas de preguntas se agolpan...

La habitación en penumbra.

Y la sensación irresistible de que no hay en el mundo votos lo suficientemente sagrados para saciar su necesidad de profanarlos.

Alvaro lee las respuestas en los ojos de la mujer. Ahora sabe que hay quien debe combatir el mal con el mal. Y lee

promesas. Escucha palabras de sus labios cerrados. Descripciones de una dimensión que se ha negado toda su vida. Promesas. Descubrir juntos los relajantes tonos ocres que sólo se conservan en los cementerios de los pueblos abandonados... el olor de la sangre recién derramada sobre las autopistas... el indescriptible color de los caramelos que asoman en la garganta de los niños que mueren atragantados. La habitación casi a oscuras.

El hombre se tiende sobre la mujer.

La abre en canal. Mastica una tajada de carne al azar, Le succiona las arterias. Le arranca las vísceras. Metaboliza sus jugos. Respira con sus pulmones.

La oscuridad total.

15

Riven y Hernández deshacen el camino en dirección a la estación de Torrevientos. La borrasca ha enloquecido sobre ellos con un gran aparato eléctrico y andan muy cerca de las paredes, que apenas les libran del aguacero.

Por el centro de la calle pasa un tándem constituido por la parte delantera de una bicicleta unida a una silla de ruedas. La mujer que pedalea y el tipo de la silla se maldicen mutuamente. El paseo marítimo les conduce de nuevo a la zona de los bares y restaurantes. Pasan junto a una ventana sorprendentemente indemne y descubren a un niño hidrocéfalo completamente inmóvil. Un pequeño monstruo inmóvil no carente de cierta dulzura. Su madre, sentada en el suelo, sostiene un histriónico monólogo de actriz de cine mudo.

Cuando llegan a la altura del bar Costa del Sol, Hernández se detiene en la puerta y Riven sigue unos metros hasta que decide esperar a que ella lo alcance.

Pero la mujer entra en el bar.

No sale.

Entre permanecer bajo la lluvia y guarecerse en el asqueroso bar donde encontraron a Elisea, Riven elige la lluvia.

Aunque al final se cansa y entra en busca de la mujer.

A la luz del mechero casi descargado descubre en la pared un cartel de la película *Only Angels Have Wings* que no había visto antes. Pero no hay un puto ángel que se detenga en aquel pueblo. Encuentra a Hernández a oscuras, sola, en el almacén oculto al fondo de los servicios, contemplando la maleta que les han dejado sobre la sucia colchoneta. No hay rastros de Elisea. Después, la realidad es aún más confusa en las calles sin iluminación. La maleta que tanto han buscado apenas pesa en la mano de Riven. Parece llegarles el eco de los cánticos de muerte desde el Nosocomio de Torrevientos. Parece que una niña convulsiona sola en medio de la carretera. Parece que el mar negro va a tragarse el pueblo en cualquier momento. Bajo el estruendo de la tormenta, ni siquiera están seguros de si están saliendo o entrando de nuevo en aquel lugar.

Sólo los rayos, electrocardiogramas sobre el cielo de un mundo enfermo, les muestran el camino. Pero no la dirección a seguir.

HESPERIO M. TERTULLI

Atalaya, 11 de septiembre de 1949

Sabían que la parte más baja carecía de razón o entendimiento, y que no estaba en su naturaleza preocuparse por algún proceso racional del pensamiento, o al menos no debiera haber ninguna insinuación de estas cosas; sabían que sólo debía ser guiada por imágenes y fantasmas, durante la noche y entre día. En consideración a esto, Dios ideó una cosa que se llamó hígado, y lo colocó en la región gobernada por la parte más baja del alma, una cosa que, por designio de Dios, es compacta, suave, brillante y con las cualidades de lo dulce y lo amargo a la vez, para que de ese modo pueda ser como un espejo que recibe la forma de las cosas y ofrece imágenes a los que miran.

PLATÓN, *Timeo*

El efecto óptico, llegando desde alta mar, era que la orografía de la costa se había doblegado hasta adaptarse a la angulosa muralla que recortaba el perímetro de la ciudad, cerrándola más que protegiéndola, enclaustrándola a pesar de sus kilómetros de puerto, edificadas para disuadir al viajero, como el faro que las

remata al pie del acantilado, en un aviso de *irasperonovolverás* orgullosamente mantenido a lo largo de los siglos.

Un miembro de la tripulación me comunicó mientras atracábamos que iba a encontrarme de lleno con ¡o que en este país llaman *veranillo del membrillo*, un período de calor pegajoso y denso que iguala en lo más alto las temperaturas del día y de la noche, y que sólo cede con la llegada del otoño. Cuando desembarqué y quedé solo en el muelle, abrumado por el sol de mediodía, soportando el peso de la maleta y del traje de entretiempo del que había eliminado cualquier vestigio de mi condición de religioso, comprendí que el contraamaestre no había exagerado en absoluto.

Volví a leer una vez más la carta que un mensajero me había entregado en Padua dos días antes. Un destinatario: Hesperio Tertuili. Una imperativa petición: la de presentarme en esta pequeña ciudad marítima del sur español que nunca antes había visitado. Una fecha: 1 I-IX-1949. Una dirección: la calle Vírgenes Negras, 9. Una firma: el Pantáculo Invertido.

Lo primero que pude comprobar es que aquel país aún no se había recuperado de la salvaje guerra civil que padeció diez años atrás. La miseria, la sorpresa de un guardia civil cuando le pregunté dónde podía conseguir un taxi, la escasez de establecimientos, la expresión agriada de algunos niños que me miraban desde sus portales, me acompañaron en mi travesía de las calles desiertas. Los vecinos eran más sabios que yo y se habían retirado a la sombra de sus viviendas para soportar el calor de aquellas

horas. El guardia civil me informó de que la calle Vírgenes Negras pertenecía al barrio de Las Catedrales, casi en las afueras de la localidad, que fue uno de los que sucumbió al bombardeo del otro bando a mediados de la guerra.

No le pregunté cuál consideraba el otro bando, pero sí le pedí indicaciones para llegar hasta lo que quedara del barrio. Al principio intentó disuadirme de mi visita. Y sólo logré convencerlo al revelarle mi estatus de sacerdote. Conozco lo suficiente de su idioma para apreciar el tinte del temor que empañó sus instrucciones. Si no fuera porque el desasosiego por lo que ocurrió después aún no me ha abandonado mientras escribo cómodamente este diario en mi camarote, de regreso a casa, me vería tentado de incluir una nota burlesca sobre mí mismo: un individuo alto, desgarrado y sudoroso de mediana edad con un traje de lino marrón claro y un sombrero panamá a juego, acarreando una maleta por una ciudad vacía en busca de una barriada destruida... pero el calor que me robaba el aliento persiste en mi interior y ahora estoy más seguro que nunca de que el sol es mucho más aterrador que la noche. El sol extrae tu energía, el sol te nubla el pensamiento, el sol hace de ti un blanco perfecto, el sol te ciega.

La parte más pesada de mi equipaje viajaba facturada en el interior de mi cerebro: la galería de imágenes que siempre me acompañaban, desasosegantes, escurridizas, familiares y horrendas. Agazapadas. Aguardando la clave que me proporcionara la paz de librarme de ellas al situarme en una verdad mucho más monstruosa. No exagero, sé de lo que hablo. Ahora ya estoy instalado en esa espantosa verdad... Donde las murallas de Atalaya terminan al norte encontré, efectivamente, una ancha calle sin rastro alguno de ocupación y, al final de ésta, a la derecha, un callejón cubierto que conducía a un pequeño descampado sembrado de matojos. Las ruinas que se veían desde allí eran el barrio de Las Catedrales. El descampado debe ser una especie de vertedero no oficial de la zona,

pero poca basura destila la pobreza... restos de muebles hechos trizas, hierros retorcidos, ratas hambrientas. El barrio estaba en ruinas pero no absolutamente destruido. Me adentré entre los cascotes, observando cuidadosamente los muros que aún quedaban en pie, atento a cualquier indicio que me indicara la ubicación de la calle que buscaba.

Recuerdo el sol que lo calcinaba todo, recuerdo los sobresaltos ante el menor de los ruidos, recuerdo que en ningún momento recurrí al recuerdo de Dios para aliviar mi soledad ni mi miedo. Un desnivel daba paso a un área menos demolida del barrio, invisible desde el descampado, con algunos edificios erguidos a medias y el rótulo increíblemente indemne de la calle Vírgenes Negras. En el interior del noveno portal me recibió el consuelo de las sombras envenenado por un olor tan repulsivo que casi me obliga a vomitar allí mismo. Una refinada pestilencia a materia orgánica en descomposición más poderosa que cualquier otra que haya percibido en toda mi vida. Tuve que esperar unos segundos, en medio de aquel olor, a que remitiera el efecto deslumbrante con el que el sol había castigado mis ojos. Cuando pude ver lo suficiente para

avanzar por el estrecho pasillo, la peste se hizo más intensa y unos ruidos surgieron para recibirme desde el fondo. El largo corredor moría en una vivienda en bastante buen estado con la puerta arrancada. La luz inquieta de lo que creí una vela o un candil me guió por la negrura del interior hasta una habitación enorme. Era una antorcha lo que iluminaba el interior.

Un hombre, árabe por su atuendo, de espaldas a la entrada, manipulaba algo en una mesa de piedra que constituía el único mobiliario de la estancia.

No respondió a mi saludo.

Pero enseguida terminó con sus quehaceres y rodeó lentamente aquella especie de altar hasta quedar de frente a mí.

A medida que mis ojos se acostumbraron a la semioscuridad, lo primero que distinguí fueron los esqueletos de animales de un tamaño medio sobre charcos de sangre reseca que se repartían por el suelo de la habitación.

También pude ver que en el altar de piedra yacía una oveja viva con las patas y la boca amarradas. En la mano derecha del sujeto que me miraba fijamente, un largo puñal con la estrecha hoja tallada. Deseaba marcharme de aquel infierno extraviado con todas mis fuerzas, y me quedé porque me había costado dos mil kilómetros y cuarenta años llegar hasta allí.

Reconocí al hombre.

Omár addin Valad.

El árabe que me entregó en Transjordania el zurrón conteniendo el *Manuscrito de Dios*. Creo que le pregunté algo pero no me prestó atención. Con mano firme hundió el cuchillo en la zona abdominal de la oveja que se retorció sobre el ara y maniobró diestramente en su interior con el arma, abriendo y cortando, hasta extraer el hígado con limpieza.

Multitud de lecturas acudieron a mi mente. Recordé las evocaciones de Platón en su *Tímeo* de las propiedades con las que Dios había configurado el hígado, de manera que, según él, pudiéramos augurar el futuro a través de su observación. Recordé que la *hepatoscopia* era una tradición etrusca de probable origen babilonio que se mantuvo cientos de años y que fue importada por Roma, practicándose allí hasta el final del imperio y, con toda certeza, también después, aunque clandestinamente. Y desde luego, vinieron a mi memoria las muestras de arcillas de un hígado con unas marcas de extraño significado que tuve oportunidad de apreciar personalmente en el Archivo Real de Asiría.

El arúspice —porque ya no me cabía duda de que el hombre estaba practicando el antiguo arte de la aruspicina

—, la mano chorreando sangre, acercó la víscera a la antorcha. Su rostro, hasta ahora en tensión, se distendió en una especie de sonrisa. Una especie de monótona oración casi inaudible salía de sus labios. Ya me había habituado por completo al tenue resplandor que iluminaba el lugar y me era posible contemplar los caracteres para mí indescifrables y los rarísimos gráficos que cubrían las paredes y el techo, los huesos y entrañas de sacrificios más recientes que se amontonaban en el suelo, el Pantáculo Invertido inscrito en bajorrelieve en el frontal del altar.

A continuación, Omár addín Valad, al igual que hizo durante nuestro primer encuentro, comenzó a hablar en latín clásico en un tono más alto.

Anunció, señalando la viscera, que tendría una larga vida para salvaguardar el depósito que se me había impuesto. Ésa parecía ser señal que le había devuelto la calma y la primera de las dos razones por las que me había convocado. La segunda era extraer del fondo de mi memoria el Plan que yo había ocultado allí para ponerlo a salvo de mí mismo.

Habló durante mucho tiempo. Me contó mi propia historia desde una perspectiva que yo ni siquiera había imaginado. Y todos los hechos encajaban de un modo apocalípticamente natural, y yo los iba aceptando a medida que los escuchaba como aceptaba el precio que tendría que pagar por llevar a cabo la venganza de unos acontecimientos que volvían a resultarme tan dolorosos como cuando no era más que un niño totalmente solo. Después, me habló de la *obra* que había hecho posible todo aquello. Del *Manuscrito de Dios*. Me dijo que debía protegerlo con mi vida y con mi alma y con la vida y el alma de los demás. Que encontraría cinco

hombres inocentes nacidos en una misma ciudad a los que debería utilizar para confundir a mis enemigos sobre su paradero. Que mi Ciclo terminaría cinco años después que mi vida, y que al fin de aquél, debería enviar a alguien de mí sangre para que recogiera la *obra* y la hiciera llegar al

siguiente Depositario en los últimos seis días del año, y que ése sería el período en el que se cumpliría el proyecto al que estaba dedicando mi existencia. Que estaba escrito que la siguiente parada de la *obra* era la ciudad en la que los dos nos encontrábamos en ese momento y que ése no sería más que un puerto más de los que constituían el itinerario del Tránsito de la *obra*. El arúspice continuó hablando durante mucho tiempo.

Hasta que ni el mal olor ni la penumbra ni las creencias sobre las que había cimentado toda mi vida hasta ese momento tuvieron ya valor alguno para mí. Hasta que empecé a vislumbrar como entre brumas el suceso, completamente olvidado desde entonces, que a los nueve años me abocó a la empresa que tenía por delante.

La indiferencia con que acepté la descripción de las sublimes manifestaciones del horror, de las que yo me había convertido a mí mismo en emisario, es un sentimiento que no quiero explorar ni siquiera en este cuaderno.

DEL DIARIO PERDIDO DE HESPERIO M. TERTULLI

V

Sevilla a principios del Nuevo Siglo, día 364

Los rollos serán hallados en las Azores y hablarán de antiguas civilizaciones que enseñarán a los hombres

cosas antiguas que ellos ignoran.

La respuesta está en los papeles ocultos en el subterráneo metálico de Wherner.

El tiempo no es lo que conocemos.

Tenemos hermanos vivos y hermanos muertos.

Nosotros somos nosotros mismos.

El tiempo nos confunde.

Bienvenido, Arthur, muchacho del pasado. Tú serás la prueba.

Y te entrevistarás con el Padre de la Madre.

PIER CARPÍ,

Las profecías de Juan XXIII

1

Alvaro despierta boca abajo en la cama de la calle Vulcano.

La mañana es una masa helada de vapor de lluvia que penetra por la ventana y que no logra despejarle. De reojo distingue un gran pantáculo invertido dibujado en la pared y no se atreve a moverse. No quiere reconocerse como un viejo desnudo hundido en sábanas húmedas de sus propios fluidos. Las escenas de lo que ocurrió entre él y la mujer la noche anterior regresan a bocanadas que le abrasan el cerebro y hacen hervir el estómago hasta obligarle a vomitar en arcadas que aumentan insoportablemente los latidos del interior de su cabeza.

Paulatinamente aumenta la nitidez de los objetos que lo rodean y también el asco. La habitación le parece aún más sucia, la ciudad más muerta, su cuerpo más despreciable. Y al volver la cabeza hacia la pared todo vuelve a enturbiarse de nuevo.

Una mujer crucificada cabeza abajo en la pared con los brazos extendidos horizontalmente y las piernas abiertas en uve puede parecer el dibujo de un pantáculo.

Pero no lo es.

Es Aleja.

El sacerdote vuelve a vomitar en el suelo, vomita hasta la última lágrima. Cuando termina, en un intermedio entre dos oleadas de dolor, le llega un murmullo. Se pone en pie demasiado rápido y su cerebro estalla contra las paredes de su cráneo. Cae de rodillas junto a Aleja y lo primero que ve son los largos y gruesos clavos que atraviesan sus manos y sus pies y su vientre. Su mirada invertida semioculta por los regueros de sangre que resbalan de sus heridas. Con la yema de los dedos libera su boca de espuma roja, que se deforma en una sonrisa que se hace palabras:

—Muchos... muchos... —Pero se atraganta, tose, y se contenta con decir—: Tú... Daniel Doce Dos. Cierra los ojos,

las palabras son una queja agónica.

Alvaro queda allí sentado desnudo junto al cuerpo desnudo de la mujer. Daniel 12-2.

No le cuesta recomponer la cita bíblica.

«Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, unos para la vida eterna, otros para el oprobio, para el horror eterno. Y, tú, Daniel, guarda en secreto estas palabras y sella el LIBRO hasta el tiempo del Fin.»

Se levanta y empieza a vestirse para salir de allí mientras espera, casi impaciente, la muerte de Aleja.

2

En el cristal de la ventanilla del vagón, mientras entran en la estación sevillana de Santa Justa, Riven se recrea en el reflejo de sus ojeras azuladas sobre el imborrable telón de lluvia. Hernández duerme a su lado, pero no apoya la cabeza en su hombro; ni el peligro ni el sexo ni el satanizado territorio que están atravesando juntos han producido en la mujer la necesidad de acercarse a él.

El tren que les trae de Torrevientos se detiene finalmente en una vía secundaria. No hay más pasajeros que ellos.

—Despierta.

—¿Sigue lloviendo aquí? —pregunta adormilada, aunque ella misma lo está comprobando.

—Claro.

—Todo es muy raro estos días.

Riven se levanta, se pone la gabardina y, tomando la maleta que tanto les ha costado encontrar, se dirige a la salida. Hernández se levanta igualmente y va detrás de él, pero en ningún momento parece que lo siga. El tren los ha dejado en un andén secundario y sólo se cruzan con algún empleado de la estación en su camino hacia la salida.

Ni siquiera sus instalaciones futuristas pueden paliar la húmeda tristeza asentada en la terminal. Hasta el tráfico de ferrocarriles parece haberse paralizado en la ciudad sitiada. Al fin divisan una escalera mecánica que conduce al nivel

del andén principal. Pero no llegan a subir al primer peldaño.

Desde detrás de la escalera aparece la inspectora Romana Benarque empuñando la pequeña pistola Heckler & Koch acompañada de dos treintañeros fuertes y agresivos, tan preocupados por no llamar la atención al elegir su atuendo que cualquier persona minimamente observadora puede adivinar su profesión. Uno de los policías lleva el pelo largo y el otro es más joven pero casi calvo.

La gris estación parece decorada para realzar el abrigo de cuero blanco perfecto que viste la inspectora. Riven lleva la mano en el bolsillo y, aprovechando la conversación para disimular el clic, abre la navaja sin extraerla de su sitio.

—Tranquilos. No me toquen el coño. —No le sienta bien imitar el tono soez de Arreciado—. Las manos detrás de la nuca. —Y dirigiéndose a sus compañeros—: Cacheadlos., cuidado con ése, que lleva una navaja automática.

Imperceptiblemente, Riven se introduce la navaja en la manga al mismo tiempo que alza los brazos. Los agentes llevan cada uno un 38 Special Military & Pólce con cañón de dos pulgadas que mantienen alejados de los detenidos mientras proceden al registro. No advierten la navaja del hombre y cuando se hace patente que se están demorando excesivamente en los pechos de una Hernández que los anima con la mala leche de su sonrisa, la policía detiene a sus subordinados y pregunta sarcásticamente a Riven:

—¿Al final te quitaron la navaja?

—No. La dejé clavada en la espalda de mi madre.

Romana toma la maleta y abre la marcha.

En contra de lo que en un primer momento pensaron los detenidos, no los conducen a la comisaría ubicada en el mismo apeadero. Cruzan transversalmente las vías por un paso de peatones y se dirigen hacia la zona de los hangares, en dirección opuesta a la salida.

Es peor enfrentarte a un policía que a un matón callejero; el policía lleva un carnet en el bolsillo que le permite

patearte la cara a la vista de todos o llevarte a punta de pistola con los brazos en alto por la calle. Y

rematarte en una esquina solitaria como cualquiera.

Tardan más de quince minutos a buen paso en dejar atrás los talleres, y ya casi en las afueras del edificio, un área absolutamente desierta, llegan a los hangares. La inspectora tiene la llave de la puerta lateral del último de ellos, una nave de grandes proporciones con un altísimo techo, donde se amontonan herramientas oxidadas, bidones metálicos, piezas de desguace y tres máquinas impulsadas por gasoil ya inservibles. La policía cierra por dentro, los lleva hasta un lugar despejado al fondo del hangar y se detiene frente a ellos con un agente a cada lado. Las tres pistolas atentas.

—Mi jefe tardará en llegar, así que, por su bien, podríamos ir adelantándonos. Ya han comprobado cómo se las gasta. —Romana Benarque señala la mano vendada de la otra mujer.

—¿Podemos bajar los brazos? —pregunta Hernández.

—Yo estoy bien así—repone Riven sintiendo la navaja bajo la manga a la altura de la muñeca.

—Tú tienes cara de chulo. Te lo noté de lejos —el agente medio calvo—. Pero ya te queda poco.

—Podrán bajar los brazos en cuanto me digan donde está la otra maleta, la que se llevaron del hospital

—interviene la inspectora.

—¿Y tú que me das a cambio? —Riven.

Romana lo mira fijamente antes de hablar.

—Las cosas han cambiado desde la última vez que nos encontramos... Me he visto en la tesitura de abandonar mi... neutralidad. En la fase en que estoy ahora, hay que tomar decisiones, decisiones operativas. Créanme. Conseguiré la maleta.

—En la fase en la que estoy yo, terminan matándome como a una cucaracha. Haga lo que haga.

—Yo no estoy dispuesta a morir por una puta maleta —
Hernández, con la cabeza vuelta hacia su compañero.

—Cállate. Da igual lo que les digas.

—No, cállate tú. —El que ha respondido es el policía de pelo largo, que se ha plantado ante el prisionero y ha subrayado su orden de un revés con el cañón de su arma que abre un surco en la frente del hombre. Riven no retrocede un centímetro.

El policía ha conseguido que se calle pero su silencio resulta mucho más desafiante. Se contiene para no golpearle una segunda vez y retrocede, esta vez junto a su compañero, dejando a la inspectora en un extremo. Riven no se ve a sí mismo, ni personas u objetos a su alrededor. Sólo ve geometrías. Necesita dos buenos ángulos para hacer lo único que puede hacer, y uno ya lo ha conseguido.

—De la misma forma que la otra vez os dejé marchar, ahora estoy dispuesta a llegar a donde sea necesario para arrancaros la verdad. —Romana habla despacio, utilizando su dicción de niña bien para reforzar sus palabras.

Ei detenido se le ríe en la cara como respuesta.

—Crees que no tengo estómago para torturaros. Conoces a la gente. Pues llevas razón. Y no es eso lo que pienso hacer. Si no me dices inmediatamente donde está la maleta, voy a pegarte un tiro en la cabeza, sólo para ayudar a hablar a tu compañera.

La inspectora escenifica su amenaza aproximándose a él y plantándole la pistola alemana en la frente. Eso proporciona a Riven el segundo ángulo que precisaba.

Con la mano izquierda realiza dos movimientos casi simultáneos: desvía el arma, que estalla casi en su oreja, y empuja a Hernández contra los dos policías haciéndoles perder el equilibrio. El brazo derecho baja hasta que la navaja cae en la palma de la mano y sube efectuando un arco que pasa por la garganta de la inspectora, un roce invisible, convirtiendo la carótida en una fuente que enseguida teñirá de rojo su abrigo inmaculado.

No corre sino que anda rápidamente hacia los dos agentes, que ya se han quitado de encima el estorbo inútil de Hernández y se disponen a dispararle desde el suelo.

Riven hace saltar la navaja en su mano para manejarla con la hoja hacia abajo y ensarta la muñeca del policía de pelo largo mientras pateo la sien del otro con sus botas militares. Tirando de la navaja, que desgarró la mano ya sin revólver, con el peso del hombre lo pone en pie y, aferrándole por el pelo con la izquierda y sin soltar la navaja con la derecha, le fractura la rótula con la puntera de la bota, le machaca los huevos con el empeine, le borra la cara a rodillazos, desclava la navaja y, soltándole el pelo para que caiga al suelo, le hace astillas las cervicales con el tacón. El problema de iniciar la lucha es que ya no puedes parar, no quieres parar. El policía calvo se está recuperando, pero todavía aturdido se arrastra en busca de su arma. Riven es más rápido.

Llega hasta él y le golpea las costillas como si fuera un balón que hay que hacer saltar sobre las tapias del estadio, lanzándolo en dirección contraria al revólver.

No quieres parar.

De nuevo encima del agente, deja de elegir los puntos donde colocar las patadas, sólo golpea una y otra vez, otra vez, otra vez... hasta que lentamente, al mismo tiempo que le va faltando el oxígeno, recobra el sentido del espacio, escucha los sonidos del entorno —la voz de Hernández—, recupera viejos frenos que le permiten distinguir la vida de la muerte.

Se queda allí de pie, mirando el cuerpo destrozado.

Poco a poco se vuelve, deja atrás a Hernández, que lo mira fijamente, y de espaldas a todos dedica unos minutos a limpiar la navaja ensangrentada con su propio pañuelo, que deja caer al suelo cuando finaliza la operación; comprueba dos veces su funcionamiento antes de volver a guardarla en el bolsillo de la gabardina. A continuación se

acerca a Romana Benarque y se arrodilla a su lado. No tiene que comprobar que ahora es un cuerpo sin ninguna vida.

Un rostro blanco sin expresión.

Coge de su bolsillo la llave del hangar.

Pasa el tiempo.

Tampoco hay ninguna expresión en el rostro de Riven cuando se pone en pie, toma la maleta y se dirige a la salida seguido por Hernández.

En el exterior, la lluvia les recuerda que la maldición no ha terminado. En lugar de volver a las instalaciones de la estación de Santa Justa, callejean entre los hangares hasta salir a una explanada de albero que el aguacero ha convertido en lodo. Caminan cada vez más deprisa a pesar de la dificultad que supone el suelo, en dirección a la avenida de Kansas City. Sin preocuparse del agua que los va empapando por completo.

Les parece que han recorrido kilómetros cuando alcanzan una zona de aparcamientos no vigilados. Sin aminorar la marcha, Riven se dirige a un viejo Renault 5 y, de un pisotón, machaca el bombín de la cerradura del portón trasero. Después lo abre sin dificultad, penetra desde allí en el vehículo y abre la puerta de la derecha del conductor para que entre Hernández.

En unos segundos ha efectuado el puente, el coche está en marcha, salen a toda la velocidad que les permite el antiguo motor.

La mujer le dice algo, pero aún no se ha reinstalado lo suficientemente en esta otra realidad como para comprender sus palabras.

3

En contra de lo que cabría suponer, el obispo Magallanes ni apreciaba la sensación de seguridad que le proporcionaba la construcción subterránea que albergaba el Autopuerto'92 ni se sentía cómodo en sus dependencias.

No era una cuestión de claustrofobia; la estricta clandestinidad en la que se desarrollaban las actividades de

la Alianza del Santo Oficio le obligaba esporádicamente a visitar y a residir en recintos aún más recónditos que aquel complejo edificado en el subsuelo

Simplemente, no acepta el hecho de que los últimos defensores del verdadero espíritu cristiano hubieran regresado a las catacumbas.

Su misión consiste en invertir los términos de aquella ecuación; su maldición estriba en que, friccionando con su mente analítica, estructurada en elementos regidos por indefectibles leyes naturales, sólo un factor con propiedades incognoscibles puede resolver la situación: el libro condenado. Nunca cae en la tentación de introducir a Dios como una magnitud decisiva dentro de su aritmética particular. En su despacho, mientras observa las imágenes sin voz de la televisión por cable, dibuja distraídamente complejísimas figuras enlazadas entre sí —a mano alzada sobre un folio, con trazos firmes y perfectos— cuyo significado sólo él conoce.

Las figuras son conceptos, ideas que atrapar entre líneas, espacios llenos de contenido con los que practicar el juego de la reorganización del caos.

Hace muchos años que hasta el más simple de los textos escolares identifica la obra de la Inquisición como parte de la barbarie perpetrada a lo largo de la historia del ser humano. Pero ¿donde quedarían esas doctrinas si se extendiera la noticia de que precisamente esa malvada institución es la última frontera ante la llegada de un fenómeno infinitamente más aborrecible?

Abandona esa sucesión geométrica y comienza otra en la que siempre aparecen cinco elementos que interactúan.

Cinco Custodios para el libro. Cinco capítulos en el manuscrito. Cinco ciudades arrasadas. Cinco Apocalipsis. Las Cinco puntas del Pantáculo. El Quinario. En la cábala secreta, el cinco es el número de la caída. El Pantáculo, la síntesis de todos los misterios pentagramáticos...

También abandona Magallanes esa línea de composiciones. Se distrae unos segundos con la televisión muda y regresa a Su Juego.

Esta vez son líneas enterrándose en profundos laberintos que pronto no dejan ver su origen.

¿Cuál será el origen del *Manuscrito de Dios*? Recuerda las palabras atribuidas al viejo Papa. Según Juan XXIII, el hallazgo se produjo en las Azores, pero ¿quién encontró la obra? Y, más importante aún, ¿quién es su autor?, ¿cuál es el significado de la obra?, ¿por qué su era comenzará por el Apocalipsis de la Palabra?, ¿es realmente el testamento ológrafo de Dios? El profeta se contenta con decirnos que la respuesta está en los enigmáticos pasadizos metálicos de Wherner...

Una noticia parece captar su atención desde el televisor, y cuando extiende la mano para elevar el volumen con el mando a distancia, se abre bruscamente la puerta del despacho. Juan Francisco Cras, el gerente del Autopuerto, abre sin llamar y se queda inmóvil en el vano de la puerta, paralizado ante su propia osadía.

—Ha ocurrido algo... terrible.

El obispo no necesita mirarlo para constatar su agitación; le basta un gesto para detenerlo, y lo mantiene allí mientras se concentra en las imágenes televisivas a las que ya no tiene que dotar de sonido para comprender su significado.

En la pantalla, puede leer sobreimpreso el rótulo indicativo de que la acción se sitúa en la clínica San Juan de Cristo. Una piscina de interior. En el borde, alineados una docena de niños de los que son rehabilitados en la institución. La cámara se recrea en las secuelas que la polio dejó en su momento en los miembros de cada uno de ellos. Todos muertos. Una fisioterapeuta llora mientras responde a las preguntas de un periodista. Declaraciones de un funcionario de la Delegación de Gobierno. Para Magallanes, la causa aparente de estas nuevas muertes en otro centro religioso es lo de menos. '

Sólo cuando el prelado dirige su mirada al representante de la Alianza del Santo Oficio en Sevilla, éste se atreve a hablar.

—No sabe canto lamento haber irrumpido así, monseñor. —Ha recobrado el aliento, pero sigue alterado y su ropa está desordenada por la carrera—. Lo que ha pasado es...

—¿Ha ocurrido aquí dentro?

—Sí. En la cámara del Tormento.

—Vamos.

Sin dejarle continuar, Cesar Magallanes toma el teléfono móvil del escritorio y sale del despacho seguido de Cras.

Antes de molestarse en averiguar por descripciones de terceros la naturaleza de los acontecimientos, la mente del religioso ya está extrayendo las primeras consecuencias. Si los poseedores del Libro han sido capaces de hacer llegar anónimos al albergue del Segundo Avenimiento y al Autopuerto'92, efectuando incluso un ataque directo contra este último, es que la Alianza ya sólo cuenta con un refugio auténticamente seguro en la ciudad: la Biblioteca Colombina de la catedral.

Haciendo aparecer su gran envergadura no se sabe de dónde, pasa a formar parte de la comitiva el sacerdote negro que siempre acompaña al obispo regionario.

El despacho está situado en los archivos, la zona más profunda del subterráneo. Con el fin de llegar cuanto antes a la cámara del Tormento, desisten del rodeo que supondría tomar el ascensor y se dirigen directamente a las escaleras que suben a través de los Calabozos Perpetuos y el brasero de la Inquisición. La noticia debe haberse propagado ya entre el personal, a juzgar por la silenciosa actitud alarmada del retén de guardia que les observa cruzar apresuradamente los calabozos.

Después del brasero, deben recorrer la pasarela sobre la charca, el mal olor del agua estancada, la insuficiencia de las bombillas instaladas en la pared para iluminar

adecuadamente aquel gran espacio, la humedad tóxica del aire, el altísimo techo como un invisible sustituto del cielo. Los irreconocibles sonidos de procedencia cambiante. El lenguaje de los monstruos.

Una abertura en la pared de piedra les lleva a un nuevo tramo de escalera herrumbrosa que termina en la entrada de la cámara del Tormento. Dejan atrás el pasillo por el que se penetra en la zona realmente utilizada en la actualidad — una serie de habitaciones con aspecto de quirófanos— y se reúnen con el médico que les espera en la puerta de la parte más antigua de la cámara, una especie de museo donde conservan diversos sistemas de tortura ya anacrónicos.

Con un gesto, el Guardaespaldas de Cristo ordena a sus acompañantes que se detengan y entra solo en el interior.

Cuando enciende la luz y cierra la puerta a su espalda, suena el timbre de su teléfono móvil. Comprueba el llamante en el *display* y responde mientras observa inmutable el terrible espectáculo.

—Hable.

—¿Ilustrísima?

—Sí.

—Buenas tardes. Soy Navarro Navarro, de la Cancillería del Arzobispado. Perdón que le moleste, pero me han comunicado algo con relación a fray Zenón Uncara que puede ser de su interés. Como me dijo que le informara sin pérdida de tiempo de cualquier cosa...

—¿De qué se trata?

—Me han dicho que tenía un amigo en Sevilla. Parece que visitaba con asiduidad a un organista retirado, ex director de coro de la parroquia de San Bartolomé, Antonio Arturo Bracho. Tuve oportunidad de conocerle y disfrutar de sus interpretaciones cuando aún estaba en activo y le...

—Su dirección —corta Magallanes sin apartar su atención de los hechos que lo han atraído hasta aquel lugar.

—Vive en Ciudad Jardín, treinta y cuatro, segunda planta, puerta veintitrés. Un viejo patio de vecinos de los que apenas quedan en la...

—Hágame saber cualquier otra novedad.

César Magallanes recorre despacio la caverna, sin prestar atención a los instrumentos que tan bien conoce.

La cuna de Judas.

El aplastacalsezas y el aplastapulgares.

La jaula colgante.

El cepo o brete.

La horquilla del hereje.

Las garras de gato.

Las peras orales, rectales o vaginales.

El cinturón de san Erasmo.

El desgarrador de senos.

Las máscaras infamantes.

Y llega a un paso del potro, una antiquísima máquina conservada como recuerdo de otros tiempos, construida por madera carcomida, hierro oxidado y sogas deshilachadas que, sin embargo, se encontraba en bastante buen estado para descoyuntar salvajemente al anciano.

Sin expresar emoción alguna, el rostro del capellán de la sede de la Santa Alianza, suspendido al extremo de dos cuerdas, parece haber recibido la tortura con la misma indiferencia con la que ha bendecido cientos de operaciones similares en el cuerpo de otros hombres.

Tampoco deja adivinar emociones César Magallanes mientras contempla el cadáver, traduciendo el valor que le ha asignado por una de las incógnitas que pronto se pierde en Su monumental ecuación.

4

Sólo al salir del coche tras aparcarlo en doble fila, cae Alvaro en la cuenta de que ha olvidado la gorra de pana, junto al resto del equipaje y el ordenador portátil en el ático de la calle Vulcano. Un lugar al que no regresará nunca.

Se abrocha la gabardina sobre el traje de mezclilla, bastante menos impecable que cuando se lo puso unos días atrás, y, peinándose con los dedos el pelo inmediatamente mojado, recorre los pocos metros que lo separan del número 3 de la calle Temprado.

Después de lo que hizo la noche anterior, de la inhumana muerte de Aleja, lo único que desea es esconderse en algún sitio y parar, no hacer nada, esperar a que no pase nada. Pero tiene que continuar con su cometido. Según le informó la vecina de Pelayo Abengozar, éste ejercía como voluntario en el hospital de la Caridad. Quizás aquí encontrará una pista del quinto Custodio, y de la maleta, y del resto de las maletas que le faltan, y pueda entregárselas al nuevo Depositario. Descansar. Terminar de una vez. Evadirse de una vez. Cruza a toda prisa el pequeño jardín y entra en el hospital sin detenerse ante los famosos cuadros de azulejos que adornan su fachada. Aunque nunca lo ha visitado antes, ha leído lo suficiente del edificio en sus manuales sobre el Barroco español como para saber que no es un hospital en sentido estricto, sino más bien una especie de asilo o enfermería para indigentes.

La carrera acaba con su reserva de energía, y el encargado de admisión sale desde detrás del mostrador para ofrecer una silla al individuo pálido y jadeante, con ropa cara pero desarreglada, que se limpia el agua y el sudor del pelo y la barba blanca, mientras logra articular sus primeras palabras.

—¿Se encuentra usted bien?

—Bien... gracias... la carrera... ha sido usted muy amable.

El administrativo regresa tras su mostrador, sus gafas y su papada y reanuda el papeleo, esperando sin prisas a que el otro explique su presencia en el lugar.

En unos segundos, el sacerdote se pone en pie.

—Gracias de nuevo. Me llamo Alvaro Tertulü —muestra una vez más su ya gastada credencial—. Vengo

directamente desde Ciudad del Vaticano para entrevistarme con Pelayo Abengozar. Me han dicho que trabaja con ustedes en calidad de voluntario.

Hasta el más cínico de los empleados de una institución religiosa se mostraría respetuoso ante una credencial como aquélla.

—Efectivamente, el padre Abengozar nos echa una mano de vez en cuando. Pero ahora no se encuentra aquí. Lo siento.

—¿Hace mucho que no lo ve?

—Más de una semana. No sé si sabrá que es un hombre muy atareado, a pesar de su edad. En realidad, aquí se limita a hacer compañía a algunos enfermos crónicos, oírles en confesión... que no es poco. Pero además es miembro de la Asociación de Vecinos de su barrio, una zona difícil, del comité de empresa y de no sé cuántas actividades sociales más. Si quiere, puedo buscarle su domicilio.

—Ya he estado en su casa varias veces, gracias. Hace días que no aparece por allí.

—Es extraño... Como no sepan algo de él en su empresa...

—¿Su empresa?

—Bueno, él ya está jubilado. Pero en su momento fue lo que se llamaba un cura obrero. Y ahora continúa asesorando a los delegados de personal de los trabajadores. Incluso sigue teniendo despacho allí, según creo.

—¿Sabe usted el nombre de esa empresa?

—Sí. Nos ha hablado mucho de ella. Termisa. Se encuentra en el polígono Calonge. Una nueva dirección, un nuevo interrogatorio, nuevas mentiras... Agotado, Alvaro queda absorto unos segundos contemplando el edificio del siglo XVII. La ancha escalera curvada. Los ascensores, que en su momento fueron modernos y ahora son una reliquia chirriante. La antigua asepsia de las paredes alicatadas de blanco, invisiblemente manchadas por tantos años de

enfermedad, de tristeza. Un último intento antes de volver al exterior.

—¿Había alguien aquí con quien mantenga una relación especialmente... íntima? Alguien que pudiera hablarme de él.

—En realidad, es difícil que la persona con la que pasa más tiempo pueda serle útil. Suele sentarse durante horas junto a una monja. La hermana Leonor. Pero, desgraciadamente, ella casi nunca sale de su estado de inconsciencia. Contrajo una enfermedad de origen desconocido en Austria. Una enfermedad extraña que los médicos nunca han sabido determinar. Hace muchos años que vive aquí. En el mismo estado.

—¿Podría verla?

—Ya le digo que está prácticamente en coma, pero si lo desea...

Alvaro insiste con su silencio y el otro sale del mostrador para asomarse a una sala contigua y murmurar algo.

Al poco tiempo surge una mujer de unos sesenta años vestida con un hábito morado.

—Anita, ¿podrías acompañar al padre Tertulli al cuarto de la hermana Leonor? Es un amigo del padre Abengozar.

—Claro que sí. Acompañeme.

—No saben cuánto se lo agradezco.

En lugar de subir a las plantas superiores donde se encuentran los internos, la mujer toma por un pasillo que da a una galería interior protegida por una claraboya.

Casi se detiene al pasar junto a la entrada de la capilla.

—¿Ha visitado usted la capilla de San Jorge? —Tiene una bonita voz que revela lucidez, energía y cultura.

—No tuve oportunidad. Hace muchos años que falto de Sevilla. Pero la conozco por ilustraciones, naturalmente. Los cuadros de Murillo, y los de Valdés Leal... impresionantes.

—Vistos de cerca resultan aún más macabros. *In ictu oculi, finís gloriae mundi...* la calavera cerniéndose sobre el globo terráqueo, obispos y nobles amortajados... *Los*

jeroglíficos de las Postrimerías. Un nombre adecuado para esta hospedería.

—¿Por qué?

—Su fundador, Miguel de Manara, quiso dotar a Sevilla de un lugar donde se prestaran cuidados a los pobres transeúntes que no eran atendidos en otros hospitales. Y, al mismo tiempo, daban santo entierro a los ahogados en el río que no reclamaba nadie, y a los ajusticiados. De alguna manera seguimos dedicándonos al mismo.

Hace rato que dejaron atrás el patio de piedra y se internaron en un largo corredor invadido de oscuridad.

—Perdone si no voy muy deprisa, padre. Mis piernas ya no son lo que eran.

—No se preocupe. A nuestra edad siempre empieza a fallar alguna parte de nuestro cuerpo.

—¿Nuestra edad? Es usted un jovenzuelo si se le compara conmigo —con una gran sonrisa.

—Vamos, no diga eso. Hace ya tiempo que cumplí los sesenta y dos —repite Alvaro, contagiándose del buen humor de su guía.

—También hace tiempo que cumplí los noventa y ocho —repentinamente seria.

—¿Noventa y ocho años? —incrédulo.

—Hemos Megado.

La única puerta al final del pasillo.

Dentro, les cuesta unos segundos acostumbrarse a la semioscuridad de la reducida habitación apenas iluminada por una bombilla roja a la altura del tobillo.

En el centro del cuarto está la cama blanca con una antigua tienda de oxígeno de plástico transparente que deja ver el pecho subiendo y bajando trabajosamente de la monja. Las carnes flácidas bajo el camisón. El pelo al cero. Las arrugas inexpresivas del rostro pálido. Los ojos blancos. Alvaro se queda plantado junto a la cama mientras su acompañante se pierde en las sombras a su espalda y comienza a hablar como una voz en *off*.

—A veces recupera la facultad del habla, que no la lucidez pero de muy tarde en tarde.

—El administrativo me ha dicho que ni los médicos saben lo que le pasa.

—Le hicieron muchos estudios. Al parecer es un virus desconocido.

—También me ha dicho que se lo contagiaron en Austria.

—La hermana Leonor estuvo destinada muchos años en una aldea próxima a Lech, en la región del Arlberg. Una zona aislada en medio de las montañas nevadas. La repatriaron ya en este estado. Por un momento, el sacerdote siente que los ojos blancos van a dirigirse hacía él, pero es una ilusión y se obliga a dejar de mirarla fijamente.

—Será mejor que me marche. Está claro que esta pobre mujer no puede ayudarme.

—¿Estás seguro, Alvaro ? —A su espalda, la voz de la anciana se vuelve más grave y lo llama por el nombre de pila que no debería conocer—. Mírala bien. No esperes escucharla. Durante un tiempo vivió cerca de los Herederos del Gran Arcano, en una de sus sedes más antiguas, y fueron ellos los que la enviaron aquí. No trajo ningún mensaje. Ella misma es el mensaje.

La habitación le parece más pequeña; al menos, el ambiente es más opresivo. El cadáver con vida de la monja, más lúgubre.

Alvaro Tertulli temblando, quizá de frío.

La voz apenas reconocible.

—Pelayo Abengoza fue el único de los Cinco Custodios que se volvió curioso. Que comenzó a hacer averiguaciones. Que empezaba a dudar.

La voz.

—¿Estás esperando que la hermana Leonor traduzca en palabras sus visiones del primero de los Cinco Apocalipsis, Alvaro? ¿Estás empezando a dudar?

5

Sentado a una de las mesas de la taberna Doble Hache, el comisario Arreciado observa por una ventana la catedral de Sevilla. El inmenso templo parece resentirse ante el temporal que lo castiga hace tantos días. Es como una ciudad aislada dentro de la gran ciudad. Una terrible ciudad negra, en la que se han conservado indemnes maleficios procedentes de otro tiempo.

Sabe que la inspectora Benarque lo está esperando en uno de los hangares de la estación de Santa Justa y empieza a preocuparle que no responda a las llamadas que ha realizado a su móvil, pero la actividad que se lleva a cabo justo frente a él le interesa particularmente.

En la puerta del Lagarto, junto al patio de los Naranjos, los empleados de la catedral descargan grandes cajas perfectamente embaladas de un camión bajo la supervisión del ciego. Amador Acal da las últimas instrucciones a los porteadores, consulta su reloj en relieve, y, guiado por su amariconado lazarillo mendigo, cruza la calle Alemanes en dirección a la taberna donde lo espera el policía. Nadie se vuelve para mirar la familiar figura del anciano con la tira de cupones colgada de su chubasquero amarillo mientras el joven lo conduce a través de la penumbra de la vieja tasca adornada con carteles taurinos hasta la mesa donde Pedro Arreciado bebe su segunda copa de cazalla.

—Según veo, está usted pluriempleado —comenta el comisario, señalando el camión—. ¿También trabaja para el consejo catedralicio?

—El consejo catedralicio trabaja para mí. —No es un buen día para el humor cambiante del invidente—.

¿Cuáles son las novedades que tenía que contarme?

—Las mejores. Los anónimos.

Sin disculparse por irrumpir en la conversación, un tipo trajeado se acerca a la mesa.

—¿Qué número salió anoche, abuelo?

—Lárgate —responde Amador, molesto.

— ¿Cómo que me largue ? Tu obligación es informar a los clientes. El lazarillo, que estaba sentado jugando con las servilletas de papel, se levanta de su asiento, imprevisiblemente chulo, y se encara al fulano del traje azul marino exhibiendo sus dientes cubiertos de sarro.

—¿A que te arranco la polla y me la como, mamón?

Es más bajo y delgado que su posible oponente, pero nadie duda de que lleva las de ganar. Y mucho menos el del traje, que se retira a la barra y enseguida sale del bar sin devolver una palabra ni una mirada. El ciego endulza a tientas el café con leche que el camarero le ha traído sin necesidad de ordenarlo y vuelve a hablar en el mismo tono displicente.

—¿Qué ha descubierto de los anónimos?

—Todo —contesta el policía, que ha disfrutado durante el enfrentamiento—. Tiene bien entrenado al chico, ¿eh?

—Que hables —tuteándolo; impaciente.

Una cosa es pasárselo bien mientras humillan a un tercero y otra tener que soportar que le hablen de esa manera. Arreciado tiene que valorar lo que se juega para no contestar como le gustaría, pero la digestión tarda unos segundos. Al fin consigue tragarse otra respuesta y comienza el relato.

—Tenían razón sus expertos del Vaticano. Éste era un asunto para investigadores que conocieran la zona. Le dije que los de la Policía Científica me debían un favor. Por lo visto, ya desde que llevaron una muestra del anónimo a las primeras imprentas descubrieron que la letra no pertenecía a un modelo estándar. Es un tipo de letra especial, no comercializado. La verdad es que ha sido fácil. En Argüelles, una de las imprentas más famosas de la ciudad recordaban perfectamente a un capullo que pretendía encargarles una pequeña tirada de un catálogo de tebeos. El gilipollas ese había diseñado una fuente de escritura en el ordenador para su uso privado. Que por supuesto no era compatible con ninguno de los programas que utiliza Argüelles. Allí lo

recordaban bien porque, a pesar de que iba a hacer una mierda de pedido, el tío se puso pesado, insistiendo en que tenían que respetar el montaje que les había ¡levado. Al final tuvo que contentarse con un fotolito realizado a partir de un original y reproducido por una impresora láser.

—¿Tienes los datos de ese tipo?

—Tenían una copia de la factura a nombre de una tienda de cómics, Delta-99. Con domicilio en la calle Calatrava sin número. En nuestros archivos figura como propietario un tal Paciano Gómez. —El policía espera un agradecimiento que no llega y continúa hablando—. Posiblemente, el mamahostias ese editó un catálogo que a todo el mundo le interesó un carajo, le sobraron un montón, y ahora está recortando las letras para componer los anónimos.

—Posiblemente.

—Del tío no sabemos más. ¿ Quiere que me pase por la tienda a ver de qué me entero?

El ciego se pone trabajosamente en pie y parece que dirige su falsa mirada hacia más allá de la ventana, hacia los malignos muros chorreantes de la catedral, o más lejos aún.

—Cuando yo quiera que hagas algo, te lo haré saber.

El mendigo lo toma del brazo, como a una novia patética y torpe, y salen de la taberna. Pedro Arreciado sabe que Romana lo espera en la estación, quizá con las personas que persiguen, pero pide un tercer aguardiente al camarero. Sus digestiones son más pesadas tras cada encuentro con Amador.

6

La tempestad arrastra uno de los barcos hasta hacerlo encallar en la costa, otros luchan desesperadamente por no alcanzarse entre sí, más de uno ha zozobrado ya en los últimos días. Alvaro absorto en el solitario lago artificial donde los pequeños barcos teledirigidos apenas se mantienen a flote contra el viento.

No se percata de que el toldo de plástico del merendero en el parque del Alamillo no le salva de las salpicaduras de la lluvia, ni de la llegada de Riven y Hernández, que se sientan a su lado. Casi no mira la maleta que han traído con ellos.

—¿Se encuentran bien?

Asienten sin palabras al anciano que no ven desde el día anterior y por el que parecen haber pasado las calamidades reunidas de muchos años en estas pocas horas. Ellos mismos aún no se han recuperado de la matanza de la estación.

Cada uno aporta sus propias piezas para el puzzle del Purga-tono.

No se ve a nadie más en el parque, sólo sombras silbantes en la espesura del bosquecillo que los rodea.

¿Quién iba a estar, aparte de ellos, en un comedor al aire libre en un día así? La mujer se levanta y regresa al poco tiempo del kiosco de comidas con hamburguesas y Coca-Cola para todos.

—No tenían otra cosa.

El menú no importa; los tres llevan tiempo sin comer y además sirve para disfrazar el silencio, que Alvaro tiene que romper tarde o temprano.

—Junto a la maleta que está en el coche, ya tenemos dos —señalando sin alegría la que está sobre una silla.

—¿Y las demás? —pregunta Hernández.

—Otra vez tenemos dos posibles caminos —con voz cansada—. Onésimo Calvo-Rubio dejó un CDROM en el que se muestra una especie de pasadizo que une la biblioteca de la Facultad de Geografía, la sección de Teología concretamente, con la biblioteca de los antiguos seminarios, los del palacio de San Telmo. Creo que era allí donde ocultó la maleta que custodiaba. Por otra parte...

—¿Sí?

—Bueno, he estado siguiendo el rastro de Pelayo Abengozar. Lo último que he descubierto es que pasa

mucho tiempo en ¡a antigua fábrica donde trabajaba.
También sé su nombre, Termisa. En el polígono Calonge.

¿Saben dónde está?

—¿El polígono? Claro. Junto a la carretera Carmona —
responde la mujer. Como el viejo no dice nada, es Riven
quien debe tomar iniciativas.

—Una nueva bifurcación. Será mejor que volvamos a
separarnos.

Por un momento parece que Alvaro va a protestar ante la
proposición, pero sabe que se le está acabando el tiempo, y
se sobrepone a la renuencia que le produce volver a
quedarse solo.

—A la biblioteca será mejor que vaya Riven. Le será más
fácil

lados contra los demás cometido con el fin de
mantenerse a flote. No es que interpreten el personaje que
haga falta, es que están dispuestos a vivir intensamente
otras muchas vidas con tal de no perder la propia. Todo el
mundo finge, pero ellos lo hacen con mayor credibilidad,
porque no son conscientes de hacerlo. Actuando hacia
dentro. A pesar de la reflexión, es un consuelo saber que va
a contar con compañía y se toca con desagrado la ropa
arrugada y la barba sin recortar.

—Tendré que esperar a que sea de noche y no sé el
tiempo que me llevará encontrar la entrada del pasadizo —
comenta Ríven—. ¿Nos encontramos en el ático de la calle
Vulcano cuando termine?

—No —el sacerdote, de nuevo abatido ante la mención
de aquel lugar—. Allí no podemos regresar. No le preguntan
por qué.

—Entonces será mejor que nos busquemos la vida por
separado para pasar la noche. ¿Y mañana?

—Ahora que disponemos de dos coches, podemos
citarnos en el templete que hay en los jardines del Centro
de Acogida de las Hijas de la Caridad —Hernández—. No hay
lugar más solitario. ¿ Lo recuerdas ?

—Me lo señalaste el día que te recogimos de allí.

—¿A las doce?

Alvaro piensa que a las doce quedarán doce horas para que llegue el fin del año. Está a punto de comentárselo a sus compañeros pero guarda silencio, mirándolos. Desentrañando el momento.

Con la sensación que ésta es la última vez que van a encontrarse los tres juntos.

7

En la estación de Santa Justa, el comisario Arreciado extrae su duplicado de la llave que abre la cerradura del hangar donde se ha citado con la inspectora Benarque, pero al apoyar una mano sobre la puerta, ésta se abre con un chirrido metálico.

Durante el camino ha seguido llamando al móvil de la mujer sin obtener respuesta. El interior de la gran nave apenas está iluminado por la luz grisácea que penetra desde los altos ventanales. Así que empuña el revólver y se desliza silenciosamente entre las antiguas máquinas de ferrocarril, atento al posible ruido que desencadene la presión de su dedo sobre el gatillo, lamentando no haber traído su linterna.

Cuando llega al fondo del hangar comprueba que no la necesita.

Ojalá no viera aquella escena con tanta claridad.

Se coloca en cuclillas, el revólver pendiendo de la mano laxa, el antebrazo apoyado sobre el muslo.

Hace mucho tiempo que no recordaba a su ex mujer o a su hija. Ni a aquella gitana con el pezón amputado a la que protegió a su manera durante una época, cuando aún era sargento. Tampoco a la chica de diecisiete años que conoció en el metro mientras asistía a un cursillo en Madrid. O al homosexual al que violó; estaba interrogándolo en un hotelucho, ya le había pegado dos o tres hostias, y, sin venir a cuento, lo giró, le bajó

los pantalones y le estuvo dando por el culo hasta agotarse; después se marchó de allí y nunca llegó a plantearse lo que había hecho. La mujer casada con la que se acostaba de vez en cuando y cuyo marido fue a buscarle un día a comisaría, llorando, para rogarle discreción. Catalina. Y la falsa manicura. Y la limpiadora. Y la coja. Y las vecinas, las detenidas, las mujeres de los detenidos. Y miles de noches de búsqueda al final del mostrador en los bares de copas. Y unos cuatro millones de putas. Tantas caras escondidas entre los entresijos de los años. Tan sólo unos días antes creía que el dinero que estaba consiguiendo con su participación en aquella locura podía sellar las puertas que había ido dejando entreabiertas a lo largo de su vida y por las que a veces continuaban surgiendo visiones, voces, espejos.

Piensa en otras muchas cosas para no pensar en los días pasados junto a la joven inspectora. Ni siquiera se fija en los cuerpos sin vida de los dos policías que la acompañaban. Es difícil apartar la mirada del abrigo de cuero blanco manchado de rojo.

8

Siguiéndolas indicaciones de Hernández, Alvaro aprovecha el cambio de sentido para cruzar transversalmente el puente de la carretera de Carmona y al sobrepasar el concesionario de Renault, sin ningún cartel que lo anuncie, una estrecha carretera les introduce en el inmenso polígono Calonge. Han buscado la dirección de Termisa en las páginas amarillas, saben que la fábrica se encuentra en la parcela 133, pero de nada les sirve el dato dentro de una zona que se ha expandido en carreteras, calles, caminos de tierra, miles de edificios de distinto trazo según

En cuanto se adentran unos metros, tienen la sensación de haber pasado la puerta de una dimensión industrial que constituye un universo cerrado e independiente en el interior de la ciudad. Las dificultades se multiplican cuando

advierten que algunos módulos se han agrupado en núcleos aislados por muros o verjas ordenados por una numeración propia, separados de otros núcleos por callejuelas sin asfaltar convertidas en ciénagas.

El sacerdote recorre reiteradamente las inacabables avenidas hasta perder la noción de los lugares por los que han pasado en más de una ocasión, conduciendo con la cara muy cerca de los limpiaparabrisas desbordados por la tromba de agua. Cuando Hernández distingue por tercera vez el rótulo de la parcela 112, deciden aparcar el coche con las dos maletas ocultas en el falso suelo del maletero y continuar la búsqueda a pie.

—¿Sabe usted, al menos, qué fabrican en Termisa?

—Según la guía telefónica, distribuyen recubrimientos para conductores eléctricos.

—Pues eso no nos da ninguna pista.

Es cierto.

Mal cubiertos por un solo paraguas, abandonan la corriente de agua que está anegando la avenida y se internan entre las irregulares construcciones. Talleres, almacenes, pequeñas industrias, alguna cafetería cerrada con comedor para los trabajadores. Naves oscuras y destartaladas, decadentes o muertas. Ni con sol y personas deambulando dejaría de ser aquél un paisaje desolado. Tras un módulo triple, se disponen a salvar un desnivel frente a una nave con un gran camión estacionado en la entrada cuando descubren que la cabina de éste ocultaba la identificación del lugar que buscan. Deben bajar por la rampa y avanzar por una charca que les llega a los tobillos para llegar a la puerta del muelle de carga. Desde luego, no hay una sola luz en el interior. Pegados a la fachada para protegerse, van rodeando el

edificio, vuelven a subir por una escalerilla hasta el nivel de la calle y terminan encontrando la puerta de las oficinas. La sobrepuerta metálica que la guarda está abierta, y eso es

una buena y una mala noticia. Pueden entrar, pueden encontrarse cualquier cosa dentro.

Alvaro siente que a pesar de todo el horror que ha vivido en los últimos días, sigue sin estar preparado para penetrar en aquella nueva oscuridad. Cierran el paraguas, empujan la hoja acristalada, encienden un mechero y andan.

Pronto pueden apagarlo porque una tenue luz blanca al otro lado del gran recinto les indica el camino a seguir.

En la puerta, un folio amarillento fijado con cinta adhesiva les indica que han llegado al despacho del comité de empresa. Es un despacho pequeño pobremente amueblado con unos archivos y tres escritorios metálicos embutidos de forma que apenas permiten el paso a otra dependencia que es de donde procede el suave resplandor. Un despacho aún más reducido, casi una alacena, con una desvencijada mesa de madera, una silla de respaldo recto, un armario empotrado en la pared y Pelayo Abengoza colgado del techo. El anciano se había subido a la mesa, había desenrollado el alambre con el que estaba construida la pantalla de la bombilla, se lo había anudado alrededor del cuello y había saltado. El tirón casi lo había decapitado.

—Si estuviera aquí Riven, diría algo así como que cada uno puede celebrar el Año Nuevo como más le guste — comenta Hernández con voz ronca.

Sobre la mesa no había más mensaje que la sangre del sacerdote.

Tampoco en el resto de la habitación ni en sus ropas, que Alvaro registra con la falta de expresión del que se está acostumbrando a realizar actos contrarios a su naturaleza, encuentran indicios del motivo de su decisión. Sólo una cartera de bolsillo con su contenido convencional y un llavero. En la pared, una foto enmarcada y autografiada del cura obrero junto a Marcelino Camacho. Alvaro intenta convencerse de que puede haber sido el desencanto que termina afectando a tantos luchadores por la justicia, o el miedo a la muerte de los viejos, que les empuja a acercarse

voluntariamente a ella antes de que íos tome por sorpresa. Pero sabe que fue el único de los Cinco Custodios que se cuestionó la misión que le habían encomendado, con la mala fortuna de averiguar a quiénes había estado sirviendo en realidad durante la mayor parte de su vida, y que no le resultaría fácil vivir con ese descubrimiento. La tercera llave abre la puerta del armario, y dentro, rodeada de muchos años de papel impreso, encuentran la maleta que tanto han buscado.

Después de todo, no la destruyó antes de suicidarse.

Probablemente la monja del hospital de la Santa Caridad no le reveló más que una verdad a medias. Con sus secuelas de incertidumbres. Que, como siempre, son las que resultan más devastadoras.

9

No le ha resultado difícil a Riven permanecer inadvertido entre los anaqueles del segundo piso de la biblioteca de la Facultad de Filología y Geografía e Historia hasta que ésta ha quedado completamente vacía. La biblioteca ocupa parcialmente dos pisos de la antigua fábrica de tabacos. En la planta baja, junto a la sala de manuales para préstamos y consultas, se encontraba el mostrador con un único empleado, más que suficiente para atender a los tres o cuatro estudiantes particularmente aplicados, o incapacitados para actividades extra académicas, que utilizaban las instalaciones durante las vacaciones de Navidad. La primera planta, comunicada con la inferior por una escalera interna, que alberga la sala de lectura y los despachos, contaba con rincones más que suficientes para ocultarse hasta que todos se hubieran marchado.

Aun así, Riven dejó pasar más de una hora, esperando a que el edificio recobrara su condición nocturna de gran sepulcro desierto, para abandonar su escondite. Si realmente la sección de Teología contaba con un pasadizo subterráneo que cruzaba la calle y la comunicaba con la

biblioteca del palacio de San Telmo, debía encontrarse forzosamente en la planta baja.

Estaba a punto de bajar por la escalera cuando descubrió cómo el agua avanzaba hacia él, pasando rápidamente bajo el arco que unía dos de las innumerables columnas.

Al fin, tras tantos días de lluvia ininterrumpida, había encontrado o perforado un lugar por donde filtrarse y estaba inundando la biblioteca de la universidad. Pospuso el descenso por un momento para avanzar en contra de la corriente; pronto pudo observar cómo el agua procedente del techo resbalaba por los estantes empapando, hinchando, destrozando silenciosamente los miles de libros que almacenaban. Si nadie daba la voz de alarma en toda la noche, al día siguiente los daños podían ser irreparables. Y no va a ser Riven quien se ocupe de hacerlo.

Si el agua sigue entrando a ese ritmo pronto llegará a la planta baja y, si existe la entrada al subterráneo, éste puede terminar inundándose mientras él lo explora. Así que no pierde un segundo y emprende el descenso al otro piso. Descarta la zona de ofimática y las mesas de lectura y comienza el recorrido entre los corredores que forman los muebles atestados de libros, mirando a toda prisa los viejos letreros de madera donde se indica la materia que contienen. Al final de la enorme sala, sobre unas estanterías empotradas en la pared, lee que ha llegado a la sección de Teología.

La entrada al pasadizo está allí, en forma de trampilla, claramente visible en el suelo, aunque bloqueada por los estantes que reposan sobre la mitad de su superficie.

En primer lugar, se quita la gabardina y extrae de los bolsillos interiores la linterna, el martillo de bola y la palanqueta que ha comprado en una ferretería antes de esconderse en la biblioteca. Una vez libre del peso, empieza a sacar los libros de las baldas, amontonándolos en el suelo sin ningún miramiento, mezclando a san Agustín con Calvino, la *Summa Theologica* con *Der christliche Glaube*.

No se olvida de vigilar los escalones, atento a la llegada del agua.

Tarda casi diez minutos en despojar las repisas.

A continuación, usando la palanca, separa el mueble de la pared, arrancando los tornillos que lo sujetan, sin preocuparse del ruido m de los desperfectos que está causando.

Una vez desencajado, apenas le cuesta introducir la herramienta en el borde de la trampilla y levantarla con ligero estallido de polvo. Debajo, a un palmo, un segundo suelo construido con ladrillos no hace demasiado tiempo que no tarda en precipitarse y desaparecer en la oscuridad bajo unos cuantos martillazos. Aún de rodillas sobre el agujero, cambia el martillo por la linterna y descubre unos escalones de piedra que arrancan casi desde el falso suelo. Se levanta para ponerse de nuevo la gabardina y guardar en sus bolsillos las herramientas. Pero se queda allí, contemplando el cuadrado de oscuridad que se abre ante él. Tan absorto que no repara en que el agua ya está bajando desde el piso de arriba. Es la entrada a un túnel perfectamente perfilado en los cimientos de la construcción, por el que tendrá

que caminar agachado; antiguo, sucio de siglos y quizá de historias que no pueden contarse, de huellas de actos tan aberrantes que no pueden ser recordados, como los que constituyen la mayor parte de su propia vida. En estos días se están abriendo algunas de las puertas que conducen a los escondrijos donde sobreviven las asquerosas alimañas que infectan con sus mordiscos las entrañas de la humanidad. Comienza a bajar por los escalones.

El agua prosigue con su labor destructora de libros y Riven ni siquiera ha escuchado hablar de!

Apocalipsis de la Palabra.

10

Intentando orientarse entre las infinitas masas de cemento, muy cerca de las paredes para resistir el empuje

de las ráfagas de lluvia, con el recuerdo palpitante de la sangre. El Passat está más lejos de lo que creían.

Alvaro sostiene el paraguas con una mano y la maleta con la otra. Hernández camina entre el hombre y las fachadas y se retrasa de vez en cuando.

No se ve el fin de las carreteras mal asfaltadas del polígono Calonge. No han hablado de dónde van a pasar el resto de la noche.

No dejan de andar.

Sólo quieren salir de allí.

En vez de rodear el inmenso almacén tras el que han aparcado el vehículo, acortan camino por un estrecho callejón donde alguien ha intentado plantar algunos árboles, tan muertos que no les proporcionan ninguna protección.

Como lo recorren en fila india, Alvaro es el primero en salir a la avenida y en doblar la esquina para encontrarse con el maletero abierto de su coche rodeado de sombras. Ni por un momento piensa en que hayan sido vulgares ladrones los que le han reventado el automóvil. Y, además, las sombras difuminadas por la lluvia se mueven, avanzan, lo rodean sin acercarse demasiado.

Es absurdo seguir huyendo.

Una docena de siluetas de lo que parecen mendigos indiferentes a! frío o al agua y el ciego es el único que se aproxima, conducido por el lazarillo de los dientes mugrientos, sosteniendo las maletas que el sacerdote había ocultado en el doble suelo del maletero.

La tercera maleta parece cobrar un peso insoportable en su mano.

Su camino terminaba en aquel polígono industrial.

Por más que fija su mirada en cada sombra, no está seguro de si Hernández ha tenido su misma suerte.

11

Hasta donde alcanza con el haz de la linterna, Ríven comprueba que va a tener que seguir encorvado la mayor parte del camino.

Ninguna bifurcación.

Sólo una galería de dimensiones regulares que desciende suavemente en recodos situados a intervalos cambiantes.

Es difícil imaginar la utilidad de un pasadizo excavado para unir la universidad con los seminarios del palacio de San Telmo, pero ya sabe que la lógica no sirve para comprender lo que está descubriendo en la ciudad durante los últimos días. No encuentra objetos en el suelo ni inscripciones o aberturas en las paredes. Sólo piedra

perfectamente recortada, cubierta de polvo, de una antigüedad indefinida. Hace rato que la luz se perdió a su espalda. Pronto pierde la noción del tiempo y las distancias. Poco a poco, a medida que el aire es más irrespirable, un rumor empieza a tomar forma, no sabe si delante o detrás de él. Siente un picor en el antebrazo pero no se cambia de mano la linterna para comprobar la causa.

Primero llega a la conclusión de que más que un sonido es una voz, la oscuridad es cada vez más sofocante, y enseguida deja de estar seguro de si los murmullos proceden de fuera o de dentro de su cabeza. Lo asaltan algunas imágenes sin significado, las ha visto antes, pero no se preocupa en identificarlas porque sabe que vienen de una vida ya gastada. Se esfuerza en tener en cuenta que eso es lo único que puede perder en aquel subterráneo, la vida, para calmar su respiración agitada. Y perder la vida es algo que hace mucho que no le preocupa.

El suelo se nivela y las revueltas aparecen cada vez más espaciadas. El sonido se propaga con más facilidad en líneas rectas, el rumor es más claro; las palabras continúan siendo indescifrables, la amenaza que encierran no.

Siente con más intensidad el escozor en el antebrazo.

Avanza en la oscuridad como si retrocediera.

Hacia los años de su vida que no recuerda, que quizá no haya vivido pero que esconden algo. El lenguaje de la criatura que vive en el subsuelo con los rostros que hace unos minutos le visitaron. El presente se funde con el

tiempo que no puede recordar. De pronto sabe. No es posible distinguir las palabras de la bestia porque la bestia nunca aprendió a hablar. Ya era una aberración cuando nació y unos padres que no conocían la misericordia la encerraron debajo del piso para que no horrorizara a la raza dominante. No sucumbió. Se nutrió de las inmundicias que los hombres esconden, de los siglos de depravación que la gente se oculta incluso a sí misma... saliendo a alimentarse del miedo en medio de la noche, a través de las alcantarillas, espiándonos desde el fondo de los estantes de las bibliotecas. Riven no duda de que éste no es su primer encuentro con la criatura.

También es posible que el sonido que escucha no sea más que el agua de la biblioteca que está

inundando el pasadizo, que corre a su encuentro para terminar ahogándolo como una rata a la que jamás haya visto nadie y a la que nadie importa.

El túnel no tiene fin.

Reflejos del pasado siguen hirviendo en su cabeza.

Sólo la desesperación puede mitigar el miedo a la muerte.

HESPERIO M. TERTULLI

Liechtenstein, 19 de febrero de 1912

Quince días después de mi muerte, la Madre Santa será retirada de los Altares y un coro de setecientos demonios cantará una nueva música sobre un cenagal de sangre. No habrá pasado mucha agua bajo los puentes antes de que se desencadene una reyerta en la familia. La cruz será arrojada a la bodega. Los marrillos golpearán los altares y las llamas devorarán las iglesias... la cruz será blasfemada y llegará el día en que la tierra no sea suficiente para enterrar a los muertos...

GKIGORI EFÍMOVICH RASPUTÍN,

Escritos proféticos

A pesar de que su motor de cuatro cilindros estaba revolucionando el mercado del automóvil a partir de su

lanzamiento en 1909, el Cadillac Thirty Roadster ascendía lentamente por la estrecha carretera de montaña, menos por lo pronunciado de la pendiente que por la intensidad de la nevada que, unida a las sombras nocturnas, dificultaba la visibilidad de un chófer en su primera incursión por esta región de Liechtenstein. El pequeño Hesperio M. Tertulli viajaba solo en la parte de atrás, arropado por una gruesa manta de viaje, compartiendo el asiento con dos maletas grandes —todo el equipaje que necesita un niño de doce años para un traslado definitivo— y un paquete envuelto en fieltro que no había soltado durante todo el trayecto. El asilo mental Emil Kraepelin estaba situado a poca distancia de la población de Vaduz. Pese a la escasa velocidad de marcha, los ocupantes del vehículo no tardaron en ver, tras una mortífera curva, las ventanas iluminadas del caserón. En realidad, sólo parecía haber alguien despierto en la planta baja y en el último piso; el resto del enorme edificio, estructurado en varios cuerpos con los tradicionales techos a dos aguas, permanecía a oscuras, como amedrentado por la nieve y por la soledad del paraje y por la noche. Dadas las inquietantes circunstancias en las que murieron sus padres y la críptica personalidad de un niño que ya había pasado por algunos de los más caros y reputados colegios especializados de Europa sin avances perceptibles, sus tutores legales habían determinado enviarle a este centro, en el que se unían el prestigio alcanzado por ciertos éxitos en el tratamiento de los descendientes de algunas de las familias más prominentes con la ventaja de estar ubicado lo suficiente lejos de cualquier sitio como para que la existencia de Hesperio dejara de constituir una fuente de problemas para sus familiares. El chófer dejó el coche en marcha frente ala casa, y corrió bajo la nieve para protegerse en el tejadillo de la puerta principal. Enseguida salió a recibirle una mujer con la que intercambió unas palabras y a la que entregó

un sobre. Después volvió al coche para recoger las maletas e indicar a Tertulli que lo siguiera de vuelta a la vivienda.

—La gobernanta —informó. Dejó las maletas en el recibidor y se marchó despidiéndose con un toque en la gorra. El sonido del motor se perdió inmediatamente por el camino que los había traído.

—Me llamo Aleja —se presentó la mujer—. Te estábamos esperando. No te preocupes por el equipaje, ya ordenaré que lo lleven a tu habitación. Sígueme.

Morena de pelo negro, oscura. El severo traje sastre gris no lograba disimular ni sus pechos ni sus caderas. Unos cuarenta y tantos años que parecía haber tenido siempre. Atravesaron el vestíbulo mal iluminado por candelabros y subieron la escalera hasta el primer piso. La tercera habitación de la izquierda era para Hesperio, que liego hasta ella sin hacerse una idea clara del ambiente de la casa; penumbra, vaho por la baja temperatura, rincones, silencio. En ningún momento había dejado de abrazar el paquete envuelto en tela y amarrado con un cordel.

—Hasta pronto —susurró la mujer y cerró la puerta del cuarto al marcharse. El dormitorio era grande, lo que contribuía a que pareciera aún más árido. Un armario de la misma madera antigua y grasienta que el escritorio y la mesita de noche junto a la cama de barrotes metálicos, sobre la que se veía un pijama a rayas, constituían todo el mobiliario. Se imaginó que el cuarto de baño estaría en el pasillo. Tenía ganas de orinar pero no se atrevió a salir de allí.

Tertulli era un niño menudo para su edad, de baja estatura y delgado, muy pálido. Temblaba. Se puso el pijama de tela acartonada y se introdujo en la cama. Las sábanas eran todavía más rígidas y ásperas al tacto. Apagó la vela. Podía sentir el peso del paquete cubierto de fieltro a sus pies. Se dispuso a interpretar los débiles sonidos que escuchaba para entretenerse, pero éstos llegaban

demasiado distorsionados. Ni siquiera se planteaba la posibilidad de atrapar el sueño. El frío era todavía más intenso en el interior de la cama; al principio era tan hiriente que le dolían los dedos de las manos y de los pies. Después, cuando se quedó inmóvil durante un tiempo, en vez de atenuarse, el frío dejó de ser un bisturí para convertirse en un anestésico que insensibilizó todo su cuerpo. Apenas sintió cómo se vaciaba su vejiga.

Tampoco sabía cuándo comenzó a llorar.

La humedad en su cara y en las sábanas se adhería a su pie como el pegajoso contacto de un reptil congelado.

No era consciente del tiempo que llevaba allí.

Sin que ningún ruido lo advirtiera, se abrió la puerta de la habitación para mostrar a Aleja con un quinqué en la mano.

—Ha llegado el momento.

Hesperio salió de la cama despacio, temeroso de la reacción de la mujer ante su pijama mojado, pero aunque el detalle no se le había escapado, ella no pareció concederle ninguna importancia; se dio la vuelta y salió. El niño recogió su paquete antes de seguirla.

La casa había evolucionado a un silencio absoluto.

Caminaron en fila por pasillos cada vez más tortuosos que parecían comunicar aquella parte del edificio con otras zonas más oscuras y poco frecuentadas, hasta llegar a una escalera estrecha e inclinada. Subieron hasta el final, hasta un descansillo que conducía ante lo que parecía ser la entrada al ático. Aleja abrió sin llamar y, tras la puerta parecía estar esperándoles un anciano con la barba y el pelo largo blancos, la mitad del rostro y del resto del cuerpo inutilizados por una antigua congestión.

—Él es Efrén —indicó la mujer, empujando al niño hacia el interior; a continuación cerró, quedándose fuera.

Aunque la parálisis facial restaba expresividad a uno de sus ojos, el rostro del viejo pareció iluminarse ante la presencia del paquete que el niño llevaba en las manos. Con un gesto lo invitó a entrar. El ático era una enorme estancia

pentagonal sin columnas, apenas alumbrado por un cirio en cada uno de sus cinco ángulos.

Junto a la única ventana en forma de ojo de buey se podía ver un modelo anacrónico de telescopio. Las paredes estaban cubiertas de estanterías donde reposaban brújulas, astrolabios, octantes, sextantes y otros muchos instrumentos desconocidos.

El suelo estaba cubierto en su totalidad por el grabado en colores sepia de un antiquísimo portulano, una carta de navegación que representaba la concepción global del mundo unos cuantos siglos atrás. Superpuesto al portulano habían dibujado un gran pantáculo invertido.

En cada uno de los vértices del pantáculo, oculto por la tiniebla, se sentaba uno de los Cinco Maestros. Y en el centro, un cuadro con palabras.

S
A T
O
R
A
R
E
P
O
T
E
N
E
T
O
P
E
R
A
R
O

T
A
S

Efrén se queda en la entrada, junto a un pedestal que soporta una estatuilla de basalto negro que sostiene en las manos un minúsculo libro con microscópicas inscripciones.

El niño avanza descalzo, con paso inseguro. El cuerpecillo tiritando. El arco de humedad en los pantalones del pijama.

Se detiene al llegar al centro del pantáculo, sobre la letra N del cuadro, y desenvuelve el *Manuscrito de Dios*.

Pero cuando habla, la voz de Hesperio resuena firme en la estancia:

—Os traigo un mensaje, un procedimiento y un libro para que se los hagáis llegar al hombre que seré.

VI

Sevilla a principios del Nuevo Siglo, final de año

La verdadera llama engullirá a la dama,
que querrá arrojar al fuego a los Inocentes.
Poco antes del asalto el ejército se inflama,
cuando en Sevilla sea visto monstruoso buey.

Centuria VI - Cuarteta 19

Seis días durará el asalto de la ciudad,
se librará una dura y fiera batalla:
tres la entregarán y serán perdonados,
los demás serán pasados a fuego y sangre.

MICHAELUS NOSTRADAMUS, *Centuria III - Cuarteta 22*

¿Quién es el digno de abrir el libro y de levantar sus sellos? Y ninguno podía, ni en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra, abrir el libro, ni aun mirarle.

Apocalipsis, 5

1

Mientras el sacerdote negro que siempre lo acompaña sostiene el paraguas y vigila el resto de las entradas del corredor que rodea la segunda planta del patio interno del

número 34 de Ciudad Jardín, el obispo Magallanes llama impaciente por tercera vez a la puerta 23.

Al fin se oyen unos pasos que se arrastran al otro lado y la puerta se abre.

—Ustedes dirán —les saluda un sujeto de unos setenta, vestido con pantalones de franela y un batín a cuadros, que se apoya en un andador niquelado.

—¿Antonio Arturo Bracho?

—Para servirles.

—Buenos días. Me llamo César Magallanes. Vengo desde Ciudad del Vaticano en una misión especial. Me gustaría hablar con usted.

En ese momento, el dueño de la casa se percata del anillo distintivo que los obispos llevan en la mano derecha.

—Ilustrísima... desde luego, pero no se queden ahí. Hagan el favor de seguirme. En seguir su lento avance tras el andador hasta una salita, probablemente decorada por una ama de casa de extracción popular en los años cincuenta del siglo pasado y con un enorme órgano de viento en el lugar que debería haber ocupado el televisor, tardan bastante más de lo que el prelado desearía. Al fin se sientan los tres alrededor de una mesa camilla bajo la que arde un brasero eléctrico.

—¿Han desayunado? ¿Quieren ustedes tomar algo?

—Nada, gracias —responde Magallanes por los dos—. Verá, no quisiera molestarle más de lo necesario, pero en la Cancillería del Arzobispado me han informado de que mantenía usted cierta relación con fray Zenón lineara. ¿Es cierto?

—Una larga relación, en efecto. —El anciano se quita las gafas con monturas de carey previniendo la posibilidad de empañar las lentes—. Una larga y estrecha relación. Éramos grandes amigos... En mi situación, ni siquiera he podido asistir a su entierro. ¿Están ustedes investigando las circunstancias de su muerte?

—¿Hace mucho que se conocían?

—Una desgracia... —El hombre ha tratado antes con religiosos de aquella categoría y sabe que su papel es responder preguntas, no formularlas—. Unos treinta años.

—Cuénteme.

—Pues verá, en la época en que dirigía el coro de San Bartolomé, un grupo de músicos más o menos representativos de diócesis de todo el mundo, fuimos invitados a un seminario en la Santa Sede donde se pretendía analizar la posible necesidad de... ajustar, más bien actualizar, los repertorios de música sacra en la Iglesia de aquellos días. El Concilio Vaticano Segundo no estaba lejos, y como su ilustrísima sabe mejor que yo, todos los elementos de la liturgia debían «popularizarse».

—Siga —ordena Magallanes, consiguiendo que su cara no traicione el desprecio que le merece la mención del concilio.

—Fue allí, durante mi estancia en Roma, cuando me presentaron a Zenón. En realidad nos conocimos fugazmente. Pero yo estaba interesado en conseguir unas antiguas partituras que podían encontrarse en la Biblioteca Apostólica, lo que nos hizo iniciar una relación por cansa. Cuando vino a Sevilla detrás de sus queridos libros, me visitó. Yo ya estaba jubilado y disponía de mucho tiempo libre, así que terminamos intimando. Tanto como se podía intimar con un hombre como él.

—¿Un hombre como él?

—Era una persona muy introvertida. Por ejemplo, al poco tiempo de estar en esta ciudad, le propuse venirse a vivir aquí. Por cómodo que estuviera en su hotel, en esta casa se sentiría más acompañado. Y dispongo de sitio de sobra. Todo el inmueble era propiedad de mis padres, y aparte de unos cuantos inquilinos de renta antigua, estaba en disposición de ofrecerle las habitaciones que más le gustaran. Pero era un hombre muy suyo. Al final, después de mucho insistirle, consintió en utilizar una habitación como estudio, al otro lado del patio. Venía casi todas las tardes a trastear con sus papeles.

—¿Notó algo extraño en él, últimamente? ¿Algo que pudiera predecir su suicidio?

—Ya le digo que siempre fue muy callado para sus cosas. Y desde hace un tiempo, más. Al principio siempre pasaba por aquí para tomar café conmigo y charlar un rato. Pero tenía llave propia de sus habitaciones y terminó entrando y saliendo sin avisarme siquiera. Sí alguna vez venía a verme, se quedaba sentado ahí donde está usted, sin abrir la boca. Y al rato se iba como había llegado. El pobre debía estar ya trastornado.

—¿Nunca le dijo algo significativo? Algo que te llamara a usted la atención.

—Nada... A veces se lamentaba, pero nada más.

—¿De qué?

—De lo que había hecho con su vida. Pero sin entrar en detalles. Y yo no quise preguntarle. Magallanes queda en silencio. Evita mirar por la ventana. Anula operaciones, deshace cálculos, aplica nuevas tablas de valores, reformula el problema.

—¿.Me permitiría usted visitar sus habitaciones?

—Cada vez me cuesta más salir de casa, y con este tiempo... pero si quieren puedo darles la llave y se acercan ustedes.

En uno de los bolsillos de la bata guarda un llavero con una medalla de oro. Elige una llave y se la entrega al obispo.

—Es la puerta quince. Tómese el tiempo que quiera.

—Bien.

Al sacerdote de color le basta una mirada para saber que su superior no quiere compañía y se queda incómodamente sentado en la camilla mientras éste se pierde por el pasillo. No se preocupa en tomar un paraguas para recorrer el tramo de corredor al aire libre que lo separa de la puerta indicada. Cuando está a punto de llegar a la 15 suena el timbre de su teléfono. Extrae el móvil del bolsillo de la gabardina mientras introduce la llave en la cerradura.

—Hable.

—¿Ilustrísima? Soy Amador.

—Lo sé.

—Le llamaba para contarle las últimas novedades.

¿Puede usted hablar?

Como la mayoría de las casas de vecinos, ésta también está distribuida arbitrariamente. El número 15 no es más que un corto recibidor que da a una espaciosa habitación con una antigua mesa de comedor que hace las veces de escritorio, una silla de respaldo recto y una gran cantidad de cajas de cartón amontonadas por el suelo y junto a las paredes, en algunos lugares casi hasta el techo.

—Puedo hablar. Sea breve.

—Desde luego. Por una parte, el comisario Arreciado ha descubierto el origen de los anónimos. Proceden de una tienda de tebeos de la calle Calatrava. Aquí, en Sevilla.

—Diríjense allí inmediatamente. Manténgame informado.

—Ninguna palabra de felicitación para el ciego por el éxito conseguido—. ¿Qué más?

El religioso no ha necesitado agacharse para comprobar su contenido. Le ha bastado levantar con el pie la tapa de algunas de ellas para comprobar que las cajas de cartón contienen las mismas virutas de papel, en sus más variadas texturas, que encontró en las de la habitación del hotel.

—Esta madrugada hemos capturado a Alvaro Tertulli. Tenía tres maletas en su poder. Añadidas a la que conseguimos en Mairena del Alcor, sólo nos falta una.

—Querrá decir que todavía nos falta una.

—Bueno...

—¿Ha olvidado que hoy es el último día?

—Claro que no, ilustrísima... me refería a...

—¿Dónde tiene al sobrino de Tertulli?

—En la catedral, en la Biblioteca Colombina, como me dijo. Hemos trasladado allí todas nuestras operaciones.

—Hágalo hablar.

—Cuenta con ello.

—Pues contaré.

Corta sin esperar confirmaciones.

Sobre la mesa hay unas tijeras, un bolígrafo barato y un mazo de folios en blanco. Toma el primer papel del bloque y se acerca a la ventana. No le cuesta distinguir palabras, algunas frases, que han quedado grabadas por la presión de la escritura.

Andanadas de lluvia contra los cristales en los que Magallanes ha apoyado la hoja. En el día de hoy siente la tentación de establecer fáciles paralelismos entre las precipitaciones interminables que está sufriendo la ciudad y la llegada del desastre en forma de diluvio.

tantos años siervo de mald Adeptos
protegiend los libros descifrar su auténtico mensaje
maléfico mensaje p sible frenar os. Manuscrito de D
habré contribuido
en el

No le sorprende a Magallanes comprobar que la nota de suicidio, que probablemente fray Zenón se arrepintió de dejar, encaje exactamente con sus deducciones. Al fin y al cabo, siempre ha contado con la clave: el Apocalipsis de la Palabra. Sabe que el desenlace está en la Biblioteca del Arzobispado, pero no tiene prisa en llegar hasta allí.

Sin apenas tiempo para procesar la información, durante una fracción de segundo, se replantea por primera vez el papel que la Alianza del Santo Oficio y él mismo van a desempeñar en aquel proceso. Se queda mirando la tormenta por la ventana y preguntándose cuál de los dos desastres posibles traerá el final del día.

2

Un cielo apulgarado.

Es lo único que percibe Riven cuando lo despiertan el escozor en el antebrazo y no sabe cuánto tiempo de respirar polvo y telarañas.

Un día nuevo ha llegado a la biblioteca de los antiguos seminarios del palacio de San Telmo bajo la forma de un

resplandor gris enfermizo que embota su cabeza; a con una especie de lucidez no deseada. Ha dormido tirado en el suelo, exhausto. Recuerda el túnel como una expedición inacabable que ha supuesto mucho más que el paso de un edificio a otro, y la llegada al falso fondo de un armario que ha derribado a martillazos como el acceso a un muelle salvador equivocado, de esos en los que, al escuchar el idioma de los pescadores, descubrimos que hemos huido de las costas hostiles para arribar, tras indecibles esfuerzos, a un puerto repleto de enemigos más encarnizados todavía. En el suelo del armario estaba la maleta que buscaba. Es una biblioteca arrasada, con escasos volúmenes en las estanterías y las huellas de las diversas instituciones que ha albergado el palacio hasta quedar abandonado.

Riven se pone en pie y un golpe de tos hace que se tambalee al sacudirse el polvo de la gabardina; se automedica encendiendo un cigarrillo. Por supuesto que no ha descansado, el sueño simplemente lo derrotó al salir del armario, pero por primera vez en vanos días recobra la capacidad de valorar sus prioridades y sus posibilidades de movimiento en aquel tablero.

Le importan un carajo el pobre imbécil de Alvaro Tertulli, la resucitada Inquisición, los Círculos Secretos de Alta Magia, la conjura internacional con Sevilla como epicentro, el manuscrito de los cojones, los curas muertos y el revolcón con ella... Algún día podrá decir que la mujer que más... era una lesbiana medio loca llamada Hernández. Si es que se acuerda.

Tampoco le importa no recordar nada de la mayor parte de su vida.

Tiene una de las maletas y puede negociar con ella. Puede obtener lo suficiente para hacer más llevadera su existencia durante una larga temporada, aumentar sus posibilidades de supervivencia en las calles, que es donde quiere estar. Agarrándola firmemente atraviesa la biblioteca y una galería con suelo empedrado hasta alcanzar el

enorme portón del edificio, que afortunadamente puede abrirse sin llave desde el interior. Fuera, la misma lluvia.

En la primera cabina telefónica que encuentra marca el 0, el 9 y el 1, y desde el número de urgencias lo van pasando de un departamento a otro hasta que una voz se identifica como Jefatura Superior de Policía.

—Necesito hablar con el comisario Arreciado —repite.

—Un momento.

No tarda en reconocer la voz carbonizada que sustituye a la anterior.

— ¿ Quién es ?

—Riven.

—Bueno. —Inesperadamente, suena desinteresado, quizá borracho—. ¿Y qué cono quieres?

—Tengo una de las maletas por las que estabas perdiendo el culo. Te la cambio.

—Vaya suerte. —No parece contento y no habla.

—Si que debes de estar borracho si esperas que intente convencerte. Adiós.

—Claro que estoy borracho. ¿A cambio de qué?

—Doce mil. ¿ La quieres ?

Esta vez el tono es igual de apático pero la pausa más breve.

—La quiero. Nos vemos en un par de horas. ¿Dónde estás?

—No. No puedo antes de las cuatro y media. Las dieciséis treinta.

—Vale —recobrando el mal genio tras ser contradecido—. Pero nos vamos a ver donde yo te diga. Un restaurante de la calle Salado, El Gallego.

—Pues tú invitas, tío.

Riven cuelga el teléfono y cruza hacia los aparcamientos de la universidad para recoger el Renault 5 robado.

Mientras anda y permite que el agua elimine los vestigios de polvo, vuelve a pasar revista a las situaciones y las

personas que ha conocido en estos últimos seis días y que no le importan en absoluto. Se queda atascado al llegar a Hernández.

3

Como temiendo ser infectados, absurdos hombres de bien se quitan del paso ante la apestosa manada de mendigos que avanza por la calle Calatrava. Amador en el centro.

Masacrados. Con la cultura del desperdicio, la rapiña y la enfermedad como única distinción. Soportando un trato mucho peor que el de los asesinos de niños. Obligados a vivir en la mierda alimentándose de basura.

Lo cierto es que apenas se tropiezan con nadie en la Sevilla del día de Fin de Año, que parece haber sido esquilada por una epidemia no reconocida, pero el grupo exhibe orgullosamente sus taras y su capacidad de provocar la repulsión, como si quisieran avisar, a los individuos que gozan de la ciudadanía de la que ellos carecen, del peligro que supone su existencia. Sonríen. No les importa que la Inquisición clandestina del siglo XXI les esté utilizando como a una forma actualizada de sus antiguos *familiares*, una fuerza de choque anónima dispuesta a contribuir a sus fines por cualquier medio... Llevaban demasiado tiempo esperando una oportunidad para tomarse la revancha.

Cuando alcanzan el rótulo «Delta-99», encuentran bajado el cierre metálico de la tienda. Golpean sin resultados la puerta y el escaparate.

—Está cerrada. Parece que no hay nadie.

—Pues abridla —repite Amador.

Una vieja busca en los bolsillos del delantal que lleva sobre un abrigo en buen estado hasta encontrar un alambre y se inclina sobre el candado, haciendo destacar aún más su pronunciada chepa. Tarda unos segundos, cubierta por el grupo que se ha desplegado en abanico para protegerla de posibles miradas. Alguien la ayuda a levantar el cierre. En abrir la cerradura tarda aún menos.

El lazarillo amariconado introduce a Amador en la tienda, precedidos por otros cuatro vagabundos. El resto no cabría en las reducidas proporciones de la sala y permanece fuera.

—Hay un mostrador, un mogollón de tebeos en las paredes y una puerta estrechita que da a otro cuarto.

—La puerta estrechita está cerrada por dentro —prosigue la descripción otro desperdiciero.

—Y ropa de hombre tirada en el suelo. Hasta los calzoncillos. Como si alguien se hubiera quedado en cueros en medio de la tienda.

Amador calla.

No le llega ningún sonido desde detrás de aquella puerta.

Intuye que aquella tienducha no es más que una entrada a otro callejón sin salida, pero no puede estar seguro. Ni siquiera puede imaginarse quién puede querer ayudar a la Alianza del Santo Oficio en su cruzada para arrebatarse el Libro a los Maestros Herméticos.

De cara a la puerta que no ve, duda antes de efectuar el gesto que espera su gente para forzarla. Ha sido testigo de demasiados fenómenos inexplicables desde el momento en que se implicó en aquella búsqueda como para confiar que un simple procedimiento policiaco baste para desvelar una de las sedes ocultas de la Gran Logia. Siempre ha sostenido que deben dirigir sus esfuerzos contra los hombres que participan en aquella trama y no contra las potencias que los manipulan. Él dispone de unos cuantos cuchillos de cocina oxidados; los cabalistas introducían metales innobles en sus fogones y obtenían oro a la hora de la cena mucho antes de que fuera necesario inventar la Inquisición para proteger a Dios de los hombres. Al fin realiza el gesto, la puerta queda abierta a patadas, y es conducido a la trastienda. Dentro del cubículo, cuando le confirman que estaba cerrado por dentro gracias a un pestillo, no muestra ninguna sorpresa ante el relato de la escena sangrienta, de la imagen transmitida en palabras del cuerpo que fue

Paciano, decapitado, desnudo y solo, con un pantáculo invertido tatuado en el antebrazo.

4

Pues que un mal rayo me parta.

Sonríe Riven ante la frase hecha, aceptando en serio esa posibilidad mientras le sobrevuela el aparato eléctrico del inabarcable frente frío, al cruzar a pie bajo los árboles el bosquecillo que rodea el templete próximo al Centro de Acogida de las Hijas de la Caridad.

En vez de dejar el coche en la carretera principal, lo ha ocultado en una de las entradas al campo de golf colindante, tras una solitaria nave prefabricada que hace las veces de vestuario. Ha dejado dentro del vehículo la maleta; no piensa revelarles a Alvaro y Hernández que la ha conseguido. En realidad piensa marcharse enseguida, con cualquier excusa. No está seguro de la razón por la que está concurriendo a esta cita. Él ya ha tomado su decisión. Quizá por curiosidad. Y por el dinero que le deben. No tarda en recorrer el bosque y divisar el claro donde han ubicado el templete de estilo manierista. Dentro, sentada en el banco metálico que circunda la pequeña construcción, lo espera Hernández, sola. Con la cabeza agachada y las piernas muy abiertas. Se ha cambiado de ropa; el peto largo rubio sobre un abrigo negro parece atraer la totalidad de la escasa luz del día. Cuando levanta la cabeza y puede ver su mirada que no se acaba, Riven se arrepiente por primera vez de haber venido.

—Hola.

—¿Dónde está Alvaro? —Riven se queda de pie frente a ella, a salvo de la lluvia bajo el tejadillo circular.

—Se ha puesto enfermo. Esta mañana le dolía un poco el pecho y nos hemos asustado. Encontramos un médico en la guía telefónica. Vendrá aquí en cuanto lo vean. Yo no lo he acompañado porque temía que te asustaras al no vernos aparecer a ninguno de los dos.

—Ya.

—Espero que no sea nada. Le he cogido cariño en estos días. El viejo parece buena gente, ¿verdad?

—¿Conseguisteis la maleta?

—Sí. La tiene él.

—Yo también espero que no se muera todavía. —El hombre se gira y se apoya en la barandilla pintada de blanco, dando la espalda a Hernández—. Lo que me faltaba es haber hecho todo esto gratis.

—¿Y tú? ¿Conseguiste la otra maleta? —Ella se levanta, se acerca a Riven y apoya la mano en su hombro.

—No he conseguido nada.

Siente la mano alargada, suave y firme a través de la gabardina y sigue mirando hacia fuera, sin querer darle la cara.

—Te he echado de menos. —El tono de la mujer es inesperadamente cálido. Y resulta más cálido aun cuando él recuerda las otras modulaciones que puede conseguir de esa voz.

—Quién te lo iba a decir.

—A lo mejor, cuando todo esto acabe...

Ahora la otra mano de la mujer está en su cintura y su cara apoyada en la gabardina mojada. Pasa algo de tiempo, demasiado.

—¿Alvaro ha ido al médico en el Passat?

—Sí. —Y se aparta, como si le hubiera molestado que el hombre rompiera la atmósfera.

—Entonces, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—En taxi. —La voz parece más lejana.

Ríven introduce la mano en el bolsillo de la gabardina.

Cuando se da la vuelta, se arrepiente por segunda vez de haber asistido a la cita. Hernández camina de espaldas mientras un grupo de mendigos silenciosos está saltando la barandilla del templete. Llegan más por el claro del bosque.

Por un momento, al hombre le parece estar observando la escena desde fuera, el merendero blanco entre los árboles, las gotas cayendo de las hojas, la voz de la mujer...

sólo falta una música dulce, tal vez de resonancias celtas, y que la mala leche no lo devolviera a la realidad. Un desperdiciero de baja estatura, con un hombro mucho más bajo que el otro, se acerca con un cuchillo de cocina por delante.

Riven lanza un viaje con la navaja hacia el esternón del individuo empleando toda su fuerza, como si quisiera atravesarlo. Se la hunde tan profundamente que necesita apoyar un pie en su hombro para desclavarla. Ni aun así descarga una milésima de su ira contra Hernández.

La busca con la mirada y la ve parada en el linde del bosque, y su mirada no ha cambiado absolutamente nada desde el momento en que llegó.

La distracción le cuesta el refilón de una patada en los huevos, que por suerte le ha endilgado una ex punky esmirriada, y la mano de un viejo maloliente con los ojos pintados que de pronto está dentro de su gabardina militar. Los separa a los dos de un revés y descubre un cuchillo ensangrentado en la mano del viejo. No siente dolor. Cobra espacio con el medio arco inverso de una patada, se acerca para rajar de abajo arriba a un vagabundo por el hecho de ser más alto que los demás, y por tanto más peligroso, y retrocede. Un segundo para corroborar que el templete está completamente rodeado. Sabe que esta vez son muchos para hacerles frente y que tiene que largarse. Se da tiempo describiendo otro arco, esta vez con la navaja, y gira y salta por la barandilla. Lo espera un gordo con restos de comida en la poblada barba blanca, aunque Riven espera que lo esperen. Otra vez su navaja. Una chiquilla de unos catorce años que enseña una de sus tetas por la abertura del anorak descolorido !e grita obscenidades y lo apedrea hasta alcanzarle en la nuca. Está fuera de su alcance y Riven necesita llegar al bosque. No puede perder el tiempo castigando con sus golpes, utiliza las botas militares, el puño y la navaja para despejarse el camino y sólo se

entretiene para patear a una vieja en la espalda con la intención de que enrede la marcha del resto.

Al fin los árboles.

Y el dolor en la cintura.

Es más fuerte y está más sano que ellos y no tarda en sumar metros de ventaja. Ahora tiene tiempo de tocarse la pared abdominal y mirar su mano teñida de rojo. Pronto hay más árboles que mendigos tras él. Y ha ocultado el coche en un lugar imprevisible

Sí la herida fuera profunda no le permitiría correr de esa manera. Las ramas lo golpean a su paso. Las deja atrás como a Hernández, perdidas en la arboleda. También el la echa de menos.

5

Amador lo ha citado en la catedral, frente al patio de los Naranjos. El comisario Arreciado fuma un cigarro tras otro bajo un balcón. El chaquetón abierto deja ver manchas ocre de licor o de vómito en su corbata y en la pechera de la camisa; lleva bebiendo desde ayer, y el viento y las salpicaduras le refrescan pero no logran despejarle.

Desde su ligero balanceo etílico, observa impresionado la inmensa mole del templo negro. El agua resbala por las fachadas, los arcos, las torres, los vitrales de la catedral silenciosa, hermética, encajada durante cientos y cientos de años entre las vísceras de la ciudad como una inconmensurable fortaleza del mal; sus medidas son tan vastas y sus muros tan sólidos que muy pocos han logrado vislumbrar el secreto, la verdadera catedral que oculta la catedral, el espeluznante legado que sobrevive bajo su piadosa apariencia, la monstruosa presencia latente en sus cámaras apócrifas. Abrumadora. Inasaltable. Se la conoce como la *montaña hueca*. Pero el siniestro poder que desprende procede de una endemoniada cualidad mucho más turbadora que sus grandes proporciones.

A pesar de haber pasado casi toda su vida en Sevilla, Arreciado no se ha detenido antes lo suficiente para dejarse

encandilar por el carácter de la enorme edificación, una de las más grandes construidas en todo el mundo, o quizás han sido las muchas copas o el estado de ánimo producido por la muerte de la inspectora lo que le ha hecho caer en el hechizo, pero el caso es que no repara en el afeminado lazarillo de Amador hasta que lo tiene muy cerca.

—¿Te vienes conmigo, comisario? —propone, mostrando sus dientes cariados en la sonrisa seductora.

—Uno de estos días te voy a dar con la pistola en la boca.

—Seguro que tienes un pedazo de cañón. Lástima que Amador nos esté esperando. Se da la vuelta y se dirige, contoneándose lentamente, hacia la puerta del Perdón. Lo sigue el comisario y penetra sorprendido junto a él en el claustro de la catedral. El patio de los Naranjos es un grandioso espacio rectangular descubierto, lleno de los árboles que le dan nombre —

fantasmagóricos bajo la lluvia, a pesar de sus colores—, que se construyó aprovechando el *sahn* de la aljama sobre la que se asentó el templo. Cuando los cristianos tomaron Isbüya en 1248, este *sahn* se convirtió en un cementerio. La atmósfera fúnebre aún puede respirarse.

El lazarillo se encamina hacia las naves situadas en la galería norte del atrio, la zona cerrada al público, y se detiene para asegurarse de que no hay nadie que pueda observarles al llegar bajo los arcos. La humedad concentrada en el interior de las gruesas paredes de piedra hace que la temperatura descienda unos cuantos grados; y su acústica, que el rumor del aguacero parezca perseguirles hasta dentro. A lo largo de la historia del conjunto catedralicio, los edificios ubicados en la zona norte del interior, del patio de los Naranjos han desempeñado diversas funciones. En la actualidad, tras las portadas de lo que fueron las capillas de San Nicolás, San Martín, San Jorge, Santa Catalina la Vieja y Santa Catalina la Nueva se encuentra el depósito de la Colombina y sus salas accesorias.

Sin dejar de seguir los pasos del joven mendigo que camina con seguridad bajo los soportales hacia el ángulo más apartado de la entrada, Arreciado siente que se disuelven los restos de su embriaguez y que la serenidad recobrada no hace más que potenciar la desidia hacía todos y hacia todo. Ha dejado de beber prematuramente.

La Biblioteca Colombina fundada por Hernando Colón, hijo menor de Cristóbal, se conserva en la catedral de Sevilla desde 1553. Aunque cerrada al público y a los investigadores a la espera de una labor de catalogación que parece retenida indefinidamente por alguna fuerza desde las sombras, los estudiosos coinciden en que sus fondos cuentan entre setenta y ochenta mil volúmenes, que incluyen multitud de códigos miniados, manuscritos iluminados y más de mil incunables.

Cuando alcanzan la entrada principal de la Colombina, una anciana con el rostro cubierto por hematomas de distinta antigüedad les abre desde dentro. Tras la puerta, la penumbra helada y un carrito de la compra repleto de verduras descompuestas que, curiosamente, no desentona con el aspecto polvoriento y abandonado del resto del decorado. Tienen que cruzar el largo vestíbulo y la desolada sala de investigaciones para llegar a los despachos; antes de entrar pueden ver la sala de juntas donde nacen las escaleras que suben hasta la biblioteca y los archivos. Los tres tramos de la galería norte, denominados Despachos de la Colombina, están tomados por mendigos que juegan a las cartas sentados en el suelo, hojean revistas pornográficas hechas pedazos o pasan el tiempo en silencio, mirándose hacia dentro; a estos últimos no parece gustarles lo que ven. En una pequeña oficina del fondo, encuentran a Amador sentado tras una mesa vacía. Hoy no sonríe.

—Buenas, comisario. ¿Qué me trae de nuevo? —Vuelve a hablarle de usted; algo busca.

—No traigo una mierda. —El policía se sienta en una silla sucia, frente al escritorio; desmadejado. Claro que Amador

no puede apreciar su expresión de apatía, ni sus ojeras, ni las manchas en su camisa. Pero inmediatamente se hace una composición exacta de la actitud del otro.

—Estuvimos en la tienda de cómics. Su información no iba desencaminada. Aunque a su propietario, el presunto autor de los anónimos, le habían cortado la cabeza. No le sacamos una palabra. —Ahora sí sonrío—.

¿Qué ha averiguado acerca de él?

—Nada. El tal Paciano Gómez es, o era, un tipejo totalmente normal. Solitario. Sin antecedentes. Nada. El ciego hace un esfuerzo para ser paciente ante el tono de Arreciado.

—Mire, está claro que ese individuo no era más que un intermediario. Los anónimos tienen una fuente distinta. Debe usted proporcionarme, urgentemente, un listado de todas las personas con las que se ha relacionado ese sujeto en los últimos días.

—No voy a proporcionarle ni un carajo. Ya le he dicho que no tenía amigos ni familia. Se pasaría el tiempo machacándose la polla en su tienda. ¡Yo que sé!

—Es usted, ya, un inútil.

—Elabora tú la lista con los cuernos. En braille.

Si la inspectora Romana Benarque estuviera con él, le habría advertido que era un error hablarle de esa manera a alguien tan poderoso. Ella siempre intentaba que fuera razonable. Si estuviera... Pero ha soportado demasiado tiempo que aquella gente le trate como a un recadero a cambio de una bolsa llena de billetes inmundos; y ahora, que no está dispuesto a seguir permitiéndoselo, todo le trae sin cuidado.

Es en ese momento cuando decide no mencionar la llamada que ha recibido esa mañana de Riven poniendo a la venta una de las maletas.

—Es usted un inútil y, además, ha perdido el control. No nos sirve para nada. Largúese de aquí. Sólo la expresión alerta del lazarillo que ha asistido a toda la conversación, la

puerta abierta y el recuerdo de los numerosos vagabundos que aguardan en el exterior le impiden responder como le gustaría. Se pone en píe.

—Una última cosa, Arreciado. Tengo la impresión de que, hoy por hoy, todo carece ya de importancia para usted; y sospecho la razón. —La voz del invidente no cambia de tono, pero ahora vocaliza perfectamente cada palabra—. Pero no cometa el error de traicionarnos. Llevamos siglos perfeccionando métodos para que voluntades mucho más recias que la suya deseen apasionadamente la muerte como alternativa a nuestra animadversión.

Está demasiado amargado como para que m la amenaza tenga significado alguno. Sale del despacho y se interna en los oscuros corredores con la sensación de haber olvidado algo dentro o de dejar alguna tarea a medio hacer. Con las prisas por encontrar bares aún más oscuros donde dar sepultura a aquella lucidez que no desea.

6

Riven ha dejado el coche con la maleta dentro en la plaza del Duque, a una distancia prudencial del ático de la calle Vulcano; no sabe qué es lo que puede encontrarse allí pero es el único lugar que se le ocurre para localizar a Alvaro. Tiene tiempo hasta su cha con el comisario, y no le gustaría salir de aquel embrollo sin haber tenido un último encuentro con el sacerdote.

Ha utilizado su navaja para cortar en tiras la camiseta ensangrentada y ha utilizado las secas para vendarse la herida superficial del vientre. Por suerte la gabardina no está manchada y puede caminar por las calles sin llamar la atención. Aunque ni en el centro de la ciudad se cruza con casi nadie. Otro día metido en agua. La maldición del fin de año.

La calle Vulcano es más bien un estrecho callejón de unos pocos metros con las aceras derruidas, entre Joaquín Costa y la plaza de la Alameda de Hércules. Una de las fachadas tiene dos portales, el de una vivienda y el de un

establecimiento de frutos secos; el porral que busca Riven es el único de la otra fachada, el marcado con el número 1.

Dobla despacio la esquina, atento a posibles señales de peligro, y lo que ve le desconcierta aún más.

La primera conclusión a la que llega es que se ha equivocado de calle, pero el rótulo de azulejos no deja lugar a dudas. Vulcano. Después, ya no logra extraer más conclusiones racionales de todo aquello. El número 1 de la calle Vulcano, el portal de acceso al ático donde pasaron la noche tres días antes, alojados por una mujer que se presentó bajo el nombre de Aleja, corresponde a una farmacia. Concretamente, el letrero luminoso dice «Parafarmacia». Pero la fachada está adornada con antiguos azulejos serigrafiados que conforman la palabra «Botica», rodeada de dibujos de instrumental químico. Sin pensarlo, entra en el local.

—¿Qué desea? —lo recibe un alegre gordo de unos treinta y cinco años con bata blanca y corbata.

—Perdona, este número, el uno, ¿no correspondía antes a una vivienda?

—Pues la verdad es que no. Al menos desde hace muchísimo tiempo. —No hay más clientes, está aburrido, tiene ganas de charla.

—¿Cuánto?

—Pues verás, yo me hice cargo hace nueve años. Pero la farmacia original la fundó mi abuelo en 1948; lo cierto es que no sé qué es lo que había en el edificio antes de eso. Mi padre era maestro, el pobre. Nunca quiso saber nada de este negocio. Así que me ha tocado.

—¿Qué es lo que hay en los pisos de arriba?

—Pues como habrá visto en el letrero, esto ahora es, en realidad, una parafarmacia. En la primera planta está la exposición de ortopedia. Disponemos de ese ascensor interno para las personas con problemas de movilidad. En la tercera está el laboratorio y en la cuarta, el almacén. Si quiere, puedo mostrárselas. Pero Riven está harto de los

«pues» del farmacéutico y se ha desconectado de su chachara. Pone voz a sus pensamientos.

—Yo estuve aquí hace tres días. Esto eran pisos, pisos antiguos. La mayoría ocupados por putas. Pasé la noche en el ático.

—Pues lo siento... ha debido equivocarse de calle.

—Ojalá eso fuera posible, tío.

Riven sale de la farmacia sin despedirse y se detiene en la calle, y lee una vez más la palabra Vulcano en la pared, y el impacto de la presencia de la farmacia es aún mayor que el que recibió en el momento de descubrirla.

Todo aquello es, más que nunca, una locura.

Se marcha en busca del coche, caminando sin prisa, tanteando cada metro del recorrido, como corresponde a alguien que ha extraviado perdido toda seguridad en las leyes que rigen el mundo que siempre ha conocido. Le duele la herida del abdomen. No deja de escocerle el antebrazo. Va pensando en que ya nada podrá sorprenderle, pero al llegar a la calle Trajano se tropieza con un fenómeno que le parece todavía más desconcertante que la desaparición de un edificio repleto de gente. Una manada de perros callejeros atravesando la carretera.

Hace muchos años que las autoridades se han ocupado de que no haya ni un solo perro vagabundo suelto por la ciudad. Ver un grupo de ellos recorriendo tranquilamente el centro de Sevilla resulta completamente descabellado. Son nueve, de distinto tamaño y cruce de razas, caminan con parsimonia para adaptar su velocidad a la cojera de uno de ellos, ninguno lleva collar ni ningún otro distintivo, y parecen desenvolverse en las calles sosegadamente, como si hubieran sido los primeros en adaptarse al nuevo estado de las cosas que se inaugurará con el año entrante.

En un banco de la plaza del Duque, mientras Riven vuelve a hacer el puente al Renault 5 para ponerlo en marcha, una mujer joven con una maleta cargada de

apuntes llora su desesperanza bajo un llamativo paraguas a rayas.

7

La mujer del paraguas a rayas no necesita demasiado tiempo para que vaya cediendo el llanto. Está

acostumbrada a estos episodios. Desde unas cuantas semanas después de que sus ancianos padres la llevaran a Portugal para abortar —no ha ¡do contando los años transcurridos a partir de ese suceso— y de la brusca desaparición de Miguel Arenal, las invencibles ganas de llorar la asaltan en cualquier momento y en cualquier sitio; a menudo cuando llega a casa por la noche y cuando ve figuritas de barro y parejas en silencio dentro de los coches, y los domingos y el resto de los días a horas indeterminadas. Se encuentra a un paso de la calle Alfonso XII, cuyo número 19 corresponde a la Biblioteca Pública del Estado, y en cuanto se siente más calmada, se pone en pie para seguir el camino sin dar más importancia a sus lágrimas. Desde Portugal, a casi nada concede importancia. Sigue usando lentillas en vez de gafas por costumbre, sigue dedicando un rato cada tarde a trastear en la biblioteca con sus notas para no pasarse el día encerrada en casa ante la mirada apesadumbrada de sus padres, aunque hace mucho que dejó las dietas de adelgazamiento y que no piensa en su tesis más que como otra pieza desemparejada del rompecabezas de sus viejos sueños.

Está a punto de dar la vuelta al ver el cartel de cerrado en la entrada de la biblioteca, aunque como no tiene otro sitio a donde ir y la puerta está entreabierta, la empuja tras un rato de duda, alucinando con su propia osadía. Sube la empinada escalera y llega a ¡a primera sala de lectura. En esos años de visita diaria ha llegado a conocer perfectamente a los ocho bibliotecarios titulados, a los veintiún miembros del personal no bibliotecario e incluso a la directora. Está familiarizada con los dos aparatos reprográficos, las distintas unidades periféricas de los

ordenadores, los medios audiovisuales. Las interminables estanterías y la cálida madera de las mesas de lectura han sido durante mucho tiempo su único refugio, y el lugar donde, por inercia, ha proseguido la investigación y sistematización de su tesis, a pesar de que sabe que nunca reunirá la energía suficiente para presentarla. Por eso se sorprende aún más al encontrar las instalaciones completamente vacías.

Llama tímidamente a la puerta de entrada en las oficinas y está a punto de retirarse cuando aparece una auxiliar a la que conoce por su nombre, removiéndole un café en vaso de plástico.

—Hola —la saluda tristemente.

—Hola, María. Perdona, ¿habéis cerrado ya? Es que la puerta de abajo está abierta y...

—No hemos abierto hoy. Pero no te preocupes. Tú eres como de la casa.

—Creí que durante las Navidades sólo cerrabais los festivos.

—No sabes lo que ha pasado, ¿verdad?

—No. Ayer estuve aquí y... —Se encoge de hombros.

—No lo hemos sabido hasta esta mañana —confiesa la funcionaria, avergonzada—. Un desastre. La mitad del personal está de vacaciones, pero... lo que ha ocurrido no tiene explicación posible. Cuando esta mañana nos hemos dado cuenta... parece cosa de terroristas de la cultura, o de magos, porque nadie se explica cómo ha podido suceder en una sola noche. Han borrado todos los índices de los discos duros de los ordenadores. Han destruido las copias de seguridad en discos y los microfilmes. Han desaparecido todos los catálogos que habíamos publicado. Y —señala las salas con impotencia— han cambiado de sitio todos los libros. Esto es un caos absoluto. Este año habíamos alcanzado el millón y medio de ejemplares. ¿Tú sabes lo difícil que resulta gestionar una cifra así?

Hay días en que está demasiado abatida para gestionar la compra de un billete de autobús; por lo tanto, no responde.

Cuando la otra va a explicárselo, suena el teléfono.

—Tengo que cogerlo. Me ha tocado a mí quedarme por si llamaban de la Dirección General. Los demás se han marchado todos, no merecía la pena intentar arreglar esto a estas alturas. Pero no te vayas. Estás en tu casa.

Se queda unos segundos allí, pensando en el sabotaje de la biblioteca y enseguida pasa página, asociando la noticia al anecdotario que nutre su maldición particular. La única virtud de la depresión es que nuestros pesares nos absorben tanto que terminamos siendo prácticamente inmunes a las calamidades del entorno.

La mujer elige un asiento en una mesa del fondo. Apoya el paraguas a rayas en la pared y comienza a sacar sus cuadernos y carpetas del maletín.

Todo el material que ha logrado reunir en estos años su tesis.

Cuando el 22 de enero de 1998 el Vaticano abrió a los estudiosos el archivo secreto de la Inquisición romana, ella era una licenciada en Historia Moderna que preparaba el doctorado bajo la dirección de Miguel Aarsal, un profesor numerario con el que, además, mantenía una relación para él sexual, para ella amorosa y para los demás inexistente. Tras obtener la carta de recomendación académica y la de recomendación religiosa que exigía el cardenal Joseph Ratzinger, ella formó parte del primer grupo de setenta historiadores que tuvo acceso a los legajos atesorados durante siglos por la Iglesia; pero mientras que el resto de sus compañeros centró su examen en los años de fundamentalismo exacerbado que finalizaron alrededor del siglo XVIII, ella se dedicó a examinar documentos más recientes, o sea, más próximos a su especialidad. De ese modo fue como descubrió, asombrada, un informe de unos acontecimientos desarrollados en Francia a partir de 1888,

cincuenta y nueve años después de que Pío VIII disolviera oficialmente el Santo Oficio. El dossier era un relato de nueve páginas, sin título, firmado por un sacerdote llamado P. Honfleur residente en Lyon, y al parecer encomendado por el cardenal Dieppe, miembro de la curia romana. Comenzaba el informe por una breve sinopsis biográfica del abad Boullan, protagonista indiscutible de los hechos. El abad había nacido en 1824; ordenado sacerdote católico, alcanzó cierto renombre antes de los treinta años como experto en posesiones satánicas; de hecho fue durante uno de esos exorcismos donde conoció a una monja presuntamente endemoniada, Adèle Chevalier, a la que convertiría en amante y compañera de sus aberrantes celebraciones, junto a ella fundó la llamada Iglesia de la Reparación, en cuyo seno difundió su personal doctrina de la salvación de las almas; según ésta, las almas puras debían unirse a las pecadoras, con el fin de redimirlas, a través de ritos que incluían las prácticas sexuales más degradantes —como la ingestión de la hostia consagrada mezclada con orina y sangre menstrual, o la cópula con animales—, en el curso de los cuales llegaron a sacrificar a uno de los hijos nacidos de la unión de la pareja. La Iglesia suspendió oficialmente al abad en 1875. En ese mismo año conoció a otro personaje notorio del ocultismo del siglo XIX, Eugène Vintras, dirigente de una secta llamada Iglesia del Carmelo, agrupación de la que Boullan se hizo cargo a la muerte de aquél. En este punto, el autor del informe se aparta del punto de vista biográfico para narrar, en un estilo más periodístico, unos sucesos que tuvieron gran resonancia en la época y de los que la estudiante posgraduada terminó hallando abundante bibliografía: la infiltración por parte de la sociedad secreta de los rosacruces de uno de sus agentes en el círculo de Boullan con la misión de acabar con su actividad, ya que los continuos escándalos que estaba provocando podían terminar divulgando alguno de los secretos de Alta Magia a

los que el abad había tenido acceso. Al menos ésa fue la razón que todos aceptaron cuando Boullan anunció públicamente su temor a ser asesinado —murió en 1893 en ambiguas circunstancias—

por acólitos de la Rosacruz. Pero el padre Honfleur, llegado a este momento de la narración, deja entrever otras motivaciones para explicar esta escaramuza entre sociedades esotéricas e incluye una enigmática frase que constituiría la piedra angular de la tesis de la estudiante: «Dispongo de indicios para concluir que nuestros hermanos, los enloquecidos proseguidores del SO han respaldado también ciertas maniobras para arrebatarse de las manos de Boullan un extraño libro al que atribuyen poderes extraordinarios.» La mujer dedujo que las siglas SO no podían corresponder más que al Santo Oficio. Y si esta premisa era correcta, había descubierto un punto de partida para demostrar que la Inquisición no finalizó su labor en 1829 con el dictamen de Pío VIII, sino que un grupo de religiosos continuó desarrollándola clandestinamente durante muchos años después. El informe poco más decía. Y, según pudo constatar la estudiante, tanto su autor, el sacerdote francés, como el cardenal de la curia al que iba dirigido, murieron muy poco tiempo después de la fecha en que fue confeccionado. Cuando la mujer regresó a Sevilla, dispuesta a comunicarle al profesor su embarazo de dos meses y el tema de la tesis, éste también había desaparecido.

Desde entonces había vivido el Proceso de la Inversión de la Importancia de las Cosas: los detalles menudos se convirtieron en insalvables y todo lo trascendente fue perdiendo peso hasta desvanecerse. La auxiliar sale de las oficinas y se acerca a la mesa hasta sentarse pesadamente a su lado.

—¿Te interrumpo?

—Claro que no. Sólo estaba repasando.

—Efectivamente llamaban de la Dirección General. Para comunicar que la noticia se ha filtrado a la prensa.

—Vaya.

Permanecen calladas, cada una de ellas apenada por sus propios motivos. La administrativa continúa después de unos minutos.

—No es sólo reordenar los libros, que puede llevarnos meses, ¿sabes? Es que también se han perdido las bases de datos donde figuraban los préstamos a particulares y los depósitos a bibliotecas rurales, de barrio y de colegios. Muchos de esos libros se perderán para siempre...

La estudiante asiente.

Se quedan allí, callando y comentando a ratos los graves daños sufridos por la biblioteca. Tampoco ellas han oído hablar del Apocalipsis de la Palabra.

8

RIVEN estaciona sobre un paso de peatones en una calle perpendicular a Salado. Esta vez lleva la maleta consigo cuando se aleja del coche.

Esta anocheciendo. No escampa.

Sabe que va a llegar tarde a la cita con el comisario, pero no cree que se haya marchado sin esperarle. De pronto siente un fuerte deseo de que el otro haya llevado el dinero, de librarse de la maleta y de salir de todo aquello.

No le cuesta encontrar El Gallego. La entrada del restaurante está cerrada, pero debían estar esperándole porque, al aproximarse a la puerta, una camarera le abre desde el interior. Es una mujer de unos cincuenta, muy delgada y de poca estatura aunque enérgica y atractiva. El bordado sobre el bolsillo de su camisa blanca dice que se llama Amelia. Sin palabras lo hace atravesar dos grandes comedores desiertos y un pasillo que lleva a dos salones para comidas privadas; en el del fondo lo espera Arreciado.

Con los codos apoyados en la mesa, sobre la que hay otra botella vacía y una ración de pulpo que no ha tocado, bebe Ribeiro blanco de una botella mediada. Los cristales de

sus ojos, la voz trabada y las manchas de vómito en la pechera denuncian la crisis de ausencia a la que lo está conduciendo una borrachera de larga dura—¡Hombre, si está aquí el cuchillero! Siéntate, siéntate. Aquí estaremos tranquilos. No te preocupes por la hora. La guarra ésta me dejará quedarme el tiempo que yo quiera. Me debe un favor. La mujer, que estaba cerrando la puerta del pequeño comedor, se detiene un segundo y después se lleva su mirada de odio al empujar la puerta.

Ríven apoya ostensiblemente la maleta sobre una silla y se deja caer en otra.

—¿Quieres vino? Como ves, no te guardo rencor.

—No, no quiero.

—No es que no haya pensado en matarte, claro, pero ya ves... —se encoge de hombros— no te guardo rencor...

—Me quitas un peso de encima.

—... porque al fin y al cabo, tú no eres más que un cuchillero de mierda y toda esta historia va mucho más... He estado pensando mucho desde ayer, ¿sabes? Recordando cosas. He pensado que todo esto... Romana tirada allí en el suelo... la puta culpa de todo esto... tú eres un desgraciado... la culpa está en alguna cosa del pasado, algo...

—¿Has traído el dinero?

—... algo que se me va, se me escapa... —se sirve más vino— por mucho que le dé vueltas... lo fácil sería decirme que...

Ríven se acerca a la mesa y aparta la botella de su campo de visión para mirar a los ojos al policía.

—Mira, tío, ni yo soy tu psiquiatra ni esto es una cita con tu novia. ¿Has traído el dinero o no?

—... lo fácil sería pegarte dos tiros —ilustra el comentario sacando el enorme revólver de su funda y acercándolo a la cara del otro— y decir después: ya me he quedado tranquilo. Me he cargado al hijoputa que la mató y he cumplido, a otra cosa. Pero no... si tú eres un mierda... —El

cañón del Rossi-971 tiembla en su mano, así que tiene que apoyar el codo en la mesa para equilibrar el peso—. Tú aquí no pintas... Claro que no te he traído el dinero, idiota... — Más Ribeiro—. La culpa está seguro en algo que hice hace... no sé si... o a lo mejor en algo que no hice...

Riven observa fijamente al comisario mientras balbucea su monólogo. Enfrascado. El revólver no importa. Lamenta, eso sí, que no haya llevado el dinero; el dinero era una puerta de salida. Otra puerta que se cierra.

—Tú no... No sé de verdad cómo ha podido afectarme así...

—¿Donde puedo encontrar a la gente que busca la maleta?

—... una niña pija...

—¿Donde están tus amos?

—... una niña tonta pero...

Al final, Riven se cansa.

Lo que empieza como un gesto casual de su mano izquierda, termina siendo un golpe en la muñeca de Arreciado que envía el Rossi contra la pared.

El policía extrae una reacción instintiva de sus muchos años de enfrentamientos y se lanza por encima de la mesa. Pero Riven, no intenta esquivarlo. Lo coge por las orejas y le estrella el rostro contra el mantel; con el mismo movimiento lo arrastra hacia sí y lo recibe con un rodillazo en la nariz seguido de una patada en el pecho que lo lanza hacia atrás. No se queda mucho en el suelo.

Aunque está borracho es un hombre fuerte. Aunque es un hombre fuerte está borracho. Recobra la posición erguida para que Riven le golpee con los dos puños en los costados y repita el doble golpe. Después concentra todo su peso y su fuerza en un único punto de impacto. Su puño se hunde una y otra vez en el vientre de Arreciado, hasta hacerle expulsar primero un líquido compuesto por la mezcla de dos días a dieta de alcohol y, a continuación, hasta el último resto de oxígeno y resistencia. Se aparta para que el vómito

no le salpique y no le alcance el cuerpo del comisario que se desmorona. Un poco después lo coloca boca arriba con la punta de su bota, se arrodilla a su lado y ¡o reanima con la punta de la navaja en el cuello. El tono de Riven es neutro, pero no se ha borrado la expresión salvaje de su rostro.

—¿Donde puedo encontrar a tus patrones?

La conmoción de Arreciado va dando paso a un ataque de risa y de tos que le obliga a girar la cabeza y escupir para no atragantarse.

—En... la catedral... en la Biblioteca Colombina... —Ya la tos apenas enturbia su dolorosa expresión divertida.

—¿Por qué puerta?

—La del Perdón...

Riven se pone lentamente en pie. En ningún momento comete el error de deducir que la confesión se deba al miedo que haya logrado infligirle.

Cuando mira hacia la puerta descubre a la dueña del restaurante, que contempla la sangre del policía caído, y entonces sí que tiene oportunidad de apreciar lo que es una expresión realmente alegre. Quizá no ha saldado sus cuentas, pero sí ha logrado satisfacer a alguien esa tarde.

Recoge la maleta y sale del local sin más palabras.

Fuera, la mojada noche.

Cuando dobla la esquina, descubre a un patrullero de la Policía Local parado junto a su Renault 5

mientras uno de los agentes revisa la cerradura del maletero.

Riven continúa a pie.

9

El obispo Magallanes lleva ya tiempo en el coche, retenido por el embotellamiento, imprevisible en la ciudad semidesierta, a la altura de la curva de la calle Miguel de Manara, muy cerca del palacio Arzobispal. No se impacienta. Su estado de ánimo ha experimentado una progresiva ralentización desde que fue enviado a Sevilla por la Alianza del Santo Oficio para supervisar sobre el terreno la

culminación de la empresa que persiguen hace tantos años, y a estas alturas se siente más como un espectador que como el motor de los acontecimientos.

Soldados a pie cargados con herramientas caminan apresuradamente a su lado. Cuando pasa un tiempo prudencial, el prelado autoriza al chófer con un gesto para que salga a investigar el origen de la retención. El sacerdote negro sentado a su lado en la trasera del vehículo no para de limpiar el vaho que se acumula en las ventanillas, inquieto siempre por la seguridad de Magallanes, observando los indicios de catástrofe que se perciben en el exterior. El resto de los conductores aplastan la bocina de sus coches. Las noticias de la radio, interpretadas del modo adecuado, no podían ser más certeramente desasosegantes. Muy pronto regresa el chófer.

—Ilustrísima... aquí nos queda para rato.

—¿Que ocurre?

—El Archivo de Indias... un derrumbamiento del techo. Según me ha informado un oficial, provocado por las lluvias. De momento han cortado el tráfico. El ejército se está encargando de asegurar la zona para que no pasen más desgracias.

—¿Sabes si ha afectado a los libros?

—Estaban diciendo que pueden haberse perdido casi todos.

El Archivo de Indias.

El edificio de planta cuadrada diseñado por Juan de Herrera situado frente a la catedral y al palacio Arzobispal donde se conservaba la documentación procedente del Nuevo Mundo desde la época del Descubrimiento. Miles de manuscritos e ilustraciones irreemplazables, únicos. Un lugar de peregrinación para investigadores de todo el planeta

El obispo añade el dato a su propia ecuación mental, recientemente alimentada con las noticias que ha escuchado en la radio. Con el sabotaje acaecido en la

Biblioteca Pública del Estado y con la inundación de la Biblioteca de la Universidad.

Tanta fuente de conocimiento destruida para siempre.

Se encuentra sólo a unos metros del palacio Arzobispal y apenas tardarían unos minutos si hicieran el camino a pie, pero César Magallanes ya no tiene prisa; presiente lo que va a encontrar en la Biblioteca del Arzobispado.

Se queda sentado en el coche, con los ojos cerrados, reflexionando sobre el Apocalipsis de la Palabra.

10

La Doncella de Hierro del castillo de Nuremberg.

Probablemente el artefacto más artístico de la historia de los instrumentos de tortura. Un sarcófago antropomorfo hueco con una pesada puerta, la cara interna de la cual está dotada de una cantidad variable de clavos que, al cerrarse, se introducían en el cuerpo de la víctima encerrada dentro. Los clavos eran desmontables, de forma que se podía ir incrementando su número o cambiando su ubicación según la resistencia del reo al interrogatorio o la voluntad de los verdugos de transformarlo en un arma de ejecución. Alvaro llevaba muchas horas comprobando la versatilidad del sistema. En su carne. Se sabe en la esquina de un salón repleto de libros antiguos de gran valor, en un viejo edificio, seguramente una biblioteca institucional. Cuando lo trajeron estaba inconsciente y la gruesa puerta del monstruo metálico donde está encerrado amortigua tanto los sonidos que apenas distingue las voces de las personas que lo rodean. Está allí solo, con la oscuridad y el dolor.

Aunque el dolor es ahora más difícil de localizar o describir. En las diversas sesiones en que se ha desarrollado el interrogatorio, cada vez que han cerrado la puerta de la estatua hueca tras hacerle aquella única pregunta, los mensajes de sus terminales nerviosas se han transformado en una especie de presión algodónosa dentro de su cerebro que le impide pensar y, por fortuna, sentir con claridad.

¿Dónde está la quinta maleta?

La primera vez que empujaron lentamente contra él el frontal de la doncella, los afilados puntales penetraron en vanos lugares de sus piernas y brazos, en el abdomen y el hombro izquierdo; no hasta el punto de atravesarlo, sólo con la intención de provocar un dolor prolongado. Cuando quisieron proseguir con la carnicería, añadieron unos cuantos clavos que se introdujeron en su vejiga, en la raíz del pene y en un testículo. Hubo más sesiones y más clavos.

Ahora, en el interludio entre dos de ellas, amarrado, ciego y sordo, desangrándose despacio, intenta no pensar en esa quinta maleta para no tener que plantearse si todo aquello merece la pena.

11

Riven no lleva la cuenta del tiempo que lleva escondido en la oscuridad de los soportales de la calle Placentines, frente a la tétrica masa de la catedral de Sevilla. Cuando llegó a las inmediaciones todavía se podían ver algunos militares acordonando con vallas metálicas el perímetro del ruinoso Archivo de Indias, pero ahora la zona está completamente desierta. Ha escondido la quinta maleta en una cuba de escombros junto a unas obras cercanas y espera, sin perder de vista la puerta del Perdón, el punto que Se indicó Arreciado. La estatua de un fraile santo con una espada, desde la fachada de la basílica, parece vigilarlo a él!. En varias ocasiones ha perdido la paciencia y se ha propuesto escalar los muros o forzar la entrada, pero el portón es muy sólido y la pared alta, así que se ha contenido ante la certidumbre de que alguien terminará

entrando o saliendo por allí, aunque, de momento, tiene que conformarse con la compañía del santo armado y de las repulsivas gárgolas. No quiere plantearse lo arriesgado de la incursión ni su papel en todo aquello, sólo necesita conseguir un poco de dinero a cambio de la maleta, lo suficiente para sobrevivir una temporada; si acaso, largarse de la ciudad hasta que se disipe o se desvíe la borrasca... Al final, lo que llega es la sombra de Hernández.

Caminando muy cerca de la fachada, envuelta en su abrigo negro. Riven saca y abre la navaja en un movimiento. Hernández mira a su alrededor, atenta a posibles testigos, antes de volverse para luchar contra la difícil cerradura. Riven aprovecha para atravesar silenciosamente la calle. Hernández ha entrado en el vestíbulo y va a volverse para cerrar la puerta...

—Como avises de que estoy aquí, te abro el coño hasta la garganta.

En contra de lo que espera, una expresión de alegría cálida aproxima las aristas del rostro de la mujer entre cuyas piernas ha introducido la navaja. No es un intento de ablandarle para que no le haga daño, porque dura muy poco tiempo y porque se convierte en una mueca de helado odio cuando constata la dureza en la superficie de los ojos pardos de Riven, que cierra la puerta de un taconazo y la empuja hacia la pared hasta aplastarla contra los bloques de piedra.

—¿La gente de la Alianza está aquí?

—Sí.

—¿Y Alvaro?

—También.

Diversas exclamaciones procedentes del otro lado del patio de los Naranjos corroboran la versión. Riven se concede una pausa.

—Me faltan muchas historias por conocer de todo este embrollo, de manera que voy a empezar por la tuya.

—La mía es la fácil. —No parece asustada; como si ya supiera que alguna vez tendría que contársela.

—Habla.

—La Alianza del Santo Oficio se puso en contacto conmigo a través de una hermana de las Hijas de la Caridad que trabajaba en el mismo centro que yo. En ningún momento puse problemas para venderles la maleta que custodiaba mí... padre. Pero me propusieron un plan distinto. Sabían que tarde o temprano ibais a dar conmigo,

así que debía dejar mi maleta donde estaba para que os sirviera de reclamo y unirme a vosotros, mantenerles informados y conducirles al resto de las maletas cuando las hubierais reunido. Del plan que me propusieron podía sacar más dinero. Y, de paso, la posibilidad de cortar un mal rollo en que me había metido con la directora del centro de acogida. Claro que les dije que sí.

Riven carece de argumentos para reprochar algo ante aquella lógica de la supervivencia que le resulta tan cercana. Ni se le ocurre mencionar momentos compartidos ni infiernos comunes. Los sentimientos no tienen nada que ver con la exposición de la mujer, que enseguida regresa al presente, que es el único tiempo verbal que le interesa.

—Esta noche no he venido más que a cobrar para poder quitarme de en medio... Todos sabemos que tú

tienes la quinta maleta, si están torturando a Alvaro es porque no saben cómo dar contigo. —Espera para comprobar el efecto de sus palabras.

—...

—Déjame ser tu intermediaria. Puedes sacarles lo que quieras a cambio. Después desaparecemos los dos. —De nuevo el calor fugaz en su mirada—. Juntos, por un tiempo... si quieres. Riven desplaza la navaja hasta la garganta de la mujer.

—No lo estropees; si te vuelves sensible, te vas a cargar el misterio de tu personaje. Quiero tratar directamente con ellos. Vamos a entrar ahí dentro los dos.

Agarrándola por un brazo e impulsándola con la punta de la navaja en la espalda, salen del pórtico y se adentran en la oscuridad del patio de los Naranjos. Los surcos del antiguo sistema de regadío les hacen avanzar despacio, el aguacero les murmura malos presagios al resbalar por las hojas de los árboles. Cuando se van acercando a la fachada norte, pueden ver reflejos luminosos en las ventanas de la segunda planta. Ya en el interior de la galería, las voces del edificio son mucho más claras, y se detienen un momento

entre un antiquísimo cofre y un nicho con una calavera en relieve conmemorando el fallecimiento de unos peones durante la construcción de la catedral... Parece que dentro celebran algo.

La entrada de las naves correspondientes a la Biblioteca Colombina no está cerrada con llave. En la puerta se orientan por el tenue resplandor que baja desde la escalinata que lleva al depósito, al otro lado del corredor. Van dejando a su izquierda las entradas a la sala de investigaciones, la sala de juntas, los despachos, y cuando se disponen a subir la escalera, caen en la cuenta de dos fenómenos simultáneos: han cesado las voces y se han transformado en doce o catorce mendigos que han salido de algún lugar a su espalda y ahora están súbitamente a su alrededor, mostrándoles sus oxidados cuchillos de cocina de diversos usos y dimensiones. Demasiados cuchillos para hacerles frente con una sola navaja en un campo tan reducido. No necesita Ríven ni mirarles a los ojos para estar seguro de la necesidad que supondría intentar utilizar a Hernández como rehén para mantenerlos a raya. Tampoco los ve muy bien. Apestan y están sucios y algunos son deformes como la mayoría de los desperdiciados con los que se ha cruzado en estos días; esperan, dispuestos a abalanzarse sobre él, a que tome una decisión mientras se pasan unos a otros botellas de buen licor, contentos; feliz Año Nuevo.

Por primera vez en mucho tiempo, Ríven deja caer la navaja.

Deja que el grupo lo lleve por la escalera hasta llegar al segundo piso y a la entrada de la Biblioteca Colombina, un gran salón alargado, producto de la comunicación de tres antiguas capillas, con las paredes forradas de estanterías. La primera parte está en penumbra, ya que han concentrado los candelabros con los que se alumbran — posiblemente han desistido de encender la luz eléctrica para no llamar la atención sobre su presencia— en la zona

del fondo, donde puede ver una extraña figura metálica junto a las personas que le esperan.

En medio de más vagabundos que se pasan más botellas, sonriendo con su oblicua sonrisa equivocada, lo recibe Amador.

—Te estaba esperando.

Los pordioseros se repliegan hacia las paredes, formando un pasillo entre el ciego y Riven; Hernández queda descolocada a la espalda de éste y termina aproximándose también a la pared, pero con cuidado de mantener las distancias con los hombres que miran codiciosamente su cuerpo. Las dependencias del depósito forman un lúgubre rectángulo sin más mobiliario que las librerías construidas en madera oscura, donde monografías y documentos cubiertos de suciedad se han acumulado sin orden aparente, en algunos casos en equilibrio precario; carecen de cristales protectores y los espacios sobrantes de los anaqueles se han aprovechado para colocar los candelabros, peligrosamente cerca de los legajos. Nadie habla; sólo se escucha el agua golpeando el techo de la catedral.

—Los invidentes nos alimentamos de sonidos... Tantos días de lluvia ininterrumpida chapoteando dentro de mi cabeza me están volviendo loco.

Tal vez para evitarlo, se acerca a la doncella de hierro de Nuremberg orientándose con su bastón de empuñadura cruciforme. La puerta está abierta. El lazarrillo atornilla con una llave inglesa dos nuevos clavos en su cara interna, dos clavos paralelos más largos que los demás, a la altura de los ojos de Alvaro, que los mira hechizado, la cabeza inmovilizada contra el interior de la estatua, la boca muy abierta para compensar la insuficiencia respiratoria que lo está matando, el cuerpo desnudo cubierto de manchas de sangre en distintos grados de coagulación.

El lazarrillo concluye su trabajo, se limpia en el pantalón las manos manchadas de rojo y cede su lugar a Amador,

mientras se mezcla con sus compañeros.

Riven se acerca lentamente a la terrible figura por el pasillo que han creado los mendigos; no tiene miedo ante la amenaza que éstos suponen. Va pensando en que, a pesar de los importantes prohombres que manejan aquella Alianza, al final, como en todas las grandes corporaciones, el trabajo sucio lo llevan a cabo los mismos descamisados de siempre.

Después no le queda más remedio que centrar su atención en Alvaro, que se asfixia de dolor y de miedo dentro de su pequeña gruta de hierro, y que al descubrirlo, le dirige una desesperada y amistosa mirada. No le pide nada, no espera nada de él... «Me alegro de no morirme solo entre esta gente.

Riven aparta la mirada y descubre en un rincón las cuatro maletas que ha conseguido la Alianza del Santo Oficio. Las han forzado sin miramientos y han esparcido a su alrededor los periódicos color sepia que al parecer contenían.

Amador apoya su mano en la puerta de la estatua y se vuelve, sin acertar del todo, hacia Riven, señalando el suelo, el lugar aproximado donde están las maletas.

—Son periódicos italianos, más concretamente, prensa local de la ciudad de Padua, un lugar que conozco bien, publicados entre 1953 y 1954. Sin ningún valor... —La sonrisa se le distorsiona aún más—. Cuánto muerto y cuánta energía malgastada por unos kilos de papel viejo... ¿Has aprendido a divertirte con estas pequeñas bromas de Dios?

—El cura de mi colegio no me enseñó a hacerlo. Estaba demasiado ocupado manoseándome. El ciego suelta una carcajada.

—Eres tal como me dijeron. Espero que, en lo básico, también te describieran adecuadamente... —Y, con un matiz pretendidamente seductor—: ¿Negociamos?

—Para eso he venido.

—¿Tienes la quinta maleta?

—Guardada.

—¿La has abierto?

—...

—Bien... no importa. ¿Cuánto?

—Veinte mil.

—Dejémoslo en treinta mil como cifra final, quiero asegurarme tu máxima colaboración; el dinero no importa. Y, como complemento, si quieres, puedes llevarte esa piltrafa —señalando a Alvaro.

—También quiero garantías de que voy a poder salir de aquí. El dinero es más atrayente cuando uno está vivo para gastárselo.

—Las que quieras. Propón tú mismo un método de intercambio.

—No... puede usted... hacer eso... Riven. —La disneica voz de Alvaro no se corresponde con la firmeza de sus ojos.

—Tranquilo, vamos a salir de ésta los dos.

—No lo entiende... no puede hacerlo... si usted tiene... la maleta, el libro... el libro ya está con quien debe... estar.

Amador ha estado a punto de hacer callar al sacerdote, pero se detiene, con la mano en la puerta del aparato de tortura, al escuchar sus palabras.

—¿Qué está diciendo? —interroga Riven, endureciendo la voz.

—Si he venido a Sevilla... mi misión era... encontrarle a usted, Riven.

—No sabe lo que dice.

—¿Han dado ya... las doce?

Nadie responde.

—¿Son ya las doce... de la noche?

Amador, que ha consultado al tacto su reloj en relieve, asiente.

—Puedo... demostrárselo. —Se da un momento para respirar—. Mí tío el cardenal Tertullí, me encargó... mi

cometido era reunirles a usted y al *Manuscrito de Dios*, Ríven. Riven se dirigí al ciego, tratando de ignorar a Alvaro.

—Hablemos del dinero. ¿Tiene aquí esa cantidad?

Alvaro insiste:

—Escuche... puedo demostrarle que es usted... la persona... elegida. Si ya ha dado comienzo el nuevo... año, debería tener en el... mírese el interior del brazo derecho.

Riven permanece inmóvil.

Recuerda el escozor en el antebrazo.

Se sube la manga de la gabardina.

El pantáculo.

No dice nada.

—Es usted el nuevo... Depositario.

—Malditos magos... —murmura Amador; no necesita ver para saber que la comprobación ha sido correcta y el tatuaje está donde predijo el anciano.

—Ahora es usted... el que debe... protegerlo.

Riven no reacciona.

Es incapaz de recordar los primeros años de su vida, la actualidad ha reventado cualquier lógica y el futuro le espera con un nuevo papel que ni quiere aceptar ni sabe cómo afrontar. Automáticamente pasa revista a los acontecimientos de los últimos seis días, el sinuoso proyecto del que no era partícipe ni testigo sino destinatario, el plan en espiral que concluye en este momento.

—Viejo idiota... —Amador se dirige al hombre encerrado en la angosta cámara metálica, que sigue combatiendo la falta de oxígeno pero con una especie de nueva calma tras la revelación—. Te has creído que eras el embajador del cielo, y no eras más que un lacayo buscando un libro para el Diablo. Y nosotros, la escoria asesina, psicópatas del pasado con las manos manchadas de sangre, hambrientos de poder... resulta que somos la última oportunidad de contener el desastre.

A continuación, con un gesto de desprecio lanza la pesada puerta de la doncella de hierro contra el sacerdote, que cierra los ojos para no ver los imparables clavos que se dirigen a su rostro. Quizás haya gritado, pero la puerta se cierra herméticamente ahogando cualquier sonido. Riven también cierra los ojos una décima en un acto reflejo.

Cuando los abre, le sorprende ver que todo el mundo se ha despreocupado de la ejecución de Alvaro y miran algo situado a su espalda.

Se da la vuelta.

El comisario Arreciado les mira, estúpidamente plantado con los brazos extendidos, sosteniendo su enorme revólver.

Ha llegado silenciosamente y se ha quedado allí con su camisa blanca manchada de vómito, balanceándose, incapaz de articular palabras, totalmente borracho.

Un mendigo informa a Amador de su presencia con un susurro, y nadie más habla, como si bastara con algún ruido inadecuado para activar el arma. Sólo el agua en los muros o aullando al ser absorbida por los husillos del patio.

Puede haberse producido un desfase temporal en la mente de Riven, porque en vez de preocuparse por el policía, empieza a tomar consciencia en ese momento de la muerte de Alvaro. Hernández, a poca distancia del intruso, lo mira fijamente.

No hay ningún héroe en aquella sala.

Por eso resulta aún menos predecible el salto del lazarillo, que se arroja sin precauciones contra el comisario.

A partir de aquí, la historia se envuelve en llamas, sube la música.

El lazarillo se aferra al policía, que no llega a caer pero trastabilla ante su peso —las detonaciones resuenan ensoderciendo— y arrastra a Hernández en su retroceso hasta empotrarla contra las estanterías y los candelabros que caen sobre los libros, incendiándolos inmediatamente. Unos segundos después, el lazarillo sale despedido y muerto a consecuencia de los disparos, para quedar tendido

en el suelo con una expresión satisfecha. Lo sustituye un número creciente de mendigos con los cuchillos por delante, derribando a Arreciado, que no deja de apretar el gatillo del revólver. El fuego se está extendiendo velozmente por tanto kilogramo de papel viejo y la madera de las baldas no tarda en prender a su paso. Por fin el calor o el sonido de los disparos despierta a Riven, que se quita de en medio de un codazo a uno de los vagabundos que lo custodian. Amador cae al suelo, junto a la doncella de Nuremberg, la única que parece disfrutar con la escena. El humo se está

adueñando del ambiente para impedirles respirar y pensar. Más pordioseros se unen al montón que aún no ha logrado sofocar al comisario. Un segundo desperdiciado, un viejo de pelo muy largo y sin dientes, intenta meterle a Riven su cuchillo por un ojo, pero éste lo aparta de una patada en la pierna, aunque necesita complementarla con tres más en otras partes de su cuerpo para acabar con la asombrosa resistencia del anciano. El resto de los mendigos está rematando a Arreciado que, ya sin munición, sigue debatiéndose en el suelo. Por encima de ellos salta Riven, feroces llamas persiguiéndole desde ambas paredes. En un rincón, por debajo del humo, Hernández, que se da de cabezazos contra el suelo tratando de apagar el fuego que ocupa el lugar donde antes resplandecía su pelo rubio. Riven agarra el extremo inferior del abrigo de la mujer y, de un tirón, percibiendo el olor a carne quemada, le cubre la cabeza hasta privar de oxígeno a las llamas. De un segundo tirón le quita el abrigo y lo arroja lejos. La humareda le impide verla nítidamente y ojalá que no pudiera ver en absoluto la piel achicharrada de su rostro. La levanta por los brazos y la empuja hacia la salida. Las vigas del techo y el marco de la puerta también se han incendiado. El fuego habla o canta o ruge. Dementes mendigos intentan sacar su pánico del recinto, uno de ellos tropieza, y pronto son varios tendidos en el suelo, taponando la entrada. Leña humana lista para la calcinación. Llevando a la mujer casi en vilo,

Riven usa sus botas militares para abrirse paso entre la ciega locura que le está asfixiando, sabe que en muy poco tiempo la catedral entera se unirá a la celebración del nuevo año convirtiéndose en una representación del infierno, y aplasta cruelmente la barrera de cuerpos que lo detiene, contagiándose alegremente de su locura, gritando como ellos, machacando huesos a su paso, sintiendo que la flama le invade la sangre y los pulmones, preocupándose únicamente por el rumbo que deberá elegir si logra salir de allí...

12

El obispo Magallanes, asomado a los ventanales de la biblioteca del palacio Arzobispal, se deja hechizar por el crematorio en que se ha convertido la catedral de Sevilla.

Ya sin prisas, solo —su acompañante de color permanece fuera tras forzar la cerradura para él—, ha pasado no sabe cuánto tiempo paseando erráticamente entre los pasillos delimitados por las estanterías, constatando sus previsiones.

El Códice B, la Biblia griega del siglo III, considerada como la más antigua que se conserva. La Biblia de Gutenberg, la primera impresa con caracteres móviles, hacía 1455 en su imprenta de Maguncia. El manuscrito papiro del proceso a los templarios del Estado Pontificio de 1308. El Concilio de Trento de 1600. La abdicación de la reina Cristina de Suecia de 1654. El Neofiti I. El Salterio de París. Los Evangelios de Rossano. Los Evangelios de Rabbula.

La Biblia de Winchester. Los Beatos de Liébana. El libro de ajedrez de Jacobo de Cessohs. La Carta Náutica de Andrea Benincasa. El Codex Benedictus. El Rollo del Exultet. Le Román de la Rose. El libro de Animales de Pier Gandid. El Mapamundi de Andreas Walsper. La Vida de Matilde de Canossa. Las Tablas Astronómicas de Sebastián. Misales, devocionarios, breviarios, códices, antifonarios, cartularios, manuscritos miniados...

Como el obispo sospechaba, fray Zenón Uncara trató de enmendar su locura con una locura superior. Nunca sabría desde cuándo era un agente infiltrado por la Hermandad del Pantáculo en las mismas entrañas del conocimiento del cristianismo para buscar el *Manuscrito de Dios* desde aquel lugar de privilegio, ni cómo fue

captado, pero en algún momento debió tomar conciencia de las dimensiones de su error y, como un adelanto de su propio suicidio, trató de compensarlo con aquella barbarie. Cuánto sufrimiento debió costarle atentar contra lo único que había dado sentido a su existencia. Virutas. Al pobre idiota no se le ocurrió mejor acto de reparación a Dios que dedicar sus últimos días a destruir aquellos sagrados documentos, seguramente con objeto de salvaguardarlos de Sus enemigos, sin saber que con ello estaba contribuyendo a llevar a la práctica el plan del *Manuscrito*: el primer Apocalipsis será el de la Palabra.

Las distintas cadencias de las sirenas de ambulancias, bomberos, policías y vehículos militares que invaden la zona interrumpen las reflexiones de César Magallanes.

Tras la ventana, el incendio es una proyección impresionante. La noche sobre el templo amarillea por las llamas que la lluvia, como si en vez de agua cayera líquido inflamable destilado en el infierno, parece alimentar. El humo dibuja en el cielo el perfil de un buey monstruoso, cumpliendo las predicciones del profeta francés en sus Centurias.

No se resiste el prelado a realizar un nuevo análisis desapasionado de todo aquel episodio, y, entre todas las conclusiones que extrae de la innegable derrota, la que más le molesta es la certeza de que ya nunca hallará el resultado de Su enrevesada ecuación.

13

Nadie celebra la entrada del nuevo año.

Ha destrozado la maleta que ocultó en la cuba antes de entrar en la catedral y se ha guardado en el bolsillo interior

de la gabardina el libro que lleva inscrito en la portada el mismo pantáculo invertido que ha aparecido en su antebrazo; Riven se adentra en lo más profundo de la ciudad arrastrando a Hernández como a una ciega.

Lleva el rostro cubierto por un pañuelo mojado que el hombre le ha colocado para retrasar su dolor o para no tener que contemplar la transformación de su rostro, ya monstruoso, irremediabilmente desfigurado por las quemaduras. Pero el dolor está surgiendo de su garganta bajo la forma de un murmullo animal y demente. Riven no sabe.

En alguna parte de su experiencia reciente conserva las palabras de Alvaro, informándole de que el manuscrito debía ser entregado en la ciudad portuaria de Atalaya. Pero ni a quién, ni dónde, ni por qué. Sus palabras... Alvaro.

Apresura el paso para no tener que pensar en el significado de todo aquello, en su inesperado destino como depositario de aquel libro endemoniado ni en aquella trama colosal de la que apenas conoce los bordes. No sabe.

El cielo no abre.

La lluvia tras la lluvia.

De una avenida oscura pasan a una calle oscura, y de allí a una callejuela oscura, a otra callejuela aún más oscura, a otra...

HESPERIO M. TERTULLI

Sevilla, 31 de diciembre de 1909

Una cosa no hay, y es el olvido.

OceanofPDF.com

JORGE LUIS BORGES

El niño interpreta el lejano eco de las risas de sus compañeros como una deliberada y cruel maniobra dirigida a martirizarle.

La Biblioteca de Poniente debe su nombre al punto cardinal al que está orientada. Está circunscrita en un triángulo irregular con los óleos de san Ignacio de Loyola y de Claudio Aquaviva en los lados opuestos al de la puerta, paredes anaqueladas repletas de libros, una escalera con ruedas, y una doble hilera de sillas incómodas alrededor de una interminable mesa de lectura con un solo ocupante.

No ha probado el contenido de la batea que uno de los hermanos jesuitas le dejó sobre la mesa con una pechuga de pavo en salsa de nueces, patatas cocidas, mazapán y doce uvas; la comida especial para la gran noche.

La carne se ha enfriado, no tiene apetito y no hay ningún reloj en la biblioteca para tomarse las uvas al ritmo de sus campanadas. El pequeño Hesperio Tertulli se alimenta de sus propias lágrimas, que unas veces brotan con el sabor de la lástima que siente por sí mismo y otras con el de una rabia asesina que se expande hasta alcanzar a la humanidad entera.

Había centrado todas sus ilusiones en la fiesta de fin de año, y eso es algo de una importancia absolutamente primaria cuando uno se ha ido desencantando amargamente de casi todo en sólo nueve años de existencia.

El menú es idéntico al de sus compañeros, pero eso es lo único que le han permitido compartir con ellos... ni siquiera ahora consigue reconstruir con precisión los sucesos que dieron lugar al castigo. Sin darse apenas cuenta, le dio la

vuelta al silogismo que había expuesto el profesor de Religión. Y una vez que escuchó

sus pensamientos expresados en voz alta, ya no tuvo más remedio que seguir profundizando en el mismo planteamiento, aunque el maestro se iba encolerizando proporcionalmente a su incapacidad para argüir proposiciones que atajaran la lógica demoledora del mocoso. La dialéctica se resolvió, por la vía de lo penal, cuando el acorralado jesuita se acogió a la *ratio studiorum*, y tradujo la rebeldía intelectual del alumno en una cuestión de insolencia, lo que le permitió finalizar la comprometida discusión y desquitarse del niño con una condena de aislamiento durante la fiesta de Nochevieja, que le haría meditar sobre su reproable actitud. Debería estar acostumbrado a afrontar las consecuencias de su don para irritar a todo el mundo; de hecho es a causa de esta tendencia por la que ha sido desterrado al colegio Claudio Aquaviva, en Sevilla, a cientos de kilómetros de su Italia natal, un lugar donde su padre —un latifundista intolerante e inestable que estaba perdiendo progresivamente su sintonía con el entorno— esperaba que la Compañía de Jesús le inculcara la constancia y rigidez que la caracterizaban o que, al menos, lo mantuvieran lejos de su vista. Más risas procedentes del otro extremo del edificio. Sus compañeros y profesores siguen vitoreando el nuevo año en el aula magna. Hesperio parece más pequeño de lo que es, sentado ante la gran mesa de la biblioteca donde ha sido confinado. Lo rodean miles de libros de toda índole, pero él mira fijamente, con los dientes apretados sobre el escritorio, un extraño volumen, que ha bajado desde su habitación bajo la chaqueta, y que antes le acompañó desde su país oculto en el equipaje.

A la vista del ejemplar se le ocurre la Idea; primero es una ocurrencia fugaz, después el boceto de una complicadísima trama que atenúa su desolación, y, por fin, un descubrimiento que lo marcará para siempre: la

sensación de que se puede contrarrestar el dolor infligiendo dolor.

Con nueve años ha recorrido varios centros escolares, pero por primera vez empezaba a considerar un colegio como su colegio. A pasear por las inmediaciones de la plaza de la Contratación, donde está situado, contemplando como suyos la catedral, el Archivo de Indias, el palacio Arzobispal... A dominar el idioma. A establecer lazos con sus compañeros y profesores. A encariñarse con los libros de aquella biblioteca donde ahora está recluido.

Un niño llega fácilmente a la conclusión de que el amor no es más que otro de los prolegómenos del odio, que es el único sentimiento no perecedero.

Desde principios de otoño, los alumnos habían preparado los detalles de las fiestas navideñas con la dedicación de quienes se saben confiados a esa clase de institución donde no pueden ser reclamados por sus familiares para pasar esos días junto a ellos, y son conscientes de que si quieren disfrutar de la misma alegría que los niños del exterior, deben utilizar los medios a su alcance para propiciarla. Había contribuido a la decoración, había diseñado juegos, se había implicado en cualquier preparativo donde pudiera resultar útil. Por primera vez en su vida se sentía expectante, impaciente, ilusionado... y cuando casi había llegado el día, unas horas antes, le habían privado de todo aquello que tanto deseaba.

Lentamente, recorre el símbolo de la portada del libro con la yema del dedo y recuerda la historia que le contó su madre al entregárselo, en el momento de su separación.

Pensar en su madre también le duele y vuelve a refugiarse en su Idea, que está dejando de serlo para convertirse en un Plan lo suficientemente despiadado como para bloquear su pena, tan fascinante que merece la pena dedicarle toda la vida para llevarlo a cabo.

Con cuidado, abre la portada con el pantáculo invertido grabado y lee la primera línea... Su madre le entregó entre

lágrimas el libro al despedirse, una vez que su marido impuso el alejamiento de Hesperio, porque era su posesión más valiosa y la posesión más valiosa que nadie pudiera tener. Se lo entregó como una manera de demostrarle que ella no tenía nada que ver con la injusticia que su padre estaba cometiendo y como una muestra de suprema confianza en él. Le contó que, en realidad, no era de su propiedad, no era más que una depositaria, como lo habían sido otros antes que ella y otros muchos lo serían después. Le dijo que existía un Círculo de Conocimiento Oculto que lo controlaba desde la distancia. Le habló de los poderes del libro. Y le advirtió que no debía abrirlo, sólo guardarlo hasta el momento en que se reencontraran y pudiera devolvérselo. Él creyó todas y cada una de sus palabras pero se marchó con la certeza de que su madre podía haber hecho algo por evitar aquel exilio, y por eso ahora no tiene reparos en incluirla en su Plan de destrucción. Un Plan brutal y perfecto que crece para abarcar desde los religiosos que hoy lo torturan al resto de los religiosos, desde los libros que constituyen esta noche su presidio al resto de la palabra escrita, de los edificios ante los que paseaba a la totalidad de la ciudad donde creyó encontrar su hogar. Una nueva bocanada de risas de los otros discípulos le hace recaer por unos segundos en una lástima por sí mismo que le contrae el estómago, y en el llanto, y tiene que aferrarse a la rabia devastadora que sólo sienten los niños para recobrar la paz. Miles de obstáculos para ejecutar el proyecto surgen casi simultáneamente a los métodos para salvarlos... sabe que el principal problema puede estar en la dificultad para mantener en los próximos años el odio que ahora siente, y también se le ocurre una forma de utilizar el olvido para defenderlo de sí mismo. Toma un lápiz y busca la contraportada del *Manuscrito de Dios*.

Pasará otras muchas tardes solo en la biblioteca, pensando, tallando esmeradamente su Plan, leyendo el Libro con la luz poniente.

Enero, 2001

OceanofPDF.com